LES PARISIENS I



Laura M. Navarro

LES PARISIENS I

Donde resida tu alma

Laura M. Navarro



Para mi abuela, quien, desde muy pequeña, me enseñó

a amar los libros y me animó a descubrir los mensajes escondidos entre sus páginas.

TABLA DE CONTENIDOS

PRÓLOGO

París
2 de febrero de 1879

De todas las noches en las que Sofía se había visto obligada a salir corriendo de donde se encontraba, aquella era la más angustiosa. Las personas que se presentaron en el lugar lo hicieron de forma inesperada, por lo que no tuvo más opción que salir deprisa de allí y esconderse en la parte trasera de la casa en la que se hallaba hasta que se marcharon. Cuando pensó que el peligro había pasado, decidió caminar rápido hasta el escondite donde la esperaba su carruaje, pero en cuanto puso el pie en la calle principal, oyó acercarse a unos caballos al galope detrás de ella. Corrió y corrió desesperada sin un rumbo exacto. Necesitaba encontrar un lugar donde refugiarse para no ser vista; más tarde intentaría reencontrarse con su cochero. No sabía con seguridad si eran aquellos hombres de nuevo, pero algo en su interior le advertía de un peligro, así que se recogió el vestido y empezó a correr calle arriba cual alma que lleva el diablo. Tenía miedo, de verdad, como nunca había sentido. Si la descubrían, no solo pondría en peligro su reputación y la de su marido, sino que arriesgaría la vida de todas aquellas mujeres y sus hijos. Intentó alejarse de allí lo más deprisa que pudo, en busca de un refugio, pero no encontraba ningún lugar donde esconderse. Los cascos de los caballos se oían cada vez más cerca y el corazón le latía desbocado. Necesitaba encontrar ya un escondite o sería cuestión de un par de minutos que diesen con ella.

En un intento de acelerar la marcha tropezó y cayó al suelo. Se hizo daño en la rodilla, pero no tenía tiempo para lamentaciones, así que se levantó como pudo y siguió corriendo, arrastrando un poco la pierna herida. Al fondo de la calle le pareció ver una iglesia. Se apresuró hacia allí. Cuando llegó, llamó con desesperación a la puerta, mientras rogaba que alguien le abriese. Los caballos estaban a tan solo una calle de distancia. Podía oír las voces de los hombres que los guiaban acercándose cada vez más cerca. Golpeó la puerta con todas sus fuerzas, hasta dañarse las manos, y de repente, la pesada puerta se entreabrió, se abalanzó hacia el interior y chocó contra alguien.

—Por favor, cierre la puerta, ¡rápido! —rogó.

Apenas le quedaba voz para poder hablar. La persona que abrió cerró la

puerta y se volvió a mirarla. A pesar de que el interior de la estancia estaba oscuro y tan solo unas velas medio gastadas lo iluminaban, Sofía pudo comprobar que se trataba de un hombre. Sin mediar palabra ni saber quién era o qué hacía allí, se abrazó a él, mientras le imploraba que, por favor, permaneciese en silencio, al menos hasta que pudiese oír pasar de largo a los caballos. El abrazo duró apenas un minuto, pero fue el tiempo suficiente para calmarse. Aunque se sentía exhausta y angustiada, el refugio cálido y seguro que le ofrecieron sus brazos le proporcionó el alivio que necesitaba, ya que acababa de escapar de un grave problema. Intentaba recuperar el aliento cuando aquel hombre, que se mantuvo inmóvil mientras la abrazaba, intentó separarse de ella con cuidado. En un acto reflejo de protección, ella le agarró las manos con fuerza y le suplicó que no la delatase. A pesar de la poca luz pudo comprobar que vestía una sotana negra, por lo que dedujo que quizás sería el párroco de la iglesia. Él mantuvo la mirada fija en sus manos sin decir una palabra durante unos instantes, pero, a continuación, las soltó de golpe y se apartó de ella con brusquedad. En ese momento Sofía entendió lo inapropiado de la situación y se apresuró a pedirle disculpas.

—Perdóneme, perdóneme, se lo ruego. Esto no es correcto, créame que soy consciente de ello, pero unos hombres me siguen y este ha sido el único lugar que he encontrado para poder esconderme. Le ruego que me disculpe, pero, por favor, no abra la puerta, no me delate. En cuanto no haya peligro me marcharé de aquí.

Aquel hombre seguía mirándola con estupefacción. No entendía qué sucedía ni por qué se había abalanzado hacia él y lo había abrazado de aquella forma. No encontraba las palabras para preguntar nada. Parecía un poco aturdido y no pensaba con claridad. Unos minutos después, recuperó la plena conciencia, aunque para cuando quiso preguntar quién era y qué le ocurría, ella decidió que era momento de irse. Antes de marcharse, Sofía le oyó mascullar algo que no comprendió, pero decidió no preguntar y, tras abrir la puerta con cuidado y echar un vistazo, salió de allí corriendo. Quizás aquellos hombres habían pasado de largo y podría llegar hasta donde la aguardaba su cochero sin ser vista. Sentía la mirada de aquel extraño clavada en la espalda, pero no podía permitirse mirar atrás. Ya encontraría la forma de agradecerle su ayuda en otro momento.

1

A pesar del frío y la humedad, Sofía eligió la noche del día siguiente para salir en busca de aquel hombre que tan amablemente le había permitido refugiarse la noche anterior. El frío intenso no daba tregua, ya que, incluso con la gruesa capa que llevaba puesta, podía sentir que el aire gélido le calaba hasta los huesos. Aun así, debía encontrarle antes de volver a casa. Nunca se había sentido tan nerviosa y angustiada caminando a esas horas de la noche por París. Los edificios y locales comerciales estaban cerrados y ni un alma asomaba por las calles. No sabía exactamente dónde podría estar, pero sentía que debía ser cerca de donde se hallaba. Al fondo de la calle le pareció distinguir la iglesia, por lo que se acercó con cuidado de no ser vista. Debía hallar la manera de entrar, pero estaba cerrada. Miró alrededor y al comprobar que no había nadie, decidió inspeccionar un poco el lugar. Giró a la izquierda y allí, en uno de los laterales del edificio, vio una pequeña casa adosada a la iglesia. Dentro había una luz tenue, de modo que se acercó y se arriesgó a llamar a la puerta. Tras unos silenciosos segundos, abrió un hombre alto, ataviado con una camisa negra y unos pantalones del mismo color. No llevaba una sotana puesta, por lo que dudó de si sería la persona que buscaba. Se miraron y él no pareció reconocerla. «Quizás sí sea él. Al menos parece de su misma estatura y envergadura», se dijo.

—¿Puedo ayudarla en algo? —preguntó algo contrariado sacándola de sus pensamientos.

—Buenas noches, disculpe mi intromisión a estas horas. Necesito encontrar al párroco que dirige los oficios religiosos en esta iglesia —dijo aceleradamente—. ¿Sería tan amable de decirme dónde puedo encontrarle?

—Soy yo —respondió algo confuso—. Buenas noches, ¿quién es usted y en qué la puedo ayudar a estas horas?

—En ese caso, creo que usted puede ser la persona a la que busco. Anoche un hombre me ayudó a refugiarme en esta iglesia.

—No sé de qué me habla —respondió el hombre con seriedad.

—Entiendo, entiendo —comentó algo nerviosa—. Mire, anoche llamé a la puerta de esta iglesia para refugiarme de…

—Escuche, no creo que este sea el momento ni el lugar para hablar, si

tiene alguna necesidad o quiere confesarse, me puede encontrar cada día en la iglesia a unas horas más adecuadas —dijo mientras trataba de cerrar la puerta.

—Espere, espere, entiendo que no es un momento adecuado, pero si es usted, me gustaría poder darle las gracias. ¿Recuerda lo que pasó anoche?

La observó en silencio durante unos minutos.

—Ah, sí, sí lo recuerdo —dijo con muy poco interés—. Fui yo, pero le pregunto de nuevo, ¿en qué puedo ayudarla yo a estas horas? ¿También le persigue alguien hoy en medio de la noche? —preguntó con cierto recelo.

—No, no, no. Solo quería agradecerle su ayuda. Gracias de corazón, no sabe el gran favor que me hizo —respondió apurada.

—Bueno, no necesita agradecerme nada. Vi que estaba muy asustada e hice lo correcto. Aun así, no hacía falta que se arriesgase a venir hasta aquí de noche. Puede encontrarme en mi iglesia cada día.

—Lo sé, lo sé, padre, pero aprovechando que vine a hacer unas cosas por esta zona de la ciudad, pues…

—¿A esta hora? —preguntó confundido—. ¿Me está diciendo que estaba usted haciendo *unas cosas* en esta parte de la ciudad? ¿Sola? Perdone, no creo que pueda ayudarla con sus quehaceres nocturnos —dijo e intentó cerrar la puerta de nuevo.

—Discúlpeme, no es lo que usted se piensa —afirmó Sofía avergonzada —. No me dedico a hacer ninguna actividad de las que usted imagina. ¿Quién se ha creído que soy? Nada de lo que hago es indecoroso o indecente. Soy una mujer íntegra y respetable. Le ruego se disculpe ahora mismo.

La observó con fijeza; prestaba especial atención a su atuendo como si quisiera averiguar su estatus a través de su vestimenta.

—Perdone, no he pretendido ofenderla —dijo un poco más tranquilo—, pero no entiendo nada de lo que me dice, como tampoco comprendo de qué o quién huía aquel día. ¿Sería tan amable de explicarme qué le ocurre?

—Es muy compli. . .

En ese momento se escuchó el murmullo de una conversación cercana y, presa del miedo, se acercó hacia él, empujó la puerta y entró en la casa mientras el hombre se apartaba estupefacto, mirándola sin saber qué decir.

—Perdone, me ha parecido oír que se acercaba alguien y me he asustado. No pretendo molestarle más, por favor, déjeme cerciorarme y si no hay nadie, me marcharé.

Cerró la puerta tras de sí confundido, y la invitó a entrar en una pequeña estancia donde había una chimenea encendida. Todo allí era sobrio y sencillo: una mesa, varias sillas y dos butacas junto a un pequeño sofá eran todo el mobiliario. Sin embargo, había algo que lo convertía en un lugar agradable: un placentero olor a té recorría la sala, pero no parecía el aroma del té convencional, sino más bien de una mezcla de flores.

—Entre, entre —consiguió decir—. Siéntese donde desee y explíqueme qué le pasa y de quién huye para saber si puedo ayudarla en algo, ya que todo esto es muy confuso.

—Lo sé y le entiendo. Créame que me siento apurada por molestarle de nuevo. Aunque no me crea, últimamente no me siento demasiado segura en estas calles.

—¡Oh! —exclamó—. Me parece normal, por otra parte. No creo que sea buena idea caminar sola en medio de la noche por esta o ninguna otra ciudad, ¿no cree? De nuevo le pido, por favor, ¿puede contarme la verdad?, de hecho, ¿puede decirme para empezar su nombre?

—Sofía, me llamo… Sofía —dijo con algo de recelo.

—¿Sofía? Un nombre poco común por aquí. ¿Y su apellido? ¿Es de una familia de la ciudad?

—Lo sé, es un nombre griego; me lo puso mi padre. Significa la que tiene *sabiduría* —dijo con orgullo—. Mi apellido no importa.

—Pues entonces… dígame, Sofía, ¿quién la persigue? —preguntó impaciente.

—No puedo decírselo. Nadie debe saber qué hago ni quién soy.

—Aunque no puede decirme qué hace, se presenta en medio de la noche aquí en mi casa y me hace partícipe de alguna manera de su *secreto*.

—Tiene razón, pero debo irme. Ya le dije lo que necesitaba decirle. Una vez más, gracias por su ayuda. Buenas noches —dijo yendo hacia la puerta.

—Espere, espere, no se ofenda. No pretendo que me cuente todos los detalles, solo necesito saber cuál es su problema.

—Lo siento, no puedo contarle más.

—Pero… ¿a dónde va a ir? ¿Pretende volver a su casa sola de nuevo? ¿A estas horas? —preguntó alarmado.

—Sí, no me queda más remedio. Estoy acostumbrada a hacerlo. Me encargo de algunas cuestiones durante la noche para no ser descubierta. No se apure, tengo un carro esperándome a tres calles de aquí, a la entrada del parque.

—¿A tres calles? ¿Y por qué no ha venido en su carruaje hasta aquí?

—Padre, le digo que debo ser discreta. Nadie puede saber a dónde voy o cómo me muevo. Intentaré llegar hasta allí lo más rápido que pueda. Buenas noches.

Salió de la casa y dejó al hombre en la puerta desconcertado.

Empezó a caminar con diligencia, hacía mucho frío y el aire soplaba fuerte y muy húmedo. De repente, comenzó a llover; era una lluvia fina que traía consigo pequeños copos de nieve congelados que se le clavaban en las mejillas enrojeciéndolas. No recordaba muy bien cómo llegar al parque donde le esperaba el carruaje y no sabía qué hacer. Necesitaba esperar a que escampase un poco, así que retrocedió unos metros y se refugió bajo un soportal de la iglesia. De repente oyó unos pasos. El corazón se le aceleró. Cuando intentaba esconderse, una figura se puso delante de ella. Una capa le cubría la cabeza y trató de agarrarle el brazo. Asustada intentó gritar, pero le tapó la boca con la mano.

—Calle, calle, no grite, soy yo —comentó con apuro—. Venga conmigo

hasta que deje de llover o enfermará.

Aliviada al comprobar que se trataba del mismo hombre fue tras él y entraron de nuevo al interior de la casa.

—Vaya hacia el fuego y séquese allí. Ahora vuelvo —dijo—. Le traeré algo para secarse.

Se acercó a la chimenea y se sentó en el suelo. Sentía la capa mojada, por lo que se la quitó mientras se aflojaba los botones de la chaqueta que vestía debajo y que sentía pegada al cuerpo por la humedad. El calor del fuego era tan agradable que se quitó también el sombrero.

—Tenga, séquese bien —dijo entregándole una toalla—. No se aparte del fuego. Enseguida vuelvo. Le traeré un té caliente. —Intentaba ser amable a pesar de lo incómodo de la situación.

Ella le miró agradecida, pues a pesar del sombrero, se le había mojado la parte baja de la cabeza. Decidió deshacerse un poco el recogido que llevaba y dejó caer varios mechones de pelo largo y castaño sobre los hombros para poder secarlos con la toalla antes de volver a recogerlos.

En ese momento el hombre entró en la habitación con una bandeja. Llevaba dos tazas y una tetera. Al entrar en el salón, levantó la mirada y tropezó. Estuvo a punto de tirar la bandeja, pero logró sujetarla antes de que cayese al suelo. Sin embargo, parte del agua de la tetera se derramó sobre una de sus manos y se la quemó. Se quejó mientras depositaba la bandeja en una mesa y salió de la habitación mascullando algo que Sofía no pudo entender.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó cuando regresó al salón.

—Sí, sí, no se preocupe —contestó avergonzado—. He tropezado torpemente con la alfombra.

—¿Me deja ver su mano? —dijo levantándose.

—No, no es necesario —protestó un tanto huraño.

Colocó las tazas y la tetera con minuciosidad en la mesa mientras ella volvía a sentarse frente al fuego. Cuando lo tuvo todo colocado, sirvió dos tazas de té a las que añadió dos terrones de azúcar y se acercó para ofrecerle la bebida, aunque no se sentó a su lado. Al contrario, permaneció de pie a cierta distancia mientras observaba su aspecto.

—Disculpe mi atrevimiento, pero siento la ropa un poco pegada y tengo el pelo húmedo. Necesito secarme bien. Estoy helada de frío.

—No se apure —dijo algo avergonzado desviando la mirada hacia el fuego—. Acérquese. En un rato se sentirá mejor. Espere, le dejaré una manta. Tápese con ella y rápido entrará en calor.

Salió del salón unos minutos y regresó con una gruesa manta de lana que, muy amablemente, le puso por encima de los hombros.

—Gracias, padre. Siento que no le doy más que problemas.

—No se angustie. Siéntese en este sillón, estará más cómoda que en el suelo —dijo acercándole una butaca.

Sofía se sentó arreglando un poco su falda, y continuó secándose el pelo con la toalla. Él la miraba de reojo, pero mantenía las distancias mientras

simulaba buscar algo en un cajón.

—Gracias. Tiene razón, se merece que le cuente por qué estoy aquí y a qué me dedico.

—La escucho —indicó girándose hacia ella.

—No puedo contarle todos los detalles, tan solo puedo decirle que nadie me conoce por mi verdadero nombre.

—¿No se llama Sofía? —preguntó acercándose un poco más.

—Sí, pero solo mi familia me llama así. Las personas a las que ayudo me conocen por otro nombre.

—¿Las personas a las que ayuda? —replicó intrigado mientras arrastraba una butaca para sentarse junto a la suya cerca de la chimenea.

—Sí, ayudo a mujeres maltratadas y a sus hijos a huir para poder tener una mejor vida. En muchos casos, es una cuestión de vida o muerte tanto para esas pobres mujeres como para sus hijos pequeños.

—¿Ayuda a esas personas a huir? ¿Y dónde las lleva? —Su curiosidad iba en aumento.

—A diferentes sitios. Todos esos lugares son secretos. A veces son acogidos en monasterios o congregaciones religiosas y, otras veces, personas que colaboran con nosotros los hospedan en sus casas hasta encontrarles un lugar seguro donde vivir. No podemos correr el menor riesgo por lo que suelen ser sitios lejanos para que no puedan ser encontradas por sus maridos.

—¿Y todo eso debe hacerlo durante la noche? —me preguntó un poco incrédulo.

—Sí, padre, sí, durante el día no puedo dedicarme a estas cosas. Soy una mujer ocupada y no puedo llamar la atención.

—¿Y cómo costea todos esos gastos? ¿Tiene algún benefactor? ¿Qué tipo de vida les ofrece a esos niños y sus madres?

—Bueno, algunas personas nos ayudan económicamente, aunque la mayor parte de los gastos los costeamos nosotros. Yo me dedico a continuar con la labor que realizaba mi padre —dijo orgullosa—. Pero no estoy sola.

—¿Su padre también ayudaba a mujeres maltratadas por sus maridos?

—Mi padre era un filántropo de corazón. Ayudaba a todo aquel que se lo pidiese, pero no, no ayudaba a esas mujeres en concreto, sino a niños huérfanos a tener una educación y un futuro más digno. —Recordar a su padre la emocionó.

—Entiendo.

Durante unos minutos, él se mantuvo en silencio observando el fuego, quizás intentaba comprender lo que le acababa de explicar. Antes de hablar desvió la mirada hacia ella y dijo:

—Beba, está caliente y muy rico. Me gustaría saber su opinión sobre este té.

Nada más probarlo Sofía notó que no era té normal; tenía un extraño sabor a flores, y era cierto, estaba delicioso. Le miró extrañada y él, con una ligera sonrisa en su rostro, le comentó que se trataba de un té especiado con

pétalos de rosa. Le contó que le encantaba cuidar de su jardín y que cultivaba varias flores que se podían beber en tisanas con muy buenas propiedades.

Ella sonrió. Se miraron a los ojos, pero él volvió a bajar la mirada con timidez. Tomaron el té y siguieron hablando de diversos temas. Aquel hombre poseía mejor humor del que ella pensaba. Parecía más relajado y le mostró unos libros sobre plantas medicinales que atesoraba. Era obvia la pasión con la que hablaba de aquellas flores y tés. Tras aquella lección magistral le confesó que hacía apenas tres años de su llegada a París. Aquella información le extrañó a Sofía. Ella no era una mujer devota que acudía a la iglesia con regularidad, pero no recordaba haberle visto en ningún servicio religioso al que hubiese acudido en el último año. Pensó que, si hubiese sido así, le recordaría.

Pasaron varias horas charlando hasta que empezó a amanecer. Ninguno de los dos había sido consciente del paso del tiempo y se asombraron al ver las primeras luces del día filtrarse por la ventana. Un poco alarmada, Sofía se levantó del sofá. Era hora de irse antes de que la gente llenase las calles con sus quehaceres diarios. Él le pidió que saliese por una puerta que daba a la parte de atrás de la iglesia para no ser vista y no levantar sospechas. La acompañó hasta allí a una cierta distancia.

—Gracias por ayudarme de nuevo y también por su agradable conversación. He aprendido mucho con usted sobre botánica —dijo sonriendo.

—Gracias a usted por haber confiado en mí y haberme contado su secreto. Me ha dejado algo más tranquilo —dijo esbozando una pequeña sonrisa—. Por favor, prométame que no va a seguir deambulando por ahí de noche sola. Pida ayuda a alguien. Es peligroso.

—Eso es muy difícil, no puedo confiar en muchas personas. Que tenga un feliz día.

—Igualmente, Sofía —dijo avergonzado—. Perdone, siento haberme dirigido a usted por su nombre, pero no sé de qué forma debería referirme a usted.

—No se preocupe, padre. ¿Puedo preguntarle por su nombre o prefiere, como yo, mantener su anonimato? —dijo sonriendo.

—No… eh… no, me temo que mi vida es mucho más sencilla que la suya. Me llamo James, aunque todo el mundo se refiere a mí como el padre Wilcox.

—¿Wilcox? ¿Es usted inglés? —preguntó sorprendida.

—Sí, nací en Inglaterra, pero me crie con un benefactor de mi familia aquí en Francia.

Sonrió con timidez y nostalgia. La miró haciéndole saber que valoraba lo que hacía por esas personas.

—Que tenga un buen día… James —dijo con atrevimiento—. Él se limitó a bajar la mirada sonrojado y se adentró en la casa despacio.

Volvió a pie hacia el parque con una sonrisa en los labios. Aquel hombre

era muy interesante y seguro que podría contar con su ayuda. Se alegraba de haberle conocido. No sabía por qué, pero sentía que sería alguien importante en su vida. Sonrió al pensarlo y a la vez sintió cómo se le encendían las mejillas. Tuvo que reconocer que, además de agradable, era muy apuesto. «Sofía, Sofía, aquieta tu mente. No pierdas la perspectiva de quién eres y de quién es él. No compliques más las cosas. Vuelve a casa y piensa en una buena excusa para haberte ausentado toda la noche. Céntrate en tu vida y en tu misión», pensó.

Y así, divagando y absorta en sus ideas llegó al parque, se subió al carruaje que la esperaba hacía ya varias horas, dio las gracias a su fiel cochero por su larga espera y partió de regreso a casa. Otro día empezaba, pero, quizás, esta vez el amanecer había empezado en su corazón.

2

SOFÍA

Ese nuevo día transcurrió con normalidad, pues la suerte me acompañó al llegar a casa la noche anterior: el servicio aún dormía, lo que me facilitó ir hasta mi habitación sin ser vista. Nunca entendí por qué ocultaba mis actividades con tanto recelo. De todas las ideas que podían cruzar por la mente de un sirviente al ver a su señora salir sola en medio de la noche, ninguna se acercaría a las verdaderas razones que me movían de verdad a arriesgarme a ser descubierta, pero no me interesaba levantar ninguna sospecha. Mi vida como Sofía Marchand discurría en paralelo a la de Lady Morel, el pseudónimo que usaba en mis salidas, y así debía seguir siendo por el bien de aquellas pobres personas.

Pasarían varias semanas hasta que pudiera volver a ayudar a otras mujeres y sus hijos a huir del país, de manera que decidí dejar a un lado a mi otro yo para centrarme en Sofía. Ayudar a los demás era una forma de aislarme y escapar de mi propia vida. Marchand era el apellido de mi marido, un afamado hombre de negocios con el que me casé aun sin amarle demasiado, para así tener una protección de cara a la sociedad y poder continuar con la labor que mi padre empezó hacía muchos años. Una mujer soltera en la sociedad era el blanco perfecto para chismorreos y eso era algo que no me podría permitir si quería poder asistir a esas mujeres en peligro. Convertirme en la respetada Lady Sofía Marchand me dio la libertad suficiente para poder actuar sin miedo a estar bajo el escrutinio de las más chismosas.

Yo era una niña cuando mi padre comenzó a ayudar a pobres niños huérfanos que no tenían ningún futuro más que la más absoluta miseria. Les ayudaba a tener una educación en la escuela y se aseguraba de que, una vez alcanzada la edad correcta para empezar a trabajar, tuviesen un oficio decente con el que ganarse la vida con dignidad. Hubo incluso algunos muchachos que decidieron seguir estudiando y mi padre les proporcionó todo lo necesario durante sus estudios universitarios. El orgullo que sentía cuando veía a alguno

de sus niños convertidos en jóvenes cultos y respetables era inmensamente proporcional a su generosidad. Tenía un corazón de oro que siempre vio reflejado en mí. Supo que yo continuaría con su legado en cuanto cumplí la edad suficiente para comprender la labor que llevaba a cabo con aquellos niños y sus familias.

Sentada frente al fuego de la gran chimenea de nuestro salón, mientras recordaba los momentos más felices y bebía un té caliente, me acordé del padre Wilcox y sonreí. Debía reconocer que la conversación de la noche anterior fue muy agradable e interesante. Quizás, si volviese a verle, podría preguntarle cómo elaboraba aquel delicioso té. Estaba inmersa en mis recuerdos cuando oí que se acercaba un carruaje. Me asomé por la ventana y pude comprobar que era mi marido volviendo a casa tras uno de sus innumerables viajes de negocios. Durante las próximas semanas debía centrarme en mi vida y en intentar ocultar a Lady Morel. Nadie, a excepción de mi fiel cochero y desde hacía unas horas el padre Wilcox, sabía de su existencia. Debía tener cuidado para no despertar las sospechas de mi marido, pues estaba segura de que no me permitiría continuar con mis salidas nocturnas si se enterase.

3

Mientras tanto, el padre Wilcox continuó con sus tareas en la iglesia como de costumbre, pero dentro de él había florecido una sensación que hasta ahora no había sentido. Intentaba tener la mente ocupada y cierto es que su labor en la iglesia le requería muchas horas de trabajo y atención; sin embargo, durante los pequeños ratos de descanso, no podía dejar de pensar en aquella extraña mujer. Le intrigaba cómo era capaz de llevar a cabo semejante hazaña sin ser descubierta y, lo que era aún peor, cómo era capaz de andar por las calles en la clandestinidad y no verse en situaciones de peligro. Su forma de hablar, de vestir, junto con sus modales le hacían entender que se trataba de una mujer respetable y de la alta sociedad que, casi con total seguridad, estaría casada. ¿Le permitía su marido semejante labor o quizás él era una de las personas que desconocían esa faceta de su vida?, pensó. Todo en aquella mujer era un misterio. Tenía tantas preguntas y dudas que esperaba poder verla de nuevo para aclararlas. Sin embargo, sabía que volver a tener un encuentro semejante no sería apropiado y altamente improbable. O no. Quizás ella quisiera contarle más y acudiese a la iglesia.

Y así, tras darles vueltas y vueltas a muchas incógnitas en su mente, siempre llegaba a la misma conclusión: aquella mujer tendría cosas más importantes de las que ocuparse que contarle sus aventuras a un simple cura, por lo que era mejor olvidarse del tema y centrarse en sus tareas diarias en la iglesia.

Durante las semanas posteriores al regreso de su esposo, Sofía se vio obligada a acudir a todo tipo de fiestas y eventos que detestaba con toda su alma, sobre todo aquellas reuniones que solo tenían como misión enterarse de las últimas novedades acerca de la vida de todos los allí presentes. El sopor que le provocaban dichas conversaciones la agobiaba, pues no entendía cómo aquellas personas adineradas no encontraban mejor afición que la de chismorrear o criticar a los de su misma clase. Mientras ella no paraba de pensar en cómo seguir ayudando a más mujeres y niños, en cómo encontrar nuevos aliados a su causa que pudiesen darles cobertura en otras ciudades, ahí estaban aquellas damas, con sus mejores galas, haciendo ostentación de todo

su dinero a través de costosas joyas y vestidos de diseño exclusivo. Prefería acercarse a conversar con los hombres, al menos así podría ponerse al día de las últimas novedades en política y temas de interés, pero allí se hallaba, un jueves por la noche, aburrida y desesperada deseando que se diese por concluida la noche.

Para intentar huir de allí, al menos durante un rato, decidió ir a la cocina para poder saludar a la cocinera y felicitarla por su exquisita cena. Era consciente por completo de que aquello no era propio de una persona de su clase; sin embargo, no poder tener una relación cordial y cercana con cualquier persona, con indiferencia de su condición social, era algo que detestaba. Sabía que era una forma de saltarse las reglas sociales establecidas; pero ese era el rasgo que más definía su identidad. Lady Sofía Marchand era discreta y tranquila; Lady Morel era toda una aventurera, libre y rebelde desde la infancia.

Después de deambular por la casa durante un rato logró encontrar la cocina. Cuando entró, todos los criados, que en ese momento estaban cenando alrededor de una larga mesa, se levantaron nerviosos imaginando, quizás, que aquella mujer estaría allí para hacerles alguna recriminación.

—No se levanten, por favor, se lo ruego. Solo quiero saber quiénes trabajan en esta casa para felicitarles por su gran labor. Mantener esta gran mansión tan limpia y funcionando a la perfección no debe ser tarea fácil —dijo con una sonrisa. Todos los allí sentados la miraban atónitos sin saber qué hacer o decir.

—¿Podría saber quién de ustedes es la cocinera, por favor? —preguntó.

Una mujer bajita y regordeta se levantó despacio de la mesa con temor.

—Soy yo, señora, le ruego me disculpe si algo no ha sido de su agrado.

—No, no, no se preocupe, no he venido a recriminarle nada. Al contrario, querría felicitarla por la exquisita cena que nos ha ofrecido hoy.

Todos se miraron entre ellos con estupefacción, seguros de que a continuación habría un pero.

—De verdad, solo quería felicitarla. Aunque yo no sé cocinar nada, sé apreciar una buena comida y la de esta noche ha sido magnífica.

—Gracias, señora —dijo con retraimiento—. No hace falta que me lo agradezca, es mi trabajo.

—Lo sé, pero eso no lo hace menos digno de mención. Además, siempre me gusta darme una vuelta por las casas de mis *queridas* amigas —dijo con ironía— y conocer a los empleados. Ustedes son el alma de nuestras casas y sin su ayuda no podríamos mantenerlas en perfecto estado.

El asombro en los rostros de aquellas personas iba en aumento al igual que su diversión. Ya desde niña disfrutaba rompiendo las reglas de lo que se esperaba de ella. Aquello le trajo muchos castigos y reproches por parte de su madre. Ella era bastante más estricta en su educación que su padre, quien solía sonreír cuando le contaba sus *rupturas de protocolo.*

Esas pequeñas escapadas a otras partes de la casa eran algo que Sofía

usaba no solo para ausentarse durante un rato de las aburridas conversaciones con las otras señoras, sino también porque era la única forma que tenía de conocer a aquellas personas y saber si necesitaban algo o si alguna de esas mujeres podría estar viviendo alguna situación de violencia. Es cierto que no se hacía con aquella información en ese momento, pero siempre conseguía ganarse su simpatía y confianza.

—Y el resto de ustedes, ¿están todos bien? —preguntó.

De nuevo la confusión afloró en sus rostros.

—Sí, señora, sí —dijeron varios al unísono—. Gracias por su interés.

—¿No necesitan nada? ¿Se les proporciona todo lo que necesitan tanto a ustedes como a sus mujeres e hijos?

Todos guardaron silencio, algo normal ante tales preguntas, pues ningún miembro del servicio se atrevía a criticar a sus señores y menos en presencia de una señora. Era algo que ella ya sabía, por lo que optó por hacer lo que siempre hacía antes de retirarse.

—Quiero decirles que, si alguna vez necesitan ayuda de algún tipo, pueden ir a esta dirección, donde se les ayudará en todo lo que se pueda. Si tienen hijos pequeños y tienen algún problema de salud o no pueden criarlos como les gustaría, por favor, acudan a este lugar, no teman, se les proporcionará lo que necesiten.

Sin decir más, se acercó a la gran mesa y les dejó un papelito doblado con la dirección.

—Buenas noches a todos —se despidió.

Volvió al gran salón con una sonrisa en la cara segura de que alguna de aquellas personas cogería el papel y lo guardaría para poder usarlo en el momento adecuado.

4

SOFÍA

Tras tres semanas de intensa vida social, mi marido partió de viaje hacia Toulouse para cerrar un nuevo negocio. Yo no podía estar más feliz, pues con su ausencia podía hacer regresar a Lady Morel. Estaría ausente unos diez días, tiempo de sobra para investigar si había alguien a quien asistir de forma urgente y, cómo no, tiempo para intentar encontrarme de nuevo con el padre Wilcox. Sabía que conseguiría sumarle a nuestra causa. Lo vi en sus ojos aquella noche. Su ayuda sería muy valiosa para acoger a ciertas mujeres en conventos. Necesitaba verle con urgencia y aquella misma noche sería perfecta.

Después de pasar el día organizando distintas tareas, quedé con mi fiel amigo Belmont, el cochero que siempre me acompañaba en mis salidas, en la parte trasera de la casa después de la cena. Como de costumbre, me puse mi gruesa capa negra, con la precaución de cubrirme la cabeza con la capucha, y me senté nerviosa en el carruaje. Siempre me sentía inquieta cuando salía por las noches, pues no sabía cómo iban a producirse los acontecimientos. Lo que hacíamos era peligroso y nada sencillo; no obstante, no podía hacerse de otra forma. Bueno, en realidad, y para ser honesta, podría pagar a alguien para que hiciese aquello por mí, pero, como decía mi padre, cuantas más personas supiesen de ello, más en peligro estaría, así que intentaba solicitar la menor ayuda posible. No era la única persona que llevaba a cabo dicha labor asistencial. Siempre contaba con la ayuda de algunas personas de confianza de mi padre que ya le prestaban su ayuda cuando vivía. Saber que tenía personas a mi alrededor vigilando y ayudándome me tranquilizaba un poco, pero, esa noche, a pesar de que no se trataba de ninguna huida, me sentía intranquila. Aquel hombre me inspiraba confianza, pero temía que mi intuición me engañara y terminase por delatarme. Me froté las manos para relajarme y entonces recordé el tacto de sus manos aquella noche en la iglesia. Eran suaves pero fuertes, cálidas, agradables. Suspiré angustiada. No podía dejarme arrastrar por ideas tan infantiles. Tenía que lograr que ese sacerdote nos

prestase su colaboración, así que más me valía pensar en un argumento convincente y dejarme de fantasías románticas más propias de una de mis mejores amigas.

Durante el trayecto se me ocurrieron distintas ideas que podrían convencerle, pero no lograba hallar una que fuese contundente. No podía pensar con claridad, ya que el corazón me latía con fuerza. «¿Y si no quiere atenderme?», me pregunté. Iba a presentarme en su puerta de nuevo a unas horas indecorosas y quizás no estaría dispuesto a tolerar este tipo de encuentros. Ya me había recordado en dos ocasiones que podría encontrarle en la iglesia durante el día. ¿Y si no era adecuado? Quizás debería volver a casa y pensar en otra forma de poder hablar con él a una hora más apropiada o quizás debía escribirle una carta. «No, una carta no», susurré mientras golpeaba mi frente con los dedos intentando despertar mi creatividad. No podíamos dejar constancia de nuestra labor de ninguna forma. ¿Qué podía hacer? Mi mente intentaba hallar la respuesta con premura, pero no tuve tiempo, pues Belmont me avisó de que habíamos llegado. Como era habitual, me esperaría en una de las entradas más discretas de un parque cercano y desde allí debía ir caminando hasta la iglesia.

Le di las gracias y empecé a caminar, mis pies pesaban más de lo normal, sentía las piernas entumecidas y el corazón me latía cada vez más rápido. Al fondo de la calle pude ver la iglesia. Me dirigí hacia allí sin saber muy bien lo que iba a decirle, pero no podía quedarme paralizada en medio de la calle a esas horas, así que giré a la izquierda y allí estaba la estancia. Como la otra vez, una luz tenue se veía en el interior. No me atrevía a llamar, de modo que intenté asomarme a una de las ventanas para asegurarme de que se hallaba en su interior. No logré ver a nadie, tan solo el fuego de la chimenea encendida mostraba la posibilidad de que hubiese alguien dentro. Seguí observando a través de la ventana y nada, no había rastro de él. ¿Dónde estaría ese hombre a esas horas? Mi mente se llenó de preguntas sin respuesta. Me acerqué a otra ventana más pequeña que había a la derecha de la fachada, pero por desgracia, estaba a mayor altura y no se veía luz. Sopesé buscar algo en lo que poder subirme para comprobar si así llegaba al borde de aquella ventana, cuando, de repente, oí un ruido. Me asusté, pues no pude identificar con claridad de dónde provenía. Me mantuve quieta a la espera. De nuevo el ruido. Me encogí. Esta vez me pareció que el sonido provenía de detrás de un pequeño muro que había a la derecha. Estaba muy oscuro y no era capaz de distinguir apenas nada. Me angustié ante la posibilidad de que alguien estuviese escondido tras esa valla, muro o lo que fuese y me hubiese visto, pero decidí acercarme un poco más para cerciorarme de que el ruido provenía de ahí. Pegué la oreja a la pared para poder escuchar mejor y entonces la valla cedió y me caí al suelo dando un pequeño grito por el susto. Me había apoyado en una puerta que se había abierto de golpe y allí al otro lado de la misma, sorprendido, se hallaba un hombre con un ramo de flores en la mano.

—¿Se encuentra bien? —preguntó mientras depositaba el ramo de flores

con cuidado en el suelo.

—Sí, sí, disculpe. Me he caído —afirmé algo avergonzada.

—¿Quién es y qué hace en mi jardín? —preguntó.

—¿Su jardín? Ah, disculpe —dije con cierto alivio. Al menos no se trataba de ningún malhechor que trataba de robarme—. Estaba buscando a un amigo cuando…

—¿A un amigo?

En ese momento me giré para ver a la persona que me hablaba. Su voz me resultó familiar, por lo que respiré tranquila: era el sacerdote.

—¡Ah, hola!, me alegro de verle, padre Wilcox, disculpe de nuevo mi presencia en su casa tan tarde…

—No me lo puedo creer. ¿De nuevo usted? —preguntó incrédulo. Había reconocido mi voz.

—Me alegro mucho de haberle encontrado, necesito hablar con usted de nuevo.

—¿Se alegra de haberme encontrado? ¿A quién pensaba encontrar en esta casa? —exclamó molesto.

Mi capacidad para dejar a aquel hombre sin palabras era inaudita.

—Lo sé, lo sé, ahora le explico —dije—. ¿Me va a ayudar a levantarme o va a permanecer ahí todo el tiempo observándome?

—Sí, perdone, perdone. Agárrese a mi brazo.

Sin poder evitarlo, me fijé en que esa noche, a diferencia de la anterior, llevaba una camisa blanca un poco desabrochada en el cuello, algo que le favorecía enormemente y le hacía lucir muy apuesto a pesar de tener las manos manchadas de tierra.

«Sofíaaaaaa, céntrate y deja de divagar», me dije. Con su ayuda conseguí levantarme. Mientras me sacudía la ropa y recuperaba mi dignidad, evité mirarle a la cara, pero pude notar que él sí me miraba con fijeza y cara de pocos amigos.

—¿Me puede decir, por favor, qué hace en mi jardín?

—Yo no estaba en su jardín —contesté indignada.

—Ah, ¿no? —preguntó sorprendido.

—No, bueno, sí, pero no de la forma que usted piensa.

La situación era tan tensa y absurda que no pensaba con claridad.

—¿Y de qué forma entonces? —preguntó exasperado.

—Mire, su jardín no es de mi interés. Paseaba por aquí y decidí pasar a saludarle, pero un ruido me ha alertado. He intentado acercarme para ver de dónde provenía y…

—¿Paseaba por aquí, dice? ¿Deseaba saludarme? —Me interrumpió.

—Padre, disculpe de verdad la intromisión. No quiero molestarle. Esto es de lo más embarazoso, así que me voy y ya volveré otro día.

—¿Volver otro día? Entonces es verdad que ha venido a verme a propósito. ¿De qué necesita volver a hablar conmigo? No lo entiendo. Yo estoy dispuesto a ofrecerle mi ayuda, pero, por favor, acuda a la iglesia a

horas más normales. Yo no recibo a nadie en mi casa.

Su tono era una mezcla de impertinencia y enfado.

—Pues sí, he venido a verle porque necesito hablar con usted de un tema delicado, aunque ya veo que no le apetece charlar conmigo hoy.

—¿Charlar? Pero ¿acaso piensa que mi casa es un club social?

—Padre, déjelo. He captado su malestar —respondí incómoda dándome media vuelta para alejarme de él.

—Sofía, espere. Disculpe mi tono. Es que me sorprende con sus extrañas apariciones y no sé muy bien cómo actuar. ¿Le parece adecuado que hablemos a estas horas de la noche?

Detuve mis pasos y me giré de nuevo.

—No, sé que no es una hora apropiada, pero, como ya le dije, es en este momento del día cuando ayudo a esas personas. Tan solo estaba comprobando si estaba usted en casa, no tenía ninguna intención de caerme en su puerta, padre, y sí, le tengo que reconocer que nuestros encuentros están siendo de lo más extraños y accidentados. Le ruego me disculpe.

—¿Sobre qué quiere hablarme hoy? —preguntó con algo de curiosidad.

Miré a mi alrededor entendiendo que aquel no era el lugar para hablar de ello y antes de que pudiese decir algo me invitó a entrar.

—Venga, pase, rápido, hace frío y no nos conviene que la vean entrar. Ya bastante escándalo ha montado usted sola.

Me sentía avergonzada. ¿Por qué siempre me pasaban cosas raras cuando estaba frente a aquel hombre? No me caracterizaba por ser una mujer torpe en mis movimientos. Al contrario, era muy aficionada al deporte desde pequeña, era fuerte y atlética a pesar de que tuve que dejar de practicar ejercicio en cuanto llegué a la mayoría de edad, pues estaba mal visto que una mujer ejercitase su cuerpo.

Entré de nuevo al salón y me acerqué al calor de la chimenea.

—Espere aquí, ahora mismo vuelvo.

Salió de la casa y regresó un par de minutos después con varios ramos de flores en las manos.

—¿Me va a regalar flores? —pregunté divertida.

—No, lo siento, estas flores no son para usted —sonrió—. Pero si quiere, le puedo volver a preparar un té delicioso con ellas. De hecho, estaba en el jardín recogiéndolas para almacenarlas y poder usarlas en unos días.

—¿Eso hacía en su jardín? ¿A estas horas, padre? —dije con ironía.

—Tiene usted razón. Debo reconocerle que yo también hago cosas a horas extrañas. —Sonrió como nunca le había visto hacerlo. Tenía una bonita sonrisa. Bajó la cabeza con timidez y se dirigió hacia la cocina.

Sin pensarlo dos veces le seguí hasta allí. Le sorprendió de nuevo verme entrar, pero antes de que pudiera decir nada hablé yo:

—Padre, no se enfade conmigo, me intriga sobremanera cómo elabora usted esos tés con flores. ¿Le importa si miro mientras los prepara?

—En absoluto, al contrario, me gusta enseñar. Es un procedimiento

sencillo que no requiere de mucha complicación. Lo único en lo que debe prestar atención es en no dejar que el agua hierva. Justo cuando el agua rompe a hervir debe alejarlo del fuego y echar el té y las flores. De lo contrario, tendrá un sabor demasiado fuerte y perderá parte de sus propiedades medicinales.

—¿Propiedades medicinales? —pregunté asombrada—. ¿Prepara estos tés para curar ciertas dolencias, no solo para deleitarse bebiéndolos?

—Hacer té es un ritual milenario, en muchas culturas se prepara incluso durante ceremonias. Después se bebe con deleite, pero sí, también sirve para aliviar ciertas dolencias como los dolores de cabeza y de garganta, así como catarros, reuma y un amplio etcétera. Sus propiedades han sido estudiadas durante siglos.

Se notaba que le encantaba hablar de aquello y disfrutaba dando datos.

—Lo sé, lo sé, he leído sobre plantas y sus propiedades —dije—. Además, mi padre era un gran aficionado a esta bebida. Pero nunca había probado ni había oído hablar de la mezcla de té con diferentes flores frescas. Es así como las usa, ¿verdad?

—Sí. Cuando están frescas mantienen todo su olor y sabor. Hay otras formas de usarlas una vez están secas, pero yo las prefiero así. Una vez calentado el agua, se añade el té y unas hojas o pétalos de las flores que desee y tras dejar reposar durante unos diez minutos, se cuela y ya está.

Aquella noche estaba sonriente y de muy buen humor. Me pregunté si mi visita le habría alegrado en el fondo.

—Por favor, vaya al salón y enseguida le llevaré una taza para que lo pruebe.

Le di las gracias y fui a sentarme cerca de la chimenea. Un par de minutos después llegó con una bandeja que depositó con cuidado en una mesita.

—Aquí tiene, su té con esencia de rosa y bergamota.

Se podía observar que se sentía orgulloso de sus conocimientos y aquello me resultaba extrañamente encantador. Puso una silla frente a mí y dijo:

—Sofía, discúlpeme, no quiero ofenderla ni ser reiterativo, pero ¿sobre qué quiere hablarme a estas horas? Ya le dije que para cualquier cosa que necesite puede encontrarme durante el día…

—… en su iglesia. Lo sé, lo sé, de verdad que soy consciente de ello, pero es que necesito hablarle de un tema delicado y soy muy recelosa. Tengo miedo de que alguien pueda escucharnos. Hay muchas personas implicadas a las que podría poner en peligro si nos descubren.

—La entiendo —dijo suspirando—. Sin embargo, necesito que entienda que la gente habla y si alguien la ve entrar aquí a estas horas podría causarnos serios problemas. Estas visitas no son apropiadas. —Su tono de voz sonaba sincero.

Sabía que le estaba poniendo en peligro, pero necesitaba su ayuda.

—Lo entiendo, créame, y conozco el riesgo que yo misma corro en estas

situaciones. No encuentro otra forma de poder comunicarme con usted de forma segura.

Cuando hablaba de nuestra labor con aquellas mujeres sentía una gran responsabilidad, así que intenté sonar sincera y, por primera vez, convincente.

—Padre, todas esas personas necesitan de nuestra ayuda. Sin embargo, proporcionarles los medios para huir y mantenerlas protegidas no es fácil y requiere la participación de varias personas. Además, nuestro trabajo no solo se ciñe a ayudar a mujeres maltratadas, como ya le dije, hacemos que sus hijos reciban formación, estudios de todo tipo para que puedan convertirse en un futuro en personas libres e independientes. Sabe a la perfección que dotar de formación a toda la clase trabajadora es algo impensable. Asimismo, entiendo que es consciente de la importancia que sigue teniendo el analfabetismo entre ciertos grupos sociales.

—Sí, comprendo lo que dice, pero ya existen algunas escuelas para niños pobres por todo el país. ¿Qué tienen de especial las suyas?

Parecía estar más interesado en esa parte. Cruzó los dedos de las manos y se reclinó hacia atrás en el asiento mientras me miraba con atención y el semblante serio.

—Sí, pero usted sabe que son escuelas pequeñas donde se segrega a los niños por su género.

—Lo sé, pero no veo un gran problema en ello.

—No sería un problema si se les proporcionase la misma formación. Por desgracia, mientras que a los niños se les enseña a leer y a escribir, las matemáticas más básicas y algo de religión, la enseñanza de las niñas se centra en aprender a bordar y coser para que sean unas buenas esposas y amas de casa en el futuro. ¿A usted le parece esto justo?

—No.

—Tristemente, la mayoría de esas niñas no van a la escuela, ya que son sus madres las que les enseñan en casa lo que necesitan saber para su vida de adultas. Sin embargo, tanto yo como otras personas creemos en un mundo mejor para ellas y luchamos cada día por cambiar sus destinos y por crear una sociedad más igualitaria para todos.

—Veo que su implicación es absoluta y que en verdad le preocupa el futuro de todas esas personas.

—¿Pensaba que me dedico a esto por simple aburrimiento? No, le puedo asegurar que haría mucho más si pudiese. No puedo soportar ver a esas pobres criaturas condenadas a no tener un futuro digno.

—La felicito por su labor. Es muy loable. De hecho, yo mismo visito varias de las escuelas de vez en cuando.

—Me alegro de que así sea. Usted debería sentir una mayor inclinación, incluso más que yo misma, a ayudar a esos niños.

—Así es y no dude de que me implico todo lo que puedo. Aunque sigo teniendo una duda al respecto de la educación que les proporcionan a las niñas. Imagino que dominar las tareas del hogar estará fuera de su interés.

La insistencia del padre Wilcox acerca del tipo de educación que los niños recibían me incomodaba. No entendía dónde quería llegar.

—Absolutamente. Eso se lo dejamos a sus madres. A veces, no nos es posible internarlas en una escuela al principio. Ahí es donde cobran importancia las familias, que con tanta amabilidad las acogen en sus casas. Allí, les proporcionan tutores que les enseñan a leer, a escribir y les instruyen en diversas materias como matemáticas, ciencias, filosofía, historia y literatura.

—Entiendo, pero creo que me está ocultando algo.

—No le entiendo, padre. Se las ayuda a convertirse en mujeres adultas cultas y formadas para poder tener una mejor vida, solo eso.

—¿Les explican que tienen derechos que pueden reclamar desde pequeñas?

—Sí. ¿Tiene algún problema con que así sea?

Aquellas preguntas me hicieron sospechar que, quizás, aquel hombre no era el adecuado para prestarnos su ayuda. Aún existía una amplia mayoría que no estaba dispuesta a dar poder y voz a las mujeres. Hice ademán de levantarme para irme de allí. Sentí temor de haberme equivocado de persona y haber puesto todo en peligro.

Me cogió del brazo antes de que pudiese levantarme de la butaca.

—Sofía, espere. No se vaya. Lo siento si la he incomodado. Solamente intentaba comprender en qué consiste su ayuda. No la estoy juzgando. Solo me interesaba por saber qué tipo de formación reciben esos niños. Como usted sabrá, no toda la formación es adecuada y es muy común llenar la cabeza de pájaros a la gente con ideas revolucionarias que solo logran ponerlas en peligro.

Tras escucharle decir aquello, volví a levantarme del asiento de nuevo, esta vez malhumorada.

—¿Me está queriendo decir que no se pueden enseñar ideas que no comulguen con su iglesia? Escúcheme bien, no sé a dónde quiere llegar, pero si está insinuando que lo que hacemos es alienar a esas personas para que se unan a alguna causa oscura o peligrosa, está usted muy equivocado. Lo único que intentamos es darles una mejor vida, les ayudamos a ser libres, a dejar de ser ignorantes y a no vivir atemorizados. Saber leer y escribir no debería ser un lujo. Cuando conocen sus derechos y se les dice que un mundo mejor más igualitario puede ser posible se les da alas para poder ser libres y elegir el tipo de vida que quieren vivir.

—Lo comprendo y entiendo sus motivos. No obstante, usted igual que yo, sabe que la información es muy peligrosa y que, aunque te hace libre, te pone en riesgo.

—Padre, yo veo cada día a esas personas sufrir porque no han tenido la suerte de haber nacido en una familia pudiente. Siento su dolor y frustración y veo en los rostros de sus hijos su mismo terrible destino. Si darles a esos niños una educación les ayuda a ser libres, lo seguiré haciendo a pesar del riesgo

que conlleva.

Ambos nos miramos fijamente con preocupación, puesto que los dos éramos conscientes de lo que estábamos hablando.

—¿Les enseñan a las niñas y mujeres a rebelarse contra todo lo que las ata a su realidad? No la estoy juzgando, créame. Estoy intentado hacerle ver el peligro que eso implica para todas las personas involucradas.

—Sí, les enseñamos a respetarse, a decir basta, a conocer que hay otro mundo fuera de sus hogares lleno de posibilidades, a levantar su voz y a crear su propia realidad.

—Y a exponerse a un gran riesgo —afirmó con rotundidad.

—Lo sé, lo sabemos, ellas son conscientes de que saber todo eso las hace vulnerables. Saben que no pueden compartir toda esa información con cualquiera, pero, poco a poco, hemos ido logrando que más personas se unan a nuestro movimiento.

—¿Movimiento? ¿Han formado algún tipo de organización para su causa? Usted no es consciente de lo que está haciendo —dijo levantándose de la butaca y acercándose a la ventana. Esta vez su rostro y su voz mostraron una preocupación real.

—Soy muy consciente de todo, padre. No obstante, le puedo asegurar que sin la colaboración de todas esas personas no podríamos llevarlo a cabo, por lo que es necesario estar muy bien organizados para no cometer errores.

—Temo que me esté usted hablando de esos movimientos de liberación de la mujer que están germinando en otros países. ¿Es así?

Dudé en contestarle o no a aquella pregunta, pero había ido hasta allí para pedirle su ayuda. Si no lograba que entendiese con claridad para qué le necesitaba, no lograría su beneplácito.

—Si. Le estoy hablando de un movimiento que busca ese tipo de libertad. La mujer debe dejar ya de ser un mero instrumento de sus maridos para alzarse como un elemento de poder clave para la sociedad —dije con rotundidad.

—Lo que me temía —dijo frotándose la cabeza.

—¿No está usted de acuerdo? —pregunté levantando un poco la voz.

—No es eso, calle, baje la voz —respondió angustiado—. Entiendo sus razones, de verdad, y no soy de esas personas que creen que la mujer debe seguir sometida a la violencia y el abuso por parte de nadie. Sin embargo, me está usted hablando de algo muy serio con serias consecuencias. Ha habido casos de mujeres que, tras haber sido descubiertas, han sido encarceladas.

—Lo sabemos, aún nos queda mucho por recorrer. No forzamos a las mujeres a que se expongan ni compartan sus ideas. Tan solo les proporcionamos una formación que les será de gran ayuda para empezar una nueva vida. Cuando nos es posible, internamos a sus hijas en colegios o instituciones fundadas por nuestros benefactores para que reciban la mejor formación.

—¿Sus escuelas para niñas están en grandes ciudades o en lugares más

recónditos? —preguntó intrigado.

—No le puedo decir dónde aún… Son instituciones pequeñas repartidas por distintas ciudades y países. ¿Le parece mal?

Tardó unos segundos en responder. Se mostraba cada vez más sorprendido, no daba crédito a lo que oía.

—No, no, no me parece mal —afirmó al fin—. Al contrario, me parece una muy buena iniciativa. Esas niñas desde luego estarán muy agradecidas por su labor.

—No lo hacemos para que nadie nos agradezca nada sino porque creemos con firmeza en la igualdad, en la fraternidad y en la libertad. Le suena, ¿verdad? Pues nosotros nos encargamos de llevar esas ideas a la práctica.

Hubo un largo silencio entre nosotros durante el cual nos miramos fijamente sin decirnos nada. De repente, se levantó para acercarse a una estantería que había a un lado de la chimenea. Buscó algo durante un rato. Cuando lo encontró, se acercó a mí. Abrió un viejo libro y sacó de él un papel doblado.

—Tenga, léalo.

Cogí el papel y lo desdoblé. Se trataba de un folleto en inglés que hablaba de la libertad y los derechos de las mujeres.

—¿De dónde ha sacado esto? —pregunté con recelo.

—Lo encontré tirado en el suelo en una calle de Londres hace unos meses. Estaba en mi país visitando a mi familia. Me llamó la atención y decidí cogerlo. Como puede observar, hay más gente que piensa como usted.

Por mi mente cruzaron varias teorías sobre quiénes podrían ser las personas detrás de esos panfletos, pero no era capaz de identificar a ninguno de nuestros colaboradores. Nadie había, al menos que yo supiese, dado órdenes de imprimir ningún folleto informativo.

—Está en inglés, ¿sabe leerlo? —preguntó.

—Hablo cuatro idiomas —dije con algo de jactancia.

Él sonrió ampliamente.

—Ya lo imaginaba, su padre hizo una gran labor con usted. ¿Su madre qué piensa de esto?

—Mi madre murió hace apenas unos años, ella no sabía lo que hacíamos mi padre y yo. Nunca se inmiscuyó en los asuntos de mi padre y él decidió que era mejor no compartir con ella nuestro *secreto*.

—¿Y qué cree que habría pensado de haberlo sabido? —preguntó con curiosidad.

—No lo habría entendido. Quizás no se hubiese opuesto a que mi padre lo llevase a cabo, pero se habría negado a que yo me involucrase. No la culpo tampoco, ella no recibió la educación que yo recibí.

—Entiendo.

—Mire, el motivo por el que estoy aquí es porque necesito su ayuda, de verdad. No le pido que se involucre en ayudar a esas mujeres ni en nuestras

ideas revolucionarias. Tan solo le pido que, si alguna vez lo necesitamos, nos preste su ayuda para poder cobijar y esconder durante una temporada a esas personas en algún convento o monasterio que usted crea seguro. Si no quiere, también lo entiendo. Comprendo que esto pueda generarle algún conflicto ético o quizás no desea verse en peligro por mi culpa. Tan solo le pido que, si esta es su decisión, por favor, no me delate. No exponga a todas esas pobres personas. Haga como que usted y yo nunca nos hubiésemos conocido y olvídese de mí.

Él sonrió con timidez. Había algo en su mirada difícil de descifrar. Sabía que había irrumpido en su vida de forma accidental, pero por alguna extraña razón, no parecía capaz de ignorarme. ¿Estaría sintiendo esa misma curiosidad que él estaba despertando en mí?

5

Tanto el padre Wilcox como Sofía llegaron al acuerdo de dejar pasar unos días para que él tuviese tiempo de pensar en su respuesta. No era una decisión fácil de tomar y, debido a su condición de párroco, debía tener especial cuidado de verse involucrado en escándalos o habladurías. Cuando tuviese una respuesta se la haría llegar de la forma más discreta posible.

Hasta entonces, Sofía decidió centrarse en su vida y en sus obligaciones diarias. Necesitaba mantenerse ocupada para no pensar demasiado, ya que no tenía la certeza de que hubiese conseguido convencerle del todo. El padre pareció comprender lo que ella le contó y no era contrario a esa forma de pensar y de actuar. Sin embargo, había algo en su actitud que la desasosegaba. ¿Y si la escuchó con atención para delatarla con toda la información necesaria? «No, no me delatará», pensó Sofía. Quizás rechazase involucrarse demasiado, pero no perjudicaría a los más necesitados.

Pasados unos días sin novedad ella empezó a inquietarse. Necesitaba conocer su decisión con urgencia o se volvería loca de la preocupación. Descartó ir a verle para forzarle a darle una solución; no le pareció una idea acertada. No podía presentarse en su casa sin avisar una y otra vez en medio de la noche. Debía pensar en otra forma de comunicarse con él sin levantar sospechas y sin comprometerle, por lo que optó por ir a la iglesia durante uno de los oficios y así, quizás, podría charlar con él de manera discreta unos minutos. Tan solo deseaba oír un sí o un no.

Llegó a la iglesia durante la misa de las nueve de la mañana y se sentó discretamente en uno de los bancos laterales. A pesar de que no era una mujer demasiado religiosa, la sobriedad de aquel templo le encogió el alma. Tan solo había estado en su interior tres o cuatro veces durante algún servicio religioso del que, tanto su padre como ella, no pudieron escapar. Su matrimonio con Alexander Marchand tuvo lugar en la catedral de San Andrés en Burdeos, ciudad natal de su esposo, por lo que, aquel lugar, a pesar de no estar a demasiada distancia de su hogar, no le era muy cotidiano. Sin embargo, se respiraba un ambiente cálido y agradable. No había demasiada gente, tan solo algunas mujeres sentadas cerca del púlpito, en las primeras filas. Y allí, en medio del altar, se hallaba él. Vestía una túnica blanca con un

escapulario dorado que le otorgaba una majestuosidad que la dejó sin palabras. Hablaba con tono tranquilo mirando a todas aquellas personas una a una. Sonreía y gesticulaba mientras recitaba versos y pasajes de las Sagradas Escrituras. Nunca había sentido tal deleite escuchando la palabra de Dios, pero, embelesada, se dejó llevar por su voz y la belleza de aquellas palabras. A continuación, él preparó todo lo necesario para llevar a cabo la comunión. Pensó en aprovechar la ocasión y acercarse para hacerle saber que estaba allí, pero enseguida descartó la idea por considerarla totalmente fuera de lugar. Podría ofenderse y aquello no sería beneficioso. Esperó con paciencia a que todo el mundo fuese saliendo lentamente de la iglesia para acercarse. Cuando se dirigía hacia él vio a una señora mayor acercarse. No podía escuchar su conversación, aunque sí pudo ver el cariño con el que la trataba y cómo entraron en el confesionario ubicado a la derecha del altar. Tuvo que retroceder unos pasos y sentarse con sigilo en un banco. No deseaba importunarle durante su trabajo.

La confesión se alargaba más de lo que parecía normal, así que empezó a impacientarse. No podía permanecer más tiempo sentada, se levantó y fue hacia allí para comprobar que en realidad se hallaban dentro. Llegó a dudar, presa de la inquietud, de si el confesionario tenía una salida alternativa. Se situó en la parte posterior y logró oír un ligero murmullo. Al cabo de un minuto la señora salió por fin y se marchó con gesto relajado. Había llegado la ocasión que no podía dejar pasar y sin pensárselo entró en el pequeño habitáculo. Nunca se había confesado y no sabía si existía algún tipo de protocolo a seguir ni cómo empezar a hablar. Se mantuvieron en silencio un par de minutos hasta que le oyó carraspear con la intención de hacerle saber que estaba ahí para escuchar lo que tenía que confesar. Se santiguó con rapidez en un acto de nerviosismo.

—Ave María Purísima —dijo finalmente. El corazón le latía con tanta fuerza que un rubor fuerte e incómodo le subió por las mejillas. «¿Por qué me provoca este hombre tanto desasosiego?», pensó. Aquel era su cuarto encuentro y nunca había notado tanto pudor.

—Sin pecado concebida. ¿En qué puedo ayudarla? —dijo en voz baja.

—Buenos días, padre. En realidad, no tengo nada que confesar —dijo con voz temblorosa.

—Entonces, ¿qué necesita? ¿En qué le puedo ayudar? Si no desea confesarse, podemos salir y hablar fuera —respondió con calma.

—No, no, no —dijo precipitadamente—. Tenemos que hablar aquí, fuera no podemos.

Hubo un silencio.

—¿Es la primera vez que viene a confesarse? —preguntó.

—Eh, no… digo sí, es la primera vez —afirmó nerviosa.

—Ya entiendo —dijo.

—¿El qué entiende? —preguntó. Nada más hacer aquella pregunta supo que estaba fuera de lugar.

El padre Wilcox emitió una leve tos.

—Lo siento —se disculpó—. Como ya le he dicho es la primera vez que me confieso y no sé muy bien qué hacer o qué decir.

—Entiendo —repitió.

«¿Por qué estaba tan serio y hermético aquel día?», se preguntó. Temía que la hubiese reconocido y considerase del todo errónea su presencia allí.

—¿Está segura de que no tiene nada que confesar? —preguntó con ironía.

—Puede que a los ojos de un hombre de Dios como usted tenga muchas cosas por las que confesarme, sin embargo, no logro encontrar ninguna que me provoque especial interés en compartir con un extraño —replicó un poco a la defensiva.

—¿Ahora somos extraños? —preguntó.

Sofía no pudo evitar abrir los ojos como platos ante semejante pregunta y el tono cálido de voz que empleó.

—Le recuerdo que se ha presentado en la puerta de mi casa en dos ocasiones y que la primera vez que nos vimos, se abrazó a mí con todas sus fuerzas.

—Veo que me ha reconocido —repuso molesta—. Es obvio que no es necesario que sigamos con este juego. Necesitaba verle y no quería volver a hacerlo en su casa.

—Entiendo.

—¿Ha acabado con todo su repertorio lingüístico en la misa de hoy? ¿No tiene nada más que decirme? —Su actitud le estaba poniendo de mal humor.

—Es usted la que ha venido a mí, de nuevo, para hablar, ¿no es así? —dijo—. Estoy esperando a que me cuente qué le inquieta.

Respiró hondo para no decir nada inapropiado.

—He venido hasta aquí para que usted me diga algo importante que prometió comunicarme y que no se ha dignado en hacerme saber.

—Le dije que cuando tuviese una respuesta se la haría llegar de forma segura —afirmó de forma tajante—. Si no ha recibido ninguna comunicación, quizás se deba a que la decisión aún no está tomada.

—¿Todavía no ha decidido qué va a hacer? —No podía creer lo que acababa de escuchar. Aquel hombre parecía estar tomándole el pelo. De nuevo las dudas y el recelo crecieron en ella.

—Quizás no.

—¿No ha sido capaz de tomar una decisión en cuatro días? —preguntó—. De acuerdo, mi intuición me ha fallado con usted. Le creí más comprometido con los más necesitados, pero ya veo que su misión se circunscribe a su labor dentro de esta iglesia. Me he dejado engañar por sus palabras y su cercanía.

Salió del confesionario con mal humor. Se dirigía a la salida cuando el padre Wilcox se acercó y le susurró que le siguiese.

Fue tras él sin saber muy bien hacia dónde iban. Al fondo de una de las

naves laterales había una pequeña puerta que abrió con diligencia. Le indicó que entrase rápidamente. Era una pequeña y deprimente sala llena de pequeñas imágenes y otros elementos religiosos. Se acercó a una mesa para depositar una Biblia que llevaba en las manos y, a continuación, se giró para mirarla. Su rostro estaba serio, por lo que Sofía levantó la cabeza en un gesto de orgullo y le enfrentó.

—Padre, creo que está jugando conmigo y no me parece justo. Esto no es un pasatiempo, hay mucha gente implicada. Si no quiere ayudarme, por favor, le ruego que me lo confiese de una vez. Si es lo que desea, daré media vuelta y no volverá a saber nada más de mí. Eso sí —dijo con firmeza—, espero que sea un hombre de palabra y no falte a su promesa de no delatarme.

—Es usted una mujer de fuerte carácter, como he podido comprobar en varias ocasiones.

—¿Ahora no le gusta mi forma de ser?

—¿Por qué siempre se toma todo lo que le digo como algo personal? Aún no le he dado mi respuesta y ya está de mal humor juzgándome y sacando conclusiones erróneas.

Tuvo que reconocer que tenía razón, por lo que guardó silencio. La incertidumbre estaba poniendo a prueba sus nervios y su paciencia.

—Si no le he dicho nada aún es porque quería hacerlo en persona. Necesito hacerle una petición a cambio de mi ayuda.

—¿Una petición?

—Sí, he decidido prestarle mi ayuda cuando así la requiera, pero, a cambio, deseo conocer de primera mano la educación que se les está proporcionando a esos niños y deseo visitar una de las instituciones que han creado para niñas.

Aquella confesión la dejó desconcertada. No había pensado en la posibilidad de que le impusiese alguna condición.

—Por mi parte no creo que haya ningún problema en obtener lo que me pide, no obstante, respecto a las instituciones para niñas, debo advertirle que ninguna se halla en París. Solo existen dos y están ubicadas en otras ciudades. Tendría que viajar hasta allí y no sé si usted podría ausentarse…

—Lléveme usted —la interrumpió con rotundidad.

—¿Yo? —preguntó sin comprender muy bien lo que le estaba pidiendo. ¿Quiere que viajemos hasta allí juntos?

—Sí, quiero conocer su labor allí y deseo que usted me la muestre.

Sofía se quedó sin palabras.

—Padre, la más próxima a París está en Nantes. No sé si podemos hacer un viaje tan largo sin una excusa convincente —afirmó con preocupación.

—Estoy seguro de que… —hizo un breve parón— *juntos* encontraremos la forma de poder realizarlo sin levantar sospechas.

La forma en la que dijo *juntos* le heló la sangre.

—Confío en usted, Sofía, por mí no se preocupe. Yo puedo ausentarme de vez en cuando para viajar a otras ciudades.

—De acuerdo. Buscaré la manera de lograrlo.

Antes de abrir con cuidado la puerta e invitarla salir, le cogió las manos y dijo:

—No tengo ninguna duda de que así será.

Y se alejó esbozando una tímida sonrisa.

6

SOFÍA

Llegué hasta donde me esperaba mi querido Belmont con cara de preocupación. Me abrió la puerta y me ayudó a subir con amabilidad, como siempre hacía, pero, antes de cerrar la puerta del carruaje, me preguntó si me encontraba bien. Mi rostro debía reflejar con claridad el desasosiego que sentía. Me urgía encontrar una forma de ausentarme durante varios días sin provocar conjeturas ni sospechas en mi marido. Él nunca prestaba atención a mis actividades, pero viajar hasta Nantes en soledad necesitaba de una buena excusa y, lo que era más necesario, precisaba de una idea que desalentase a mi marido de viajar conmigo. Sus continuos viajes de negocios le habían proporcionado una extensa red de amistades y temía que en aquella ciudad pudiese residir alguien a quien le apeteciese visitar.

La cabeza me daba vueltas con mil y una ideas, pero ninguna me resultaba lo suficiente persuasiva, por lo que opté por escribir a mi querida amiga Annette explicándole la situación y rogándole que me ofreciera una buena razón para ir a visitarla. Ella era mi mejor amiga de la infancia. Su padre, Didier Dufour, un reputado coleccionista de arte, fue el gran aliado del mío y junto a él hizo realidad su sueño de construir una sociedad más justa basada en el conocimiento y la ciencia. Crecieron juntos en un internado en Suiza y fueron inseparables, a pesar de vivir en diferentes ciudades, hasta la muerte de mi padre. Todos los veranos de mi infancia los pasé junto a ella y el tío Didier, como yo le llamaba, en una maravillosa villa que poseían en Niza. Adoraba a aquel hombre bonachón y alegre. Era mucho más divertido que mi padre y durante los meses estivales que pasaba con ellos nos permitía hacer cosas inimaginables para otras niñas de nuestra edad. Jamás olvidaría el día en el que nos compró dos bicicletas que nos dejaba montar durante horas por los jardines de la villa. Creo que fuimos las primeras personas en el país que adquirieron aquel nuevo y divertido invento. No sabíamos muy bien cómo usarlas, pero en aquello residía la diversión. Nos caíamos una y otra vez, manchábamos nuestras ropas, y nada de eso importaba al tío. Reía y

disfrutaba de vernos tan felices. La única que se atrevía a echarnos una regañina era el ama de llaves de la casa. La madre de Annette falleció cuando ella tenía apenas siete años. Tuvo dos hijos varones sanos y fuertes, pero el embarazo de la única hija del matrimonio fue complicado desde el principio. A pesar de que creían que no superaría el parto, por fortuna se recuperó, aunque se quedó muy débil durante el resto de años que vivió, aquejada principalmente de un agotamiento extremo y extrañas fiebres. Aquello dejó al pobre hombre abatido durante algunos años. Nunca rehízo su vida con una nueva esposa y se dedicó a criar a sus hijos con el mayor amor que poseía y en especial a su querida Anny.

Envié la carta al día siguiente con la esperanza de recibir una pronta contestación y como no pudo ser de otra forma, en escasos siete días recibí su respuesta. En su misiva me decía que estaba deseando volver a verme. Me confesó que iba a casarse con un marchante de arte que había conocido en una de sus prácticas de esgrima y que me había adelantado en escribir, pues tenía pensado hacerlo en un par de semanas para invitarme a pasar un tiempo con ella y así ayudarla con todos los preparativos. Aquello disuadiría a mi marido al instante. Los preparativos para un enlace, la elección de un vestido apropiado, el pastel, los invitados y demás tareas eran cosa de mujeres.

En mi carta no le mencioné la identidad de mi acompañante en el viaje. Tan solo comenté que había conseguido un nuevo aliado para nuestra causa pero que este, a cambio de su inestimable ayuda, había hecho una petición que debíamos concederle. Por el tono usado en sus palabras supe que se había hecho una idea equivocada de aquel hombre del que no podía revelar más detalles. Sin embargo, decidí que ya habría tiempo de explicarle todo en profundidad. Mi querida amiga siempre estaba dispuesta a crear enredos amorosos entre sus amigos y conocidos, por lo que no pude evitar sonreír. Era una loquilla encantadora. Ya encontraría la manera de explicarle todo cuando estuviésemos a solas.

Ahora tocaba darle la noticia a mi marido, hacerle llegar al padre Wilcox la información acerca del viaje y preparar todo lo necesario para un largo trayecto.

7

SOFÍA

Necesité un par de días para releer la carta de Annette y preparar un argumento creíble. Fue durante la cena cuando decidí sacar el tema, pues mi marido siempre se mostraba de mejor humor mientras comía.

—Querido, tengo que contarte algo —dije.

—¿De qué se trata? —preguntó sin mostrar demasiado interés—. ¿Algún problema con el servicio?

Aquel pobre hombre creía que las únicas preocupaciones y quehaceres de su mujer se limitaban a organizar todo lo que acontecía en nuestra casa.

—No, no, por aquí está todo perfecto. Se trata de otro tema.

Intentaba sonar relajada.

—Dime, entonces.

—Hace unos días recibí una carta de mi apreciada Annette en la que me anuncia su compromiso con Pierre Dubois, un marchante de arte belga que conoció hace unos meses, y me expresa su deseo de pasar unas semanas juntas para ayudarla con los preparativos, pero, sobre todo, para aconsejarla en la elección de su vestido de novia. Ya sabes que, al no tener hermanas y con su madre fallecida, pues…

—Está bien —dijo cortando la conversación.

—¿Te parece bien? —pregunté ocultando mi entusiasmo.

—Si es lo que deseas…

Con su tono dejó claro que aquel plan no le interesaba en absoluto. No obstante, necesitaba hacerle creer que su compañía sería agradable. Iba a jugármela todo a una, pero no me quedaba más remedio a fin de no levantar sospechas.

—¿No te apetece venir conmigo? —dije con miedo. La respiración se me agitó, aunque logré disimularlo con una inocente sonrisita.

—La verdad es que hace mucho que no visito Nantes.

El corazón se me salía del pecho.

—Allí reside un buen amigo al que hace mucho que no visito…

Se mostraba pensativo, pero no me miraba.

—Aunque… No, le visitaré en otra ocasión —dijo mirándome por primera vez—. Me alegra que desees hacer un viaje conmigo. Por desgracia, tengo un asunto importante que atender en las próximas semanas que no puedo demorar. Si lo deseas, podemos visitar la ciudad el próximo verano.

—Por supuesto, querido, eso me encantaría. La temporada estival es maravillosa allí. No te preocupes, volveré lo antes posible —dije.

El alivio tan grande que sentí me provocó un ligero mareo de cabeza. No era la primera vez que viajaba sola, pero aquella ocasión era distinta. Necesitaba que todo saliese bien. Algo dentro de mí me decía que aquel viaje iba a marcar un antes y un después en mi vida.

Antes de retirarme a descansar decidí escribir una nota al padre Wilcox contándole lo acontecido. No podía presentarme de nuevo en su casa. Tenía demasiadas cosas que preparar. Pedí a mi fiel Belmont que se la hiciese llegar con toda discreción esa misma noche con la información sobre nuestra hora de salida y punto de encuentro.



El padre Wilcox no pudo evitar sonreír tras leer la nota. Aquella mujer era increíble, pensó. Pero a continuación, se sintió inquieto. Esperaba estar haciendo lo correcto. Sofía le empujaba a hacer y decir cosas inexplicables. Aunque quería conocer todo lo que ella hacía por esas personas, aquel viaje implicaba estar a solas durante varios días. Deseó durante un instante no ser quien era, pero la realidad no se podía cambiar, por lo que dobló el papel, lo guardó en un cajón y suspirando decidió que haría de aquel viaje una oportunidad para conocer las necesidades de personas vulnerables y poder ofrecer su ayuda de otra forma. Quizás ella había aparecido en su vida para marcarle un nuevo camino. Poco imaginaba el gran cambio que iba a experimentar su mundo tras aquel viaje.

8

Preparar un viaje tan largo siempre requería de mucha organización, pues había muchas tareas que llevar a cabo. Desde hacía un año se podía viajar desde París a otras ciudades en el nuevo transporte para pasajeros, el tren de vapor; sin embargo, y a pesar de que la red de ferrocarril crecía exponencialmente mes tras mes incluyendo diversas paradas, muchas personas sentían algo de recelo a viajar en dicho medio, pues había constantes incidencias durante el trayecto y el viaje se alargaba más de la cuenta.

Sofía debía, además, poner a punto todos los enseres personales que llevaría consigo, tarea nada sencilla pues con toda seguridad tendría que asistir a más de una cena de etiqueta y a algún evento cultural importante. Necesitaría una variedad de vestidos, sombreros y demás complementos dignos de una señora de su clase.

Asimismo, y debido a la duración del viaje, Belmont debía recabar toda la información necesaria acerca de las casas de postas existentes en la ruta, a fin de planificar las paradas requeridas para dejar descansar a los caballos y poder repostar y comer. Había previsto pernoctar en dos hoteles si todo iba bien, uno en Chartres y otro en Angers. Anotaba todos los datos en un gran mapa que llevaba consigo en todos los desplazamientos largos. Sofía confiaba plenamente en él por lo que accedió a su petición de llevar con ellos a otra persona, un joven mozo que acababa de entrar a trabajar en la casa, que pudiese serles útil si surgía algún incidente durante el viaje.

Cuando todo estuvo listo, solo quedaba elegir el día de partida. Dos días antes, Sofía le envió una nota al padre Wilcox con todos los detalles. Le esperaría a la entrada del parque al despuntar el alba.

La noche anterior fue incapaz de conciliar el sueño. No le gustaban aquellos viajes tan largos, pero eran inevitables, así que intentó serenarse tomando una tisana relajante. «Seguro que el padre conoce algún té para los nervios con mejor sabor que este», se dijo. Pensar en él le hizo sonreír. Suspiró deseando que todo fuese bien durante su estancia con su amiga Annette, quien era encantadora, pero a veces podía llegar a ser un poco desconcertante.

Antes de la hora prevista para despertarse, se levantó para terminar de

preparar el vestuario. Estaba nerviosa y no podía permanecer más tiempo en la cama. Necesitaba usar ropa cómoda y a la vez cálida, pues los días eran aún fríos a pesar de estar a las puertas de la primavera.

Se reunió con su marido en el salón principal para tomar algo ligero antes de partir. Él le deseó un feliz viaje y le rogó que volviese lo antes posible. Por un momento sintió que sus palabras escondían un verdadero deseo de no estar separados durante demasiado tiempo, aunque enseguida pudo comprobar que la razón no era más que una importante recepción a principios del mes siguiente, con motivo de la visita a París de un destacado duque inglés, y a la cual no podían faltar.

En su matrimonio no había cabida para grandes demostraciones de cariño ni ella tampoco las buscaba. Sin embargo, sus palabras la hirieron. Se había desposado con él voluntariamente y su forma de ser tuvo un gran peso en su decisión. Sabía que, para poder seguir llevando a cabo la labor humanitaria de su padre, necesitaba a su lado a un hombre tranquilo, carente de toda pasión, que le diese la libertad que precisaba. Pero, aun sabiendo que era lo que ella había escogido, había momentos en los que la soledad y la falta de pasión la envolvían, cubriendo su alma con la nostalgia de un gran amor.

Se despidieron con un frío abrazo y la promesa de regresar pronto. Salió de la casa y se subió en el carruaje anhelando poder vivir durante aquellos días algo que aún desconocía.

9

Sofía llegó al punto de encuentro unos minutos antes de lo acordado. Belmont detuvo el carruaje con la esperanza de que el padre no se demorase mucho, pero los minutos pasaban y no aparecía. Sofía comenzó a impacientarse. Suponía que sería puntual y su tardanza le hizo temer lo peor. ¿Y si había decidido no hacer ese viaje finalmente?, pensó. Quizás lo había pensado mejor y no le parecía adecuado. Al fin y al cabo, iba a viajar con una mujer durante unos tres días. Los nervios se apoderaron de ella y empezó a temblar. El frío de la mañana no ayudaba tampoco. Estaba a punto de presentarse en su casa cuando le oyó dando los buenos días a los cocheros. Se asomó por la ventana para comprobar que era él. Su rostro sonriente fue un bálsamo para su ansiedad.

—Buenos días —dijo.

—Buenos días, padre. Temía que hubiese decidido no venir.

—Créame cuando le digo que he estado a punto de tomar esa decisión. Sin embargo, mi curiosidad por conocer de primera mano lo que hace es más fuerte que mi prudencia.

—Me alegro de que así sea. Estoy segura de que le va a gustar lo que va a ver. No utilizamos a esas niñas como armas en nuestra lucha, tranquilo. Todo se hace con la mejor intención y teniendo como principal motivación su bienestar.

—Partamos pues. Estoy deseando verlo.

Sofía dio la señal al cochero para partir. A pesar de estar sentados uno en frente del otro, no se miraban. Ambos disfrutaban del paisaje en silencio. Así permanecieron un largo rato hasta que el padre Wilcox dijo:

—¿Puedo preguntarle, si no es indiscreción, cuál ha sido la excusa que le ha dado a su marido para realizar este viaje? —preguntó con timidez.

—En realidad no he tenido que inventar nada. Simplemente le comenté el deseo de mi amiga de pasar un tiempo juntas con motivo de su compromiso. No sé si es cierto o no, pero me ha servido como coartada —dijo sonriendo—. Cuando lleguemos podré comprobar si es verdad que Annette va a casarse.

—¿Son amigas desde hace mucho tiempo?

—Desde pequeñas. Su padre era socio del mío en muchos negocios,

además de quererse como hermanos. Ambos crecieron en un internado suizo y compartían la misma visión de la vida. Juntos llevaron a cabo su labor humanitaria durante muchos años. Una vez que su padre falleció, Annette y yo cogimos las riendas, sobre todo en lo que concierne a la ayuda a las mujeres y a la educación de las niñas. Nuestros hermanos nos ayudan económicamente y consiguen fondos para crear nuevas escuelas o el acceso de jóvenes a distintas universidades sin ningún coste por su parte.

—¿Cuántos hermanos tiene? —preguntó.

—Tengo dos… bueno, tenía dos —respondió con tristeza—. Yo soy la más pequeña. Tengo un hermano mayor, al que adoro, pero al que, por desgracia, solo veo unas pocas veces al año. Siempre fue muy aficionado a la historia. Recuerdo verle leyendo libros que robaba a mi padre cuando no le veía. Pudo estudiar Geografía en la universidad, después de completar su formación en Bellas Artes, y cuando tuvo edad suficiente, se unió a una expedición que viajaba por todo el mundo haciendo realidad su sueño de conocer en persona todos los lugares que veía en los libros que estudiaba con avidez.

—Veo que en su familia son todos muy aventureros —dijo con una amplia sonrisa.

—Sí, no nos caracterizamos por seguir demasiado las reglas. La vida sería muy aburrida si lo hiciésemos, ¿no cree?

—Bueno, para algunas personas la rutina es algo impuesto, pero para otras es una forma de vivir una vida tranquila.

—¿Usted disfruta su vida? —preguntó sin darse cuenta de que acababa de hacer una pregunta indiscreta.

Él se mantuvo en silencio unos instantes observando el paisaje por la ventanilla. Después la miró a los ojos y dijo:

—Algunas personas no pueden elegir su destino. No siempre hace falta nacer en una familia humilde para verse atrapado en una vida que los demás han decidido por ti —dijo sin querer dar más detalles.

Sofía quiso seguir preguntando, pero algo en su interior le dijo que no lo hiciese. Aquel hombre no parecía sentirse cómodo hablando del tema.

—Imagino que, creciendo en una familia como la suya, usted misma tendrá una formación académica envidiable.

—Bueno, sería incoherente que mi padre no diese ejemplo con su hija. La presencia de mujeres no es muy grande aún pero cada día somos más las que conseguimos formarnos es estudios superiores.

—¿Puedo saber qué estudió?

—Aparte de su labor filantrópica, mi padre y el tío Didier eran unos magníficos coleccionistas de arte y supieron transmitirnos su amor hacia la cultura por lo que, aunque a todos nos permitieron elegir qué estudiar, nos recomendaron formarnos también en Bellas Artes, y así poder continuar con su labor de mecenazgo tras su muerte.

—¿Todos han estudiado Bellas Artes? —preguntó asombrado.

—Sí, mi hermano Adrien y Thierry, el hermano mayor de Annette, lo estudiaron en la universidad. Sin embargo, Annette y yo nos formamos en esa materia con varios profesores particulares que nos daban clases magistrales cada semana. Recuerdo esas lecciones con cariño porque, aunque hablar de todas aquellas obras de arte nos resultaba algo cotidiano, pues crecimos rodeadas de arte y artistas, éramos conscientes del gran valor que tenían. En alguna ocasión, tuvimos la inmensa suerte de poder ver, con nuestros propios ojos, alguna de las obras que estudiábamos expuestas en nuestra casa.

—¡Qué maravilla! —exclamó—. ¿Estudió algo más? Ya pude comprobar que habla varios idiomas.

—Sí, aprendí alemán por expreso deseo de la madre de Annette, que nació en Alemania, más tarde, tuve varias institutrices inglesas e italianas y en mi adolescencia, estudié literatura clásica.

—Cuando regresemos le pediré que me recomiende alguna obra. Yo también soy muy aficionado a la lectura —dijo con timidez.

—Por supuesto.

—Ha comentado que tenía dos hermanos. ¿Qué ocurrió con el otro?

—Murió —dijo emocionada —. Hace ya muchos años.

—Lo siento. No pretendía entristecerla.

—No se preocupe, su muerte ocurrió cuando yo era muy pequeña. Mi hermano Francois falleció a los diez años en un accidente montando su caballo. Era un gran amante de los animales y siempre estaba rodeado de ellos. Amaba a su caballo Troya con todo su corazón, pero un día, cuando intentó montarlo, el animal se agitó y tiró a Francois al suelo, con tan mala fortuna que se golpeó la cabeza con fuerza contra el suelo. Nada pudieron hacer por él.

—Lo siento.

—Fue un acontecimiento muy triste para todos. Era un niño muy alegre. Por desgracia todos tenemos un destino del que no podemos escapar —afirmó Sofía con pena.

—Esa idea es un poco contraria para una persona como usted, que lucha por romper los lazos del destino de todas esas personas a las que ayuda.

—Puede ser. A veces creo que es inevitable, pero hay momentos en los que me niego a aceptar que por haber nacido pobre estés condenado a no ser nadie y a vivir en la miseria —dijo con indignación.

—Es injusto, pero como ya le he dicho, muchas personas viven presas en una vida que no han elegido. Piense también en personas de su clase, que son forzadas a comportarse de una manera concreta, obligadas quizás a contraer matrimonio con alguien que no aman o a convertirse en algo por el mero hecho de no haber cumplido las expectativas de unos padres exigentes.

—No quiero resultar indiscreta, pero me da la sensación de que hablase usted en primera persona.

—Estoy haciendo una mera reflexión —comentó tras toser brevemente.

Aquella contestación confirmó las sospechas de Sofía de que le estaba

ocultando algo. Aun así, decidió dejarlo pasar y cambió de tema.

—¿Ha estado antes en Nantes, padre?

—Sí, hace varios años para visitar su catedral y su Diócesis.

—Padre, quería advertirle de algo —comentó un poco apurada—. Cuando conozca a mi amiga Annette le pido que no se haga una idea equivocada de ella. Es una mujer muy educada y respetuosa, pero vive su vida con mucha pasión y con una fe ciega en el amor… —carraspeó para aclarar la voz— y digamos que le encanta que todos a los que ama vivan el amor según su forma de entenderlo.

—No la entiendo —dijo algo confuso.

—Quiero decir que es muy aficionada a las novelas románticas. No le he comentado en mi carta quién es mi acompañante, tan solo que viajaría con alguien más, por lo que temo que se haya hecho una idea equivocada entre nosotros.

—Oh, ya entiendo. Espero que en cuanto lleguemos se disipen las dudas. No creo que le cueste mucho hacerlo, tan solo necesito salir del carruaje para que sea evidente —dijo sintiendo un fuerte rubor subiéndole por las mejillas.

—Sí, sí, por supuesto, ella se dará cuenta enseguida.

Un poco apurada, decidió que quizás sería apropiado mantenerse en silencio durante un rato, el traqueteo del viaje le estaba provocando un ligero dolor de cabeza, así que lo usó como excusa para poder cerrar los ojos y huir de aquel intento de conversación fallido.

A pesar de tener los ojos cerrados, pudo, durante unos minutos, sentir su mirada fija en ella. Notaba el corazón desbocado. Tras unos minutos, oyó cómo él se acomodaba en el asiento.

Después de varias horas de viaje, pararon a descansar en una preciosa posada. Allí pudieron refrescarse y comer con tranquilidad antes de emprender de nuevo el camino hacia Chartres, donde pernoctarían en un hotel. Nada más llegar, pidieron algo de comer y se retiraron a sus respectivas habitaciones a descansar. Había sido un día agotador y necesitaban descansar para recuperar fuerzas.

10

Se encontraron a primera hora de la mañana en el salón principal para desayunar. Sofía estaba hambrienta, así que disfrutó de un delicioso *petit déjeuner* mientras comentaba con él la ruta que iban a comenzar en un rato. Él la observaba comer maravillado. Ella dejo de masticar y, ayudándose con un poco de té, tragó como pudo el bocado que tenía en la boca.

—Padre, ¿está bien? Me está mirando como si no hubiese visto nunca comer a nadie.

—Estoy bien, estoy bien. Es solo que me fascina verla disfrutando así de la comida. No me malinterprete, no es una crítica. Simplemente nunca había visto a nadie deleitarse tanto comiendo.

Sofía se apartó un poco de la mesa avergonzada.

—Disculpe, espero no haberle hecho sentir incómodo. Es que adoro los dulces y cada vez que pruebo uno no puedo evitar saborearlo con gusto.

En ese instante se dio cuenta de que en el otro lado de la mesa no había más que una taza de té junto a un pequeño plato con un poco de fruta y los restos de una tostada.

—¿Solo va a desayunar eso? —preguntó perpleja—. Pasarán varias horas hasta que podamos parar a comer de nuevo.

—No se preocupe por mí, estoy acostumbrado a comer poco por las mañanas. Perdóneme si le ha incomodado mi comentario. Me ha parecido maravilloso verla comer. Tengo la sensación de que la mayoría de personas de su clase no lo hacen, como tampoco valoran el esfuerzo que hay detrás de tales manjares.

—Exacto, no solo los disfruto por su exquisitez, sino también porque soy consciente del duro trabajo que deben hacer las personas que trabajan en las cocinas de este gran hotel o en nuestras casas para darnos gusto y preparar platos complejos que requieren muchas horas de trabajo.

El padre Wilcox sonrió ante aquel comentario.

—¿Está seguro de que no quiere probar uno de estos? —le preguntó acercándole un dulce.

—Me temo que después de verla complacerse de esa manera no puedo rechazarlo —afirmó adelantando la mano para cogerlo—. Umm, tiene razón,

están deliciosos.

—Coma, coma, deje disfrutar a su paladar.

Al cabo de un rato y de comer varios dulces, se levantaron de la mesa para partir.

El camino hasta Chartres fue más agradable y distendido. El Padre Wilcox se hallaba de mejor humor, muy probablemente como consecuencia de su agradable desayuno. Conversaron sobre diferentes temas de actualidad y Sofía le dio algunos detalles acerca de su labor en las escuelas para niñas. Disfrutaron del camino e incluso de una apacible comida en un pequeño restaurante. Hacía un día soleado y no demasiado frío. Sin embargo, a primera hora de la tarde el tiempo cambió y el cielo se cubrió de unas oscuras nubes que presagiaban tormenta. Belmont confesó su deseo de llegar a Chartres antes de que empezase a llover con fuerza, sin embargo, cuando aún estaban a algo más de cien kilómetros, una fuerte ventisca se desató y los caballos empezaron a agitarse nerviosos. El cochero era un hombre muy experimentado, pero la fuerza del viento era tal que le hacía perder el control del carruaje provocando un vaivén incómodo que confiaban cesase en pocos minutos.

Al comprobar que la tormenta empeoraba, Belmont les comunicó su intención de desviarse del camino para intentar encontrar un refugio hasta que pasase el vendaval. Sofía dio su aprobación confiando en su criterio, pues no sabía cómo hacer frente a tal inclemencia meteorológica. Viajaron durante un rato por otra ruta y cuando parecía que la lluvia había remitido un poco, un gran trueno retumbó en el cielo. Los caballos se asustaron y empezaron a correr a toda velocidad. Belmont y su ayudante intentaron, sin éxito, detenerlos y de pronto, un golpe fuerte sacudió el carruaje y le hizo chocar contra una gran piedra que estaba en uno de los laterales del camino. Sofía se desplazó hasta el otro lado del carruaje debido al impacto, y se golpeó con fuerza en la cara y en la cabeza contra la puerta. El padre Wilcox también cayó cerca de ella dañándose el brazo. Tras unos minutos de angustia en el que el carro seguía avanzando sin control, Belmont logró detener a los caballos y parar el carruaje. Bajó apresuradamente de su asiento para comprobar si todos estaban bien. El mozo que los acompañaba no había sufrido ningún daño, por lo que le ayudó a abrir la puerta que parecía haberse quedado atascada. Cuando consiguieron abrirla, vieron a Sofía sangrando. Aquello los alarmó. Ayudaron primero al padre Wilcox a salir para comprobar si él también estaba herido, pero este les hizo saber que tan solo se encontraba un poco aturdido por el impacto. Una vez fuera del carro, se acercó para ayudar a Sofía, pero al ver la sangre que corría por su rostro, se asustó y pidió que le ayudasen a incorporarla. Ella les dijo que se sentía totalmente mareada y notaba un gran dolor en el labio y la cabeza. Los tres se miraron con preocupación. Belmont afirmó que el carruaje había sufrido un daño en una de las ruedas y que no podían seguir en él. Seguía lloviendo, pero, por fortuna, el fuerte viento había arreciado.

El padre Wilcox le levantó la cara con mucho cuidado para localizar el origen de la sangre y pudo ver que tenía una herida en el labio y una contusión en la frente. Aquello le angustió, pues temía que el golpe en la cabeza hubiese sido fuerte y pudiera provocarle algún tipo de sangrado interno. Necesitaban buscar ayuda rápidamente, pero ¿a dónde irían?, pensó. Tendrían que ir caminando y no estaba seguro de si ella podría ponerse ni tan siquiera en pie.

—Sofía, ¿puede oírme? —preguntó angustiado.

—Sí —dijo tras unos segundos de silencio—. Le oigo. ¿Qué ha pasado?

—Hemos chocado contra algo debido a la tormenta. Míreme, por favor, necesito comprobar que puede abrir los ojos. —Su tono de voz demostraba que se sentía agobiado por la situación.

Con esfuerzo, Sofía levantó la cabeza y abrió los ojos.

—Le veo padre, pero un poco desdibujado.

—No se preocupe —dijo intentando consolarla—. Es normal, está mareada. Tenga, beba un poco de agua.

Mientras daba un par de sorbos de una cantimplora, él sacó un pañuelo de su bolsillo. Lo mojó con un poco de agua e intentó retirarle parte de la sangre que le corría por el rostro. Sofía no era consciente de que sangraba, por lo que cuando vio el pañuelo manchado, se asustó.

—No se agobie, es solo un poco de sangre de una herida que le ha provocado el golpe contra la puerta.

—Me duelen mucho la cabeza y el labio —comentó llevándose la mano a la herida.

—No se preocupe, de verdad —dijo intentando mantener la calma—. Enseguida dejará de sangrar. Necesitamos encontrar ayuda, ¿cree que puede caminar?

—Lo intentaré. Llame a Belmont, por favor.

El hombre se acercó preocupado.

—Lo siento, señora, de verdad. Ha sido culpa mía. Intentamos detener el carro, pero ha sido imposible. Los caballos estaban muy asustados y debido a la fuerte lluvia el terreno está inestable y hemos perdido el equilibrio.

—No se preocupe, no le estoy haciendo responsable. Dígame, ¿está usted bien? ¿Y el muchacho que nos acompaña?

—Sí, señora, estamos los dos bien.

—¿Qué podemos hacer ahora? —preguntó Sofía.

—La piedra contra la que hemos chocado anuncia la entrada a un pueblo, por lo que, si mi intuición no me falla, en uno o dos kilómetros debería haber una posada donde encontrar asistencia. No obstante, siento decirle que todo su equipaje debe permanecer aquí hasta que podamos regresar en unas horas. Una vez esté segura, buscaremos la ayuda de varios hombres e intentaremos reparar el daño.

—No se preocupe por el equipaje —dijo Sofía—. Lo más importante es que podamos encontrar un sitio donde pasar la noche.

—¿Está segura de que puede caminar? —preguntó el padre Wilcox.

—Sí, no tema. Lo intentaré con todas mis fuerzas. No me queda más remedio si queremos encontrar ayuda.

La ayudó a bajarse del carro con delicadeza.

—Venga, apóyese en mí. Cuando sienta que necesita parar, dígamelo y nos detendremos hasta que se note con fuerzas para seguir caminando.

Por fortuna, la lluvia había cesado, pero el suelo estaba embarrado y caminar en aquellas condiciones no fue una tarea sencilla. Hubo ratos en los que pensaron que Sofía no iba a ser capaz de caminar más. El padre Wilcox soportaba casi todo el peso de su cuerpo y tiraba de ella para que siguiese caminando. Tras andar durante casi una hora lograron por fin llegar a una posada. Su aspecto no era muy acogedor, pero era lo único que tenían.

Entraron detrás de Belmont y se dirigieron a un pequeño mostrador que había al fondo. Al cabo de un minuto apareció una mujer un poco desaliñada. Ella los miró detenidamente durante unos instantes hasta que dijo:

—¿Qué les ha pasado? ¿Por qué tienen ese aspecto? —preguntó percatándose de la sangre en la cara de Sofía.

—Buenas noches, señora —dijo el padre en tono amable—. Nos hallábamos de viaje cuando nos ha sorprendido la tormenta. Nuestro carruaje ha sufrido un accidente y la señora se ha golpeado por el impacto. Le rogamos que nos ayude.

La mujer le echó una mirada indiscreta y tras darse cuenta de que se trataba de un párroco, accedió a ayudarlos.

—Vayan a aquella mesa, enseguida vuelvo —afirmó.

Se sentaron junto a una pequeña ventana. Sofía se sentía de nuevo mareada, por lo que apoyó la cabeza en el hombro del padre Wilcox con la intención de hallar estabilidad. Él se movió inquieto.

Unos minutos después la posadera les trajo un poco de agua, cerveza y algo de comer, pero al ver que no comían comentó:

—¿No desean comer nada? Imagino que estarán hambrientos del viaje.

—Disculpe —dijo Belmont—. La señora está herida y necesitamos un lugar donde pueda descansar y curarse hasta que tengamos el carruaje reparado. ¿Tiene alguna habitación?

—Ah, entiendo. Sí, tengo una habitación libre en la planta de arriba. Si quieren pueden ir allí a descansar —dijo sin mucho interés.

—Gracias. ¿Podría indicarnos dónde es? —preguntó Belmont.

—Suban las escaleras. Es la habitación al final del pasillo. Tenga, aquí está la llave.

Subieron hasta la primera planta con gran esfuerzo, pues las escaleras eran estrechas y Sofía necesitaba ir apoyada. Apenas cabían en el espacio, de manera que tuvo que estrecharse junto al padre.

La habitación era pequeña y fría, tan solo iluminada por unas cuantas velas medio gastadas. La llevaron hasta la cama, donde la tumbaron. Ella respiró aliviada de encontrar por fin un sitio donde poder descansar.

El padre Wilcox inspeccionó la habitación con desagrado. No era un

lugar propio de una señora como Sofía, pero no estaban en condiciones de pedir nada mejor. Decidió encender la chimenea para que pudiesen, al menos, entrar en calor. Mientras intentaba prender la madera, la miraba para comprobar su estado. De repente, el sonido de un llanto le alarmó. Se acercó corriendo a la cama.

—Sofía, ¿qué le ocurre?, ¿por qué llora?

—Padre, me duele mucho. No aguanto el dolor que tengo en el labio. Me palpita y me escuece mucho.

—Lo sé, lo sé —dijo mirándola con ternura—. En cuanto encienda el fuego intentaré encontrar algo para poderle aliviar ese dolor. No llore, por favor.

Cuando tuvo el fuego prendido, comentó que volvería en un instante y a pesar de la resistencia de Sofía a quedarse sola en aquella habitación, bajó corriendo para encontrar a la posadera. La vio al fondo de la sala limpiando unas mesas.

—Disculpe, necesito su ayuda urgente. La señora ha sufrido un fuerte impacto y siente mucho dolor. ¿No tiene nada que pueda aliviarla?

—Esto no es una botica, padre —contestó la mujer con poco entusiasmo.

—Ya lo sé, pero seguro que tiene algo que use usted misma cuando tiene alguna herida o sufre algún golpe en su trabajo.

—No sé qué le podría ser de ayuda. ¿Podría servirle un ungüento que tengo para las picaduras?

—¿De qué está hecho? —preguntó esperanzado.

—Lleva aceite de ricino y árnica.

—Perfecto, me servirá. Tráigamelo. ¿Tiene por casualidad lavanda?

—Sí, tengo flores de lavanda que uso para lavar la ropa.

—Estupendo, traiga el ungüento, y cuando pueda, le estaría muy agradecido si le subiese a la señora un poco de agua caliente y unos paños limpios. Ah, y traiga una taza de agua hirviendo junto con unas cuantas flores de lavanda y si tiene, un poco de miel.

La mujer se fue a buscar todo lo que le pidió. Aquel cura parecía saber qué hacer con aquellas cosas. Se limitó a traerle lo que necesitaba y subió a llevar una jofaina con agua limpia y los paños. Depositó lo que llevaba en una mesa y salió de la habitación.

Él añadió las flores de lavanda en la taza junto con la miel y lo dejó reposando un rato mientras mojaba un paño en el agua caliente. Se acercó a la cama y la ayudó a sentarse.

—Venga, Sofía, necesito limpiarle la sangre y curarle esa herida del labio. Quizás le duela un poco, pero intentaré hacerlo con suavidad.

Le pasó el paño por la frente con cuidado limpiando toda la sangre pegada. Mientras tanto, Sofía ponía gestos de dolor que él intentaba aliviar aflojando la presión. Al llegar al labio dio un grito. El contacto con el agua caliente le provocó un escozor inaguantable. Quiso apartarse de golpe, pero una vez más, él logró calmarla hablándole con delicadeza.

A continuación, cogió el ungüento y empezó a aplicárselo con cuidado sobre la herida. Ella se quejó e intentó apartarle la mano. Él se detuvo un instante.

—Sofía —dijo con toda la ternura que le fue posible—, sé que le duele, pero le prometo que si me deja aplicarle esta pomada en un rato notará un gran alivio.

Tras hacer un mohín, le dejó continuar. El padre se puso un poco más de aquel emplasto en el dedo y volvió a aplicárselo con suavidad. Sentir su delicado tacto la estremeció. Sin embargo, él se hallaba tan absorto en su tarea que no se percató de que ella le observaba. Ver cómo la cuidaba e intentaba infligirle el menor dolor posible la emocionó. Intentó reprimir el llanto, pero no pudo. De repente, una lágrima le corrió por la mejilla, le rozó el dedo y le sacó de aquel trance. Se sonrojó al comprobar que le miraba fijamente, por lo que terminó de aplicar el ungüento y se levantó de la cama.

Fue hasta la chimenea para mover un poco los troncos e intentar serenarse, pero Sofía rompió a llorar de nuevo.

—Sofía, no llore, por favor.

—Padre, discúlpeme, de verdad. Siento que desde que le conozco no le he traído más que problemas. Mírenos, este iba a ser un viaje agradable y hemos terminado de esta forma.

—No se apure —dijo desde la distancia—, nadie es responsable del accidente. Seguro que mañana ya habrán reparado el carro y podremos proseguir con nuestro viaje.

Lloraba de forma incontrolable presa de los nervios. Necesitaba descansar, pero el dolor tan intenso se lo impedía.

Se acercó de nuevo a ella con la taza entre las manos.

—Tenga, beba esto despacio. Le he preparado una infusión de lavanda y miel que le calmará el dolor —dijo con ternura—. Necesita serenarse y descansar.

Se bebió poco a poco la infusión y cuando la terminó, él le pidió que se deshiciese de la ropa mojada y manchada por el barro para poder acostarse y descansar mientras él salió de la habitación para darle la intimidad que precisaba ese momento. Cuando regresó, ella seguía sentada en la cama tapada con una gruesa manta confiando en que, con la ayuda de la tisana y el calor, pudiese dormir. Con sumo cuidado él la ayudó a recostarse y cuando se disponía a despedirse de ella para dejarla descansar, ella le rogó que no la dejase sola.

—Padre, por favor, no se vaya —le imploró—. Me encuentro muy mal y estoy asustada. Me duele mucho la cabeza, no me deje aquí. Se lo ruego, deme la mano. No se vaya —le repitió.

Se acercó lentamente hasta la cama.

—Venga, siéntese aquí conmigo. Solo hasta que me duerma, por favor.

Sofía le agarro del brazo obligándole a sentarse en el borde de la cama. Se abrazó a él con fuerza haciendo que se recostase en la pared. Le puso la

cabeza en el pecho mientras temblaba de frío. Él se mantuvo inmóvil durante unos minutos, pero, a continuación, cogió otra manta que había a los pies de la cama y se la echó por encima cubriéndolos a los dos. Después comenzó a acariciarle la cabeza suavemente. Sentir su tacto tan cercano aceleró el corazón de Sofía. Podía oír cómo le latía. Permanecieron así durante un largo tiempo hasta que el sueño la venció por fin. Cuando comprobó que estaba profundamente dormida, la besó en la frente y se levantó con cuidado. Bajó las escaleras y salió a la calle en busca de un poco de aire. El tacto de sus labios en la piel de Sofía y lo que había sentido en aquel abrazo le atormentaban. Hubiera dado la vida por poder quedarse dormido en esa cama, aunque sabía que no era posible. Sintió ganas de llorar por primera vez en muchos años, pero respiró hondo para calmarse. El destino le acababa de recordar que la libertad era tan solo un concepto utópico que no tenía cabida en su vida.

11

SOFÍA

Me desperté nada más amanecer. Estaba aturdida y no sabía dónde estaba. Miré a mi alrededor intentando identificar el lugar, pero nada me resultaba familiar. Me froté los ojos con fuerza y al bostezar fui consciente de la herida que tenía en el labio. «Maldita sea», mascullé. Acababa de recordar el accidente de la noche anterior y me angustié al comprobar que estaba sola en aquella habitación. Me levanté con prisa de la cama para ir a buscar a mis acompañantes, pero, cuando estaba a punto de salir de la habitación, llamaron a la puerta. Abrí esperando encontrar al padre Wilcox, sin embargo, se trataba de la posadera que me traía algo de comer y agua caliente para lavarme.

—Buenos días, señora —musitó—. Le traigo algo de comer y agua para que se asee por orden de su amigo.

«Por orden de su amigo», repetí mentalmente. Aquello significaba que el padre Wilcox estaba por allí.

—Gracias. Déjelo en aquella mesita, por favor. ¿Puede decirme dónde se encuentra mi acompañante? —Aquella no era la palabra más adecuada para definirlo—. Quiero decir, ¿sabe dónde está el padre?

La mujer me miró con un gesto que no supe descifrar con exactitud.

—Está abajo. De hecho, lleva allí varias horas. La está esperando.

—De acuerdo, gracias. Dígale que bajaré enseguida.

—Como usted diga —replicó según se marchaba.

Suspiré aliviada al saber que no me había abandonado en aquel lugar, aunque me intrigaba dónde habría pasado la noche. Necesitaba descansar igual tanto como yo y, si no recordaba mal, debía tener dolor en el brazo tras el accidente. Esperaba que hubiese podido reponer fuerzas. Quizás aquella mujer le hubiese permitido dormir en otra habitación.

Me lavé y vestí con rapidez a la vez que comía una pieza de fruta. Mi visión en un pequeño espejo me desagradó. La herida del labio tenía mal aspecto, pero tampoco ayudaba a tener buena cara el chichón en la frente. Dejé pasar el tema de mi apariencia y salí de la habitación para averiguar en

qué estado se hallaba el carruaje. Aquel incidente iba a retrasar nuestra llegada a Nantes y Annette se angustiaría por nuestra tardanza. Debía encontrar una forma de hacerle llegar un mensaje contando lo sucedido para no asustarla cuando nos viese.

Al llegar abajo no vi a nadie. Me acerqué al viejo mostrador que había a la entrada, pero no había ninguna persona al otro lado. Decidí salir a la calle y comprobar dónde estaba todo el mundo. Me alegré de ver a Belmont y un par de hombres más junto a nuestro carro ya reparado. Me dirigí hacia ellos esperando ver al padre Wilcox, pero me sorprendí al comprobar que no estaba allí.

—Buenos días a todos. Qué alegría me da verte, Belmont, y comprobar que estás bien.

—Buenos días, señora. Me alegra muchísimo ver que está bien. Nos tenía muy preocupados. Esa herida en el labio no tiene buen aspecto. ¿Quiere que llamemos a un médico?

—No, no, no se preocupe, de verdad. Es más alarmante por su aspecto que lo que en realidad es. No es más que una herida que cicatrizará pronto. Ya está reparado el carruaje, ¿no?

—Sí, todo está preparado, señora. Unos amables hombres nos ayudaron a traerlo hasta aquí y a reparar la rueda dañada. Podemos partir en cuanto lo deseen.

—Por cierto, ¿sabe dónde está el padre?

—Lo vi hace una hora más o menos. Me dijo que iba a pasear un rato mientras usted se despertaba, pero no sé hacia dónde se ha dirigido —musitó —. Estaba un poco raro y no quiso que le acompañásemos.

—Gracias, volverá enseguida —indiqué.

Las palabras de Belmont me hicieron sospechar que quizás el padre se sentía mal por lo sucedido. ¿O había algo más? Tenía los recuerdos de la noche anterior poco nítidos, pero sí recordaba el tiempo que permanecimos abrazados hasta que me venció el sueño. De hecho, en un arrebato de romanticismo, soñé que me despertaría en esa posición, aunque lo único que encontré fue una cama vacía y fría. No debí haberle forzado a abrazarme; no obstante, me sentía muy vulnerable y necesitaba consuelo.

Cerré los ojos durante unos instantes para recordar su tacto y su olor y sentí como se me erizaba el vello. Unas voces provenientes de la posada me trajeron de vuelta a la realidad. ¿En qué estaba pensando? ¿Cómo era posible que me estuviese recreando de aquella manera en aquel recuerdo? Me urgía poner los pies en la tierra y prepararlo todo para nuestra inminente partida. Entré de nuevo para recoger mis pertenencias, agradecer a la mujer su ayuda y pagarle con generosidad nuestra estancia. En unos minutos tenía todo dispuesto para emprender el viaje, pero él no aparecía. ¿Habría engañado a Belmont diciéndole que iba a pasear cuando en realidad había vuelto a París? Aquella posibilidad se me antojaba muy real dadas las circunstancias. Estuve perdida en mis pensamientos durante unos minutos. Luego me acerqué de

nuevo a la mujer que se hallaba tras el mostrador limpiando unos vasos y le pregunté:

—Disculpe, ¿ha visto al padre? —susurré.

La mujer levantó la cabeza para mirarme y afirmó:

—Está detrás de usted.

Me giré de inmediato y le vi observándome en silencio.

—Buenos días —dije aliviada—. Le estaba buscando. Belmont me ha dicho que está todo listo para partir. ¿Se encuentra bien? Espero que haya podido descansar. ¿Le duele el brazo? —Estaba tan nerviosa que no podía parar de hablar.

—Estoy bien, gracias —dijo sin mirarme—. Me alegra comprobar que usted también lo está.

—Sí, ya me encuentro mejor. Muchas gracias por su ayuda. Si no hubiese sido por usted, yo…

—¿Nos vamos? —preguntó cortando la conversación con brusquedad.

—Por supuesto, vayamos a avisar a Belmont —dije apurada.

Subimos al carro confiando en llegar lo antes posible, pero aún nos quedaba una pernocta más antes de alcanzar nuestro destino. Habíamos reservado una noche en un bonito hotel en la ciudad de Anders a unos noventa kilómetros de distancia de Nantes.

Intenté en vano entablar una conversación agradable; el padre se mostraba serio, muy parco en palabras, y tan solo se limitaba a observar el paisaje pensativo. ¿En qué estaría pensando? ¿Debía hablarle de lo que ocurrió la noche anterior? No, no lo haría. Aquello podría tensar más aún la situación.

Permanecimos en silencio durante un largo rato hasta que comentó:

—Creo que cuando lleguemos a nuestra siguiente parada debería buscar un médico que le revise esa herida en el labio y le haga un reconocimiento. Se golpeó fuertemente en la cabeza —señaló sin mirarme.

—Sí, creo que será lo mejor —logré decir—. No obstante, no se preocupe por mí, me encuentro bien. El dolor de cabeza ha desaparecido y tan solo me queda el dolor en el labio, aunque es soportable. Anoche no lo era, pero ahora sí.

Mis palabras le incomodaron. Tosió levemente. Me di cuenta de que no debería haber hecho aquella afirmación. Empecé a frotarme las manos, nerviosa. No sabía cómo afrontar lo que había pasado, sin embargo, creía que era necesario aclarar ciertas cosas, por lo que finalmente dije:

—Padre, no quiero incomodarle, pero necesito hablarle de lo que ocurrió anoche.

Suspiró.

—Tan solo quiero agradecerle su ayuda, una vez más, y pedirle disculpas por si hice o dije algo inapropiado. Le aseguro que me encontraba muy mal, muy dolorida, angustiada y necesitaba… —no encontraba las palabras adecuadas— necesitaba sentir el consuelo de alguien.

Él observaba sus manos sin atreverse a mirarme. Estaba nervioso y apostaba a que tampoco encontraba las palabras que necesitaba para responderme. Tras varios suspiros y después de rascarse la barbilla y la frente en varias ocasiones dijo:

—Sofía… creo que es mejor que no le demos mayor importancia a lo que ocurrió. Es cierto que no estaba bien, por lo que no le tengo en cuenta nada de lo que hizo y dijo anoche.

—¿Lo que dije e hice? —pregunté asustada—. ¿Acaso le dije o hice algo inapropiado que no recuerdo?

—Bueno, no exactamente, pero me suplicó que la abrazase y…

—¿Le supliqué que me abrazase? —mascullé algo molesta.

—Sí, me pidió en varias ocasiones que no la dejase sola y que por favor la abrazase porque se sentía mal.

Levanté la vista y le miré directamente. Al ver que seguía mirando a través de la ventana dije:

—Padre, míreme a la cara, por favor.

No me hizo caso y siguió evitando mi mirada.

—Padre, le pido que me mire a la cara.

Giró lentamente la cabeza hasta que nuestros ojos se encontraron por primera vez desde la noche anterior.

—¿Se sintió obligado a hacer algo que no quisiese hacer anoche? —protesté—. Dígame, por favor, si le obligué a hacer algo que usted no deseaba hacer.

—No, no me obligó a hacer nada.

—Entonces, ¿cuál es el motivo de su queja?

—No me estoy quejando —replicó—. Tan solo le estoy diciendo lo que ocurrió.

—No, no es cierto. Yo no necesito que usted me cuente lo que allí ocurrió porque yo también estaba allí. Lo que quiero es que sea sincero y no me acuse de algo que podría malinterpretarse.

—No entiendo a dónde quiere llegar —añadió.

—Lo sabe muy bien, padre, pero ha preferido responsabilizarme a mí de lo que ocurrió entre nosotros en vez de afrontar la verdad.

—¿Qué verdad?

—¿Quiere que sea sincera? De acuerdo, lo seré. La verdad es que usted deseó ese abrazo tanto como yo. Es más, creo que usted lo disfrutó, ya que usted también se encontraba mal debido al accidente y…

—Yo lo único que pretendí era darle el consuelo que necesitaba —dijo tras unos momentos de silencio.

—Y yo se lo agradezco de todo corazón, pero me parece injusto que insinúe que se vio forzado a hacerlo.

—No, no me forzó a hacerlo, por supuesto que no, aunque… ¿qué otra cosa podía hacer? No se sentía bien y lloraba sin consuelo.

Su cinismo estaba empezando a enfadarme.

—¿También le obligué a acariciarme el pelo y a besarme en la frente cuando se levantó de la cama para marcharse?

Me mantuvo la mirada unos instantes, justo después suspiró y se llevó las manos a la cara. Se frotó los ojos y la frente con fuerza y dijo:

—Sofía, por favor, dejemos el tema, se lo ruego. Lo que pasó fue debido a la situación de nervios en la que nos encontrábamos. No le demos más vueltas al asunto.

Asentí con gesto de disgusto. No podía creer lo que estaba escuchando. Era consciente de que la situación era delicada y que la debíamos mantener en secreto, sin embargo, la frialdad con la que respondió me dolió. Aquella conversación no había terminado aún y ya me encargaría de encontrar otro momento para sellarla.

Continuamos el viaje sin apenas dialogar a excepción de cuando paramos a comer. Nos limitamos a hablar de temas triviales hasta que por fin llegamos al hotel al anochecer. Tras registrar nuestra llegada, nos retiramos a descansar, aunque lograrlo no iba a ser fácil para ninguno de los dos. Nuestra discusión en el trayecto había afectado visiblemente a nuestro estado de ánimo. Quizás nuestra próxima llegada a Nantes al día siguiente consiguiese aplacar nuestro disgusto y distanciamiento.

12

A pesar del cansancio que acumulaban por el largo viaje y de la comodidad que les ofrecían las maravillosas habitaciones del hotel, ninguno de los dos logró dormir. Entre ellos se había instalado una molesta tensión que los hacía sentir incómodos en la compañía del otro. Necesitaban aclararlo todo antes de llegar a Nantes, ya que presentarse ante la amiga de Sofía con aquella actitud le haría sospechar.

Sofía se arregló con rapidez para ir a hablar con él, aunque cuando llamó a su habitación, nadie abrió la puerta. Bajó al salón principal y le vio sentado en una mesa frente a un gran ventanal. Se acercó con sigilo mientras le observaba tomar un té y, para su sorpresa, disfrutando de unos dulces.

—Buenos días, padre. Veo que se ha despertado hambriento hoy y que no ha podido rechazar empezar el día con un dulce —dijo en tono cordial.

—Buenos días —respondió girándose para mirarla—. Sí, este maravilloso olor me ha hecho caer en la tentación.

Nada más decir aquello agachó la cabeza, sonrojado.

—Ya veo. Hace usted bien. Un dulce no le amarga a nadie —respondió quitando hierro a la situación—. ¿Le importa si me siento con usted?

—En absoluto. Tome —dijo acercándole un trozo de lo que parecía un *pain au chocolat.*

—Gracias.

Desayunaron en silencio hasta que Sofía dijo:

—Padre, creo que deberíamos intentar olvidar lo que ocurrió tras el accidente. Es obvio que desde entonces nos sentimos incómodos, pero no podemos llegar a casa de Annette manteniendo esta actitud o ella sospechará que nos ocurre algo y…

—Y… —repitió.

—Pues que es un poco curiosa, como ya le dije, y no parará hasta averiguar qué ha pasado y eso no nos conviene a ninguno de los dos.

—No, por supuesto que no. Por mi parte está todo olvidado —afirmó desviando la mirada hacia la ventana—. No fue más que un malentendido debido a la situación.

—Sí —respondió evitando volver a entrar en una nueva discusión—.

Como usted dice, fue un malentendido que no volverá a ocurrir.

Cuando acabaron de desayunar, emprendieron el camino con la esperanza de llegar a Nantes al mediodía. Por fortuna, aquellos últimos kilómetros fueron más agradables, ya que Sofía se dedicó a relatarle con entusiasmo parte de las actividades que iban a llevar a cabo durante su estancia con Annette. La noche antes había conseguido mandar un mensaje a su amiga comunicando su retraso, aunque dudaba de si llegaría con antelación a su llegada.

Llegaron a la Mansión Dufour justo antes de la hora del almuerzo. Annette los esperaba ansiosa pues acababa de recibir la comunicación y no estaba segura de en qué estado iba a encontrarlos. Cuando vio aparecer el carruaje por la puerta principal suspiró aliviada. Se moría de ganas de abrazar a su querida amiga, a la que no veía desde hacía algunos años.

Sofía se bajó del carro con prisa para fundirse en un gran abrazo con ella.

—Oh, Annette, mi querida amiga, cómo te he echado de menos. —Después de saludarse con afecto se apartó de ella para mirarla.

—Querida amiga, ¡estás herida! —señaló—. ¿Qué os ha pasado?

En aquel instante el padre Wilcox bajó del carruaje con discreción. No quería interrumpir su reencuentro. Annette le observó con atención y puso un gesto de asombro.

—¿Usted es el acompañante de Sofía? —quiso saber.

—Sí, soy yo. Encantado de conocerla —respondió acercándose para saludarla—. Usted debe ser Annette, la amiga de la señora… —Guardó silencio pues acababa de darse cuenta de que desconocía el verdadero apellido de Sofía.

—Sí, sí, ella es mi amiga de la infancia. Encantada de conocerle, padre —dijo observándole de nuevo con detenimiento—. Sofía, querida, pasemos dentro para que podáis descansar. Ordenaré de inmediato que avisen al médico para que venga a comprobar que os encontráis bien.

Se dirigieron a un precioso salón en la planta baja. Sofía sonrió con nostalgia cuando olió el maravilloso aroma de las flores que siempre había dentro de la casa.

—Tomad asiento, por favor. Mandaré traer un té caliente y haré subir el equipaje a las habitaciones. La comida se servirá en un rato, pero antes necesito que me cuentes qué pasó para que hayáis sufrido tremendo accidente.

Mientras Sofía le contaba a su amiga todo lo acontecido, el padre se dedicaba a observar todo a su alrededor. El salón era una maravilla: la luz entraba a través de unos preciosos ventanales que daban a un jardín de ensueño que su padre diseñó para su esposa hacía muchos años. La sala era una colección de arte en sí misma. Él miraba absorto los diferentes cuadros y esculturas estratégicamente situados en un punto exacto donde se destacaba su belleza. Como si aquel despliegue de arte no fuese suficiente, toda la sala estaba llena de ramos de flores que desprendían un olor extraordinario, un detalle que provocó una ligera sonrisa en su rostro.

—¿Sabes, Annette? El padre Wilcox es muy aficionado a la botánica —dijo sacándole de su ensimismamiento—. Tiene un precioso jardín que cuida con esmero y es todo un experto en hacer infusiones y tés deliciosos con algunas de sus flores.

El padre la miró sonriendo. Agradecía aquellas palabras de cariño dirigidas hacia él.

—Señora Dufour, tiene un jardín espléndido que espero me permita visitar uno de estos días —comentó.

—Por supuesto, puede visitarlo cuando lo desee. A mí también me gustan mucho las flores. Tenemos flores de todo tipo, en especial rosas, tulipanes y lirios traídos desde otros países.

—Si quiere, después de almorzar podemos visitarlo —le invitó Sofía.

—Si no le importa, prefiero visitarlo en soledad. Me gusta estar en silencio entre las flores y llenarme de su aroma y paz.

Aquello la molestó, pero pensó que era justo darle su espacio. Los acontecimientos recientes le habían agotado y con seguridad no estaba acostumbrado a tanta conversación y ajetreo.

—No se preocupe, padre, lo entiendo. La verdad es que yo necesito descansar y organizar un poco mi equipaje.

—Y yo tengo que contarte muchas cosas que me han pasado últimamente —musitó Annette.

Ambas rieron. Después de comer, Sofía pidió ir a su habitación mientras el padre Wilcox se dirigía al jardín. Antes de entrar en el dormitorio, Annette le agarró del brazo y dijo:

—¡No me habías dicho que tu acompañante era joven! ¡Y mucho menos que es cura!

«Ya empieza con sus suspicacias», pensó Sofía.

—Anny, no empieces, por favor. ¿Qué más da su edad y a lo que se dedique? Lo importante es que está dispuesto a ayudarnos a cambio de conocer nuestra labor con las niñas, eso es todo.

Ella la miró seria y después esbozó una amplia sonrisa.

—Lo sé, aunque tendrías que haberme dicho que era joven. Me esperaba a un vejestorio —dijo riéndose—. Sin embargo… tu acompañante no lo es y déjame decirte que es muy…

—Annette Dufour, ¡no te atrevas a decirlo! —protestó.

—Sabes que es verdad. No me creo que no lo hayas notado. Eres una mujer casada, respetable, y bla bla bla, pero tienes ojos en la cara y ese hombre es muy apuesto. ¡Qué pena que sea cura! —dijo riendo.

—Por favor, te pido que no te atrevas a hacerle ningún comentario al respecto. Es un hombre muy serio y respetable que podría ofenderse y eso no nos conviene.

—Tranquila, tranquila, no diré nada, pero… me reitero, es muy apuesto. Se alejó guiñándola un ojo.

Sofía entró en la habitación suspirando. Sabía que no haberla advertido

sobre su edad iba a traerle problemas. Esperaba que la seriedad del padre la hiciese comportarse como requería la situación.

Pasaron el resto del día descansando y deshaciendo sus equipajes. Antes de la cena los visitó el médico de la familia Dufour, quien, al no observar ningún síntoma preocupante en el golpe que Sofía sufrió en la cabeza, les recetó un par de soluciones para las molestias. No obstante, les hizo prometer que en los próximos dos días estarían tranquilos y sin demasiada actividad física.

La cena fue servida en otro salón más pequeño y acogedor que trajo agradables recuerdos a Sofía de su infancia junto a Annette, su padre y sus hermanos. Cuando terminaron de comer, se sentaron en unos cómodos sillones frente a la gran chimenea que presidía el salón, dispuestos a disfrutar de una agradable taza de té y una amena conversación.

Allí, frente al calor del fuego, Annette y Sofía reían comentando mil y una anécdotas sobre sus aventuras de verano en Niza. El padre Wilcox sonreía mientras las escuchaba y mostró interés en saber más acerca de aquellas locuras de infancia. Sobre todo, disfrutó una divertida anécdota acerca de uno de los caballos de la familia Dufour llamado Teseo. Annette le informó de que en la mansión había unas caballerizas construidas por su padre donde aún se conservaban varios de aquellos ejemplares. El padre se sorprendió gratamente ante aquella información y pidió poder visitarlas en cuanto fuese posible.

—Tuve uno cuando era pequeño —afirmó con nostalgia, algo que las dejó atónitas, ya que no era muy común que un niño de clase humilde tuviese uno.

—¿Tenía usted un caballo propio? —preguntó Sofía sorprendida.

—Sí, y mis hermanos también.

—Los caballos son animales muy caros y su familia siendo humilde…

—Sofía, yo nunca le he dicho que mi familia sea humilde —la corrigió mientras sonreía al ver el gesto de confusión en su cara—. No vengo de una familia rica pero tampoco humilde. Mi padre era el Caballerizo Mayor del duque de Bedford. Nacimos y crecimos en la casa del duque…, bueno, en la casa adjunta a las caballerizas. Mi padre y Sir William Russel tenían una relación de cariño y respeto mutuo. El duque se encargó de que todos tuviésemos una buena vida e incluso costeó nuestra educación.

Las dos escuchaban atentas.

—¿Cuántos hermanos tiene? —preguntó Annette.

—Tres hermanos mayores. Mi hermano mayor, Roger, cogió el testigo de mi padre cuando este falleció y trabaja junto al duque; Anthony es oficial de la Marina Inglesa y Arthur, mi hermano pequeño, es dueño de una fábrica textil en Bedford.

—¿Y usted? ¿Dónde hizo sus estudios eclesiásticos? —quiso saber Annette.

—Mi padre murió cuando yo tenía diez años —comentó suspirando—. Siempre había sido un niño enfermizo debido a mis continuos episodios de

asma. Tras su muerte, mi hermano mayor y el duque decidieron que tendría una mejor vida si me formaba para dedicar mi vida a Dios. Imagino que nadie confiaba en que pudiese seguir los pasos de ninguno de mis hermanos.

El tono de su voz dejó entrever cierta nostalgia y melancolía.

—Por eso usted comentó, cuando nos conocimos, que se había criado en nuestro país con la ayuda de un benefactor amigo de su familia —recordó Sofía.

—Sí, me crie con el prior Adams, primo del duque, en la abadía donde él residía aquí en Francia.

—Percibo en usted cierta tristeza —comentó Annette.

—Bueno, los primeros años fueron difíciles. Yo estaba muy unido a mi madre y la vida en una abadía no es fácil para un niño, pero encontré en el prior la figura de un padre. Me crio y educó con amor y cariño, siempre le estaré agradecido por haberme convertido en lo que hoy soy.

—¿Ha vuelto a ver a su familia desde entonces? —preguntó Sofía un poco angustiada.

—Si, viajo a Inglaterra una vez al año. Mi madre falleció hace tres años, aunque siempre que voy a mi país por algún tema importante, visito a mis hermanos y sus familias.

Su relato las estremeció. Su voz y su semblante reflejaban tristeza. En ese momento Sofía comprendió el comentario que le hizo en una ocasión acerca de la libertad a la hora de decidir sobre su vida. «¿Está dando a entender que le obligaron a llevar aquella vida?», se preguntó. Más adelante intentaría saber un poco más.

—Es por eso por lo que usted tenía un caballo, ¿verdad? —preguntó Annette.

—Exacto, el duque nos regalaba un ejemplar cuando nacíamos. Me encantan los caballos, pasé muchos años de mi vida entre ellos a pesar de las regañinas de mi madre. Ella estaba convencida de que su crin era la que me provocaba los ataques de asma. Pero no era así. Sé todo lo que sé sobre plantas, flores y sus usos medicinales gracias al prior Adams, un gran amante de la naturaleza y experto en botánica. Escribió varios tratados muy importantes. Con él descubrí que el origen de mi asma era una alergia a una planta muy común que crecía por todas partes cerca de mi casa y no una enfermedad pulmonar. Gracias a sus conocimientos, pude sanar. Y respecto a mi caballo —continuó—, guardo un gran recuerdo de él. Era un animal muy noble, no muy grande de tamaño, al que cuidaba y acicalaba siempre que podía. Le eché mucho de menos durante mis años aquí en Francia, aunque un par de años después, el prior trajo un precioso burro a la abadía y pude superar aquel dolor —dijo sonriendo.

—Me alegro —contestó Sofía sin querer ahondar más en su vida. No quería parecer una chismosa ni tampoco incomodarle con más preguntas personales, por lo que desvió la conversación a otro tema más amable: la próxima boda de Annette.

—Entonces, querida amiga, ¿es cierto que te casas?

—Pues sí. No pensé que ese momento llegaría tan pronto, llevamos juntos menos de un año, pero Pierre me ha conquistado.

—¡Ay, amiga, no me lo puedo creer! La independiente Annette Dufour se casa.

—Nunca se sabe cuándo el amor llamará a tu puerta —respondió guiñándole un ojo.

Sofía intentó disimular dando un trago de agua.

El padre sonrió y dijo:

—La felicito, señorita Dufour. Estoy seguro de que su prometido debe ser un gran caballero si ha conseguido que usted acceda a casarse.

—Por supuesto que lo es. Además de muy apuesto e inteligente. Tendrán la oportunidad de conocerle mañana en una cena de amigos que he organizado.

«¿Cena de amigos?», repitió mentalmente Sofía. Aquello la puso muy nerviosa, pues no estaba muy segura de si esos amigos iban a ser del todo apropiados para una cena con un sacerdote.

13

El segundo día en Nantes amaneció con un sol espléndido, por lo que decidieron aprovechar el buen tiempo para visitar las caballerizas. El padre Wilcox estaba entusiasmado con la idea de ver a los caballos, en especial a un potrillo que había nacido hacía un mes. Retrasaron la visita a la escuela de niñas un par de días, ya que Annette insistió en que los volviese a examinar el médico. Quería cerciorarse de que la herida de su amiga estaba curando correctamente y que el hombro aún dolorido del padre no empeoraba.

Las caballerizas eran enormes y nada tenían que envidiar a las reales. Contaban incluso con una gran pista exterior de galope y más de diez caballos. El tamaño de aquel lugar dejó al padre atónito. Recorrieron cada uno de sus rincones hasta llegar a las cuadras donde se cuidaba a los animales. Él se acercó sin ningún miedo a dos ejemplares que estaban fuera sin atar. Cuando estuvo en frente, inclinó la cabeza a modo de reverencia y tras unos minutos alargó la mano para acariciar a uno de ellos. El animal se dejó tocar sin oponer resistencia, gesto que sorprendió a su dueña pues era un caballo un poco receloso con los extraños.

—Veo que sabe cómo comunicarse con estos animales —comentó Annette.

—Son animales muy especiales —dijo el padre James—. Son muy fieles a sus dueños, con quienes establecen una conexión única, pero les gusta que se les muestre respeto.

—Así es, aunque son recelosos cuando un extraño se les acerca, al menos este lo es.

—Imagino que ha debido notar mi respeto —dijo el padre James sonriendo.

—Él es mi caballo personal. Se llama Perseo y fue un regalo de mi padre al cumplir los dieciocho. Es un animal muy enérgico que requiere de muchos cuidados. Odia estar encerrado, por lo que hay que sacarle a pasear varias veces al día. Yo no dispongo de tanto tiempo como antes para hacerlo, así que se encarga una persona que lo cuida y lo monta en exclusividad cuando yo no puedo. Es magnífico y muy inteligente. Y por lo que he podido ver usted le gusta. Si lo visita en varias ocasiones durante su estancia aquí, puede que le

deje montarlo, si usted quiere.

El padre Wilcox abrió los ojos mostrando una mezcla de entusiasmo y miedo. Hacía muchos años que no montaba y no se veía capaz de volver a hacerlo.

Prosiguieron con su visita a los caballos hasta que encontraron al precioso potrillo durmiendo junto a su madre. Aquella tierna escena los emocionó, en especial al padre, que de nuevo se agachó para acariciarlo. Aquel pequeño animal le trajo infinidad de recuerdos de su infancia. Mientras él disfrutaba del momento, Annette y Sofía se miraban en silencio respetando aquel gesto de ternura infinita.

Al cabo de un rato, el padre se levantó y exclamó:

—¡Me quedaría aquí toda la vida!

—Puede quedarse tanto tiempo como desee —respondió Annette—. Es usted nuestro invitado por tiempo indefinido. De hecho, me haría un gran favor si convenciese a mi querida amiga para que se quede conmigo una temporada, junto con usted, por supuesto, si así lo desea.

Sofía le propinó un codazo con todo el disimulo que pudo.

—Se lo agradezco de corazón. No dude que lo haría si pudiese. Sin embargo, tengo obligaciones que atender y en unos días debería estar de vuelta.

—Lo entiendo a la perfección, pero siéntase libre de visitar a los caballos cuando lo desee. A Sofía también le gustan mucho los caballos, ¿verdad? Quizás le gustaría acompañarle en cualquier otro momento.

Ella la miró molesta. Sintió que necesitaba tener una conversación seria con ella o al final iba a conseguir ponerla en un verdadero aprieto con sus insinuaciones.

—Gracias —respondió bajando la mirada.

—Vayamos a visitar la pista de galope. Creo que Perseo está listo para trotar un rato.

Ver correr a aquel magnífico animal les fascinó. Su elegancia y porte dejaban sin palabras. El padre lo observaba con deleite ajeno a los comentarios de ellas. Tras una carrera emocionante, el caballo paró y se acercó hacia ellos, que lo observaban detrás una valla de madera. Annette lo acariciaba y lo besaba con amor y ternura. Casi instintivamente Sofía alargó la mano para tocarle la cabeza y, para su sorpresa, no solo se lo permitió, sino que se inclinó para que siguiese acariciándolo. Annette rio ante tal muestra de cariño. Su tacto era muy suave y cálido, por lo que siguió acariciando su cabeza con mimo durante un rato, ajena a la mirada del padre. Este la observaba abstraído sin ser consciente de que, a su lado, Annette le miraba a él con la intención de analizar lo que se escondía tras esa mirada. Un rato después, el caballo sacudió la cabeza dando por finalizada la sesión de mimos y volvió junto al jinete para seguir caminando.

—Creo que es hora del té —dijo Annette.

Una vez dentro de la casa fueron a una bonita terraza que había en el piso

superior para disfrutar de la bebida y respirar aire fresco, a excepción del padre Wilcox que se excusó y prefirió retirarse a su habitación. La intensa visita a las caballerizas le había provocado un molesto dolor de cabeza y necesitaba descansar un poco.

Sofía aprovechó la ocasión para tener una conversación seria con Annette sobre sus inapropiados comentarios.

—Anny, por favor, te ruego que dejes de hacer cierto tipo de comentarios delante del padre. No son correctos y además me incomodas.

—Tampoco es para tanto, no he dicho nada que pueda ofenderlo.

—¿Hace falta que te recuerde con quién estás hablando? Hay comentarios que no se deben hacer delante de un sacerdote.

—Ay, por favor, Sofía, no seas mojigata. No he dicho nada inapropiado ni he hecho ninguna insinuación ofensiva. Tan solo algún comentario inocente.

—¿Inocente? Tú no dices nunca nada de forma inocente. ¿Se puede saber qué buscas con ello?

—Nada.

—No te creo.

—No busco nada, tan solo pasarlo bien durante nuestro tiempo juntas.

—¿A costa de otra persona que se puede sentir molesta?

—Sinceramente, no creo que le molesten tanto mis comentarios. De haber sido así, ya me lo habría hecho saber. Además, ese hombre siente algo por ti, estoy segura de ello.

—¿Qué? —preguntó escandalizada—. ¡No me puedo creer lo que me estás diciendo! ¿Cómo puedes hacer tal afirmación?

—Porque estoy segura de lo que digo. He visto cómo te mira cuando cree que nadie le está observando.

—No digas bobadas, por favor. Tenemos una relación cordial, eso es todo.

—¿Eso es todo? ¿De verdad? —insistió.

—Por supuesto. Te recuerdo que soy una mujer casada.

—Sí, con un hombre al que no amas y con el que te obligaste a casarte para poder tener una libertad que no estoy segura de que estés disfrutando.

—Eso no importa. Decidí contraer matrimonio por diversos motivos, pero eso no implica que vaya a ser infiel a mi esposo con ningún otro hombre. Sabes que no me interesan esas cosas y que dedico mi vida a llevar a cabo la labor que nuestros padres comenzaron hace muchos años.

—Dedicas tu vida a los demás dejando la tuya aparte. Por mucho que tú desees creer lo contrario, no eres feliz. Al menos no tanto como podrías serlo si te ocupases un poco más de ti.

—No seas injusta, sabes que ayudar a esas personas me hace sentir bien.

—Eso contenta a Lady Morel, pero ¿qué hace feliz a Sofía? Te estás negando la felicidad que te mereces.

—Somos adultas y como tal tenemos que comportarnos. Decidí casarme

con Alexander voluntariamente y le debo lealtad.

—Sí, decidiste casarte con él desoyendo los consejos de tu padre, quien sí se preocupaba por tu verdadera felicidad.

—Eso da igual ahora, Annette. No desviemos la conversación. Te pido de nuevo que dejes de hacer ese tipo de comentarios delante de él.

—No da igual, porque tú sientes lo mismo por él, aunque lo niegues. Al menos, ese hombre te atrae. También veo cómo le miras. Ninguno de los dos sois capaces de ocultarlo.

—Annette —dijo con desesperación—, ¿no te das cuenta de que lo que dices es algo imposible?

—En esta vida no hay nada imposible, Sofía. Nosotros hacemos realidad los sueños de muchas personas y las ayudamos a cambiar de vida, ¿por qué eso no lo podemos aplicar a nosotras mismas?

—No digas bobadas, esa gente es más libre que tú y yo, aunque no lo crean. Nosotras estamos sujetas a llevar una vida determinada, respetable, sin levantar escándalos o habladurías. Y eso sin tener en cuenta la vida del padre Wilcox.

—Creo que él querría tener otra vida muy distinta a la que tiene y quizás tú podrías ofrecérsela.

—Annette, basta, por favor. Deja de decir tonterías. Ese hombre disfruta ayudando a otras personas y llevando una vida tranquila y humilde.

—¿Se lo has preguntado?

—¡Por supuesto que no!

—Entonces no puedes afirmar tal cosa.

—Por favor, eres desesperante. Dejemos el tema.

—¿Qué crees que significa lo que ha dicho en las caballerizas?

—No recuerdo lo que ha dicho —dijo intentando zanjar el tema.

—Por supuesto que lo recuerdas. *Me quedaría aquí toda la vida*. ¿De verdad piensas que lo dijo solo pensando en los caballos?

—Desconozco sus motivos. Para, por favor.

—Está bien, aunque sabes igual que yo que ese hombre ha llegado a tu vida para quedarse.

Terminaron de beberse el té en silencio, tras lo cual Sofía se retiró a su habitación a descansar antes del almuerzo. Sentía que amaba a aquella mujer con toda su alma, pero a veces la exasperaba.

El día transcurrió sin más distracciones. Annette estaba inmersa en los preparativos para la cena que había organizado esa noche, el padre Wilcox pasó la tarde en el jardín mientras Sofía se relajaba leyendo en el salón. Desde allí ella podía verlo oliendo las flores, haciendo dibujos, tomando notas y disfrutando de aquel maravilloso oasis. No podía quitarse de la cabeza la conversación con Annette. Era una locura de las suyas, no podía ser de otra forma. Ese hombre no podía sentir nada por ella. Sin embargo, lo que no podía negar era lo que estaba naciendo en su interior. No reconocía la naturaleza de aquellos sentimientos hacia él, pero era cierto que, fuese lo que

fuese, estaba creciendo en ella cada día que pasaban juntos. «¡Esto no me puede estar pasando a mí!», exclamó. Había prometido que jamás haría nada que pudiese entorpecer el legado de su padre y ahí estaba ella, intentando saber qué clase de sentimientos sentía por un sacerdote. Justo el escándalo que necesitaba para posicionarse en lo más alto de los cotilleos de la ciudad y, por lo tanto, complicar sus salidas nocturnas y así dilapidar todo el esfuerzo y labor de años y años. Cerró el libro y volvió a su habitación enfadada consigo misma. Había muchas cosas que preparar antes de la cena y ni siquiera había decidido qué vestido se pondría. Se dio un baño relajante para calmarse mientras rezaba para que la noche fuese tranquila.

14

Al anochecer llegó el hermano mayor de Annette, Thierry, quien siempre aprovechaba los viajes a Nantes para visitar a su querida hermana. Sofía le abrazó con cariño y nostalgia pues le consideraba parte de su familia. El padre Wilcox se acercó para saludarle. Conectaron muy bien desde el primer momento, algo que ayudó a Sofía a soltar un poco la tensión que sentía. Un rato después, llegaron dos matrimonios amigos de la familia, que también se dedicaban al arte y la restauración de obras.

Annette les ofreció una cena exquisita que culminó con la actuación de unos músicos que había conocido paseando por la ciudad. Sofía sonrió ante la capacidad de su amiga para hacer amigos en todas partes. El padre Wilcox parecía estar pasándolo bien mientras Sofía le observaba y le sonreía de vez en cuando para ayudarle a sentirse más integrado.

Los músicos acababan de empezar a tocar cuando, de repente, llegó un invitado más.

—Salvatore, ya creíamos que no vendrías —dijo Annette con entusiasmo ante su llegada.

—*Amore mio, mi dispiace*. No pretendía hacerte esperar, pero debía hacerme cargo de unos temas importantes antes de venir —dijo el hombre besándola en la mano.

—No pasa nada, hay comida de sobra por si tienes apetito. Ven, los músicos ya han llegado.

—*Non ti preoccupare mia cara, sto bene*. No necesito más que tu presencia a mi lado.

Aquel hombre entró en el salón saludando a todos los allí presentes con efusividad. Sonreía y gesticulaba a partes iguales.

—Queridos, este es mi amigo Salvatore. Es un pintor italiano que recientemente se ha afincado en nuestro país. Démosle la bienvenida —dijo Annette con una gran sonrisa.

—*Grazie mille, sto felice di essere qui*. Disculpen, pero se me olvida no usar mi lengua materna. Muchas gracias por invitarme a esta agradable velada.

Annette fue presentando a su divertido amigo a cada uno de los invitados.

Saludó con mucho respeto al padre Wilcox, e incluso intentó besarle la mano pero no pudo, pues este la retiró dejando claro que no era necesario.

A continuación, se volvió para saludar a Sofía. La miró de arriba abajo con descaro, le cogió la mano y la besó.

—*Amore mio*, no me habías dicho que tenías una amiga tan *bella*. *Sono Salvatore Conti, piacere di conoscerla.* Encantado —repitió mirándola fijamente a los ojos.

Sofía se ruborizó con su mirada, a la que siguió una amplia y bonita sonrisa. Sin duda era muy apuesto. Alto, con pelo rizado y ojos negros, de buen porte aunque con un aire bohemio que le proporcionaba un toque exótico muy agradable.

—Yo también me alegro de conocerle —logró decir.

—*Che la festa cominci* —afirmó levantando los brazos.

Cogió a Annette por la cintura y comenzó a bailar con ella al ritmo de la música.

Algunos de los invitados se unieron al baile mientras que otros permanecieron sentados conversando. La presencia de Salvatore llenaba la estancia con sus risas y baile. Annette reía y reía mientras danzaba y él parecía disfrutar del *show*. Bailaron durante un rato hasta que Salvatore se acercó a pedirle un baile a Sofía. Ella declinó la invitación, pero, ante la insistencia de Annette, no tuvo más remedio que aceptarla para evitar una descortesía.

—*Non avere paura,* bailaremos más tranquilos, no tema —dijo para intentar tranquilizarla.

El italiano se acercó más calmado y la invitó a coger su mano. Puso la otra en su cintura para acercarse a ella un poco más de lo normal. Los músicos empezaron a tocar *Liebestraum* de Liszt. Él la guiaba con gracia y cortesía mientras ella intentaba no perder los pasos de aquella extraña coreografía.

—*Sei bellísima* —susurró.

—Gracias, es usted muy amable —respondió ruborizada.

—No hay que dar las gracias por ser *bella*. *Mi scusi*, ¿cuál era su nombre?

—Sofía Marchand.

—¿Sofía Marchand? Q*uindi é la amica intima della signorina Dufour*. Es la mejor amiga de Annette entonces —repitió en un divertido francés—. Ella habla muy bien de usted y la quiere mucho.

—Es mutuo.

—Estaba deseando conocerla para ver *con i miei occhi* —dijo señalando sus ojos— lo que ella dice de usted.

—¿Qué es lo que dice de mí? —preguntó curiosa.

—Cose meravigliose.

—Tampoco es para tanto —musitó.

—Oh, veo que usted entiende *l'italiano* —señaló sonriendo.

—Sí, un po', ma non lo parlo molto.

—*Meraviglioso.*

Tras decir aquello dio un giro que la obligó a acercarse todavía más a él. Ella tuvo que agarrarse con fuerza para no perder el equilibrio. Estaba tan cerca que incluso pudo comprobar que él tenía unos ojos bonitos y unas pestañas largas y espesas.

—Es usted muy impetuoso —indicó.

—*Sono appassionato della vita e del buon vino, e naturalmente sono appassionato di belle donne.*

Aquella afirmación la hizo sonreír y preguntarse dónde habría conocido Annette a ese hombre. Siguieron bailando durante un largo rato. Después de un par de bailes, Sofía se sentía más relajada. La conversación con Salvatore le estaba resultando mucho más divertida y agradable de lo que esperaba tras su llegada.

Mientras tanto, el padre Wilcox los observaba con discreción en silencio. Charlaba con el hermano de Annette, pero su mente no estaba atenta a la conversación. Las risas de Sofía y su actitud relajada le provocaban cierto nerviosismo. Un rato después, cansada de tanto baile, ella regresó a su asiento cerca de él. Él la miró y dijo:

—Veo que está disfrutando de la velada.

—Sí, la verdad es que está resultando ser una noche muy divertida y amena. ¿Usted lo está pasando bien?

—Por supuesto, el hermano de la señorita Dufour es un hombre muy interesante.

—Sí —respondió mirando a Salvatore, quien se acercaba con una silla para sentarse a su lado.

—*Scusi*, ¿les importa si me siento *qui?*

El padre negó con la cabeza y se acomodó en su asiento dando un suspiro. Sofía le miró con una sonrisa.

Salvatore empezó a relatar divertidas anécdotas que vivió a su llegada al país debido a su acento y problemas con el idioma. Todos reían ante las ocurrencias y los gestos del pintor a excepción del padre Wilcox, que lo escuchaba molesto con la mirada fija en la chimenea. Hablaba y hablaba mientras sonreía a Sofía.

—Padre, ¿le ocurre algo? Le veo inquieto —preguntó Sofía.

—Me encuentro perfectamente —respondió con sequedad—. El ambiente aquí está un poco cargado. Necesito tomar un poco de aire, si me disculpan… —dijo levantándose de repente para salir al jardín.

Annette miró a Sofía para saber si había pasado algo, pero ella se encogió de hombros.

Salvatore aprovechó la oportunidad para sentarse en el sitio que el padre Wilcox había dejado libre. Cogió la mano de Sofía y dijo:

—Me imagino que siendo tan amiga de la familia Dufour será usted una amante del arte, ¿no es así?

—Por supuesto, me encanta el arte en toda su expresión.

—¿Cuál es su pintor favorito?

—No tengo un artista que prefiera por encima de los demás, pero soy una apasionada de la pintura del Renacimiento.

—*Certo!* No ha habido época más maravillosa y prolífica para el arte. Mi pintura es impresionista. La invito a visitar mi estudio cuando lo desee —dijo besándole la mano.

En ese instante el padre regresó al salón para anunciar su deseo de retirarse a su habitación. La velada se estaba alargando más de la cuenta y se sentía cansado. Sin embargo, cambió de opinión cuando vio a Salvatore sentado tan cerca de ella.

—Padre, ¿se encuentra bien? —preguntó Annette.

—Estoy bien, solo necesitaba respirar un poco de aire fresco.

—Tiene razón, hace un poco de calor aquí, mandaré abrir una de las ventanas.

—No se moleste, ya me siento mejor —respondió mirando a Salvatore, quien se percató al instante de que estaba ocupando un lugar que no le correspondía.

—*Mi dispiace*, perdone, le cedo su sitio.

—No se preocupe, yo puedo sentarme en cualquier otro asiento.

—No, no, *per favore* —insistió señalando el sillón.

—Gracias, ¿de qué hablaban? —quiso saber.

—Le estaba diciendo a Sofía que puede venir a visitar mi estudio cuando ella lo desee. Me ha confesado que es una gran aficionada al arte y como ya saben, yo soy pintor…

—Sí, a la *señora* le interesan muchas cosas —dijo el padre haciendo hincapié en la forma correcta de dirigirse a ella.

—Yo he crecido rodeada de arte, pero a mi marido no le interesa demasiado.

—Una pena, sin arte no se puede vivir —respondió Salvatore.

—Pues sí —comentó Sofía sin mucho entusiasmo.

—Usted *mi sembra una donna molto interesante e cosí come molto bella.* Una mujer tan bella solo puede rodearse de más belleza —declaró mirándola con sonrisa pícara.

—Lo que hace interesante y bella a la señora Marchand es su carisma y gran corazón —respondió el padre molesto.

—*Lo so, lo so però…* no se puede negar su gran belleza.

—Por supuesto que no, pero hay que aprender a mirar a las personas más allá de su físico.

—Por favor, dejemos de hablar de mí. Van ustedes a hacer que me ruborice. Creo que hay temas mucho más interesantes de los que conversar.

—Salvatore, querido, ¿no ibas a hacernos una demostración de tu arte aquí mismo? Me lo prometiste. He mandado traer todo lo que necesitas para que nos deleites con tu destreza con los pinceles.

—Annette, *mia cara*, *certo*, lo había olvidado. Dame los pinceles, un

lienzo y veré lo que puedo hacer.

Una persona del servicio apareció con una caja llena de utensilios de pintura. Salvatore los sacó todos y los dispuso en una mesa cercana a la chimenea. Se puso frente a ellos y empezó a dibujar con maestría. Al cabo de una media hora, mostró el resultado: una recreación perfecta de la escena que tenía delante de él con sumo detalle. Solo había algo que llamó la atención de todos. La presencia de Sofía en la pintura destacaba por encima de las demás figuras humanas, pues la había ubicado en medio del dibujo sonriendo con coquetería.

—*Questo é un regalo per te* —dijo acercándose a ella.

Todos aplaudieron y rieron ante aquel detalle del pintor.

—*Grazie* —dijo con timidez—. Es la primera vez que me regalan un cuadro.

—*Questo non é* un simple cuadro. Es la expresión *della sua bellezza*. Espero que le guste.

Todos alabaron el talento artístico de Salvatore, pero una vez más, fue el padre Wilcox quien no participó del momento de elogio al artista y se excusó para finalmente retirarse a dormir. Aquello era demasiado intenso para él y necesitaba salir de allí. Les dio las buenas noches y se marchó algo malhumorado.

15

El padre Wilcox entró en su habitación enfadado. Sabía que no podría descansar mientras aquel hombre tan impertinente con su intensa risa siguiese en la casa; no podía soportar más su arrogancia. Tantas alabanzas y atenciones hacia las mujeres le parecían excesivas y, de alguna manera, se sentía molesto especialmente con Sofía por permitirlas. Intentó relajarse leyendo, sin embargo, solo conseguía pasar las hojas sin prestar atención a lo que leía. Las risas y voces se oían por toda la casa. Cerró el libro con furia y abrió una ventana para despejarse. Al cado de un rato, vio como llegaban diferentes carros. La velada parecía estar llegando a su fin. Respiró aliviado. Cuando todos los invitados se habían marchado, intentó escuchar a través de la puerta para saber si Sofía había vuelto a su habitación. No pudo oír nada, por lo que se disgustó. «¿Qué estoy haciendo?», se preguntó. Fue hacia la cama dispuesto a acostarse cuando oyó que llamaban a la puerta. Antes de abrir se aseguró de que estaba correctamente vestido.

—Padre, disculpe las horas. Me retiraba a mi habitación y al ver luz en la suya me he preguntado si estaría usted bien. Se ha retirado temprano, ¿le ocurre algo?

—Estoy bien, no se preocupe, solo un poco cansado.

—Me alegro. Me voy a dormir, entonces. Ha sido una noche intensa —dijo sonriendo.

—Para usted más que para mí —repuso él con mala cara.

—Sí, la verdad es que lo he pasado mejor de lo que pensaba. Que descanse, buenas noches —contestó sin darse cuenta de lo que él había intentado insinuar.

—Buenas noches, señora —afirmó cerrando la puerta de golpe.

Sofía se giró extrañada al oír el portazo. Estaba claro que no se había sentido cómodo durante la cena. Quizás no estaba acostumbrado a tanto jaleo. Era muy tarde y estaba cansada, así que decidió dejar para el día siguiente sus indagaciones al respecto.

16

El padre Wixcox se despertó temprano a la mañana siguiente. Le había sido imposible quedarse dormido después de todo lo vivido durante la noche anterior. No podía quitarse de la cabeza la sonrisa que vio en la cara de Sofía al abrir la puerta ni el porqué de la misma. Temía haberse perdido algo importante entre Salvatore y ella. Se sentía extrañamente inquieto, por lo que decidió salir a dar un largo paseo.

Cuando volvió, encontró a las amigas desayunando en el salón. Iba a pasar de largo con disimulo cuando Annette le vio y le saludó.

—Padre, buenos días, ¿de dónde viene? Pensábamos que aún dormía.

—No, me levanté hace dos horas. Estaba dando un paseo.

—Es maravilloso pasear por los alrededores de la casa. Siéntese a desayunar con nosotras. Seguro que estará hambriento —le pidió Annette.

—El padre Wilcox siempre hace desayunos muy frugales —comentó Sofía.

Se acercó a la mesa sin muchas ganas y se sentó a su lado.

—Padre, debe probar este pastel de zanahoria. Es una delicia, ¿verdad, Sofía?

—Cierto, está muy rico, aunque no sé si será del gusto del padre.

—Gracias, lo probaré, pero es cierto que no me deleito demasiado con dulces.

—Eso es porque no los toma en la compañía adecuada —susurró Annette.

Sofía se atragantó al oírla y tuvo que toser durante varios minutos hasta que pudo recuperar la respiración. Miró a su amiga con toda la furia de la que era capaz, pero ella no pareció inquietarse. Al contrario, siguió con sus insinuaciones.

—Quiero decir, padre, no me malinterprete, que un dulce en compañía de una persona amiga y una agradable conversación se disfruta mucho más, ¿no cree?

—Por supuesto, pero no todo el mundo supone una agradable compañía —respondió toscamente—. No lo digo por ustedes, no se ofendan, lo digo en general. Hay algunas compañías que no aportan nada y aburren.

—Le entendemos. Estoy de acuerdo con usted. No todo el mundo sabe conversar, pero usted sí, además de ser una persona muy interesante, ¿verdad, Sofía?

—Annette, querida, creo que el padre no se siente cómodo con tus halagos. No le molestemos más con nuestras bobadas.

—Está bien, discúlpeme. Por cierto, tengo algo importante que comentar. Anoche mi prometido no pudo asistir a la cena de amigos. Le surgió un problema familiar que no pudo eludir, pero vendrá en unas horas a almorzar. Está deseando conocerte, amiga, y a usted también, padre. Por desgracia, después de comer tenemos que partir hacia la casa de sus padres. Su madre empezó a encontrarse indispuesta ayer y tuvo que ir a visitarla. Ella insiste en que vaya a verla, así que me ausentaré de la casa un día. Está muy nerviosa por los preparativos de la boda. Volveremos mañana por la noche. Siento de todo corazón tener que irme, pero no puedo eludir este compromiso familiar. No querría enfadar a mi futura suegra antes de la boda —dijo riendo.

—No te preocupes, estaremos bien —dijo Sofía con algo de apuro.

—El servicio está disponible para cualquier cosa que necesitéis las veinticuatro horas. No tenéis más que hacerlos llamar.

—No te preocupes, no necesitaremos nada especial. Tú ve tranquila y atiende a tu futura madre política. No te conviene ofenderla, a no ser que quieras que tome todas las decisiones respecto a la boda —afirmó guiñándole un ojo.

—No, no, no quiero ni pensarlo… Terminemos el desayuno y vayamos a mi habitación. Tengo unas cosas del vestido que quiero enseñarte antes de marcharme, si no le importa, padre.

—No se preocupe, yo iré a las caballerizas. Quiero visitar al potrillo y a Perseo.

Pasaron la mañana entretenidos en diversas actividades hasta la hora del almuerzo, momento en el que llegó el prometido de Annette, quien nada más verlos, los saludó con una amplia sonrisa.

—Disculpen mi demora, me ha sido imposible llegar antes. Acabo de llegar desde Guerande, donde vive mi familia desde hace unos años, para comer algo y para recoger a Annette. Debemos viajar hasta allí de nuevo para acompañar a mi madre. No se encuentra bien y me gustaría estar presente en la visita del médico.

—Lo sentimos, le deseamos una pronta recuperación —dijo Sofía.

—Sofía, encantado de conocerte. Annette no para de hablar de ti. Te adora.

—Lo sé, yo también a ella. Encantada de conocerte.

—Y usted debe ser el padre Wilcox. Encantado, sea usted bienvenido a nuestra ciudad. Espero que sus días en Nantes sean de su agrado.

—Muchas gracias. Están siendo muy agradables, gracias. Encantado de conocerle.

—Querida, tenemos a un invitado para almorzar —comentó Pierre—. Salvatore va a viajar con nosotros para hacer el boceto del retrato familiar junto a mis padres. Debe estar a punto de llegar.

—Pero… tu madre quizás no esté en condiciones de posar para un retrato…

—No te preocupes, solo necesita hacer un breve dibujo de su anatomía, o al menos eso es lo que él dice…

—Pues… hablando del rey de Roma… ahí está —anunció Annette.

Salvatore hizo su entrada triunfal en el salón. Traía consigo dos enormes ramos de flores que entregó a cada una de ellas.

—*Bei fiori per belle donne*. Es lo mínimo que se merecen estas dos bellas damas —dijo.

—*Grazie amore* —respondió Annette dándole un beso en la mejilla—. Siempre tan atento.

—Espero que le gusten las rosas, Sofía —preguntó acercándose para besarle la mano.

—Por supuesto, son preciosas. Muchas gracias, pero no era necesario que se molestase.

—No es ninguna molestia, usted no se merece menos.

El padre apartó la mirada con un gesto de disgusto. Aquel hombre le hartaba.

Fueron al salón para sentarse a comer. El padre Wilcox estaba a punto de sentarse al lado de Sofía cuando Salvatore ocupó la silla. A pesar de la mirada severa de él, Salvatore no pareció darse por aludido. Se acomodó en la silla y se volvió para hablar con ella.

—*Sofía, il suo profumo é inebriante.*

—¿*Inebriante*? ¿Eso qué quiere decir? —quiso saber.

—*Come si dice*... embriagador. Me recuerda al perfume de las hermosas dalias.

—Disculpe que me entrometa en la conversación, pero las dalias no emiten ningún olor —afirmó el padre con suficiencia.

—Las dalias de mi país sí tienen perfume —respondió Salvatore molesto por su intromisión.

—Lo dudo mucho, ninguna variedad de esa flor tiene olor. De hecho, y para ser más precisos, sí emiten olor, pero el olfato humano es incapaz de percibirlo. Tan solo los animales pueden.

Ambos se miraron desafiantes.

—Caballeros, no se enojen por una bobada semejante. Seguro que Salvatore se refiere a otra flor parecida que quizás desconozca en nuestro idioma. Por otra parte, el padre Wilcox es experto en botánica, por eso ha debido extrañarle su comentario —comentó Sofía en un intento de rebajar la tensión.

—Entiendo —susurró Salvatore girándose hacia ella de nuevo—. Y, dígame, Sofía, ¿ha decidido ya cuándo vendrá a visitar mi estudio? Le aseguro

que no se arrepentirá.

—Estoy segura de ello, aunque aún no sé cuándo podré visitarle. Tenemos unas cuestiones de las que ocuparnos en los próximos días.

—No puedes dejar de ir —comentó Annette—. Te vas a sorprender con sus cuadros. Tiene un talento increíble, sobre todo pintando retratos. Tienes que ver su colección de retratos femeninos. Nadie como él sabe captar la belleza femenina en su más pura esencia.

—Sí, *le donne sono piú belle al naturale*, ¿no cree, padre? —dijo mirando al padre, quien le devolvió la mirada con gesto serio.

—La mujer es bella siempre, pero no tengo muy claro a lo que se refiere usted con *al naturale*. Creo que tenemos conceptos distintos de la belleza —respondió el padre mirando a Sofía.

—Como ya le dije, me apasiona la pintura del Renacimiento. De hecho, mi padre tiene alguna obra en su colección privada —dijo Sofía para desviar el tema.

—Fantástico. Cuando vaya a París iré a visitarla. Me encantaría verlas —dijo Salvatore—. Y usted, padre, ¿es aficionado al arte?

—Me interesa el arte en general, pero, al igual que a la señora Marchand, me gusta en especial la época renacentista, sobre todo la obra de Leonardo Da Vinci.

—Oh, Leonardo… *il piú grande maestro*. Me imaginaba que, al ser eclesiástico, preferiría el arte religioso.

—La religión está presente en cada obra de arte para los ojos de un experto.

—¿Y usted lo es? —preguntó Salvatore con desagrado.

—No como lo pueden ser las señoras. Yo conozco mis limitaciones. ¿Y usted?

Ambos volvieron a mirarse de forma desafiante.

Continuaron comiendo en silencio hasta que Pierre anunció que debían darse prisa o llegarían demasiado tarde. Su casa familiar estaba a una hora escasa de allí, pero necesitaban hacer una parada en casa de Salvatore para recoger unas cosas que necesitaría para el boceto que iba a realizar.

—Sofía, volveré mañana mismo para continuar con nuestras actividades. Si necesitas algo, no dudes en pedirlo. Padre, lo mismo le digo a usted, siéntase como en casa.

—Gracias —respondieron los dos a la vez, quienes sonrieron con complicidad.

—*Mia cara*, volveré a verla en cuanto regrese. Ha sido un *piacere* volver a verla.

Tras volver a besarle la mano, se dio media vuelta y salió de la habitación sin despedirse del padre Wilcox.

Partieron unos minutos después dejándolos a cargo de aquella imponente mansión.

—Tendremos que pensar en algo que hacer hasta que regresen. Esta casa

es demasiado grande para dos personas, ¿no le parece? —preguntó Sofía.

—¿Cuándo cree que podremos visitar la escuela? Lo digo porque llevamos aquí dos días y, con la ausencia de la señorita Dufour, se va a demorar un poco más de lo esperado.

—No se preocupe, en cuanto vuelva Annette iremos a visitarla. No tema, lo tengo todo planeado. ¿Le apetece que vayamos a pasear? Hace una buena tarde.

Él tardó unos segundos en responder, pero finalmente accedió. Salieron a disfrutar de un agradable paseo y después visitaron las caballerizas donde James volvió a demostrar su amor por los caballos. A petición de él y tras pedir permiso, visitaron al pequeño potrillo. Él lo acariciaba con mimo mientras ella le observaba embelesada.

—Padre, espero que no se ofenda con lo que voy a decirle… pero tengo la impresión de que sería más feliz si hubiese seguido los pasos de su padre y hermano y trabajase con caballos.

—Ojalá me hubiesen dado la oportunidad de decidir… —dijo con pena.

—¿Se arrepiente de haberse ordenado sacerdote?

—No, si hubiese podido trabajar con mi hermano sería feliz de poder estar en contacto con estos animales que tanto me gustan, pero, por el contrario, no habría podido estudiar ni formarme como he hecho junto al prior Adams. Todo tiene sus luces y sombras.

—Cierto. ¿Sabe? Mi hermano Adrien piensa que los caballos son como las mujeres. Dice que tienes que ganarte su respeto para que te quieran.

Él sonrió.

—Tiene razón.

—¿Eso cree?

—Sí, sin respeto no hay amor y ustedes las mujeres llevan soportando la injusticia desde hace muchos siglos.

—Es verdad… por eso me involucro tanto en ayudarlas. Es una forma de luchar juntas por un bien común. Ojalá todas tuviésemos voz y capacidad de lucha.

—Lo lograrán, estoy seguro.

—Si está de acuerdo con lo que mi hermano piensa sobre nosotras, ¿qué clase de caballo cree que sería yo?

Él la miró con los ojos abiertos como platos. Guardó silencio unos segundos mientras pensaba en su respuesta.

—Creo que usted sería un caballo noble, elegante, dócil a veces, otras indómito y salvaje… impaciente y arisco a la vez… —calló y la miró con intensidad.

—Podría ser…

—¿Y yo? ¿Cuál cree que sería? —preguntó con curiosidad.

—Usted sería un caballo de sangre caliente, tranquilo, manso, apacible… pero también respingón.

—Ah, ¿sí?

—Por supuesto, de vez en cuando se sacude y gruñe.

Él bajó la cabeza con timidez mientras sonreía.

—¿Le apetece que vayamos a ver a Perseo? Annette dijo que suelen sacarle a pasear a estas horas.

—Me encantaría —respondió James. La siguió hasta la pista y se colocó a su lado para disfrutar de aquel magnífico ejemplar. En ese momento, pudo oler su perfume y sintió como se le erizaba el vello de los brazos. Apoyó las manos con fuerza en la valla de madera y suspiró.

Volvieron a la casa antes de que se sirviese la cena, por lo que fueron a sus habitaciones para asearse y cambiarse de ropa. Era la primera vez que iban a cenar solos, de forma íntima, de modo que Sofía se sentía un poco nerviosa. Le notaba ligeramente molesto desde la noche anterior y no sabía si la situación resultaría cómoda. Decidió centrar su atención en el vestido que iba a ponerse. Necesitaba algo bonito pero adecuado al momento. ¿Debía recogerse el pelo o dejarlo suelto? No, definitivamente debía recogerlo. No quería causar una impresión equivocada. Se trataba de una cena informal entre amigos. Eligió un vestido al azar y terminó de arreglarse el pelo. Un toque de rubor en las mejillas y un poco de perfume en el cuello sería suficiente. Volvió a mirarse en el espejo y le gustó lo que vio reflejado. Estaba bonita pero sencilla. Cogió aire y salió de la habitación dispuesta a pasarlo bien en la compañía del hombre que desde hacía unas semanas iluminaba su rostro.

17

SOFÍA

Entré en el salón pensando que sería la primera en llegar, pero allí estaba él, sentando en una butaca leyendo un libro. Al oírme se levantó para recibirme. Me quedé impresionada al comprobar que no llevaba su habitual sotana, sino un pantalón negro y una camisa blanca. Respiré hondo y me acerqué. Pude ver por primera vez cómo sus ojos recorrieron mi silueta de arriba abajo. Con un gesto cortés me invitó a sentarme a su lado en la mesa. Nos miramos con timidez y nos sentamos para disfrutar de nuestra primera cena a solas.

Annette nos había dejado preparado un menú exquisito que culminó con un maravilloso postre: tarta de nata y fresas. Cuando vi aquella delicia no pude evitar morderme el labio, gesto que no pasó inadvertido para él.

—Veo que le encanta lo que nos han preparado de postre.

—No se puede imaginar cómo me gusta esta tarta. Solía comerla de niña, pero hace muchos años desde la última vez. La mezcla de las fresas con la nata me vuelve loca.

—La creo, la creo. No la ha probado aún y ya se está deleitando —susurró.

—Padre, no se puede negar a probarla.

—Lo haré.

Cenamos mientras charlábamos relajados. Pude comprobar que él tenía un mayor apetito esa noche y cómo se deleitaba probando todos los platos mientras me sonreía. Tenía una sonrisa bonita, cálida, de las que te hacen sentir bien. Cuando llegó el momento del postre, me miró divertido.

—Padre…

—Sofía, creo que sería mejor si se dirigiese a mí por mi nombre cuando estemos a solas, ¿no le parece? —comentó interrumpiéndola—. Me pone un poco nervioso tanto protocolo.

—De acuerdo —dije con timidez—. James, quería preguntarle algo. ¿No se siente muy solo viviendo en esa pequeña casa?

—A veces sí, pero estoy acostumbrado. Crecer en una abadía te

proporciona muchos momentos en soledad. Aunque imagino que a usted la soledad le resultará más incómoda. No debe ser fácil pasar momentos a solas en una casa rodeada de personas a su servicio.

—No se crea, no hay peor soledad que la que se siente en el corazón aun estando rodeado de personas.

Él me miró con tristeza y se mantuvo en silencio unos minutos, quizás preguntándose como sería vivir mi vida.

—Ha llegado el momento que más espera de la noche —comentó.

—Sí, he intentado comer menos para poder disfrutar de un buen trozo de la tarta. Venga, vayamos al sofá para comerla con calma, por favor.

—Como desee.

Nos sentamos frente al fuego y comenzamos a comer en silencio, pero sin dejar de mirarnos mientras lo hacíamos. Pude ver en su rostro el placer que sentía con cada bocado. Cuando terminamos, se levantó para servirnos un té.

—Aunque me gustaría haber elaborado este té yo mismo, es lo único que puedo ofrecerle a cambio de haberme descubierto un postre tan magnífico. Aunque no lo crea, es la primera vez que he probado esta tarta y coincido con usted, es absolutamente deliciosa.

—Oh, me alegro de que así sea. Siempre podré jactarme de que fue gracias a mí que usted descubrió el placer de saborear esta exquisitez.

James guardó silencio y miró mis labios instintivamente. Estaba increíblemente apuesto esa noche. La camisa se le ajustaba un poco al cuerpo y la parte del cuello que mostraba me resultaba de lo más tentadora. ¡Dios mío! No podía creer que aquellos pensamientos me estuviesen turbando la mente. Debía ser un efecto del exceso de azúcar. Bebí un poco de té para ver si me ayudaba a recuperar el sentido común.

—¿Cuándo cree que podremos visitar la escuela para niñas? —volvió a preguntar aclarándose la voz.

—En cuanto vuelva Annette organizaremos la visita. No se angustie. ¿Qué le apetece que hagamos mañana? ¿Le gustaría que saliésemos a conocer la ciudad? Había pensado visitar la galería de arte de la familia Dufour.

—Eso sería magnífico. Me encantaría ver su colección de pinturas.

—No solo tienen cuadros, también hay esculturas.

—Fantástico. Como ya le dije al señor Conti, me interesa el arte en general, no solo la pintura religiosa.

—Pues entonces disfrutará mucho de la visita. Por cierto, hablando del señor Conti, ¿qué le pareció el dibujo que hizo la otra noche?

Pude comprobar por su gesto de disgusto que el tema no le agradaba.

—No puede negar que tiene un talento enorme —afirmé.

—No, no se puede negar lo evidente. No obstante, habría que ver alguna de sus pinturas para poder valorar su obra en su totalidad. No todos los buenos dibujantes son buenos pintores ni son capaces de transmitir lo que ven usando el color —comentó tras unos segundos en silencio.

—Es un caballero encantador. Es cierto que es muy apasionado y vivaz, pero eso es parte de su carácter mediterráneo y muy característico de su país.

—Su pasión por la vida es un tanto exagerada. Sin hablar de su constante adulación a las mujeres…

—Los hombres italianos son así, les encanta halagar a la mujer. Son románticos y pasionales. Viven el amor con mayor intensidad que nosotros.

—No toda intensidad es buena —dijo entre dientes.

—Lo sé, lo sé, padre, pero en este caso, Salvatore solo pretende ser amable.

—¿Usted cree?

—Sí, lo creo. Es un artista, un bohemio, necesita vivir la vida de esa forma porque eso le ayuda, de alguna manera, a encontrar la inspiración.

—Y a llevar mujeres a su cama —afirmó de forma tajante.

No estaba segura de haber oído correctamente lo que acababa de decir.

—Disculpe, ¿cómo ha dicho?

Suspiró y se pasó la mano por el pelo. A continuación, me miró fijamente y dijo:

—He dicho que esas alabanzas solo tienen un objetivo.

—¿Y cuál es ese objetivo en su opinión?

—Llevarla a su cama —espetó.

Me levanté del sofá de inmediato. No daba crédito a lo que acababa de escuchar.

—Disculpe, ¿qué está insinuando? Me acaba de ofender.

—No estoy insinuando nada. Estoy seguro de lo que digo. Es muy evidente y usted parece estar disfrutando de su constante atención.

—No le consiento que afirme semejante grosería. Le ordeno que se disculpe ahora mismo.

—No pretendo ofenderla, solo estoy comentando algo que es obvio.

—¿Obvio? ¿Está diciendo que yo estoy permitiendo tal insinuación?

—No digo que usted lo esté fomentando, pero lo permite.

—¿Cómo? ¿Que yo lo permito? ¿Me puede decir qué hago yo para provocar semejante comportamiento?

—No hace falta que le explique lo que hace.

—¿Usted cree que sonreír, bailar con un caballero que me lo pide amablemente, aceptar un obsequio o unas flores son motivo para hacerle creer que me quiero meter en su cama? ¡No me lo puedo creer! —dije totalmente indignada.

—Yo no he dicho eso.

—No, no lo ha dicho, aunque lo piensa. Creía de todo corazón que usted era diferente y que, a pesar de ser quien es, había conocido a un hombre considerado, respetuoso y tolerante; pero acabo de descubrir que es todo lo contrario y que defiende todos los valores rancios y anticuados de la iglesia a la que representa.

—No me conoce lo suficiente para afirmar algo así de mí —contestó

molesto.

—¿Y usted a mí sí? ¿Usted cree que se puede permitir la libertad de juzgarme y crearse una opinión semejante de mí por el simple hecho de ser educada y amable con un caballero? No sé de qué me extraño. No es la primera vez que se hace una idea equivocada de mí.

—Yo no tengo una opinión mala de usted ni la juzgo por su forma de vivir la vida. Tan solo le estoy advirtiendo de las verdaderas intenciones del señor Conti para que no se lleve una sorpresa.

—¿Y quién se cree usted que es para hacer tal cosa? —Noté cómo ese comentario le hirió.

—Cierto, no soy nadie en su vida, sin embargo, la aprecio y no me gustaría verla en un aprieto.

—¿Y si no fuese un aprieto? ¿Y si decidiese voluntariamente dejarme querer por Salvatore? ¿Cree que debería darle algún tipo de explicación?

Mis palabras le dejaron absolutamente desconcertado.

—Si una mujer decide ser infiel a su esposo destroza su vida y su reputación, pero si es un hombre quien decide hacerlo, cosa que es desgraciadamente común en la mayoría de los matrimonios, nadie le juzga y se entiende como algo inevitable para la naturaleza masculina —afirmé dolida.

—¿A su marido le gustaría ver las atenciones de Salvatore hacia usted?

—No lo sé ni me importa. Es cierto que yo soy una mujer casada y fiel a mi esposo, pero me gustaría saber si mi esposo comparte conmigo el mismo concepto de lealtad.

—¿Su esposo le ha sido infiel? —preguntó confuso.

—No lo puedo saber con certeza, aunque lo sospeche. ¿Cree que serviría de algo saberlo? Déjeme decirle que no. Las mujeres somos educadas para aceptar tales comportamientos y vejaciones sin quejarnos. ¿Entiende ahora por qué dedico mi vida entera a darle una nueva oportunidad a esas mujeres y, en especial, a sus hijas?

—Creo que me ha malentendido, Sofía, no pretendía ofenderla. Solo quería hacerle ver que su permisividad con ese hombre le va a traer problemas… Si no desea tenerlos, debería…

—No hace falta que me explique más. He entendido perfectamente lo que quiere decir. Pero le informo de que no pienso cambiar mi forma de ser por lo que piensen los demás de mí. Además, le agradezco sus palabras, me han ayudado a abrir los ojos respecto a usted. Si hay algo de lo que me arrepiento ahora mismo es de haberle hecho partícipe de la vida y problemas de esas personas. No tengo dudas de que su verdadero motivo para ofrecer su ayuda no era otro que el de conocer desde dentro el funcionamiento de nuestro trabajo para luego exponernos y acabar con todo.

—Sofía, no diga bobadas. Yo jamás haría tal cosa. Me parece muy loable y maravilloso lo que hacen por esa pobre gente, pero creo que tengo derecho a pensar de otra forma.

Se levantó del sofá para acercarse a mí. Intentó cogerme de la mano, pero me aparté de él con brusquedad.

—Suélteme.

—Sofía, por favor, no se enfade, se lo ruego. No deseaba ofenderla.

—Ah, ¿no? ¿Y qué pretendía con semejante comentario?

Él guardó silencio mientras me miraba con intensidad.

—Un comentario semejante no se dice sin pensarlo. No mienta —le increpó.

—Sofía, no sea injusta conmigo. Sabe que lo que digo es cierto, aunque se empeñe en negarlo. No es correcto lo que hace con ese hombre.

—No me dé sermones sobre lo que es correcto o no cuando usted está ahora mismo cenando con una mujer casada, a solas, en una casa ajena… —dije mientras me acercaba despacio hacia él—. ¿Tiene algún reproche más que hacerme, padre?

Él levantó la barbilla en un gesto de altanería mientras yo le mantenía la mirada sintiendo como se me aceleraba el pulso. Estábamos tan cerca que casi podía sentir su respiración.

—A partir de ahora quiero que se refiera a mí como señora Marchand —añadí—. Mañana recogeré mis cosas y volveremos a París en cuanto regrese Annette. El motivo de nuestro viaje ya no tiene sentido. No quiero hablar más con usted.

—Ni yo. Apártese.

18

La discusión con Sofía dejó a James confundido. A pesar de seguir pensando que tuvo razones para haberla advertido del peligro que suponía Salvatore, comprendía que quizás se había extralimitado y cometido un gran error que no sabía cómo enmendar. Deambulaba nervioso por el salón sin saber muy bien qué hacer. «¿En qué estaba pensando para hacer semejante comentario?», se preguntó. ¿Cómo había sido capaz de ofenderla de aquella forma? No iba a perdonarle nunca. Tenía que hacer algo, pero ¿el qué? No estaba acostumbrado a ese tipo de situaciones ni sabía qué decir. No había nada que pudiese justificar tal agravio. Tras un largo rato intentando, de forma inútil, buscar la manera de solucionar el problema que había creado entre ellos, se marchó a su habitación desesperado.

Se detuvo unos instantes en la puerta de la habitación de ella para comprobar si estaba aún despierta, pero no pudo escuchar nada. Pensó en llamar, pero la idea le pareció muy poco acertada, por lo que entró en su cuarto a la espera de hallar la manera de disculparse.

Los minutos pasaban y no lograba encontrarla, pero tenía claro que debía hacerlo antes del día siguiente para evitar que ella tomase una decisión errónea. No podía dejar de preguntarse qué le había llevado a hacer semejante comentario, pero aceptar la respuesta que le proporcionaban tanto su mente como su corazón era angustioso para él. ¿Sería aquello que sentía fruto de los celos? «No, imposible», se dijo. Sentía que se iba a volver loco, así que finalmente se armó de valor y regresó a la habitación de Sofía dispuesto a afrontar unos reproches que se merecería por imprudente.

Postrado frente a la puerta, con las manos temblorosas, repasaba mentalmente una disculpa convincente. Suspiró profundamente y llamó.

En el interior Sofía lloraba con rabia. Lo que el padre le había dicho le había dolido de verdad, porque había confiado en él y se había mostrado tal cual era sin temor de verse juzgada. Sin embargo, él no parecía ser tan tolerante como había imaginado y la hizo sentir como una mujerzuela en busca de un hombre. Odiaba escuchar reproches por parte de los hombres. Nadie tenía derecho a juzgar a una mujer por comportarse de la misma manera que lo hacía un hombre. Estaba harta de la sociedad hipócrita en la

que vivía y le apenaba pensar que aún quedaba mucho por hacer para lograr una pizca de la libertad de la que disfrutaban ellos. Intentaba calmarse cuando oyó que alguien llamaba a la puerta. Se preguntó si sería alguien del servicio que los hubiese escuchado discutir y quisiese saber si se encontraba bien. Guardó silencio, pero unos instantes después volvieron a llamar, y esa segunda vez con más insistencia. «¿Sería él?», pensó. Esperaba que no tuviese el atrevimiento de presentarse allí para seguir ofendiéndola. Se secó las lágrimas, se cubrió con una fina bata y fue a ver de quién se trataba. Cuando le vio intentó cerrar, pero él se lo impidió sujetando la puerta con fuerza.

—Sofía, por favor, se lo ruego, déjeme que me disculpe. No deseo molestarla más. Serán solo un par de minutos.

—Váyase de aquí. ¿Cómo se atreve a venir a mi dormitorio a estas horas?

—Le pido que me escuche, no quise ofenderla, créame. Por favor, déjeme pasar un minuto. No creo que sea adecuado que hablemos sobre esto aquí fuera. Podrían escucharnos.

—Ya le he dicho antes que no tengo nada más que hablar con usted, por lo que le pido que se marche —le ordenó intentando cerrar.

James dio un fuerte empujón y consiguió entrar en la habitación. Cerró la puerta tras él.

—Solo quiero que me escuche un segundo y después me iré… no la molestaré más, se lo prometo. No me gusta la opinión que se ha creado de mí.

Ella se negó a mirarle, de manera que se puso frente a la chimenea, donde permaneció de espaldas a él.

—Le doy un minuto.

—Le pido disculpas de nuevo. Fui muy imprudente al hacer semejante comentario. Sé que la he ofendido y dañado… No debí decirlo, pero creo que fue muy injusta conmigo y me duele que no agradeciese mi preocupación por usted.

—Traspasó todos los límites y se tomó unas confianzas con respecto a mí que usted no se puede permitir. —Su tono era duro e hiriente, pero necesitaba desahogar la rabia que sentía.

—Pensé equivocadamente que la amistad que hemos establecido me permitía poder hacerle un comentario semejante. No se volverá a repetir.

—¿Nuestra amistad? —preguntó con ironía—. Los amigos no se ofenden de esa forma.

—¿Por qué no me cree cuando le digo que no pretendía ofenderla? —protestó con desesperación—. ¡Solo quería protegerla de ese hombre! No es de fiar.

—Porque me está mintiendo y usted lo sabe —respondió mirándole por primera vez.

—No es verdad. No sabe lo que había en mi mente, no puede afirmar algo así. Obré mal, pero no lo hice con la intención de dañarla deliberadamente.

—Quizás no quiso ofenderme, pero sí herirme de alguna manera. Tengo la sensación de que con sus palabras pretendía forzarme a cambiar mi actitud con Salvatore.

—No es cierto. Tan solo quería… —musitó guardando silencio a continuación.

—¿Qué pretendía realmente? ¿Hacerme sentir mal para que me convierta en una mujer sumisa y recatada? ¿Eso es lo que quería?

—No.

—¿Entonces? ¿Por qué dijo aquellas palabras?

—No lo sé —mascullό.

—Sí lo sabe, pero no quiere aceptarlo. Sabe con certeza que desde el primer momento en que Salvatore pisó esta casa, usted se siente incómodo. Nada de lo que él hace o dice es de su agrado y está constantemente buscando la confrontación con él. ¿Puedo saber qué ha hecho para que usted no soporte su mera presencia?

—Nada, no tengo nada personal en contra de él.

—Miente de nuevo. Ha venido a explicarme sus motivos, pero vuelve con lo mismo. Si no tiene nada más convincente que decir, márchese. Necesito descansar.

—Es solo que… me dejé llevar por algo nuevo para mí y no supe controlarlo —dijo con voz temblorosa.

Ella sintió como se le erizaba el vello tras oír esas palabras.

—No puedo controlar lo que siento cuando estoy cerca de usted… —dijo finalmente sentándose en una butaca.

Sofía le observaba sin saber qué hacer ni qué decir cuando, de repente, le vio cubrirse el rostro con las manos, avergonzado.

—No puedo, es imposible… lo intento, pero no soy capaz de hacerlo —murmuró con la voz quebrada.

—James, ¿qué le pasa? —logró decir, pero no hubo respuesta—. No pretendía disgustarle tanto, le pido disculpas. Solo quería hacerle entender que su reproche me ha dolido. Yo no soy esa clase de mujer que ha insinuado con su comentario…

—¿Quiere saber qué me pasa?

—Por supuesto.

—Se lo diré entonces… No soy capaz de controlar lo que siento por usted —dijo sin mirarla.

Sofía no podría describir lo que sintió al oír sus palabras.

—Cuando estamos juntos y me mira, siento que me falta el aire, un calor insoportable emana de mí como si albergase en mi alma el mismísimo infierno.

—James, yo…

—No diga nada, por favor, no hace falta. Sé perfectamente lo que siente al oírme decir semejante barbaridad. No soy capaz de encontrar la forma de que me perdone, así que, si me disculpa, me marcho —dijo intentado

levantarse de la butaca.

—Espere —dijo sujetándole del brazo—. No se vaya. Se lo ruego.

—No me obligue a alargar mi agonía, deje que me marche. Será lo mejor.

Sofía se agachó para ponerse frente a él. Cogió sus manos y le miró fijamente.

—Yo me siento igual cuando le veo. Lo sentí la primera vez que cogí sus manos aquella noche…

—Sofía, por favor, no juegue conmigo. Lo que estamos diciendo es una completa locura. Deje que me vaya —dijo levantándose con brusquedad y fue hacia la puerta.

Sofía se puso de pie con rapidez y le interrumpió el paso. Se acercó a él, le puso las manos en el rostro y sin mediar palabra le besó. Él permaneció quieto unos instantes, pero enseguida se dejó llevar guiado por su deseo. Ella acariciaba su pelo con ternura mientras él intensificaba sus besos. Una pasión desconocida empezó a crecer entre ellos y aquel primer beso dio paso a otros más intensos acompañados de un calor que los consumía. La timidez de James fue dejando paso al fuerte anhelo que sentía por acariciarla. Sus besos le quemaban la piel. Sofía reaccionaba a cada una de sus caricias y besos mientras sentía que, a pesar de no ser una joven inexperta, lo que experimentaba era nuevo para ella. Nada podía detener la mecha que acababan de prender y se dejaron llevar por la intensidad de lo que sentían. El corazón tomó las riendas de su voluntad y apartó a la mente a un recóndito lugar donde permanecería acallada y sujeta con firmeza. No cabían las palabras, tan solo la melodía de su respiración, de sus besos desesperados, cálidos, prolongados. Abrumados por la pasión que los devoraba y despojándose del pudor, fueron hasta la cama donde se amaron con pasión hasta el amanecer.

19

SOFÍA

Apenas amanecía cuando me desperté un poco aturdida y sin saber dónde me encontraba. En mi mente aún permanecían los recuerdos de lo vivido aquella noche, aunque no era capaz de distinguir si aquellas imágenes y sensaciones habían sido tan solo un sueño. Abrí los ojos con lentitud para intentar salir de esa dulce ensoñación, pero lo que vi hizo que mi corazón se desbocase. A mi lado, estaba él durmiendo con placidez, con la cabeza ligeramente inclinada hacia mí y con el pecho al descubierto. Su respiración era relajada. Me acomodé con cuidado de no despertarle para poder observarlo en silencio. Mi mente se llenó de todas las sensaciones que sentí, erizando mi piel. Deseaba poder acariciarlo y besarlo de nuevo, pero el temor a que despertase y su posible reacción me paralizaba. ¿Y si me rechazaba y se iba? ¿Y si me culpaba por haberle seducido? Sin poder evitarlo, alargué mi mano con cuidado para acariciarle el pecho, pero me detuve bruscamente al sentir que se movía. Mi respiración se aceleró, aunque logré calmarme unos segundos después al comprobar que, tras dar un largo suspiro, siguió durmiendo. Me acerqué a él un poco más y cerrando los ojos me dejé llevar por su olor y el calor de su cuerpo. Sin poder evitarlo mi mano comenzó a acariciarle suavemente. Él se movió muy despacio, respirando profundamente; parecía dejarse llevar con mis caricias. Entreabrió los labios y esbozó lo que me pareció una ligera sonrisa. Arrastrada por el amor y la pasión que sentía hacia él, me aproximé aún más y le besé en el cuello. Giró la cabeza hacia el otro lado de la cama dejando la piel al descubierto. Seguí besándolo muy despacio y tras dar un largo suspiro, volvió su cabeza de nuevo hacia mí dejando nuestros labios a escasos centímetros de distancia. Pude sentir su respiración ligeramente agitada y el calor que asomó de nuevo en su rostro. Puse mi mano en su mejilla y le atraje hacía mí para besarlo. Aquel beso fue el más dulce y tierno que jamás había experimentado. Me llené de su calidez y me dejé llevar. Sin embargo, aquella maravillosa sensación frenó de golpe cuando él finalmente entreabrió los ojos. Me miró fijamente durante unos segundos para

ubicarse. A continuación, se separó de mí y se sentó en la cama llevándose las manos a la cara avergonzado. «Esto no puede ser real», le oí repetir una y otra vez. Intenté calmarlo, pero no me escuchaba mientras le rogaba que hablásemos de lo ocurrido; se negó. Se levantó con brusquedad de la cama, se vistió todo lo rápido que pudo y, sin mirarme, salió de la habitación dejándome allí sola, desconsolada. Lloré y lloré hasta que agotada me quedé de nuevo dormida. No sé qué hora era cuando desperté. La casa era un jaleo constante de personas trabajando. Recordé en ese instante que era el día de regreso de Annette y su prometido, por lo que decidí levantarme a pesar de no tener fuerzas para arreglarme, rezando para que no hubiesen vuelto aún. Mi imagen en el espejo era horrible: tenía los ojos rojos e hinchados de tanto llorar y el pelo revuelto. Necesitaba buscar una excusa urgente para mi aspecto ante mi amiga y lo que era peor, precisaba encontrarlo para hablar con él. Tras arreglarme lo mejor que pude salí de mi habitación y bajé al primer piso donde, a pesar del trasiego de gente, no había ni rastro de él. Fui directamente al jardín esperando hallarle allí, pero tampoco estaba en aquel lugar. «Seguro que está en las caballerizas», me dije angustiada. Revisé cada rincón, pero no le encontré. ¿Se habría marchado? Desesperada por no saber qué hacer ni cómo iba a justificar su ausencia ante Annette y Pierre, volví a la casa donde pregunté a una persona del servicio. Gracias a Dios, un joven mozo me contó que lo había visto hacía bastante rato encaminarse hacia el río que había al otro lado de la casa. Me indicó cómo llegar hasta allí desde las caballerizas y sin pensarlo salí corriendo en aquella dirección. Tras caminar un largo rato algo desorientada, pude ver el río oculto tras unos árboles. No parecía haber nadie, pero seguí hasta allí con cautela. No me sentía demasiado tranquila en aquel lugar aislado y a gran distancia de la casa. De repente, me pareció oír un ruido detrás de unos arbustos. Me asomé con precaución y lo que vi me heló la sangre: James estaba de pie dentro del agua, de espaldas a mí, sin ropa y con el agua a la altura de la cintura. Permanecía inmóvil, con las manos extendidas a los lados. A continuación, comenzó a echarse agua por la cabeza como si se tratase de una especie de ritual purificador. Me tapé la boca con las manos para no emitir ningún ruido. ¿Qué estaba haciendo? De repente, vi cómo se introducía totalmente en el río y desapareció. Los minutos pasaban y no salía del agua. Me asusté. Salí de entre los arbustos e intenté acercarme sin hacer ruido. Sin embargo, apenas había dado unos pasos cuando emergió del agua. Pude ver cómo volvía a quedarse de pie, con los brazos extendidos en forma de cruz. Después de unos minutos, se giró lentamente para salir del río. Por instinto, ante el miedo a ser descubierta, deshice mis pasos lo más rápido que pude con tan mala suerte que enredé mi vestido en un matorral. Intenté soltar la tela sin éxito durante unos minutos, pero era imposible pues el arbusto parecía tener alguna especie de rama con espinas que se aferró con fuerza a mi falda. En un último intento, tiré del vestido con energía y logré desenredarlo, aunque el esfuerzo me hizo perder el equilibrio y me caí hacia atrás dando un grito que no pude ahogar.

James se giró instintivamente hacia el ruido y se quedó petrificado al verme allí. Yo intenté justificar mi presencia en aquel lugar mientras mantenía la cabeza agachada para no mirarle.

—Por favor, no se enfade, yo… yo no pretendía molestarle. Solo quería saber dónde estaba y si se encontraba bien. Temía que hubiese decidido marcharse sin avisarme.

Salió del agua rápidamente y se puso la sotana. No paraba de quejarse y de murmurar cosas que yo no entendía.

—Márchese de aquí, por favor —dijo con enfado.

—Hablemos un minuto, se lo ruego. Necesitamos hablar de lo que ocurrió anoche…

—Váyase de aquí —espetó.

—No… James, le ruego…

—No se atreva a llamarme así —me ordenó.

—Pero usted me dijo que…

—Olvide lo que le dije. No se dirija a mí así —protestó de mal humor.

Tras terminar de vestirse, totalmente avergonzado y sin saber qué decir, recogió una pequeña caja que había en el suelo y comenzó a caminar con prisa. Le corté el paso como pude obligándole a parar.

—Se lo ruego, no le pido nada más que poder hablar un minuto sobre lo que pasó anoche. No podemos hacer como si nada hubiese ocurrido.

—Déjeme en paz, por favor, no deseo hablar de nada, no me cree más problemas. Tengo que volver a la casa para recoger mis cosas y regresar a París hoy mismo.

—¿Va a irse sin visitar la escuela para niñas? —pregunté intentando convencerle para que se quedase.

—No puedo esperar más. Insistí en haber ido antes, pero ustedes dos tenían mejores planes. Debo volver a mi iglesia de inmediato.

Mi desesperación y angustia iban en aumento porque no lograba hacerle cambiar de opinión. Siguió caminando, pero yo conseguía seguirle a buen ritmo.

—Por favor, no se apure. Lo que pasó entre nosotros no lo sabrá nadie. Tan solo quiero contarle que…

—No quiero que me cuente nada, déjeme —contestó con la respiración agitada.

Agobiada por su reacción y cansada de ir tras él, fingí tropezarme. Haciendo acopio de toda la teatralidad que pude, simulé haberme dañado el pie y comencé a llorar. Aquella escena no era propia de mí, pero necesitaba detenerle como fuese. Él siguió avanzando; sin embargo, se detuvo al escuchar mis quejas. Se quedó quieto unos segundos y tras dar un largo suspiro se giró hacia mí y se acercó despacio. Cuando vi que se acercaba a mí, intensifiqué mis lamentos y comencé a tocarme el pie mientras fingía muecas de dolor.

—¿Se encuentra bien? —preguntó sin mirarme.

—He tropezado con algo y me he torcido el pie. Me duele mucho —respondí sin mirarle para evitar que descubriese mi engaño.

—¿No puede andar? —preguntó con estupor.

—Sí, creo que sí, bueno, no lo sé. Tengo mucho dolor y no sé si podré posar el pie.

Levanté la vista y le vi echarse las manos a la cabeza con verdadera desesperación. Aquella imagen me provocó una inmensa tristeza. Era obvio que estaba sufriendo así que me levanté despacio avergonzada. Él me ofreció su mano para ayudarme y entonces pude comprender que no era justo lo que estaba intentando conseguir. Me agarré fuerte a su mano, me puse frente a él y le dije:

—Padre, yo tampoco logro entender cómo anoche… —me detuve para intentar no incomodarlo con mis palabras—. Créame que me siento avergonzada. Solo quiero decirle que nadie sabrá jamás lo que pasó, ni tan siquiera Annette, puede confiar en mí y en mi discreción, pero necesito también confesarle que lo que ocurrió fue lo más maravilloso que he vivido y sentido nunca.

—Por favor, Sofía, no siga. Debo irme —dijo alejándose de nuevo de mí.

—Por favor, no deje que lo que pasó acabe con nuestra amistad y la maravillosa labor que podemos llevar a cabo ayudando a otras personas. Colabore con nosotros y le prometo que jamás volveré a darle problemas. Tan solo me pondré en contacto con usted cuando necesite de su ayuda.

—No creo que pueda seguir colaborando con ustedes. Mantendré su anonimato, no se preocupe, pero necesito centrarme en mi vida y en mi iglesia, lo siento.

—Por favor, deme un par de días para buscar una excusa adecuada y así poder marcharnos de aquí sin levantar sospechas.

—No deseo marcharme con usted. Volveré solo a París mañana mismo. No se preocupe por los motivos, en realidad tengo muchos asuntos de los que ocuparme y que he estado posponiendo por estar aquí. Cualquiera de ellos me valdrá como excusa.

—Pero…

No pude añadir nada más. Se dio media vuelta y comenzó a caminar con rapidez. Acababa de dejar claro que la conversación se había terminado.

Volvimos por separado a la casa. Al llegar, para nuestra sorpresa, nos encontramos con Annette, Pierre y Salvatore que acababan de regresar. Nos acercamos a saludarlos intentando disimular. Salvatore se aproximó para saludarme con efusividad, aunque logré zafarme de él moviéndome con discreción en dirección a mi amiga. James les estrechó la mano y se excusó para poder salir de allí. Annette me agarró del brazo con la intención de relatarme todos los detalles de su viaje mientras anunciaba que Salvatore almorzaría con nosotros. Aquella información me disgustó, pues no estaba de humor para aguantar la apasionada atención del italiano. Nos sentamos en el gran salón para tomar un té y charlar. Mientras ellos narraban lo que habían

vivido en la casa familiar de Pierre, mi mente se encontraba en otra parte. No podía sacarme de la cabeza la conversación con James hacía apenas unos minutos. Su actitud distante me entristecía de verdad. Intenté contener las lágrimas respirando profundamente mientras sonreía forzada ante los comentarios de Salvatore, aunque me resultaba muy difícil, por lo que pedí perdón por retirarme debido a un incómodo dolor de cabeza. Fui a mi habitación con la esperanza de lograr recomponerme antes de la hora del almuerzo, sin embargo, la angustia por no saber lo que James iba a hacer me superaba. Había dicho que se marcharía al día siguiente; no obstante, me intrigaba cómo él pensaba mantener la compostura a lo largo del día, ya que no podría permanecer en su habitación si pretendía no levantar suspicacias. Estaba segura de que no me permitiría hablar con él de nuevo, de modo que decidí acostarme un rato para serenarme. Poco después oí que alguien llamaba a mi puerta. Se me aceleró el corazón pensando que podría ser él, pero al abrir me encontré con Annette, que entró en la habitación sin mediar palabra.

—Querida, ¿te encuentras bien?

—Sí, sí, disculpa por haberme retirado tras tu llegada. Hoy me he despertado con un intenso dolor de cabeza y necesitaba descansar un rato.

—¿Quieres que te traiga algo para aliviarlo? —preguntó.

—No, gracias, estoy bien. Me he tomado unas gotas calmantes que me suelen funcionar cuando me duele mucho.

—De acuerdo, aunque, si no te importa, prefiero quedarme un rato aquí contigo. Te he echado mucho de menos, los días pasan y no quiero perder más tiempo sin que estemos juntas. No te molestaré, solo me quedaré aquí echada contigo hasta que esas gotas empiecen a hacer su efecto y podamos charlar un rato.

Mi intuición me decía que Annette presentía algo, por lo que no me opuse e intenté mostrarme lo más natural posible. Me recosté de nuevo en la cama mientras ella se sentó en uno de los laterales. Observaba curiosa la habitación.

—¿Qué tal se siente tu futura suegra? —pregunté para distraer su atención.

—Mejor, mejor —afirmó sin prestarme demasiada atención mientras observaba todo a su alrededor—. Y tú, ¿has encontrado la forma de entretenerte en mi ausencia?

Sabía que aquella pregunta iba cargada de sospechas así que respondí con calma.

—Pues sí, dediqué el día a leer, a pasear por tu jardín y visité las caballerizas durante la tarde.

—¿Y el padre te acompañó?

—Sí, ya sabes el amor que siente por los caballos. Pasamos la tarde disfrutando de Perseo.

—Entiendo —musitó—. ¿Os gustó la cena?

—Por supuesto, estaba deliciosa, muchas gracias.

—¿Y la tarta de fresas? Seguro que no la probabas desde la última vez que la comimos juntas aquí.

—Sí, me trajo muchos recuerdos. A James, digo al padre —corregí— también le fascinó. Conseguí que tomase dos trozos. Disfrutó tanto que hasta le cambió el carácter —dije arrepintiéndome al instante de haber dicho aquello.

—Ah, ¿sí? ¿En qué sentido?

—Quiero decir que le gustó mucho y se sintió más alegre y relajado después de comerla —afirmé con cuidado de usar las palabras adecuadas.

—Seguramente, cuando nos deleitamos con algo delicioso nuestros sentidos se activan.

Guardé silencio.

—Probablemente el motivo por el que hoy no parece encontrarse bien sea un exceso de dulce, ya que parece no estar acostumbrado a tales placeres, ¿no crees?

—Annette, si no te molesta, necesito dormir un poco antes de comer. Si lo prefieres puedes ir a atender alguna tarea que tengas pendiente.

—De acuerdo, te dejaré descansar. Iré a visitar a mis caballos y a pasear con Pierre un rato. Te veo luego —dijo acercándose a darme un beso.

—Gracias.

Salió de la habitación despacio no sin antes volver a echar un vistazo a su alrededor. Estaba claro que sospechaba que algo raro estaba pasando, por lo que me hallaba en un serio problema. No podía dejar que nadie supiese lo que había ocurrido allí la noche antes. Era un tema muy delicado que podría tener graves consecuencias para James. Debía inventar una excusa mucho más convincente para nuestra actitud y necesitaba mostrarme más animada en mi próximo encuentro con los demás.

Tras reposar un rato, me arreglé el pelo, me puse un poco más de maquillaje en las mejillas y bajé al salón. Al no encontrar a nadie allí fui hasta el jardín donde estaban todos tomando un refresco, a excepción de James.

—*Mia cara, vieni qui e unisciti a noi,* siéntese aquí con nosotros a disfrutar del hermoso día —dijo Salvatore levantándose para saludarme.

—*Grazie* —respondí sonriendo—. Es cierto, hace un día espléndido.

—Cierto —indicó Pierre—. ¿Te encuentras mejor, Sofía?

—Sí, no te preocupes, era tan solo una molesta jaqueca.

—Me alegro. ¿Sabes dónde está el padre Wilcox? —quiso saber Pierre.

—Creo que está en su habitación. Tengo entendido que esta mañana ha recibido un mensaje desde París concerniente a un tema que debe atender tan pronto le sea posible.

—Vaya, ¿debe marcharse entonces? —preguntó Pierre mostrando verdadero interés.

—No lo sé, imagino que nos informará al respecto cuando baje a almorzar.

—*La Santa Madre Chiesa non può essere fatta aspettare*. No se pueden

demorar los asuntos de la Santa Madre Iglesia, ¿no creen? —comentó Salvatore con cierta jocosidad.

Miré al italiano molesta por aquel comentario, pero decidí disimularlo desviando la conversación.

—¿Tenéis entonces claro cómo van a ser los preparativos de la boda? —quise saber mirando a Annette.

—Más o menos, sí, ahora nos queda materializarlos, ¿verdad, querido?

—Exacto, ahora llega lo más emocionante, al menos para ella —dijo Pierre provocando la risa de todos.

—Pues sí, *mon amour*, será todo un acontecimiento.

—No lo dudo —respondí sonriendo—. Seguro que logras que se convierta en la boda del año.

—*Sarà il matrimonio del secolo, miei belli.* Yo mismo me encargaré de que su retrato de bodas dé la vuelta al mundo.

Reíamos relajadamente cuando vimos llegar a James. Sin poder evitarlo me sonrojé, cosa que no pasó inadvertida para Annette, que se levantó de su asiento para recibirle.

—Padre, le echábamos de menos. Por favor, siéntese con nosotros a tomar un refresco antes de comer.

—Gracias —musitó con timidez.

—Padre, hablábamos de nuestro futuro enlace al que usted está, por supuesto, invitado —dijo Pierre—. Para nosotros será un honor contar con su presencia en un día tan señalado. De hecho, estaba pensando en que a Annette le haría mucha ilusión si fuese usted el que oficiase nuestra boda.

—Yo, eh… no… no podría —respondió titubeando—. No sé si estaré disponible en esa fecha. No me puedo ausentar de mi iglesia a menudo. De hecho, este viaje ha sido una excepción.

—Por supuesto, lo entendemos, pero, por favor, inténtelo —le rogó Annette—. Nadie mejor que usted para unirnos en matrimonio. Le he cogido un especial cariño y sería un honor, como bien ha expresado mi prometido, poder contar con su presencia.

—No sé qué decir, la verdad es que no sé si podré hacerlo. Como les digo, normalmente estoy muy ocupado y…

—No se preocupe —afirmó Pierre—. Somos conscientes de que una petición semejante hay que hacerla formalmente así que la próxima semana escribiré personalmente al Diácono de su iglesia para pedirle el favor. Estoy seguro de que nos lo concederá, a cambio de un buen donativo, claro está.

Pierre, Annette y Salvatore soltaron una sonora carcajada mientras yo los observaba incómoda.

—No se ofenda, padre, no lo he dicho a modo de crítica. Somos filántropos por naturaleza y no solo ayudamos a fomentar el arte y la cultura, sino que también dedicamos parte de nuestra fortuna a aliviar los problemas de los más desfavorecidos —comentó Annette al ver la cara de disgusto de James.

—No lo dudo, gracias por su generosidad.

—*Allora è tutto detto, abbiamo un cura per il matrimonio!* Solo resta buscar el acompañante adecuado —dijo Salvatore girándose directamente hacia mí para después mirar a James, quien le mantuvo la mirada con firmeza.

—De acuerdo, si el Diácono lo considera adecuado oficiaré su boda.

—Gracias, padre, de corazón —dijo Annette visiblemente emocionada —. Estoy segura de que a Sofía también le hace ilusión que sea usted quien la oficie, ya que confía en usted absolutamente.

—Siento informales, sin embargo, que debo marcharme mañana mismo. Hay un asunto del que debo hacerme cargo sin más demora. Les agradezco su hospitalidad y les deseo la mayor felicidad en su próximo enlace.

—Sofía, querida, ¿tú también vuelves a París mañana? —preguntó Annette preocupada.

—No, prefiero quedarme contigo unos días más, si no te molesta. Aún quedan cosas de las que tenemos que hablar. Tengo que elegir el regalo de bodas que voy a hacerte y eso lo hago mejor estando aquí. Ya sabes que en cuanto regrese tendré muchas cosas de las que ocuparme.

—Claro que sí, me alegro mucho de que desees quedarte. De hecho, desearía que vivieses aquí todo el año.

—Yo también me alegro —comentó Salvatore mirando de nuevo de reojo a James—. Le recuerdo que aún tiene que visitar mi galería de arte. Le aseguro que no le defraudará.

—Sí, espero poder sacar un rato para hacerlo, pero es cierto que quiero aprovechar el máximo tiempo posible con Annette, hay muchas cosas que preparar y no puedo demorar mi vuelta demasiados días —dije posando la mirada en James mientras él la apartaba con disimulo.

—Creo que la comida ya está lista. Vayamos al salón —afirmó Annette.

Nos habían preparado una mesa más pequeña al lado de un gran ventanal para poder disfrutar del aire fresco. Salvatore se adelantó a todos y cogiéndome del brazo me dirigió adentro. Me puso el brazo alrededor de la cintura para invitarme a sentarme a su lado. Miré instintivamente a James, quien, apretando los puños, bajó la vista al suelo. Intenté separarme de él y con una excusa elegí una silla en el borde de la mesa. Cuando Salvatore estuvo a punto de sentarse a mi lado, Annette, que se había percatado de mi incomodidad, le llamó para enseñarle un pequeño retrato que había en un mueble cercano, dando tiempo al padre James a sentarse a mi lado. Cuando regresaron a la mesa, pude ver el gesto de disgusto del italiano al comprobar que la silla en la que había planeado sentarse había sido ocupada. Decidió sentarse en frente de mí y con una gran sonrisa dijo:

—Sofía, tiene que posar para mí, *vi preggo, per favore*. Es usted muy hermosa y con esta luz espléndida que tenemos hoy aquí luce usted maravillosa. Es usted una de las mujeres más hermosas que he conocido y no se puede marchar sin que me deje retratarla.

James se movió nervioso en la silla y comenzó a rascarse la barbilla.

—Muchas gracias por sus palabras —dije sin saber muy bien qué responder—, pero un retrato requiere de mucho tiempo y no dispongo de tanto. Quizás en otro momento, aunque le agradezco el cumplido y el ofrecimiento.

—*Per favore*, no es ningún cumplido, es la realidad. Su esposo es un hombre muy afortunado e imagino que *sará perdutamente innamorato.*

—El marido de Sofía es un hombre muy afortunado, sí, tienes toda la razón —afirmó Annette echándome una mano—, aunque por desgracia, es un hombre demasiado ocupado para dedicar a su esposa el tiempo que se merece.

Ya no estaba tan segura de si mi querida amiga intentaba ayudarme o ponerme de nuevo en apuros.

—*E come è possibile?* Usted se merece que lo dejen todo por usted, Sofía.

—Annette es muy exagerada —dije intentando salir del embrollo—. Es cierto que mi marido es un hombre de negocios muy ocupado, pero siempre tiene tiempo para mí cuando lo necesito.

—Hay hombres que no aprecian ni valoran las mujeres que tienen a su lado. Yo no pienso ser de esos —dijo Pierre besando la mano de su prometida —. Cuando una mujer nos roba el corazón, poco podemos hacer para huir de ella, amigos. Nuestra voluntad es débil cuando las tenemos cerca y nos es imposible escapar de su encanto. Estoy seguro de que su esposo estará deseoso de volver con usted en cuanto sus obligaciones se lo permiten.

James permanecía en silencio con la mirada fija en la mesa.

—Si puede, déjese retratar por Salvatore —continuó Pierre—. Pocos artistas saben captar la belleza femenina como él.

—¿Pinta algo más que no sean mujeres? —preguntó James harto de aquella conversación.

—Por supuesto, mi talento no se limita a retratos, pero se engrandece cuando se me permite retratar su belleza. Imagino que a usted le pasará lo mismo. Estoy seguro de que dedica su posición en la sociedad para hacer algo más que ofrecer misas.

—Yo me limito a lo que requiere mi oficio.

—Siempre se pueden hacer concesiones —respondió Salvatore molesto.

—Por supuesto, cuando la ocasión lo merece, pero sin olvidar nuestro lugar.

La tensión entre los dos iba *in crescendo* por lo que Annette nos invitó a disfrutar de la comida con calma. Tras acabar de comer, James se marchó a su habitación molesto mientras los demás volvíamos al jardín para tomar el té.

Pasamos la tarde relajados charlando hasta que Pierre y Salvatore se marcharon a la galería de arte de los Dufour a solucionar unos asuntos. Logré enfocar la conversación con Annette en los preparativos de su boda hasta la hora de la cena, momento en el cual James pidió poder cenar a solas en su habitación para acostarse temprano, ya que debía partir a primera hora de la mañana y no quería demorarse conversando. Me dio pena no poder compartir

aquella última cena con él, pero entendía su decisión. Era muy difícil guardar la compostura delante de los demás.

Yo también decidí acostarme pronto. Quería estar a solas para pensar y meditar acerca de lo que iba a hacer una vez estuviese de vuelta en París. Temía que no quisiese volver a verme y tan solo de pensarlo se me encogía el corazón. ¿Cómo iba a poder seguir con mi vida ignorando lo que había sentido? ¿Cómo iba a ser capaz de olvidarme de aquello? Me quedé dormida intentando encontrar la solución a mis temores, pero varias horas después me desperté sobresaltada. Algo me decía que James estaba a punto de marcharse. Me levanté con premura de la cama, me vestí y salí de la habitación con sigilo. Opté por usar la puerta del servicio para no ser vista. Todo estaba oscuro afuera, por lo que tuve que agudizar la vista. Cuando creía que no le encontraría, vi una silueta moviéndose. Me acerqué un poco más para asegurarme de que era él. Afortunadamente, le vi esperando al carruaje. Tenía la mirada clavada en el suelo, así que se asustó cuando me sintió llegar.

—Sofía, ¿qué hace aquí? Márchese, por favor, pueden verla.

—No podía dejarle marchar sin despedirme. Siento mucho que tenga que irse así. Nunca pensé que esto podría pasar —dije con los ojos llenos de lágrimas—. Por favor, tenga cuidado durante el viaje y prométame que cuando vuelva a París volveremos a vernos.

—Sofía, vuelva a su habitación, por favor, hace frío y va a enfermar. Tengo que ocuparme de muchos asuntos y no tendré tiempo. Creo que ya nos hemos visto demasiado estas últimas semanas.

—Siento lo que pasó, pero no me arrepiento de lo que sentí.

—Márchese, se lo ruego.

—De acuerdo, lo haré, pero antes quiero decirle que, aunque no tiene sentido, no sirve de nada negar lo que ha nacido entre los dos. Cuídese —dije y me marché. Entré en la casa llorando con la esperanza de haber sacudido su corazón.

20

JAMES

Notar de nuevo el tacto de Sofía me hizo recordar todo lo que había sentido junto a ella: su olor, sus besos, la suavidad de su piel y sus caricias. Era incapaz de sacarme todo aquello de la cabeza o de calmar las reacciones de mi cuerpo al recordarlo. Suspiré hondo para calmarme y, antes de subir al carruaje, me volví una última vez para verla. Deseaba con toda mi alma correr tras ella y confesarle lo que me hacía sentir, pero no podía. Tenía que olvidarla para poder seguir con mi vida, aunque no sabía cómo iba a hacerlo si tan solo cerrando los ojos la veía sonreír. ¿Cómo se podía olvidar a una persona cuyo olor te calaba en lo más hondo de tu alma, cuya piel te quemaba las manos? ¿Cómo iba a lograr vivir sin ella?

Cuando la vi marcharse llorando, me sentí morir. Las lágrimas me brotaban sin poder controlarlas y sentí como todo mi mundo se venía abajo. Entendí que la felicidad me había sido arrebatada para siempre, tomase la decisión que tomase. Por muy irónico que fuese, mi vida consistía en predicar el amor mientras que a mí se me prohibía amar con libertad. Por un momento sentí rabia hacia las personas que eligieron mi vida sin preguntarme y deseé ser más valiente para renunciar a todo e ir tras ella. Sin embargo, el sentido común me paralizaba. ¿Qué podía ofrecerle yo a una mujer que lo tenía todo y que vivía la vida de una manera tan pasional y libre? Mi mente se llenó de imágenes de ella junto a sus amigos, disfrutando de la vida, de largas conversaciones, de risas y de alegría para mostrarme que yo no tenía cabida en su realidad. Lo único que podría ofrecerle era mi amistad, pero eso sería como darle de comer al sediento.

Subí al carruaje con el deseo de que la distancia pudiese aplacar mi dolor. Informé al cochero de que precisaba llegar a París lo antes posible, ya que no estaba de humor para un trayecto largo y tedioso. ¡Si al menos hubiese permitido que Sofía regresase conmigo! Pero no podría soportar tenerla tan cerca durante tantas horas. No, necesitaba serenar mis pensamientos y centrarme en mi vida. Sin embargo, cuanto más intentaba apartarla de mi

mente, más parecía querer anclarse en ella. El recuerdo de Sofía aquella noche en la posada, herida y vulnerable me aceleró de nuevo el corazón. Lo que experimenté cuando noté su cuerpo junto al mío por primera vez me cambió la vida para siempre. Nunca antes había tenido una idea tan clara de cómo podría ser el paraíso hasta que la tuve en mis brazos.

Intenté centrarme en las tareas que tenía pendientes a mi regreso durante un rato, aunque solo conseguí quedarme dormido y soñar con ella. En el sueño la veía sonriendo, con el pelo suelto, diciendo algo que no comprendía mientras gesticulaba una y otra vez. Yo la observaba perdido en su belleza cuando se acercó para besarme. Podía sentir su calor, pero cuando noté el dulce tacto de sus labios el suelo a mis pies se volvió inestable, se desquebrajó y me hizo caer al vacío más profundo. Me desperté sobresaltado, con el corazón latiendo de forma acelerada. Miré a mi alrededor y respiré aliviado al comprobar que tan solo se trataba de una pesadilla. Estaba claro que mi mente no iba a dejarme descansar, por lo que me rendí, cogí un libro y empecé a leer con la esperanza de hallar un poco de calma.

Aquel primer día de viaje llegó a su fin al caer la tarde, momento en el cual me alojé en una pequeña posada para pasar la noche. Después de comer algo rápido, me fui directo la cama, pues lo único que deseaba con todo mi corazón era dormir y olvidarme de todo. Sin embargo, mis demonios se despertaron de nuevo durante el sueño y tras unas cuantas horas luchando contra mis fantasmas, logré dormir hasta la mañana.

Llegué a París de noche al día siguiente. Entrar de nuevo en mi hogar me llenó de paz y de una ligera esperanza de poder retomar mi vida como era antes de conocer a Sofía.

Durante los días posteriores a mi regreso fui a la iglesia, me ocupé de mis quehaceres allí y después me refugié en mi jardín, donde por fin encontré la serenidad que necesitaba. Intentaba con todas mis fuerzas tener la mente ocupada y le pedía en mis rezos al Señor que me marcase el camino para lograrlo. El primer paso que me mostró era no pensar más en aquella noche, al menos durante el día, ya que las noches se convirtieron en una lucha infernal de la que, al menos de momento, salía como perdedor. Extrañaba su presencia y su olor me acompañaba en cada inhalación. Soñaba con volver a verla, aunque fuese en la distancia y me preguntaba qué haría cuando regresase. Me preocupaba no saber nada de ella y, más aún, imaginarla viajar sola, pero luego recordaba que era una mujer fuerte, decidida y valiente que no se amilanaría ante cualquier contratiempo y de nuevo aparecían las imágenes de ella abrazada a mi cuerpo, temblando, asustada, su tacto, su olor… Mis fuerzas y mi voluntad me abandonaban en el ocaso para reaparecer de nuevo al amanecer, noche tras noche y convertían mi descanso en un auténtico calvario del que no podía escapar. Por fortuna, según pasaban los días, los fantasmas eran cada vez menos dolorosos, algo que me hizo confiar en que era posible volver a recuperar mi vida. Poco imaginaba yo que unos días después todo lo que había logrado construir se vendría de nuevo abajo con la misma

facilidad con la que un ave emprende su vuelo.

Transcurrieron un par de semanas más en las cuales me dediqué a hacer todo tipo de actividades para no pensar demasiado en Sofía, aunque mentiría si negase que su recuerdo volvía a mí con cualquier cosa: mientras preparaba té, cortaba las flores o sentado frente a la chimenea antes de acostarme. Tanto ajetreo durante el día me empezó a agotar, por lo que una tarde de sábado decidí salir a dar un paseo por la ciudad. Necesitaba relajarme y rodearme del bullicio y de la vida que emanaba de cada rincón de París. Me agradaba ver a la gente reír y disfrutar en compañía de familiares y amigos, así que entré en una bonita cafetería para tomar un café con tranquilidad. Me dirigí a una de las mesas al fondo del local, cogí un periódico que alguien había dejado encima de la mesa y me dispuse a degustar un *café crème* mientras me ponía al día sobre lo que acontecía en el país. Durante un rato agradecí esa agradable tarde fuera de los muros de la iglesia. Leía relajado sin pensar en nada, inmerso en la lectura del diario cuando, de repente, escuché que alguien entraba en el café. No presté demasiada atención hasta que oí una risa que me era familiar y que provocó que el corazón se me acelerase. No podía ser, no podía ser ella, allí, en aquel mismo lugar. No era posible que hubiese regresado y que hubiese elegido esa cafetería, entre las decenas que había por toda la ciudad, para tomar un café esa tarde. Intenté seguir leyendo con la esperanza de que hubiese sido una mala jugada de la mente, pero unos segundos después oí unos pasos acercándose hacia mí.

—*Non posso crederci.* Padre Wilcox, ¡qué sorpresa encontrarle aquí! *Come estai?*

Si creer haber oído la risa de Sofía era motivo para anhelar no haber salido a pasear aquella tarde, escuchar la voz de Salvatore hablándome me hizo desear que me tragase la tierra. No había sido consciente hasta entonces de cómo me molestaban su tono de voz y su jactancia al hablar. Mantuve la mirada fija en la lectura en un intento de cubrirme un poco el rostro con el diario, pero aquel hombre insistió en saludarme de nuevo, de forma que no tuve más remedio que levantar la vista hacia él. Lo que vi me dejó sin palabras. A su lado, agarrada a su brazo, estaba Sofía. Salvatore me observaba con una ligera sonrisa en su rostro.

—Padre, ¿se encuentra bien? Le veo un poco… *come si dice?,* pálido.

—Salvatore, ¿cómo usted por aquí? —pregunté con desgana sin mirar fijamente a Sofía, que seguía con la mirada clavada en el suelo.

—*Che sorpresa!* No esperábamos encontrarle aquí, ¿verdad, Sofía?

—No, no lo esperábamos, por supuesto que no —contestó ella con timidez.

—Si me disculpan, ya he terminado mi café y debo irme —dije mientras me levantaba de la mesa.

—¿Qué tal está? —quiso saber Sofía—. Espero que tuviese un buen viaje de vuelta.

Por el tono de su voz pude notar que se sentía incómoda con aquella

situación.

—Estoy muy bien, gracias por su interés —respondí mirándola por primera vez.

Nuestras miradas se encontraron durante unos segundos, tiempo suficiente para que todos los recuerdos se agolpasen de nuevo en mi mente con fuerza. Era imposible que todo mi esfuerzo por recobrar la paz desapareciese de repente. Pude sentir cómo se me aceleraba el pulso y me temblaban las manos. Los fantasmas acababan de aparecer de nuevo, esta vez con más virulencia. Necesitaba salir de allí antes de que el calor que empezaba a sentir subiendo por mi pecho fuese evidente.

—Disculpen, debo irme.

—Padre, ¿no le interesa saber el motivo por el que estoy en París? —preguntó Salvatore con una sonrisa.

—En otro momento quizás —dije yendo hacia la salida.

—Se deja el periódico —indicó Sofía y se acercó para entregármelo.

—No es mío, pueden quedárselo. Buenas tardes —dije y sin mirar atrás salí de allí con el deseo de refugiarme en cualquier lugar ajeno a las miradas de la gente para poder serenarme. Ver a Sofía junto con aquel hombre tan insolente era demasiado para mí.

Sin poder evitarlo miré a través de una de las ventanas del café y allí, tras el cristal, vi el reflejo de Sofía observándome. Bajé la vista y comencé a caminar con avidez. Necesitaba llegar a casa lo antes posible; no podía correr el riesgo de que alguien me viese en aquel lamentable estado. Apresuré el paso todo lo que pude sin prestar atención a las personas con las que me cruzaba, algunas de las cuales se sorprendían al verme caminar a esa velocidad. Llegué a casa y cerré la puerta de un golpe tras de mí. ¿Qué hacía aquel hombre en París y, lo que era peor, por qué iba Sofía agarrada de su brazo? Sentí cómo los celos me nublaban el pensamiento. No podía permitirme albergar aquellos sentimientos, tenía que encontrar la forma de tranquilizarme. Decidí darme un baño con agua fría para calmar el intenso calor que emanaba de mi cuerpo y durante un rato sentí algo de alivio. Sin embargo, mientras me preparaba un té calmante, alguien llamó a la puerta y el calor y los temblores comenzaron de nuevo. No podía ser ella. No se atrevería a presentarse en mi casa. No. No era posible. Me encaminé hacia la puerta angustiado, respire hondo y la abrí con los ojos cerrados, para no ver lo que aparecería tras ella. Para mi alivio, se trataba de una ayudante de la iglesia que, tras verme entrar en la casa en tal estado, se había acercado a interesarse por mí. Pude convencerla de que tan solo me sentía un poco indispuesto. Un par de minutos después, la mujer se marchó un poco a regañadientes, no del todo convencida con mis explicaciones.

Me apoyé en la puerta tras cerrarla. Las piernas me temblaban y sentía el corazón desbocado. No podía seguir así. Me enfadé conmigo mismo por ser tan débil, por no ser capaz de controlar mis reacciones, por dejar que su mera presencia hiciese estallar en mí un mar de emociones desbordadas capaces de

eliminar mi tranquilidad y calma para convertirme en un ser voluble, vulnerable y lleno de inseguridades. «¿Qué voy a hacer? Tengo que olvidarla», me repetía una y otra vez. Debía encontrar la forma de acabar con todo aquello, pero era incapaz de averiguar cómo. Logré por fin tomarme el té y me fui directo a la cama con el anhelo de poder dormir para olvidar el infierno en el que se había convertido mi vida.

21

SOFÍA

Hacía tan solo cuatro días que había regresado a París junto con Salvatore y no había tenido demasiado tiempo libre para pensar en James. Sin embargo, nuestro encuentro casual en aquella cafetería removió mis temores y reavivó mis recuerdos. Me disgustó haberle visto acompañada del italiano, pero no imaginaba encontrarlo allí. A pesar de la excusa que usó Salvatore para viajar a París junto a mí, era obvio que el propósito de aquello era pasar más tiempo a mi lado y pese a no disfrutar demasiado con su constante presencia, me resigné a aguantarlo durante unos días con la esperanza de que ocupase su tiempo organizando el evento que tenía en mente.

Tras hacerme cargo de diversas tareas durante la mañana, me dirigí al centro de la ciudad dispuesta a hacer unas compras. Después de visitar varias tiendas, sentí el impulso de ir a la iglesia. No era prudente entrar allí o me arriesgaría a un nuevo desencuentro con él, aunque mi corazón me empujaba a hacerlo. Dudé durante varios minutos, pero, por fin, cubrí mi cabeza con un pañuelo que llevaba anudado al cuello y pasé. Para mi sorpresa, James estaba celebrando una misa. Aquello me extrañó, pues no era la hora habitual. Aun así, decidí entrar y me senté en un banco al final del pasillo central. Evité levantar la cabeza para no ser reconocida y mientras lo escuchaba, frotaba mis manos con nerviosismo. Sentía la necesidad de salir de allí. Sin embargo, no podía moverme: mi cuerpo estaba paralizado, incapaz de reaccionar, absorto en la melodía de su voz. Arrepentida de haberme atrevido a entrar, intenté buscar la forma de escapar de allí, pero, cuando estaba a punto de levantarme, oí cómo su voz cambiaba de tono. De repente se activó en mí el temor de que me hubiese reconocido, así que me mantuve en mi asiento. Empezó a hablar con más lentitud y pude percibir cómo incluso titubeó en algún instante. Aceleró la liturgia final de la misa y la gente empezó a levantarse para salir. Noté las miradas de algunas de las mujeres que pasaron por mi lado, de modo que decidí esperar a que todas aquellas personas abandonasen el templo. A continuación, me levanté con rapidez en dirección a una de las naves laterales

donde había una imagen de Santa Genoveva de París, patrona de la ciudad. Encendí unas velas con disimulo, a la espera de poder escapar de allí sin ser vista. Pese a no ser especialmente devota de ninguna imagen, verme en aquella situación me hizo ampararme en ella a la desesperada. Estaba inmersa en mis plegarias cuando oí su voz detrás de mí.

—¿Desde cuándo se ha vuelto tan beata como para acudir a misa a estas horas? —murmuró en voz baja.

—Estaba caminando por los alrededores y he decidido entrar a encender unas velas —dije en un intento de sonar convincente y digna.

—¿Ha entrado a encender unas velas? Y eso no ha podido hacerlo usted en cualquier otro lugar, claro, pasaba por aquí y ha sentido la llamada de Dios, ¿verdad?

—¿Me está echando, padre? —le inquirí molesta.

—No, por supuesto que no, este es un lugar abierto a todo el mundo, pero, por favor, no se atreva a ofender mi inteligencia. ¿Por qué ha venido aquí, Sofía?

—¿Es este un lugar vetado para mí para siempre? Me ofende que después de lo que hemos…

—No se atreva a expresar aquí lo que iba a decir —dijo tajante.

—Está bien, lo entiendo, no quiere volver a verme nunca más. De acuerdo, me marcho entonces a ocuparme de cosas más importantes en mi vida.

—¿Es Salvatore una de esas cosas tan importantes? —preguntó con rabia.

—¿De verdad que va a preguntarme eso aquí, padre? ¿No le parece inadecuado interesarse por las amistades masculinas de una mujer? —dije apagando una vela para justo después comenzar a caminar hacia la puerta.

—Sofía, venga aquí —protestó agarrándome del brazo para evitar que me fuese—. No intente desquiciarme y haga el favor de esperar. Necesito hablar con usted de un asunto en privado.

—Yo no tengo nada que hablar con usted. Ya me ha dejado claro que mi presencia no es bien recibida y yo jamás permanezco donde no me corresponde. Que tenga un buen día.

—La espero dentro de una hora en la sacristía —susurró.

—No pienso ir —afirmé tajante.

—Por supuesto que vendrá. No se retrase porque no dispongo de demasiado tiempo.

Sin añadir nada más, salió de la nave lateral y se dirigió al altar para recoger los ornamentos de la misa.

Salí de la iglesia furiosa. ¿Cómo se atrevía a hablarme así? No pensaba acudir a la cita de ninguna manera. ¿Creía de verdad que podía recriminarme mi presencia allí y luego citarme para hablar en privado? ¿Acaso creía que mendigaba su atención? Ese hombre no conocía bien a Sofía Marchand. Hui de allí indignada, dispuesta a no mirar atrás, dirigiendo mis pasos a una

galería de arte donde debía encontrarme con Salvatore. Tenía que centrarme en ayudarle a organizar un acto benéfico cultural y a olvidar el desagradable encuentro con ese hombre. Me sentía una boba por haber ido hasta allí y haber entrado. Podía entender que se sintiese incómodo en mi presencia, pues yo no podía evitar sentirme de la misma forma, pero ¿tratarme así? No, aquello era inadmisible. Nada de lo ocurrido entre los dos justificaba tal actitud.

La galería de arte estaba a unos quince minutos de allí, por lo que comencé a caminar con lentitud. Necesitaba un poco de tiempo para serenarme si quería evitar las indiscretas preguntas del italiano. Marchaba despacio y me detenía para observar los escaparates de algunas tiendas mientras me preguntaba cuánto tiempo habría transcurrido desde que me marché de la iglesia. En realidad, no me importaba el tiempo que había pasado porque no estaba dispuesta a encontrarme con él de nuevo. Sin embargo, las dudas se agolpaban en mi mente. ¿De qué querría hablar en privado? ¿Sería algo importante que tuviera que saber? Quizás debería hacer un esfuerzo, tragarme mi orgullo e ir a la cita para averiguarlo. «No, imposible», me dije. ¿Y si era algo referente a su colaboración con nosotros? La curiosidad me consumía, así que decidí dar media vuelta de camino a la iglesia de nuevo. No estaba del todo segura de si al fin acudiría al encuentro, pero necesitaba estar cerca de allí por si acaso. Había mencionado que no disponía de mucho tiempo para hablar, así que, mientras decidía qué hacer, era mejor permanecer en los alrededores del templo.

Tras deambular un rato, el toque de las campanas me hizo entender que quizás había llegado la hora propuesta para vernos. Respiré hondo y fui directa hacia allí. Entré en la iglesia nerviosa, sin saber con exactitud dónde estaba la sacristía. Sin embargo, antes de que pudiese arrepentirme y escapar de allí, le vi caminar en dirección a una puerta ubicada en el lateral derecho. Giró la cabeza al sentir que alguien había entrado, me miró fijamente y me indicó que le siguiese con un gesto de cabeza. Suspiré y le seguí hasta la sala. Al entrar, me pidió en voz baja que cerrase la puerta con cuidado.

—He estado a punto de no venir así que sea rápido porque estoy muy ocupada —ordené molesta.

—Deje las apariencias a un lado, por favor, los dos sabíamos que iba a acudir a la cita, por lo que centrémonos en lo importante —dijo cogiendo una silla para que me sentase.

—No quiero sentarme, por favor, dígame lo que quiere decirme y me iré. ¿Qué es eso tan importante de lo que quiere hablar?

—¿Hizo todo el viaje de vuelta con Salvatore?

—¿De verdad que es eso de lo que quiere hablarme? —pregunté indignada—. ¡No lo puedo creer! Me marcho.

—Sofía, quédese quieta, por favor. Disculpe, era simple curiosidad.

—¿Le pregunto yo a usted con quien ha pasado estas dos o tres semanas desde su vuelta a la ciudad?

—¿Qué está queriendo decir? —preguntó ofendido.

—No me malinterprete, me refiero a que yo no le pregunto ese tipo de cosas tan personales.

—¿Personales? ¿Ahora la relación que tiene con ese artista es algo personal?

Me quedé observándole con fijeza durante unos segundos con expresión seria.

—O me dice ahora mismo de lo que quiere hablar o me voy.

—Perdón, no pretendía incomodarla, es solo que no me gusta ese hombre. Ya le he expresado en otras ocasiones mis sospechas acerca de sus verdaderas intenciones con usted. No me fio de él y me preocupa ver cómo crece su amistad. Temo que se vea envuelta en algún escándalo que le pueda perjudicar en su labor humanitaria.

—No entiendo por qué iba a ocurrir tal cosa. Salvatore puede ser un hombre en exceso pasional, pero es un gran artista que comienza a ser reconocido por muchos expertos en arte.

—No dudo de su talento, sino de su persona.

—No tiene ningún motivo para ello.

—¿Está segura? Ese hombre consigue que usted se muestre por la ciudad cogida de su brazo a pesar de ser una mujer casada, y le permite que se dirija a usted en público en términos cariñosos y poco apropiados, por muy bellos que suenen en su lengua materna.

—Yo no hago tal cosa —repuse con enfado.

—Ah, ¿no?

—No.

—¿Por qué se empeña en negarlo?

—¿Y usted por qué se empeña siempre en hablarme de él? Qué más le da a usted con quién me relaciono y si mi reputación se ve comprometida o no. Antes me ha dicho que no quiere saber nada más de mí ni volver a verme en su iglesia, así que no creo que tenga derecho alguno de preocuparse por mis relaciones sociales.

—Yo no le he dicho semejante cosa.

—Sí lo ha hecho.

—No. Yo no le he dicho en ningún momento que no desee volver a verla ni en mi iglesia ni en ningún otro sitio.

Aquella afirmación me dejó un poco confundida.

—¿Entonces me da permiso para pisar su iglesia o debo trasladar mis rezos a cualquier otro lugar donde encuentre un párroco más amable?

—¿Por qué ha venido esta mañana? —preguntó dando un largo suspiro mientras se apoyaba en una mesa.

—¿Y eso qué más da? Ya le dije que pasaba por aquí y decidí entrar a rezar un rato.

Me observaba en silencio con los brazos cruzados.

—¿Ahora necesito un permiso especial para entrar? ¿Es eso lo que me quiere decir? ¿Tengo que avisarle de antemano cuando decida venir?

—Quizás no sería una mala idea.

—Écheme de aquí —dije mientras me ponía frente a él—. Tenga el valor de pedirme que me marche de su iglesia.

Él me miró en silencio durante unos segundos retándome. A continuación, sonrió.

—¿De qué se ríe? ¿Le parece gracioso lo que me está diciendo? —No entendía lo que ese hombre hacía ni lo que quería decirme.

—Es usted increíble…

—¿Perdón?

—Sofía, no pretendo prohibirle nada, y mucho menos el acceso a la casa de Dios. Aun así, creo que lo más prudente sería que evitásemos vernos lo más posible. Yo no me siento cómodo en su presencia ahora y cuando hay más personas alrededor me pongo nervioso.

Su tono de voz ya no parecía tan duro como antes.

—Entiendo —dije bajando la mirada—. ¿No le parece triste todo esto?

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a que… —guardé silencio unos instantes intentando encontrar las palabras adecuadas—, después de haber vivido lo que…

—Sofía, por favor, aquí no.

—Después de todo… nos hemos convertido en dos desconocidos que no son capaces de mirarse a los ojos con honestidad. Me había acostumbrado a nuestras conversaciones y momentos compartidos. He disfrutado de su compañía desde el primer momento en el que nos conocimos. Si le soy honesta, me resulta muy triste ver que todo eso haya acabado así, casi sin darnos cuenta. Pensé que usted y yo…

— Sofía, entre nosotros no puede haber nada más allá de una simple amistad.

—Lo sé, pero… creía que quizás…

—¿Quizás qué? ¿No ve que nuestro... que esto es imposible? —comentó con la voz quebrada.

—He crecido creyendo con firmeza en que nada es imposible, James. He luchado desde pequeña para conseguir todo lo que deseaba, así que no me obligue a pensar que ahora no cabe luchar.

—¿Luchar? ¿Para qué? No podemos cambiar nuestras vidas. ¿No lo ve? —repitió desesperado.

—Quizás yo sea más valiente.

—Por favor, Sofía. Todo eso no se puede volver a repetir. No es correcto y nos hace daño.

—Empiezo a añorarle desde que me despierto por la mañana —dije con lágrimas en los ojos.

Pude ver cómo suspiraba y se llevaba las manos a los ojos intentado ocultar su emoción.

—Lo que ocurrió fue un error, Sofía. Jamás me perdonaré por ello. Pero lo último que quiero es hacerle daño, debe entender que no es correcto que

nos volvamos a ver.

—No le creo. No puede decirme que lo que sintió fue un error, sé que lo que sintió fue auténtico.

—¿Y de qué sirve reconocer algo así? ¿Cree que puede cambiar algo? Por el amor de Dios, Sofía, mire a su alrededor y tome conciencia de dónde estamos.

—Soy muy consciente de dónde estamos de igual forma que lo soy de lo que siento. Yo no tengo la capacidad que usted tiene para negármelo a mí misma y seguir con mi vida como si nada hubiese ocurrido.

—Yo no estoy negando mis sentimientos hacia usted, tan solo intento aportar luz y hacerle entender que esto es algo imposible.

—¿El qué es imposible exactamente?

—Lo que ocurrió, que se vuelva a producir, todo… —dijo angustiado.

—Mire, no le voy a presionar para que actúe como no desee hacerlo. Tan solo le ruego que no nos castigue con su indiferencia ni me pida que dejemos de vernos. Creo que si hay algo que quedó claro desde el día en el que nos conocimos es que nos entendemos muy bien y que juntos podemos lograr cosas maravillosas para todas esas personas que nos necesitan.

—No puedo.

—¿Ha decidido dejar de ayudarnos? ¿De verdad va a sacrificar a esa pobre gente por lo que ocurrió entre nosotros?

—No puedo estar cerca de usted —dijo girándose para darme la espalda —. No puedo, simplemente no puedo. Me siento superado por lo que siento y no puedo controlarlo. Necesito evitar verla si quiero recuperar mi vida y poder seguir con mi labor en la iglesia.

—Yo me siento de la misma forma —dije acercándome a él, que seguía de espaldas a mí—, pero quizás juntos logremos encontrar la forma de superarlo y volver a lo que teníamos antes.

—¿Pero es que no ve que no se puede volver al pasado? —dijo entre sollozos.

—¿Y si no necesitamos regresar al pasado? ¿Y si lo por lo que tenemos que luchar es por nuestro futuro?

—No podemos volver a ser los de antes, es imposible. Sofía, yo no puedo volver a verla como…

—Por favor, ¿podemos dejar de tratarnos como dos desconocidos? James, podemos dejar todo atrás si luchamos juntos.

—Yo no puedo tratarte como antes sin poder evitar los recuerdos de esa noche —dijo con rabia—, ¿es que no lo entiendes?

—Claro que lo entiendo —respondí acariciando su brazo.

—No me toques, por favor. Esto tiene que acabar. No podemos seguir viéndonos, al menos hasta que todo lo que sentimos se haya aplacado en nuestro corazón y podamos verlo desde otra perspectiva.

—¿Qué otra perspectiva? El amor no se piensa ni se proyecta, tan solo se siente y lo que yo experimenté esa noche fue lo más maravilloso que he

vivido jamás. No me pidas que lo olvide, no voy a hacerlo.

—No puedo… —musitó mientras seguía de espaldas y se tapaba el rostro con las manos.

—James, no te pido volver a revivir lo de esa noche, pero, por favor, no me eches de tu vida. Permítenos al menos ser amigos, poder vernos de vez en cuando para hablar sobre cómo ayudar a quien nos necesite. Te prometo que no volveré a mencionar el tema nunca más.

Me acerqué un poco más a él y pude sentir su respiración agitada y su olor. Su silencio me angustiaba cada vez más. Le abracé con suavidad mientras él permanecía de espaldas. Pude notar cómo se inclinó ligeramente hacia mí. Un escalofrío enorme sacudió todo mi cuerpo. ¿Cómo podía pedirme que renunciase a él? ¿De qué forma podía volver a mi vida cuando mi alma se había fundido con la suya como dos llamas que arden juntas, idénticas, inseparables?

—Sofía, márchate, por favor —susurró intentando apartarse—. Vuelve a tu vida y deja que el tiempo pase. Ahora mismo no puedo darte nada de lo que me pides. Necesito estar solo.

No había nada que pudiese hacer para lograr que cambiara de opinión en ese momento, por lo que me desaté el pañuelo que llevaba al cuello, lo dejé encima de la mesa, me di media vuelta y fui con paso lento hacia la salida deseando con todo mi corazón que aquel pañuelo impregnado de mi olor le hiciese conectar con su corazón.

Antes de abandonar la sacristía, me giré y le vi inmóvil, junto a la ventana secándose las lágrimas que le brotaban sin control. Unos segundos después, dirigió su mirada a la mesa y vio el pañuelo. Dudó unos instantes, pero no pudo evitar atraparlo entre sus manos e inspirar su olor. Tras llenarse de mí, suspiró, dobló el pañuelo minuciosamente y se lo guardó en uno de sus bolsillos. Me alejé llena de pena y rabia por su cobardía. Temía que hubiese renunciado a mí de forma definitiva, aunque con aquel gesto mostró que quizás no estaba dispuesto renunciar a todos sus recuerdos.

22

SOFÍA

El encuentro con James me hizo comprender que nada de lo que dijese iba a lograr que él cambiase su actitud, por lo que dediqué todo mi tiempo a ayudar a Salvatore con su exposición y así lograr que se celebrase lo antes posible, ya que no me apetecía tenerle cerca a todas horas.

Tras varios días de duro trabajo enviando invitaciones a amigos, conocidos y amantes del arte, conseguimos fijar un día para su inauguración. Si todo iba bien, tendría lugar tan solo una semana y media después. Salvatore mostraría sus mejores pinturas incluyendo retratos, paisajes y bodegones; algunas de ellas enviadas directamente desde Italia. Él se mostraba entusiasmado con el evento, que prometía convertirse en uno de los más interesantes del año en la ciudad. No solo serviría para dar a conocer talento, sino que, a su vez, nos ayudaría a recaudar fondos para ayudar a distintas causas sociales. A pesar de mi insistencia por saber el nombre de la organización elegida por él mismo, siempre me respondía con evasivas, con el argumento de que aún no había tomado dicha decisión.

Haber crecido entre marchantes y coleccionistas de arte me proporcionaba una gran experiencia a la hora de organizar este tipo de exposiciones, aunque debía reconocer que las exigencias de Salvatore me agotaban y me hacían desear que llegase el día para poder volver a mi rutina diaria. Todo el trabajo que yo llevaba a cabo en la clandestinidad era una tarea mucho más ligera y amena. Por suerte, el tiempo pasó rápido y un par de días previos a la exposición pude por fin descansar. Fue durante ese primer día de descanso cuando recibí una nota que dio al traste con mis planes de tranquilidad: mi marido había regresado a casa tras su último viaje. Mientras cenábamos esa noche, una persona del servicio entró en el salón con una nota para mí. Abrí el sobre con cuidado mientras sentía la mirada de mi marido fija en mí. Cuando leí el contenido de la misma, noté que el corazón me latía enloquecido: James me invitaba a encontrarnos esa misma noche, en el lugar de siempre, para hablar de un tema vital que no podía demorar. Intenté

disimular mi sorpresa todo lo que pude y ante la pregunta de mi marido sobre el remitente de la misiva, me inventé que se trataba de Annette, quien me comunicaba su imposibilidad de acudir a la exhibición de Salvatore debido a importantes retrasos en sus preparativos nupciales. En cuanto nombré a mi amiga perdió el interés, lo cual hizo que pudiese relajarme y seguí comiendo. Al terminar la cena, Alexander se retiró a nuestra habitación para acostarse temprano. A primera hora de la mañana salía de viaje de nuevo hacia Versalles para visitar a un amigo al que no veía desde hacía unos años y que estaba enfermo. Aquella información me beneficiaba sobremanera porque ausentarme en su presencia siempre requería de una excusa convincente. Aquella noche iba a ser la primera vez que iba a salir a escondidas estando él en casa y necesitaba extremar las precauciones si no quería ser descubierta.

Tras meditar unos minutos, decidí usar como excusa a la hija de nuestra cocinera principal. Había tres niños viviendo con nosotros en la casa, todos hijos del servicio, con los que adoraba pasar mi tiempo libre. A veces, cuando el frío arreciaba, los mandaba llamar al gran salón, y tras darles un vaso de leche caliente con galletas, les leía cuentos hasta que era la hora de irse a la cama. La más mayor, Chloé, era una niña muy lista y dulce, pero con una salud muy débil que la obligaba, en muchas ocasiones, a guardar cama durante días. Yo me encargaba de que no perdiese el ritmo de sus estudios y cada vez que se encontraba enferma, iba a su habitación para repasar con ella lo que los demás habían aprendido en el colegio. No tenía constancia de que estuviese convaleciente esa noche, aunque mentí a mi marido sobre mis planes de pasar con ella un rato antes de acostarme. Él, que no veía con demasiada gracia que me involucrase con el servicio y sus familias, había dado la batalla por perdida hacía años entendiendo que no estaba dispuesta a dejar de hacerlo. Con un casto beso en la mejilla, se despidió de mí y me dio su beneplácito para hacer lo que quisiese.

Decidí visitar de verdad a la niña para asegurarme una coartada, y después de pasar alrededor de una hora junto a ella, salí de casa con precaución. Me subí al carro con el corazón acelerado y ordené al cochero que condujese los caballos con cuidado para hacer el menor ruido posible. Como siempre, se detuvo un par de calles antes de llegar a la iglesia, así que me bajé y caminé hasta la casa. Cuando llegué me sorprendió no ver luz. ¿Se habría acostado ya? Era consciente de que llegaba un poco tarde, pero la nota me había llegado apenas había empezado a cenar, así que me fue imposible acudir antes. Llamé a la puerta despacio y tras esperar un par de minutos, nadie abrió. Volví a llamar, esta vez con más fuerza e insistencia. «¿Por qué no me abre?», me preguntaba mientras jugueteaba nerviosa con uno de mis anillos. Por fin, una luz se encendió y tras unos segundos, la puerta se abrió. James apareció con semblante serio intentando abrocharse con torpeza la sotana. Aparté la mirada y me excusé por mi tardanza.

—¿Estabas durmiendo? —pregunté sorprendida.

—Pensé que ya no vendrías —contestó de mal humor.

—Me hiciste llegar la nota durante la cena, ¿piensas que puedo ausentarme a estas horas de casa en tan solo quince minutos?

—No, pero hace ya casi tres horas. Creí que habías decidido no venir.

—Mi marido está en casa. He tenido que inventarme una excusa que espero haya sido convincente para poder venir.

—¿Está tu marido? Disculpa, lo desconocía —dijo para justificarse.

—Sí, llegó esta tarde, así que más te vale sea importante, porque como se levante de la cama y se encuentre con nuestra cocinera, me voy a ver en un serio problema —respondí angustiada.

—¿Qué tiene que ver tu cocinera en esto?

—Es una larga historia, ¿de qué quieres hablarme?

—Pasa. Es mejor que hablemos dentro.

Me invitó a entrar en el salón para sentarme mientras se dirigía a una mesa que había al fondo de la sala. Abrió un cajón, sacó un panfleto y lo puso en frente de mí.

—¿Se puede saber qué es esto?

—No sé lo que es, déjame verlo de cerca y podré responderte.

Cogí el papel con algo de desgana sin comprender la importancia de la información que pudiese contener. Leí que anunciaba la exhibición de Salvatore.

—¿De esto quieres hablarme? Como puedes comprobar es un panfleto publicitario de la exhibición, ¿cuál es el problema y por qué me has hecho venir hasta aquí?

—¿Has leído todo lo que pone? —preguntó molesto.

—Sí, pone la dirección, la fecha y quién es el artista.

—Ya veo que no has leído el resto. ¿Por qué aparece mi nombre al final del mismo?

—¿Cómo?

—Te digo que al final aparece mi nombre y el de mi iglesia. Al parecer los dos habéis decidido donar lo que se recaude esa noche al orfanato que está vinculado a esta iglesia y nadie me ha informado al respecto.

—Yo no he decidido nada, de hecho, no tenía ni idea de que se hubiese elegido ya el beneficiario de esa ayuda.

—¿Entonces quién lo ha decidido?

—Te estoy diciendo que no lo sé. Hace algunos días pregunté a Salvatore al respecto, pero me aseguró que aún no había tomado esa decisión.

—Claro, le has estado ayudando a preparar todo este espectáculo, pero no sabías nada.

—Te aseguro que no lo sabía, ¿por qué no me crees?

—¿Eres consciente de que la obra de Salvatore no es apta para todo el mundo y que, a pesar de eso, habéis decidido donar dinero a un orfanato? ¿Les vais a regalar también uno de los retratos de sus famosos desnudos femeninos para que lo expongan en la sala principal?

—Yo… no lo sabía, de verdad, créeme —musité angustiada—. De lo

contrario, no lo habría permitido.

—Y lo peor no es eso, sino el que os hayáis atrevido a poner mi nombre en estos panfletos exponiéndome a las críticas posteriores sin tan siquiera preguntarme.

—Lo siento mucho, de verdad, yo no estaba al corriente ni tan siquiera de que se hubiesen impreso estos papeles. Haré todo lo posible para retirarlos mañana mismo.

—¿Y crees que eso servirá de algo? ¿Sabes cuántas personas pueden haberlos leído ya? No puedes saberlo, pero, para mi desgracia, me temo que muchas. Este me lo he encontrado en la calle cuando regresaba a casa. Había octavillas de estas por todas partes.

No podía creer lo que estaba escuchando. ¿Cómo se había atrevido Salvatore a hacer algo así y a mis espaldas? Tenía que hacer algo, pero ¿el qué?

—Te prometo que haré todo lo que esté en mi mano por arreglar esto. Mañana le obligaré a imprimir unos nuevos folletos sin su nombre y con el de otra organización a la que destinar las donaciones.

—¿Sabes una cosa? Lo más molesto e indecente es que Salvatore ha hecho todo esto con la intención de dañarme. Ha elegido el orfanato a propósito para enfangar mi nombre y mi impecable labor en esta iglesia y contigo de cómplice.

—No, no te permito que me acuses de algo que no he hecho —dije levantándome con brusquedad del sillón y elevando la voz—. Yo tan solo le he ayudado con el envío y la recepción de las invitaciones. Nada más, desconocía todo lo que me estás contando.

—Ya te advertí que ese hombre no era de fiar. Sin embargo, ahora mira, ¿qué hago para evitar las consecuencias? Si no consigues arreglar esto a tiempo, y déjame recordarte que te queda tan solo un día, voy a tener serios problemas con mi Diácono.

—No descansaré hasta que resuelva este malentendido, créeme, te lo ruego —dije con lágrimas en los ojos—. Si es necesario, suspenderé el evento. Te prometo que no dejaré que te veas afectado por algo de lo que no formas parte.

Me senté de nuevo, derrotada, sin saber qué hacer y rompí a llorar angustiada por no saber si podría ser capaz de solucionarlo.

—Lo siento, de verdad, lo siento mucho —murmuré.

Él se mantuvo frente a mí, frío y distante.

—¿Te das cuenta de que siempre que estoy cerca de ti termino teniendo problemas? —dijo bajando un poco la voz.

Aquellas palabras me partieron el corazón porque tenía razón. No podía seguir dañándole cada día con un nuevo problema. Me levanté despacio, me puse frente a él y le dije:

—Te pido disculpas una vez más con toda la honestidad de la que soy capaz. Entiendo tu enfado y comprendo tus palabras. Te prometo que

solucionaré esto de la mejor forma posible y te aseguro que jamás volverás a verte comprometido por mí. Nunca más volveré a cruzarme en tu camino —dije mientras le miraba a los ojos—, puedes estar seguro. Perdóname por todos los problemas que te he podido ocasionar desde el primer momento en el que llamé desesperada a la puerta de tu iglesia. Gracias de corazón la ayuda que me prestaste y los momentos compartidos. Cuídate.

Cabizbaja, me levanté y fui hacia a la puerta. Sin embargo, antes de llegar, sentí que me cogía con delicadeza del brazo. Sentir su tacto me erizó el vello.

—Sofía, espera. No quiero que te marches así. Para mí no es agradable verte llorar de esta forma.

—No te preocupes por mí, estoy bien —dije intentando soltarme.

—No lo estás, ven, por favor, siéntate un momento hasta que te serenes.

—No, no deseo importunarte más.

—Sofía, solo quiero que entiendas que mi vida ha dado un cambio enorme desde que te conozco. Yo antes vivía de una forma tranquila, sin sobresaltos, y ahora no paro de verme involucrado en cosas que nada tienen que ver conmigo.

—Lo sé, por eso te ruego que me dejes ir. Soy consciente de que soy la causa de todos tus desvelos y no deseo hacerte más daño. Además, en nuestro encuentro en la sacristía me dejaste claro que no quieres volver a verme, así que es mejor que nos despidamos aquí. No volveré a tu iglesia ni a contactar contigo. Por favor, sigue con tu vida como antes.

—Sofía, de nuevo repites algo que yo jamás he dicho. En ningún momento he dicho que no desee volver a verte. Tan solo necesito estar algo más alejado de ti —dijo cogiéndome las manos—. Yo tampoco pretendo dañarte ni hacerte llorar. Simplemente no puedo pasar por alto quién soy, de la misma forma que no puedo verme involucrado en ciertos escándalos.

Mantuve la mirada fija en nuestras manos entrelazadas, mientras notaba su calor. Intentando reprimir las lágrimas, cerré los ojos para atesorar aquel momento que quizás no volviera a repetirse nunca más. Aquella situación, junto con lo acontecido los días y semanas anteriores, me hizo derrumbarme.

—Sofía, por favor, cálmate. Me duele mucho verte así sabiendo que soy yo el causante de esas lágrimas.

—No es culpa tuya —logré decir—, es todo lo que hemos vivido estas últimas semanas. Aunque soy una mujer fuerte, me siento superada por todo esto. Pensar en que te estoy haciendo daño me mortifica.

—No he dicho que seas tú quien me dañe de forma directa, me refería a los acontecimientos que se vienen produciendo desde que nos conocemos.

—Lo sé, vienen conmigo de la mano, ya que he sido yo la que he acudido a ti una y otra vez. Debí entender que no podemos llevar vidas paralelas. Siento mucho haberme refugiado en tu iglesia aquella noche, debí haber buscado otro lugar.

—No digas bobadas, hiciste lo que debías, no me arrepiento de haberte

ayudado. Lo haría una y mil veces —dijo apretando sus manos, que seguían aún aferradas a las mías.

Levanté la mirada ante sus palabras y comprobé que era él quien, en ese momento, observaba nuestras manos.

—A veces cuesta entender los motivos que tiene el Señor para hacernos vivir ciertas situaciones —afirmé acariciando su mano.

—Ya sabes: los caminos del Señor son inescrutables —dijo con una pequeña sonrisa—. Él solo busca lo mejor para nosotros.

—¿Esto es lo mejor para nosotros? ¿De verdad lo crees?

—Quizás sí —dijo sin levantar la mirada.

—¿Qué hay de bueno en amar a alguien que no te corresponde? —preguntó.

—No lo sé —afirmó cerrando los ojos y dando un largo suspiro—. No lo sé.

—James —dije levantando su barbilla con mimo—, ¿de verdad me crees capaz de hacerte daño deliberadamente?

—No —respondió tajante dejándose llevar por la caricia de mi mano en su mejilla.

—Entonces, ¿por qué dudas de mí?

—No lo hago, pero necesito protegerme.

—Pase lo que pase entre nosotros, por favor, jamás dudes de mí y de mi amor por ti —declaré—. Cogí su cara entre mis manos y lo besé.

Al contrario de lo que esperaba, él me devolvió el beso con pasión. Nuestros labios se unieron una y otra vez y mostraban lo que nuestras palabras no lograban expresar. Nos besamos con ternura, con prisa y con calma durante un largo rato hasta que yo paré.

—James, es mejor que nos detengamos aquí para no complicar más las cosas. Ahora debo irme, te prometo que solucionaré esto mañana. Por favor, no me digas nada, no me pidas que nos alejemos. Dejémonos guiar por la vida. Confiemos en que quizás en el futuro, el Señor nos ofrezca la forma de poder estar juntos.

—Eso es imposible, Sofía —susurró.

—Mi padre me enseñó que no hay nada imposible, que somos nosotros los que creamos nuestra propia realidad con nuestros actos. Sigamos con nuestras vidas, confiemos en el destino de modo que sea el universo quien nos indique el camino correcto. Debo marcharme ahora para no levantar más sospechas —dije dirigiéndome a la puerta.

—Sofía, no dudes de mis sentimientos hacia ti. Por favor, no tengas en cuenta lo que pueda decirte, pero me debo a mi labor como clérigo y…

—Lo entiendo, no necesito que me expliques nada. Sin pretenderlo me he enamorado de ti y desearía poder vivir mi amor con libertad, pero yo también tengo una vida que aparentar. De momento esta es nuestra realidad y no la podemos cambiar. Debo marcharme ya. No temas, mañana estará todo solucionado.

Antes de abrir la puerta, se acercó a mí, me besó de nuevo y me susurró al oído que me amaba.

Aquella confesión de amor, que provenía de lo más profundo de su corazón, me llenó de paz. Sin embargo, desató en mí el temor de no ser capaz de hacer frente al mayor reto que jamás había imaginado vivir.

23

SOFÍA

Volví a casa con el temor de que mi marido hubiese descubierto mi mentira. Por fortuna, cuando entré en la habitación, dormía plácidamente. Me metí en la cama con sigilo e intenté dormir a pesar de la rabia que sentía hacia Salvatore. No podía creer que se hubiese atrevido a hacer algo así. ¿Quién se habría creído que era? Las palabras de advertencia de James me martilleaban en la cabeza una y otra vez. ¿Por qué no le habría hecho caso? De algún modo me sentía halagada al pensar que los motivos que él tenía para hablarme mal de Salvatore eran los celos; ahora comprendía que sus avisos estaban justificados más allá de lo que pudiese sentir por mí. Necesitaba encontrar una solución con avidez si quería evitar un mayor daño.

Pude notar como mi marido se despertaba un par de horas después. Fingí estar dormida, aunque sentí su mirada clavada en mí durante unos segundos. Tras varios minutos se levantó de la cama, entró en el baño para asearse y salir de viaje hacia Versalles. Esperé en la cama hasta que oí el carruaje alejarse de la mansión. Fue entonces cuando me levanté para arreglarme, pues debía hablar con Salvatore sin más demora.

Me presenté en el hotel donde se alojaba nada más amanecer. Una vez allí, pedí que le avisasen de que tenía una visita urgente. Unos veinte minutos después apareció con gesto de extrañeza y signos de haber alargado la noche en exceso. Nada más verme me sonrió y se acercó hasta donde yo estaba sentada.

—Sofía, *mia cara*, ¿qué hace aquí a estas horas? Sé que la exhibición es hoy, pero ¿no le parece que es demasiado temprano aún para arrancar el día?

Se sentó a mi lado con todo el descaro, pero yo me levanté de inmediato para ponerme frente a él y enseñarle el panfleto.

—¿Me puede explicar esto? —dije furiosa.

—Es un folleto informativo.

—Por favor, no me trate como si fuese estúpida. No es eso lo que le estoy preguntando.

—*Amore*…

—No me llame así, por favor —dije molesta.

—*Mi dispiace mia cara*, si se refiere al orfanato que hemos elegido como receptor de los donativos le informo que es el que nos pareció más adecuado por su gran labor con los niños.

—¿Por qué habla en plural? ¿Quién más, excepto usted, ha tomado esa decisión?

—Es cierto, fui yo. Lo hice tras charlar con la abadesa que dirige el orfanato, una mujer encantadora que me explicó las necesidades de los niños.

—¿Cómo? ¿Fue usted hasta el orfanato a entrevistarse con la madre superiora? ¿Con qué permiso?

—No necesité ningún permiso, tan solo quise conocer de primera mano el lugar y pedí poder entrevistarme con ella. Al finalizar nuestra charla me agradeció con sinceridad nuestra ayuda.

—¿Le ha explicado qué tipo de pinturas se van a exponer? Quizás si lo hubiese hecho no estaría tan contenta de verse involucrada con usted.

—Me ofende cada vez que se refiere a mis pinturas de esa forma. Tengo una colección inmensa de cuadros de todos los estilos y he escogido los que más se ajustan a esta ciudad para la exhibición.

—¿Y cuáles son, según su criterio?

—He escogido varios bodegones, pinturas paisajísticas y algún retrato.

—Espero que haya descartado sus retratos *naturales* de mujeres.

—¿Por qué? París es una ciudad muy abierta y cosmopolita. No veo el motivo por el que no deba exponer algunos de ellos.

—¿Le parece que donar el dinero recaudado a un orfanato no es suficiente motivo?

—Esos niños agradecerán el dinero sea cual sea el origen, ¿no le parece?

—Es usted un cínico.

—Y usted, de repente, se ha vuelto una mujer demasiado conservadora. Me sorprende, la verdad.

—Usted no sabe nada de mí, por lo que no debe sorprenderse para bien o para mal. Le pido que retire de inmediato esos folletos de la circulación, que elija otra institución para los donativos y, sobre todo, que retire el nombre del padre Wilcox. Se ha atrevido a usar su nombre sin tan siquiera consultarle, sin importarle las consecuencias que este escándalo fuera a ocasionarle. No voy a permitir que le cause ningún daño.

—Pensé que tras hablar con la abadesa le estaba haciendo un favor. Todo el mundo hablará de su gran labor para con esos niños.

—Me está tomando el pelo, ¿verdad? No sé quién se piensa que es para dañar a personas que no se lo merecen.

—Se preocupa demasiado por ese cura, ¿no le parece?

—No voy a seguir tolerando sus faltas de respeto. Le advierto que como no haya subsanado este error, por llamarlo de forma educada, a lo largo de la mañana, le aseguro que esta tarde su exhibición quedará cancelada. Le

aconsejo que no ponga a prueba mi influencia en esta ciudad o saldrá perjudicado. Haga lo que tenga que hacer para lograr que ese nombre quede muy lejos de usted.

Tras mis palabras, me di la vuelta y salí de la sala con firmeza.

Al mediodía recibí una nota de Salvatore confirmándome el nuevo destinatario de los donativos: un hospital a las afueras de la ciudad donde se trataba y se albergaba a soldados heridos de guerra. Asimismo, me comunicaba que ante la imposibilidad de retirar la totalidad de los panfletos ya en circulación, había mandado colgar un cartel informativo en la puerta de la galería con la nueva información, aduciendo un error en la impresión. No era la mejor de las soluciones, pero era la única a la que podíamos optar con el poco tiempo del que disponíamos. Más tarde le exigiría una disculpa en persona a James; por ahora me bastaba con saber que su nombre había sido retirado. Le hice llegar una nota con los detalles esperando de corazón que con ello sintiese algo de alivio.

Mi marido regresó de Versalles ese mismo día por la tarde, de modo que aceptó la invitación a la exposición. Por mi parte, y sin previo aviso, decidí no acudir junto a él para demostrarle a Salvatore mi enfado. Como no podía decirle los motivos reales para quedarme en casa, fingí sentirme indispuesta. Él, con cara de pocos amigos, aceptó mis excusas y acudió solo al evento en un intento de sociabilizar más que por sentir un verdadero interés por lo que allí se exhibía.

La exposición fue todo un éxito y, como era de esperar, el italiano se ganó la simpatía de todos los allí asistentes, quienes adquirieron varias de sus obras. Tras disfrutar de su ansiada fama y del reconocimiento de los expertos que acudieron, decidió volver a Nantes para hacerse cargo de varios encargos. Respiré tranquila, ya que necesitaba tiempo para centrarme en mi vida.

Durante un par de semanas permanecí en casa ocupándome de diversas tareas. Uno de aquellos días, mientras tomaba un té y leía un libro relajadamente en el jardín, recibí la mejor de las visitas: mi querido hermano mayor había vuelto a la ciudad.

—¿Dónde está la flor más bonita de este maravilloso jardín?

Oír esa voz me llenó el alma de felicidad.

—Adrien, ¡no me puedo creer que estés aquí! —Me levanté corriendo de la silla y fui a abrazarle con todas mis fuerzas.

—Yo también me alegro mucho de verte, *ma chérie* —dijo sonriendo.

—¿Cuándo has regresado? ¿Por qué no me has avisado de que estabas aquí? —dije mientras seguía abrazándole y besándole.

—¡Porque acabo de llegar! Este es el primer sitio al que he acudido tras poner el pie en la ciudad.

—¿Por qué has vuelto?

—Parece que no te alegrases de verme de vuelta —respondió guiñándome un ojo.

—No te puedes hacer una idea de lo feliz que me hace tenerte aquí ahora

mismo —susurré refugiándome entre sus brazos.

Adrien no solo se asemejaba a mi padre en su forma de ser, su parecido físico era tan grande que me hacía sentir como si pudiese abrazarle de nuevo. La intensidad de mi recibimiento, junto con mis largos suspiros, le hizo sospechar que algo estaba pasando.

—Sofía, ¿estás bien? —preguntó con un poco de preocupación.

Guardé silencio unos instantes.

—Sí… más o menos.

—¿Más o menos? ¿Qué clase de contestación es esa? ¿No eres feliz? ¿Tienes algún problema con tu esposo?

—Es algo un poco largo de explicar. Dime, por favor, que te vas a quedar unos días conmigo.

—Sí, tengo pensado quedarme aquí contigo un par de días y luego necesito ir a casa para asegurarme de que todo está bien por allí.

Como hermano mayor heredó nuestra mansión familiar, pero pasaba muy cortas temporadas en ella. El que fue nuestro feliz hogar siempre permanecía cerrado debido a sus constantes viajes, aunque un gran número de personas del servicio se ocupaban de mantener la casa en buen estado.

—¿Querrías acompañarme?

—¡Por supuesto! —dije con entusiasmo. Volver a la casa de mi infancia me apetecía mucho. Necesitaba escapar durante unos días de aquel lugar y refugiarme en mis recuerdos—. No me has aún dicho los motivos que te han traído de vuelta a casa.

—¿Crees que iba a perderme la boda del año?

—¿Annette te invitó a su boda?

—Por supuesto. Además, conozco a su prometido, Pierre Dubois.

—¿Sí?

—Sí, coincidimos en un viaje por Alemania. Me lo presentó Thierry, a quien estoy deseando volver a ver. Hace mucho tiempo que no veo a los hermanos Dufour.

—Sí, yo también tengo ganas de verlos. Si no recuerdo mal, la última vez que nos reunimos todos fue en el funeral del tío Didier.

—Así es. Imagino que Annette estará feliz de volver a reunirnos a todos.

—¿Cuál es tu opinión de Pierre? ¿Le ves buen partido para Annette?

—No le conozco demasiado, pero me pareció un buen hombre. Es más amigo del hermano de Annette.

—Si Thierry le ha dado su beneplácito será porque es de fiar.

—Eso espero… —respondió sembrando algo de duda.

—¿Dudas de él?

—Digamos que durante una etapa de su vida quiso experimentar ciertas emociones. Ahora creo que ha sentado la cabeza y se ha centrado en su verdadera pasión.

—El arte —comenté.

—No, Annette —respondió sonriendo—. Esa locuela le ha robado el

corazón.

—Hace unas semanas estuve en su casa y me sorprendió que Pierre no me comentase vuestra amistad.

—Me imagino que prefería que disfrutases de esta agradable sorpresa.

Volví a abrazarle con fuerza llenándome de su amor.

—Sofía, algo me dice que no estás bien. ¿Dónde está tu marido? Me gustaría poder saludarle.

—No está en la ciudad. Ya sabes que está continuamente de viaje. Regresó hace tres o cuatro días, pero esta mañana decidió marcharse de nuevo para formalizar un contrato. No he querido preguntarle más.

—Noto cierto reproche en ese comentario, ¿tenéis problemas?

—No, sus viajes no me importan, la verdad. Al contrario, me dan libertad para hacer lo que desee sin dar explicaciones.

—Escucha, ahora tengo que ocuparme de unos asuntos. Esta noche regresaré para que cenemos juntos y nos pongamos al día de todo. Mi intuición me dice que tienes algo importante que contarme.

—De acuerdo, te prepararé una cena magnífica. Muchas gracias por venir, hermano —dije besándole en la mejilla.

—Espero que lo que me tengas que contar no sea nada grave. Descansa y nos vemos dentro de unas horas.

Me besó en la frente como hacía mi padre cada vez que se despedía de mí. Aquel gesto me emocionó tanto que no pude reprimir las lágrimas. Cuando me calmé, decidí centrarme en poner a punto un precioso cenador en el jardín que apenas usábamos, pues Alexander siempre se quejaba de la humedad en el ambiente. Aprovechando las cálidas y agradables temperaturas que nos ofrecía el comienzo del verano, dispuse todo lo necesario para disfrutar de una noche maravillosa junto a la persona que más quería en el mundo y con unos platos exquisitos a la altura de Adrien Mathieu.

Pasé todo el día de aquí para allá emocionada de tenerle de nuevo junto a mí. Cuando todo estuvo a punto, me retiré para arreglarme. Quería estar guapa y cómoda para poder disfrutar de la velada. Una hora después, bajé al jardín a esperarle.

—Sigues tan bonita como siempre, querida hermana —dijo acercándose para besarme.

—No creas, me he esforzado en arreglarme para ti.

—No deberías, no lo necesitas, eres igual de bonita que era madre.

El recuerdo de ella nos emocionó.

—Permíteme unos minutos para que me asee y me vista para la cena.

Un cuarto de hora después volvió muy apuesto, sin seguir ninguna regla de protocolo. Tenía su propio estilo a la hora de vestir, algo que, para ser honestos, favorecía mucho a su cuerpo atlético. Un simple pantalón color marrón claro, una camisa blanca y un pañuelo anudado al cuello eran suficientes para lucir tan apuesto como pocos en la ciudad.

—¿Esta maravilla de lugar la has preparado tú?

—Sí—dije orgullosa—. Lo he decorado para ti, para que te sientas a gusto y feliz.

—No necesitabas hacer todo esto, yo solo quiero cenar tranquilo y charlar con mi querida hermana. Aunque no te lo creas, te echo mucho de menos.

—Yo también, no sabes cuánto.

—Cuéntame qué te pasa, Sofía, esta mañana me has dejado un poco preocupado. Noto tristeza en tus ojos y eso no me gusta.

—Es algo muy complejo.

—Sabes que puedes confiar en mí. De hecho, podrías contarme que has matado al soso de tu marido y me iría con esa información a la tumba —dijo riendo.

—Ya lo sé, no seas bobo, no me hagas reír.

—¿Cómo que no? Hacerte reír es lo único que deseo. Echo de menos tu risa. ¿Es tu marido el causante de esa pena? Sabes que no me gusta recriminar a nadie por tomar sus propias decisiones, pero sabes que los que te queremos no vimos con buenos ojos tu matrimonio con Alexander. Es un hombre demasiado mayor y serio para ti.

—Lo sé, lo sé, pero hasta ahora ni su edad ni su carácter han supuesto un problema para mí.

—¿Hasta ahora? ¿Qué está pasando en tu vida para que ahora sí lo sea? ¿Te trata bien?

—Sí, sí. De hecho, él no es el causante de mi angustia, al menos de forma… directa.

—¿Hay algún otro hombre que te esté importunando? —preguntó preocupado.

—No, no, bueno, sí hay otro hombre, pero...

—¿Has conocido a otro hombre? —preguntó elevando la voz sorprendido.

—Chss, calla, no hables tan alto.

—¿Te estás viendo con alguien? —insistió.

—No es lo que piensas, no te enfades —dije intentando excusarme.

—No me enfado, ¡me parece maravilloso! —afirmó riendo a carcajadas.

—¿Por qué te ríes?

—Porque me parece fantástico que hagas tu vida lejos de ese vejestorio de marido que tienes. No te mereces un hombre así a tu lado, Sofía. ¿De quién se trata? ¿Lo conozco?

—Eh, no, no le conoces. No es de nuestro entorno.

—Ah, ¿no? ¿Dónde le has conocido? —preguntó curioso.

—Es un poco largo de explicar —murmuré algo avergonzada.

—Tenemos toda la noche, querida.

Con algo de apuro le conté de quién se trataba y la forma en la que nos conocimos. Adrien escuchaba con atención y gesto de sorpresa.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan beata? —dijo en tono jocoso.

—No seas bobo, ya te he explicado cómo nos conocimos. No fue algo que buscase, tan solo ocurrió.

Me observó durante unos instantes con semblante serio.

—Sofía, cariño, jamás te había oído hablar de nadie con tanto amor y eso me hace inmensamente feliz. Me alegro mucho de que hayas encontrado el amor verdadero, pero me asalta una única duda, ¿él te corresponde?

—Sí, lo hace, aunque todo es muy complicado, o más bien, debería decir que es imposible —respondí inclinando la cabeza para que no viese las lágrimas que se habían agolpado en mis ojos.

—Cariño, sabes que nuestro padre nos enseñó que la palabra *imposible* no tiene cabida en nuestro vocabulario. Nada lo es si realmente crees en ello. Si vuestro amor es verdadero, nada os impedirá estar juntos.

—Eso no es tan fácil, Adrien. En primer lugar, te recuerdo que estoy casada y…

—Eso no es ningún problema. Encontraremos la forma de liberarte de ese marido insulso que tienes.

—Las cosas no son tan sencillas, ¿qué excusa podría darle a Alexander para querer separarme de él? Sabes que eso solo lograría convertirme en una paria social y él no me lo permitiría.

—Pues le dejas, te vienes conmigo y comienzas una nueva vida en libertad.

—¿Y qué hago con James? Él no puede dejar su labor como sacerdote.

—¿Por qué no? No sería el primero en hacerlo. Si te ama de verdad no habrá nada por encima de ti, ni tan siquiera su fe.

—No es tan sencillo.

—¿Se lo has preguntado?

—No, por supuesto que no.

—¿Por qué?

—No hemos hablado de eso aún. Para él yo soy una mujer casada y para mí él es quien es. Poco podemos hacer.

—Pues espero que aclare sus ideas pronto si pretende seguir viéndote, porque no le voy a permitir que juegue contigo manteniéndote en secreto como su amante o algo parecido. Sofía, eso no lo puedo consentir. Tú no te mereces ese trato. No puedes salir de un matrimonio de absoluta indiferencia para entrar en una relación clandestina que solo te traerá tristeza y dolor.

—Él no pretende nada de eso. A pesar de que siente remordimientos por lo que ha pasado entre nosotros, me quiere y me respeta. En cierto modo le entiendo: si para mí no está siendo fácil asimilar lo que sentimos, imagino lo duro que debe ser para él.

—Lo comprendo, pero debéis aclarar lo que sentís y vuestras intenciones. No podéis demorarlo demasiado, mantener una relación clandestina de estas características no te beneficiaría en absoluto. Sabes que a mí siempre me ha dado igual la opinión de los demás. Nunca he hecho nada porque fuese lo que se esperaba de mí, aunque tú eres distinta y te duelen las críticas. No quiero

que sufras.

—Lo sé, lo que pasa es que todo esto nos supera y no sabemos qué hacer ni cómo actuar. Lo único que tenemos claro son nuestros sentimientos. No podemos evitar desear estar juntos a pesar de que lo evitamos con todas nuestras fuerzas.

—¿A qué estarías dispuesta a renunciar por ese hombre?

—A todo.

—¿Seguro? ¿Estarías dispuesta a dejar esta ciudad, esta vida, todo lo que haces para empezar una nueva junto a él en cualquier otro lugar? ¿Estarías dispuesta a renunciar a esta vida acomodada?

—Si él me lo pidiese como requisito para poder estar juntos, sí, renunciaría a todo. Continuar con la labor que nuestro padre emprendió me hace feliz y me ayuda a sentirme útil. Sin embargo, me he dado cuenta de que no me hace sentirme plena, no evita la soledad que siento cuando llego a casa o cuando me despierto por las mañanas.

—¿Y tú crees que él estaría dispuesto a renunciar a su vida por ti?

—No lo sé —respondí con angustia.

—Eso es lo que debes averiguar, cariño, hasta dónde está él dispuesto a llegar por vuestro amor.

Las palabras de mi hermano trajeron a mi memoria los recuerdos de sus besos, de sus caricias, pero también de sus miedos, dudas, temores y, como no, de sus ruegos para que me mantuviese alejada de él.

—Tienes razón. Él desea estar conmigo, aunque, a veces, se siente superado y me pide que me aleje.

—Yo te ayudaré. Tan solo debes confiar en mí.

—No creo que tengas tiempo suficiente para lograrlo, pues la boda tendrá lugar en diez días. Dentro de dos salgo de viaje hacia Nantes para ayudar a Annette con los últimos detalles del enlace. Allí me encontraré con él, ya que va a oficiar la boda a petición de los novios. Me temo que durante esos días su actitud será más fría y distante de lo que ya es ahora.

—¿Va a oficiar la boda? Entonces iré contigo. Pensaba llegar a Nantes el día previo al enlace, pero avisaré a Pierre sobre el adelanto de mi llegada. Estoy seguro de que estará encantado de recibirme unos días antes. Confía en mí. Te prometo que antes de que regresemos habré averiguado cuáles son sus verdaderas intenciones contigo.

Confiaba plenamente en él. Siempre me había demostrado tener un gran sentido de la responsabilidad y mucho sentido común. Esperaba que me pudiese ayudar a entender un poco mejor lo que James ocultaba en su corazón y arrojar así un poco de luz a nuestro oscuro futuro.

24

SOFÍA

Como estaba previsto, un poco después salimos de viaje dispuestos a pasar unos días de alegría y diversión juntos. Me sentía plena e inmensamente feliz, ya que había echado mucho de menos su compañía en los últimos años y quería recuperar todo el tiempo perdido. Adrien era una persona increíble. Debido a sus continuos viajes, había conocido muchos países distintos y poseía una vasta cultura. Esto, junto con su gran habilidad para narrar divertidas anécdotas, lo convertía en una compañía muy enriquecedora y agradable. Estaba segura de que, a su lado, el largo viaje hasta casa de Annette pasaría rápido. El buen tiempo se sumó a nuestro buen humor y ayudó a reducir el trayecto, de ahí que llegásemos antes de lo esperado. Pierre y Annette salieron a recibirnos entusiasmados.

—Mi amada Sofía, ¡qué alegría que estés aquí de nuevo! —dijo Annette dándome un gran abrazo.

—Yo también estoy feliz de volver a verte, especialmente en estos días tan importantes para ti.

—Amigo —dijo Pierre refiriéndose a mi hermano—, no sabes cuánto me alegro de verte y de que hayas aceptado mi invitación. Ha pasado demasiado tiempo.

Ambos se saludaron con un gran abrazo.

—¿Crees que iba a perderme este momento histórico?

Ambos rieron a carcajadas mientras nosotras nos miramos sin entender muy bien el motivo de aquellas risas.

—Mi bella Annette, parece mentira que vayas a casarte. Te tenía por un alma libre, como yo —comentó Adrien mientras la besaba con cariño.

—Es cierto, pero cuando el amor llega a tu vida cambias de parecer —dijo con una sonrisa—. Mis hermanos llegan en un par de días y seguro que se alegran mucho también de volver a verte después de tantos años.

—Tengo muchas ganas de verlos. He de reconocer que soy el único responsable de que haya pasado tanto tiempo, pero mi último viaje ha durado

más de lo que planeé en un principio.

—Por favor, vayamos a tomar una limonada fresca —ordenó Pierre—. Tienes muchas cosas que contarme de ese viaje, Adrien. El servicio se hará cargo de vuestro equipaje.

Juntos nos dirigimos hacia el bello jardín de la mansión Dufour. Nada más entrar, el recuerdo de James oliendo y estudiando las preciosas flores llenó mi mente. Annette pareció intuir lo que estaba pensando.

—Sofía, ¿qué tal está el padre Wilcox? Tuvo que marcharse con prisa, si no recuerdo mal, para solucionar un asunto importante. ¿Algo grave?

—No lo sé en realidad. No creo que fuese algo serio, solo algo que requería su presencia allí —dije sin querer dar demasiadas explicaciones.

Mi hermano me miraba en silencio.

—Mi hermana me ha comentado que el padre James Wilcox, al que espero conocer muy pronto, va a oficiar vuestra boda, ¿es así?

—Sí, nos pareció un hombre muy agradable. Decidimos que fuese él quien nos casase dada su amistad con Sofía y los agradables días que pasamos junto a él —comentó Pierre con una sonrisa.

—Seguro que te caerá muy bien —añadió Annette—. Es muy amable y se porta muy bien con Sofía.

Fulminé a mi amiga con la mirada, pero ella, una vez más, pareció no percatarse y prosiguió con sus alabanzas hacia el padre James.

—Es un hombre encantador, mucho más tolerante y abierto de lo que se puede esperar en un primer momento de él —dije.

—Me alegro de que trate con el debido respeto a mi hermana, pues ella no se merece menos, ¿verdad, querida?

Asentí tímidamente con la cabeza.

—Imagino que Salvatore acudirá al enlace —dije rezando porque no fuese así.

—No estamos seguros. Viajó a su país hace unos días tras su exposición para reubicar algunas de sus pinturas. Hará todo lo posible por llegar a tiempo, pero le noté algo molesto tras su estancia en París. ¿Sabes si le ocurrió algo? Al parecer fue todo un éxito —comentó Annette—. Sentimos no haber podido acudir, pero coincidió con la inauguración de una colección en nuestra galería y entre la coordinación del evento y los preparativos para la boda, no pudimos sacar unos días para viajar.

—Creo que tuvo algunos problemas para adjudicar los donativos o algo así, quizás sea eso —dije con indiferencia.

—Y dinos, Adrien, ¿cuánto tiempo piensas quedarte? —preguntó Pierre.

—Pues no lo tengo decidido, aunque creo que esta vez mi estancia será un poco más larga de lo habitual. He echado mucho de menos a mi hermana —dijo abrazándome— y deseo estar a su lado una temporada. Además, he estado mucho tiempo fuera de casa y quiero ocuparme de varios asuntos importantes de la fundación. He hecho nuevas amistades que creo van a colaborar con nosotros.

—Fantástico, eres el mejor consiguiendo benefactores —comentó Annette con una sonrisa.

—Tú no te quedas atrás —respondió Adrien guiñándole un ojo.

—Imagino lo feliz que estarás de tener contigo a tu hermano —afirmó Annette.

—No puedes imaginarlo, a veces me siento muy sola.

—Bueno, el padre Wilcox te hace compañía de vez en cuando.

—Annette, dicho así, vas a hacer que Adrien se haga una opinión equivocada de él —señaló Pierre.

—Quiero decir, que como ha decidido ayudarnos, de vez en cuando se reúnen. Imagino que esos momentos en su compañía la ayudarán a no sentirse tan sola en esa casa tan enorme, ¿no es así, Sofía?

—No nos reunimos en mi casa —respondí molesta.

—Bueno, donde quiera que os veáis.

—Annette, por favor, el padre ha estado muy ocupado últimamente, de modo que apenas nos hemos visto —comenté intentando detener su entusiasmo.

—Ah… pues ayer recibí una carta suya confirmando su llegada dentro de dos días. Quería saber si tenía alguna petición especial que hacerle para la ceremonia —afirmó Annette con una ligera sonrisa.

—¿Dentro de dos días? ¿Tan temprano? Aún queda una semana para el enlace —pregunté sorprendida.

—Sí, me dijo que desea ocuparse personalmente de los detalles de la ceremonia y que tengamos una reunión previa con él.

—Perfecto —añadió mi hermano mirándome—. Así tendremos más tiempo para conocernos. He oído hablar tanto de ese hombre que estoy deseando que me lo presentéis.

Estaba empezando a dudar si los planes de mi hermano eran buenos o no. Adrien podía llegar a ser demasiado directo cuando se lo proponía; tenía miedo de que incomodase a James de alguna forma o que le presionase. Intuyendo mi preocupación, me cogió de la mano, la besó y me guiñó un ojo, diluyendo así mis temores.

Aquel primer día transcurrió entre risas y amenas charlas. Al día siguiente, mientras nosotras estábamos inmersas en la puesta a punto de su vestido de novia, ellos pasaron el rato sacando a pasear a los caballos.

Cuando vi a Annette vestida de novia me emocioné: estaba radiante y feliz como nunca la había visto.

—Querida amiga, me alegra tanto verte así, bella rebosando felicidad por todo tu cuerpo.

—Soy muy afortunada, Sofía, Pierre es un hombre maravilloso.

—Estoy segura de que tendrás un matrimonio muy feliz.

—Ojalá tú te sintieses igual de dichosa. Noto tristeza en tus ojos, ¿estás bien? Presiento que desde que el padre se marchó aquel día las cosas no están bien. ¿Pasó algo entre vosotros?

—No… estoy bien, de verdad. Es solo que, ya sabes, mi matrimonio con Alexander…

—Lo sabía, sabía que te pasaba algo. Ese hombre es un aburrido, es imposible que seas feliz a su lado. Hablaré con Adrien para que te ayude.

—No hagas tonterías, tú céntrate en tu vida y ya veré yo cómo gestiono la mía.

—Sabes perfectamente que el hecho de que tu hermano vaya a alargar su estancia contigo no es casual. Sabe que te pasa algo y quiere ayudarte.

—Bueno, ya hablaremos de mí. Estos días son para ti, para que disfrutes y para que no pensemos en nada más que en celebrar la boda más maravillosa del año —dije sonriendo.

Estuvimos tan atareadas durante todo el día que el tiempo pasó casi sin darnos cuenta. Sin embargo, a la mañana siguiente, me desperté con un poco de ansiedad. La llegada de James me inquietaba porque no estaba segura de si la sorpresa de encontrarme allí le gustaría. Intenté distraerme todo lo que pude para disimular y creo que lo logré hasta que, por fin, su carruaje llegó. Sentía cómo me temblaban las manos. Por un lado, deseaba que mi hermano y él se encontrasen, pero por otro, temía la impresión que pudiese llevarse Adrien al conocerle.

Aunque salimos los cuatro a recibirle, Annette se adelantó y fue a saludarle en cuanto lo vio bajar del carro.

—Padre, bienvenido. Estamos felices de poder contar con su presencia de nuevo. Siéntase como en su casa.

—Muchas gracias, Annette, yo también me alegro de verla. Señor Dubois —dijo saludando a Pierre—, gracias por su recibimiento, encantado de volver a verle.

—Lo mismo digo, padre. Es un honor para nosotros contar con su presencia en la ceremonia.

—Encantado de conocerle, padre —dijo mi hermano adelantándose—. He oído hablar mucho de usted.

—Igualmente —respondió James sin saber muy bien de quién se trataba.

—Mi querida Sofía me ha hablado maravillas de usted, ¿verdad, cariño? —preguntó Adrien mientras me cogía de la cintura y me besaba en la mejilla.

James lo observaba extrañado.

—Sí, solo tengo buenas palabras para referirme a él —dije.

—Encantado de volver a verla, Sofía.

—Lo mismo digo, padre —respondí con timidez.

Mi hermano seguía abrazado a mí. Me sujetaba fuerte por la cintura cuando dijo:

—Debe ser usted un hombre excepcional. Sofía no habla así de cualquiera, es muy exigente en cuanto a sus amistades y a las personas que permite entrar en su vida. Yo me siento un auténtico privilegiado por poder contar con su amor y lealtad —añadió atrayéndome hacia él una vez más para volver a besarme.

James no podía disimular su desconcierto.

—Disculpe mi mala educación, me llamo Adrien Mathieu. Soy el hermano mayor de Sofía —dijo ahogando la risa.

—Oh, encantado de conocerle, señor Mathieu —respondió James aliviado—. Debo confesarle que su hermana me ha hablado también mucho de usted.

—No lo dudo, nuestro amor es mutuo —dijo soltándome—. La he echado tanto de menos que no puedo dejar de abrazarla y besarla.

—Lo entiendo —susurró James mientras carraspeaba.

—Por favor, dejemos descansar al padre que seguro estará muy cansado tras el largo viaje. Annette, ordena subir su equipaje mientras nosotros vamos a sentarnos un rato en el jardín —comentó Pierre—. Por favor, padre, por aquí.

Pierre y él se adelantaron, pero antes de que pudiésemos seguirlos, mi hermano me agarró del brazo y me susurró al oído:

—Me ha quedado claro que ese hombre siente algo por ti. No sé la intensidad de sus sentimientos, pero era obvio que ha sentido celos con mis besos y abrazos. Si no llego a confesarle que era tu hermano, creo que habría sufrido un colapso —dijo riendo—. Ahora solo queda averiguar cuáles son sus intenciones hacia ti.

Le di un suave codazo recriminándole su maldad, pero no pude evitar reír con sus ocurrencias.

Tras refrescarnos un rato en el jardín, mi hermano volvió a la carga con sus preguntas.

—Dígame, padre, ¿cómo conoció usted a esta panda de locos? Perdone mi pregunta, pero me parece un hombre demasiado cabal y tranquilo para relacionarse con estos lunáticos.

—La verdad es que nos conocimos de manera casual. En realidad, fue la señora Marchand quien, hace ya algunos meses, me presentó al señor Dubois y a la señorita Annette.

—¿Cómo se conocieron? Mi hermana no es muy asidua a las misas…. —quiso saber mi hermano.

Le miré con enfado.

—Fue casual, pero imagino que Sofía ya le habrá contado cómo se produjo —dijo mientras me miraba en un intento de pedir ayuda, pues no estaba seguro de la información que tendría Adrien al respecto.

—Sí, ya te dije, hermano, que una de nuestras misiones de rescate salió mal, por lo que tuve que buscar refugio para ocultarme. El único sitio que encontré fue la iglesia del padre Wilcox, a quien agradezco de todo corazón haberme ayudado.

—Entiendo, y desde ese día no ha podido alejarse de ella, ¿verdad?

—¿Cómo dice? —preguntó James sorprendido por la pregunta. Me miró con cara de pánico.

—No me malinterprete, disculpe la pregunta, quiero decir que conocer a

mi hermana y su *mundo secreto* es toda una aventura. Una vez que uno se adentra en él, es muy difícil escapar. Sofía cree profundamente en lo que hace, igual que hacía mi padre. Estoy seguro de que no habrá parado hasta convencerle para que la ayude, ¿cierto?

—Ah, sí, sí, por supuesto. Es muy persuasiva y logró convencerme para que ofreciese mi ayuda en la medida en que yo pueda hacerlo —respondió algo más relajado.

—Adrien, querido —dije agarrando con fuerza su brazo—, el padre es un hombre muy ocupado y no fue fácil convencerlo. Fue tras conocer de primera mano nuestra labor cuando decidió sumarse a la causa. Yo tampoco hice demasiado, fueron nuestras acciones las que hablaron por sí mismas.

—¿Usted también colabora con su hermana? —preguntó James.

—Hago lo que puedo, pero debido a mis continuos viajes por el mundo no estoy tan involucrado como ella. Mi participación se reduce a buscar nuevos inversores que estén interesados en ayudarnos económicamente.

—Hermano, no menosprecies tu labor en la fundación. Sabes que tu aportación es de gran valor, no podríamos continuar ayudando a todas esas personas sin nuevas colaboraciones. Además, es maravilloso ver cómo tus contactos en el extranjero nos ayudan a expandir la labor humanitaria más allá de nuestras fronteras.

—Lo sé, pero sois Annette, Thierry y tú quienes estáis plenamente involucrados en ello. Sé que nuestros padres se sentirían muy orgullosos de vosotros.

Annette y yo nos miramos con nostalgia al recordarlos.

—Adrien, ¿sabes que el padre es también amante de los caballos? —preguntó intentando desviar el tema.

—Me alegro mucho, son unos animales increíbles. ¿Monta?

—Hace muchos años que no lo hago, así que no me atrevería a volver a hacerlo.

—No tenga miedo, esta tarde podemos intentar dar un paseo juntos. Los caballos de la familia Dufour han sido siempre muy dóciles.

James asintió no muy convencido, aunque aceptó la invitación de mi hermano para evitar ser descortés.

Y así fue, tras tomar el té, mi hermano, Pierre y él fueron a pasear a caballo. Los tres aparecieron en el salón vestidos con ropa de montar. Ver ataviado así a James nos dejó a Annette y a mí sin palabras. Aunque él no parecía sentirse muy a gusto con aquella vestimenta, había que reconocer que le sentaba de maravilla, pues hacía destacar su altura.

—Padre, me sorprende verle vestido así. Sin embargo, déjeme decirle que le queda muy bien, le favorece mucho —comentó Annette.

Le di un codazo sin ningún disimulo ante su comentario.

—No me siento muy cómodo, pero su prometido y el señor Mathieu han insistido en que me pusiese esto —dijo señalando los pantalones y botas que llevaba.

—Claro que sí, padre, no se apure —dijo mi hermano—. No se puede disfrutar de un buen paseo sin la ropa adecuada, créame. Los caballos son animales muy intuitivos y si notan que no se siente a gusto se pondrán nerviosos. Relájese, nadie va a verle, no vamos a salir de la finca, no se preocupe por nada más que de disfrutar de su paseo y de la conexión con su animal.

—Eso espero —respondió no muy convencido.

Yo le sonreí tímidamente intentando ayudarlo a disfrutar del momento. Estaba claro que mi hermano iba a revolucionar la vida de todos de forma muy divertida y sorprendente.

Como no podía ser de otra forma, Annette aprovechó la ocasión para volver a comentar el atuendo de James una vez nos quedamos solas.

—Sofía, ¿no te parece que el padre estaba muy apuesto con la ropa de montar?

—Annette…

—¿Qué? No puedes negarlo. Te conozco de toda la vida y he visto el gesto en tu cara.

—¿Qué gesto? —pregunté intentando no parecer interesada.

—Sofía, déjate de bobadas conmigo. Te he observado y he visto cómo le mirabas de arriba abajo. ¿Qué te pasa? Parece como si la sangre hubiese abandonado tu cuerpo desde que estás con el aburrido de Alexander.

—¡No digas tonterías!

—¡No son tonterías! ¿Por qué te empeñas en no reconocer que ese hombre te gusta? Tu cara lo ha dicho todo. Solo espero que él no se haya percatado…

—¿Qué dices? Yo no he puesto ningún gesto extraño.

— Le has mirado con deseo.

—¡Mentira!

—No te atrevas a negarlo. Has abierto la boca y te has mordido ligeramente el labio.

—¿Qué? No es cierto.

—Lo es. Ese hombre vestido de calle me ha gustado hasta a mí —dijo riendo—. Deja ya de disimular conmigo. No hay nada malo en reconocerlo. La sotana esconde todos sus encantos, y déjame decirte que son varios.

—Annette…

—¿Has visto esas piernas largas y atléticas? Tiene también unos hombros muy bien definidos…

—Annette, por favor, para.

Nos miramos a los ojos durante unos instantes y, a continuación, comenzamos a reír a carcajadas. Aquellos momentos juntas eran maravillosos.

—Vamos a mi habitación a seguir con esta interesante conversación para evitar que alguien pueda escucharnos —ordenó Annette riendo.

Varias horas más tarde los tres regresaron con signos de cansancio. El paseo a caballo debió ser intenso a juzgar por el gesto de agotamiento de

James, quien llegaba despeinado y muy acalorado.

—Padre, ¿se encuentra bien? —pregunté con una ligera sonrisita.

—Sí, sí, está bien, no os preocupéis —respondió mi hermano con sorna —. Ha demostrado ser un buen jinete a pesar de los años desde la última vez que montó. Le costó un poco al principio hacerse con las riendas del animal, pero al cabo de un rato ya eran amigos.

—No seas malo —añadió Pierre—. Padre, lo ha hecho usted muy bien y ha congeniado estupendamente con el caballo desde el primer momento. No haga caso al bromista de Adrien.

—No se preocupen —consiguió decir recuperando el aliento—. No me molestan las bromas del señor Mathieu, tiene toda la razón, al principio he sentido bastante miedo y el caballo lo ha notado, pero después he logrado relajarme y todo ha fluido como debe ser.

—Montar a caballo es como hacer el amor: hay que dejarse llevar para poder disfrutarlo plenamente —dijo mi hermano riendo.

—Adrien, por favor, cuida tu lenguaje delante del padre, te lo ruego —dije molesta.

—Disculpe. No seas tan seria, hermana, el padre me ha entendido a la perfección, ¿verdad? No lo decía por usted, obviamente, era una comparación que me ha parecido de lo más adecuada.

Pierre y Annette rieron a carcajadas mientras yo miraba con apuro a James, quien a su vez me sonrió con disimulo. No parecía haberse ofendido en exceso, por suerte.

—Padre, no me tome en serio cuando hablo, soy muy bromista y me gusta mucho hacer reír a las personas que están a mi alrededor —confesó mi hermano—. En mi opinión, la risa es el sonido más maravilloso del mundo, ¿no está de acuerdo?

—Por supuesto que sí, es sinónimo de felicidad.

—Caballeros, vayan a asearse, por favor. Les esperamos en un rato en el exterior para disfrutar de la cena al aire libre. Pónganse sus mejores galas, pues no siempre se puede contar con la compañía de dos hermosas mujeres brillando bajo la luz de la luna —comentó Annette divertida.

—A tus órdenes, querida mía —respondió Pierre besándola con pasión.

Según pasaban las horas me iba convenciendo más de que la energía alegre de mi hermano estaba contagiando a todos los allí presentes, algo que me inquietaba, pues no sabía si James se dejaría influir por ella o si, por el contrario, le parecería un poco inapropiada en su presencia.

Annette y yo salimos al jardín riendo. Era obvio que Pierre, quien se deshacía cada vez que ella le dedicaba un halago o se acercaba a él, la amaba. Ver sus constantes gestos de amor me daba cierta envidia; no por ella, ya que verla feliz llenaba mi corazón de alegría, sino por no haber podido vivir nunca algo así. Anhelaba esas caricias, esos besos furtivos, esas miradas llenas de amor, cómo se acariciaban sin importar dónde estuviesen. Deseaba vivir todo eso con James, pero, tristemente, nuestra relación era imposible y esa

sensación me apagaba el alma.

—¿No te ha parecido maravilloso volver a ver al padre con la ropa de montar, despeinado y con un aire desenfadado? Creo que estaba muy apuesto —comentó.

—Ay, Annette, ya estamos con el tema de nuevo.

—Tus miradas te delatan, amiga. Te lo comes con los ojos.

—¿Qué? —dije escandalizada—. Annette, por favor, no vuelvas a repetir eso nunca más. Podrían oírte.

—No lo niegues después de nuestra anterior conversación.

—No es cierto, yo tan solo le he mirado porque…

—Porque le deseas.

—Uf. ¡Eres imposible!

—Le has mirado con la boca entreabierta y eso es signo de deseo.

—¡Annette!, me estás enfadando. Además, ¿tú cómo sabes esas cosas? —pregunté estupefacta.

—Ay, amiga, no sabes la de cosas que he aprendido este último año. He leído un libro donde explican…

—Por favor, no sigas.

—¿Pero desde cuándo te has vuelto tan mojigata?

—No soy mojigata, pero no me parece que este sea el momento de hablar de estas cosas. Pueden oírnos.

—¡Pero si estamos solas en el jardín! No te entiendo, de verdad. Tu matrimonio con ese vejestorio te está convirtiendo en una mujer muy aburrida. Te prestaré el libro para que te lo lleves. Ten mucho cuidado de que no lo descubra nadie, es un libro que muy pocas personas conocen.

—No me pienso llevar ese libro a ningún sitio.

—Te lo llevarás, ya que no practicas, al menos, te divertirás leyendo un rato.

—¿Y desde cuándo te has vuelto tú tan descarada?

—Desde que descubrí el verdadero amor en *todas* sus facetas —dijo guiñando un ojo—. Ya me entiendes…

—De verdad, es imposible hablar contigo últimamente.

—Te juro por mi nombre, Annette Marie Dufour, que antes del próximo año habrás conocido a un hombre que te alegre la vida.

—¿Podemos dejar el tema, por favor? Ya vuelven.

—Sí, dejemos el tema… de momento.

Su actitud me ponía nerviosa. Al parecer era obvio que no era capaz de disimular mi atracción hacia James por mucho que lo intentase.

—¿Les parecemos a estas dos bellas damas dignos de su compañía vestidos así? —dijo Adrien acercándose a besarme la mano.

—Por supuesto, querido. Son ustedes unos caballeros muy apuestos —afirmó Annette—. Usted también, padre. No es la primera vez que le digo, con el debido respeto, que es usted un hombre muy apuesto.

James bajó la cabeza avergonzado.

—Se lo agradezco, pero no me encuentro en situación de competir con estos dos caballeros —respondió con una ligera sonrisa en el rostro.

—Somos muy afortunados de poder contar con el amor de estas dos hermosas mujeres —comentó Pierre.

—Cierto, querido amigo, espero que sepas cuidar a Annette como ella se merece. Ser el receptor del amor de estas dos mujeres es un regalo del cielo que no se puede dejar escapar a no ser que desees ser un infeliz el resto de tu vida. Si no fueses mi hermana y la niña de mis ojos, quería Sofía, estaría loco de amor por ti —dijo mi hermano besando mi mano.

—Por favor, ya es suficiente —murmuré algo abrumada por tanto halago.

—Sofía, siempre se agradecen los cumplidos, no hay nada de malo en dejarse querer de vez en cuando —comentó Annette con coquetería.

—Lo sé, pero…

—Debe ser que no estás acostumbrada a escuchar este tipo de cosas —añadió Annette—. Ese marido tuyo debe ser huraño hasta con las palabras.

—Por favor—susurré intentando que dejase el tema.

—No me pidas que me calle, Sofía. Me tienes muy preocupada. Estás triste y me apena mucho verte así. Todos respetamos tu decisión de desposarte con Alexander, aunque está claro que eres muy infeliz.

—Dejemos el tema —le imploré.

—Adrien, ¿no estás de acuerdo conmigo? —le preguntó Annette.

Mi hermano me miró antes de contestar.

—No deseo incomodarte, hermana. A pesar de que te quiero con toda mi alma, ella tiene razón. Estás desperdiciando los mejores años de tu vida al lado de una persona que no te ama y, lo que es peor, no te cuida ni se preocupa por hacerte feliz. No me pidas que ignore algo así porque no puedo. Te mereces un hombre que te quiera como tú eres capaz de amar, alguien que ponga el mundo a tus pies y que se levante cada mañana con el único objetivo de hacerte la mujer más dichosa del mundo.

Las palabras de mi hermano me conmovieron tanto que se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Por favor, ¿podemos dejar de hablar de mí?

—No hagamos que la pobre Sofía se sienta mal —comentó Pierre.

—Padre, ¿le puedo hacer una pregunta? —dijo Annette.

El pánico recorrió mi cuerpo de arriba abajo.

—Por supuesto.

—Si una mujer, tras contraer matrimonio, siente que es infeliz y que su esposo no es como ella creía que era, él no la cuida ni la corresponde, ¿podría iniciar los trámites para la nulidad de su matrimonio?

James tosió ante la pregunta y me miró con discreción antes de responder.

—Por favor, padre, le agradeceríamos que fuese sincero —dijo mi hermano.

—Ese es un tema muy complejo que requiere de un gran estudio por

parte de la Iglesia, puesto que cada caso es único. Como saben el divorcio no es posible, aunque sí existen ciertas causas por las que se puede anular un matrimonio. No obstante, no estoy seguro de si la infelicidad es una de ellas —dijo con disgusto.

—Pues yo pienso remover cielo y tierra para encontrar un motivo y conseguir liberarte de ese hombre —dijo mi hermano.

—¿Por favor, podemos dejar de hablar de mi vida como si yo no estuviese delante? —pedí furiosa.

—Cariño, no te enfades, solo pretendemos ayudarte. Queremos verte bien. Soy tu única familia y para mí eres lo más preciado que tengo. Lo único que quiero es que seas inmensamente feliz y sé que junto a Alexander no lo eres.

—La vida no es tan fácil como creéis —dije levantándome con brusquedad para entrar en la casa.

—Sofía —dijo mi hermano sujetándome—, no te enfades, cariño. Lo siento. No te marches.

No hice caso a sus súplicas y me marché. Annette fue detrás de mí para intentar calmarme.

—Sofía, por favor, discúlpame, de verdad, no pretendía hacerte perder los nervios.

—Annette, déjame sola. No aguanto más tus comentarios y tus indirectas.

—Querida, disculpa, de corazón. No pensaba que te afectaban tanto. No volveré a hacerlos. Tan solo quiero…

—¿Piensas que todo el mundo tiene la misma suerte que tú? ¿Crees de verdad que la gente, en general, vive rodeada de amor como tú? Pues no, hay gente que sufre por muchas razones y que no tiene la suerte de encontrar un amor tan maravilloso y correspondido como el tuyo.

Annette me escuchaba con asombro.

—Yo no puedo cambiar mi vida. Decidí casarme hace años, por lo que me debo a mi esposo, me guste o no. El amor verdadero no tiene cabida en mi vida.

—Esos pensamientos no son propios de ti. ¿Dónde está la Sofía fuerte, independiente y decidida? ¿Te estás escuchando? ¡No puedo creer lo que estoy oyendo!

—Esa Sofía solo existe para ayudar a los demás. La verdadera no tiene nada que ver con ella.

—Eso no es verdad, tú eres así, eres fuerte y luchadora, apasionada, segura de ti misma…

—No, no soy nada de eso.

—Por supuesto que sí.

—No, porque si lo fuese lograría la felicidad que anhelo y…

—Y, ¿qué?

—Nada, déjalo. Vuelve con ellos, yo necesito irme a mi habitación a descansar.

—¿Por qué no confías en mí? Sé que te ocurre algo importante desde hace tiempo, pero te niegas a compartirlo conmigo. Siempre nos hemos refugiado la una en la otra a pesar de la distancia. Te quiero como a una hermana, ¿qué te pasa? —dijo acercándose.

—No puedo contártelo, no puedo contárselo a nadie —susurré llorando.

—Estás enamorada de James, ¿es eso?

—No.

—Por supuesto que sí. Sabía que lo que te pasa tenía que ver con él.

—Yo no he afirmado tal cosa.

—No hace falta. Lo he sabido desde el primer día que os vi juntos. El motivo por el cual él se fue tan apresuradamente tuvo que ver contigo, ¿verdad? Algo ocurrió entre vosotros.

—Que no, Annette, no seas pesada. Te he dicho que no tiene nada que ver con él. Estás obsesionada con el amor y las relaciones. Me voy a mi habitación.

—No te vayas, te prometo que no volveré a comentar nada, vuelve con nosotros al jardín, por favor.

—No, tengo dolor de cabeza. Discúlpame ante todos. Y, por favor, no comentes nada de esto con nadie, te lo suplico.

Subí las escaleras a toda prisa para huir de allí. Me sentía totalmente superada por la situación y necesitaba desahogarme en soledad.



Annette regresó junto a los demás con cara de preocupación. Se sentía mal por haber molestado a su amiga de tal forma. Se sentó junto a Pierre con lágrimas en los ojos.

—¿Y Sofía? —preguntó Adrien.

—Ha decidido ir a descansar, no se encontraba bien.

—Iré a hablar con ella — dijo Adrien.

—No, no, por favor, déjala sola, necesita descansar. Mañana podréis hablar. Vayamos a cenar y dejemos el tema de momento.

Cenaron tranquilos, pero estaba claro que la ausencia de Sofía había cambiado el humor de todos, de manera que decidieron retirarse a dormir al acabar, con la esperanza de que al día siguiente ella amaneciese con mejor humor.

Los hermanos de Annette llegaron a la mansión temprano al día siguiente, por ello la casa era un ir y venir de personal del servicio ocupándose de diversas tareas. Todos de levantaron pronto para recibirles. Thierry y Julien Dufour saludaron con afecto a todos, pero se alegraron especialmente de saludar a su querido amigo Adrien. Se fundieron en un fuerte abrazo mientras se ponían al día de sus vidas. Sofía, que se había levantado más tranquila tras haber pasado esa noche a solas, decidió ir a dar un pequeño paseo hasta los establos antes de desayunar para disfrutar de la serenidad que proporcionaban las primeras horas de la mañana. Caminaba

despacio dejando que el sol le bañase la piel cuando oyó que alguien la llamaba. Se giró en varias direcciones para identificar de dónde provenía la voz, pero no logró ver a nadie. De nuevo escuchó una voz susurrando su nombre.

—Sofía, aquí, aquí.

Agudizó la vista y pudo ver a James, que hacía gestos para que se acercase. Fue hasta él algo confusa.

—¿Qué haces ahí medio escondido?

—Calla, entra, pueden vernos.

Alargó la mano para llevarla hasta el interior de una de las cuadras.

—¿Por qué estás aquí tan temprano?

—Ya sabes que siempre me despierto pronto. No había nadie levantado cuando he bajado, así que he venido a ver a los caballos.

—Oh, ya veo.

—¿Cómo estás? ¿Te encuentras mejor? Siento mucho lo que pasó anoche y que te marchases tan disgustada.

—Estoy bien, gracias. Anoche me agobié un poco con los comentarios de mi hermano y de Annette, eso es todo.

—Te comprendo, pero no se lo tengas en cuenta, tan solo están preocupados por ti y quieren ayudarte.

—Sí, lo entiendo, pero me pone nerviosa. Siento si tú te sentiste incómodo también.

—No te preocupes, entiendo sus motivos. Ellos te adoran y solo quieren lo mejor para ti.

—¿Y qué se supone que es lo mejor para mí?

La pregunta le sorprendió.

—Eso lo sabes tú mejor que nadie, Sofía.

—Por supuesto que lo sé. Lo que yo creo que es bueno para mí no es posible, así que todo esto se convierte en un diálogo inútil.

—Veo que sigues molesta.

—No estoy molesta, estoy agobiada. Cada vez que me hablan de mi marido y de su forma de tratarme me bloquean. Soy consciente de la vida que yo misma elegí, pero ¿qué remedio me queda? No puedo obligar a nadie a amarme. Además, tampoco deseo que lo haga, solo quiero que me deje en paz para poder tener independencia. No quiero creer en cuentos de hadas porque veo imposible poder liberarme de él. A las mujeres no se nos permite arrepentirnos de nuestras decisiones.

—Quizás haya alguna manera de lograrlo.

—¿Cuál?

—No lo sé, aunque estoy seguro de que habrá alguna forma de anular tu matrimonio.

—¿Y para qué? ¿Para qué complicar tanto las cosas?

—Para que puedas ser feliz.

—¿Sola?

Se quedó en silencio.

—Si decidiese poner mi vida patas arriba sería para vivirla con plenitud, sin embargo… una vida en soledad no es la mejor de las opciones.

—Sofía, yo ahora no puedo…

—No digas nada, te entiendo. Veo que tienes clara tu decisión, sigamos con nuestras vidas sin complicar las cosas. Tu fe y entrega a Dios es más fuerte que cualquier otra cosa.

—Aún no he decidido nada sobre mi vida o sobre…

—Déjalo, de verdad. Debo irme a ayudar a Annette. Que pases un feliz día.

Regresó a la casa, dejándole abatido tras su breve conversación. Allí Sofía se encontró con la cuñada de Annette, Marie Cecile, esposa de su hermano Thierry, y juntas subieron a la habitación de ella para hacer una nueva prueba del vestido nupcial. Debían ayudarla también con el peinado y los complementos que luciría en el enlace, por lo que aquel día no dejaría espacio para nada más que no fuese la novia.

James se entrevistó con los futuros esposos en dos ocasiones para ensayar los votos matrimoniales, asegurándose de que entendían el paso que iban a dar en su vida y las consecuencias del mismo. Mientras tanto, Adrien ayudaba a Pierre con algunos detalles en el exterior de la mansión. La boda requería de una gran organización, pues tendría lugar en el jardín y acogería a un gran número de invitados.

25

SOFÍA

Por fin, llegó el gran día. Todos nos sentíamos emocionados ante la maravillosa jornada que teníamos por delante. A primera hora llegaron los últimos huéspedes, entre ellos mi marido, junto con un matrimonio amigo de la familia Dufour desde hacía años.

—Buenos días, querida —dijo mi marido dándome un escueto beso en la mejilla.

—Buenos días, Alexander. Espero que hayas tenido un buen viaje.

—Así ha sido, sobre todo gracias a mis compañeros de viaje.

—Alexander Marchand, ¡cuánto tiempo! —dijo mi hermano.

—Adrien, ¡qué sorpresa verte en este tipo de eventos! No sabía que asistirías a la boda. Pensé que seguías de viaje por el mundo —respondió con poco entusiasmo.

—Si hay alguien que no puede faltar aquí hoy yo soy, ¿no te parece?

—Por supuesto —respondió con hipocresía.

—¿Qué tal te va en tus últimos negocios? He oído que no tienes descanso en tu desarrollo empresarial.

—No me va nada mal, aunque requiere una gran dedicación.

—Ya veo, los negocios y el amor son malos compañeros.

Carraspeé ante el comentario de Adrien.

—Tampoco tú eres muy amigo de los compromisos. Por lo que veo has venido solo.

—Yo soy un alma libre, ya sabes, y como tal vivo sin fingir tener otra vida, soy lo que soy.

—Alexander, vayamos dentro a descansar —dije para cortar la creciente tensión que se estaba instalando entre los dos.

Tras dejar a mi marido en el salón, salí unos instantes en busca de Adrien para recriminarle su actitud.

—Adrien, por favor, controla tu carácter. No es momento de montar un escándalo, te lo ruego. Deja las cosas como están.

—No te preocupes, no pretendía crear ningún escándalo, es solo que algo dentro de mí se ha removido cuando he visto su entusiasmo al verte. Sofía, no soporto esa forma de menospreciarte. Ya hablaremos. No te angusties —afirmó dándome un beso.

James nos observaba desde uno de los ventanales del salón principal con cara de no entender lo que pasaba.

La boda tendría lugar a las cinco de la tarde por lo que, tras la comida, todos fuimos a ponernos nuestras mejores galas para estar listos a la hora estipulada. Antes de terminar de vestirme, mi hermano vino a verme.

—Sofía, quería ser el primero en verte arreglada.

—¿Por qué motivo? Cuando termine bajaré y podrás verme.

—¿Qué vestido vas a ponerte?

—¿Desde cuándo te interesan estas cosas?

—Quiero que seas la mujer más bella de la noche, después de la novia, obviamente. Elige algún vestido llamativo.

—No me parece adecuado, la que debe destacar es la novia, no sus invitadas.

—Sofía, enséñame los vestidos que has traído.

—Pero ¿por qué?

—Hazme caso, debes lucir espectacular esta noche.

—Si esto forma parte de tu plan, esta no es la noche, Adrien, por favor.

—¿Cómo que no? Es la noche perfecta, cariño.

—No te entiendo —dije con desesperación.

—Tú hazme caso, ponte el vestido más espectacular de todos los que tengas e intenta destacar tu belleza. Lo demás déjalo de mi mano. Ah, y no bajes hasta que la mayoría de las mujeres ya lo hayan hecho.

—No entiendo nada, Adrien.

—No tienes que entender nada, solo confiar en tu hermano —dijo. Besó mi mano y salió de la habitación.

Estaba claro que tenía un plan, pero yo no estaba convencida de si aquello era adecuado en un día como ese. Confiando en él, elegí uno de los vestidos que había descartado previamente por considerarlo demasiado escotado. Me ondulé el pelo para aumentar su volumen y lo recogí parcialmente con un hermoso broche dejando sueltos algunos mechones de mi larga melena. Me maquillé dando un toquecito extra de rubor en las mejillas. Debía reconocer que ese vestido y el peinado me favorecían. Sentí un poco de miedo ante la posible reacción de los invitados. Incluso estuve a punto de cambiarme, pero decidí seguir el consejo de mi hermano y tras comprobar que la mayoría de las mujeres ya estaban en el jardín esperando la llegada de la novia, di un largo suspiro y salí de la habitación intentando mostrarme segura de mí misma.

Adrien parecía tener claro lo que deseaba conseguir, pues nada más llegar al jardín, varias personas se volvieron a mirarme, entre ellas, muchos de los caballeros que se encontraban junto a sus esposas. Su plan parecía

efectivo.

Fui hacia donde se encontraba mi marido, quien charlaba con los hermanos de Annette. Cuando me vio llegar puso un gesto bastante claro de desaprobación, aunque opté por ignorarlo.

—Querido, disculpa el retraso.

—Creo que has dedicado demasiado tiempo a arreglarte, ¿no te parece?

—No, en absoluto, lo normal para este evento tan especial —respondí con tranquilidad.

—Cariño, estás espectacular —afirmó mi hermano según se acercaba a saludarme—. Eres una de las mujeres más preciosas de todo París, pero hoy luces magnífica, no tengo palabras.

—Gracias —dije sonriendo.

—No hay nada que agradecer, es nuestra genética, cielo —murmuró guiñándome un ojo.

No pude evitar sonreír. Adrien siempre sabía cómo relajarme.

Justo en ese momento James entró en el salón.

—Creo que al padre se le va a olvidar la liturgia de la ceremonia —me susurró al oído.

Le miré con gesto de desaprobación, pero Adrien se limitó a sonreír.

—Nos pueden oír —respondí en voz baja.

—Se ha quedado petrificado al verte.

—Adrien, *bitte* —le rogué usando una palabra en alemán que solía emplear la institutriz que tuvimos en la infancia cuando peleábamos—. Por favor, basta.

Así que… ¿ese era el plan de mi hermano? ¿Torturar al pobre hombre? No podía ser, seguro que tendría algo más en mente.

James consiguió recomponerse de la visión y fue hasta el altar, donde Pierre le esperaba nervioso. Se ocupó de los últimos detalles a la espera de la llegada de la novia, que como era natural, se retrasó unos minutos. Finalmente hizo acto de presencia y nos dejó a todos boquiabiertos con su belleza. Opté por mantenerme en un lugar discreto fuera del campo de visión de James para no perturbar su tranquilidad. La ceremonia fue muy emotiva, llena de ternura y gestos de amor entre los novios. Tuve que reconocer que poseía una habilidad especial para la liturgia. Su voz, sus movimientos calmados pero seguros junto con su entrega siempre conseguían emocionarme. Sin embargo, aquella maravillosa visión me entristeció. Era obvio que había nacido para eso, no era justo desear que renunciase a su vocación por mí. Aparté los sentimientos tristes para concentrarme en los novios y en su preciosa historia de amor.

Tras la ceremonia, se nos sirvió una cena extraordinaria preparada por un destacado chef de la ciudad. Jamás había probado platos tan deliciosos. La comida, el ambiente alegre y la música formaban la combinación perfecta para una noche inolvidable. A pesar de sentirme un poco cohibida debido a la cercanía de James y Alexander en la mesa, no paraba de reír ante las bromas

de mi hermano y los agradables recuerdos de nuestra infancia junto a los hermanos de Annette. Adrien y Thierry Dufour fueron inseparables durante su niñez colmando la paciencia, en muchas ocasiones, de nuestras respectivas madres y niñeras. Todos disfrutábamos de la agradable charla a la espera de la llegada de la tarta nupcial. Sin embargo, cuando varios camareros aparecieron con el postre sentí que el corazón se me salía del escotado vestido: los novios habían decidido servir una enorme tarta de nata y fresas. Sin poder evitarlo, miré de reojo a James, que se sentaba en frente de mí. Él me devolvió la mirada, pero enseguida bajó la vista al plato. Con cada bocado notaba como me subía un incómodo rubor por las mejillas mientras observaba discretamente a James comer pequeños bocados del pastel sin hacer ningún comentario. Fue mi hermano quien rompió el tenso momento con uno de sus inoportunos comentarios cuando dijo:

—Sofía, ¿recuerdas la última vez que comiste esta tarta?

—Sí, fue hace ya algún tiempo —respondí sin querer entrar en más detalle.

—Es la mejor tarta del mundo y todo un placer para los sentidos, ¿no creen? —insistió Adrien.

Todos estuvieron de acuerdo en que era un postre delicioso y alabaron a los novios por su acertada elección mientras James y yo permanecíamos callados. Antes de terminar de degustarla, apareció el único invitado capaz de acaparar la atención de todos los allí presentes: Salvatore llegó al jardín con dos mozos que le seguían cargando un enorme paquete. Tras saludar a todo el mundo en varios idiomas, se acercó a los novios y les obsequió con un retrato de los dos. Los mozos desembalaron el paquete y mostraron la pintura dejando a todos asombrados por su gran realismo y belleza.

—*Questo è il mio regalo di nozze*, espero que seáis *molto molto felici.*

Los novios le agradecieron con cariño el presente y le invitaron a sentarse a la mesa. El italiano miró en nuestra dirección y, al verme, me observó con descaro durante unos segundos. Después, se giró para saludar a algunos invitados que se acercaban a hablar con él.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó mi hermano en voz baja.

—Salvatore Conti, un pintor italiano amigo personal de los novios.

—¿Y por qué te ha mirado así? —dijo con perspicacia.

—Es una larga historia, ya te la contaré. No le prestes demasiada atención, es demasiado apasionado y volátil.

—¿Te ha molestado alguna vez?

—No, no, pero ha demostrado en más de una ocasión su interés por mí.

—¿Y eso te ha molestado o halagado?

—Al principio me hacía gracia, aunque después tuve que dejarle claro que no me interesaba. Como te he dicho, es una larga historia.

—Pues mi intuición me dice que no te fíes mucho de él.

—Eso mismo me ha advertido James en varias ocasiones.

—Ese sacerdote está empezando a gustarme a pesar de su vestimenta —

comentó sonriendo.

Pierre y Annette anunciaron el comienzo del baile nupcial y nos invitaron a todos a acompañarlos al interior de la mansión. Los novios abrieron el camino para que todos los demás invitados fuesen uniéndose al baile. Yo decidí quedarme en una esquina cerca de una de las puertas que daban al jardín junto a mi hermano y mi esposo. Bailaron un precioso vals y tras él, la orquesta tocó diversas piezas con las que animaron a los presentes. El centro del salón se convirtió en una alegre pista de baile.

—¿No ves a ninguna joven digna de sacar a bailar esta noche? —pregunté a Adrien.

—Pues si te soy honesto, no he visto nada que merezca la pena. La mayoría de las mujeres presentes están casadas, otras son demasiado jovencitas y yo estoy demasiado enfocado en ayudarte, no tengo tiempo de pensar en nada más. No me interesa enredarme en líos de faldas esta noche.

—Deberías relajarte y disfrutar, yo no necesito que hagas nada por mí. Ya soy feliz teniéndote a mi lado durante estos días.

—Sí lo necesitas, cariño, créeme que lo necesitas.

Le di una palmadita en el brazo riéndome. Cómo le iba a echar de menos cuando se marchase. A continuación, empezó a comentar las habilidades para el baile de más de un caballero mientras yo no podía parar de reír. Mi marido me observaba sin entender el motivo de mis risas, no terminaba de agradarle el humor de Adrien. Mientras me hacía un jocoso comentario sobre un invitado, vimos pasar a James en dirección al jardín.

—Padre, ¿dónde va? La diversión está aquí dentro. Venga, acérquese a pasar el rato con nosotros —comentó Adrien invitándolo a unirse a la conversación.

—No sé si seré un buen entretenimiento para ustedes —comentó.

—No hace falta que nos entretenga, padre, venga, por favor.

Mi hermano se recolocó al lado de mi marido para que James pudiese ponerse junto a mí. Nos miramos con prudencia mientras nuestros brazos se rozaban.

—Alexander, me gustaría presentarte a un caballero que está desarrollando un invento en el que creo te interesará invertir en unos meses. Acompáñame un segundo para que puedas conocerle. Si nos disculpan… —se excusó mi hermano forzando a mi marido a acompañarle y así dejarnos a solas. Estaba claro que no iba a cejar en su intento.

—¿Se lo está pasando bien? —le pregunté tratando de mantener las formas en público.

—Sí, está siendo una noche entrañable.

—Su ceremonia ha sido una de las más emotivas que he presenciado. Le felicito.

—Muchas gracias, pero han sido los novios con su amor los que la han engrandecido.

—No sea modesto, usted tiene un talento innato para este tipo de

ceremonias, cuando habla capta la atención de todo el mundo, a quienes cautiva con su sensibilidad y su bonita voz.

—Muchas gracias —musitó con timidez—. Debo confesarle que… esta noche… está muy hermosa.

—Gracias —respondí sonrojada.

—Ha elegido un vestido muy favorecedor.

—¿De verdad le gusta? —pregunté sorprendida. No había imaginado que un atuendo tan atrevido fuese de su gusto—. Me alegro de que así sea, al parecer mi marido no comparte la misma opinión que usted.

—Quizás sea un poco atrevido, no se lo voy a negar, pero es innegable que luce maravillosa.

Le miré directamente agradeciendo sus palabras. Iba a responderle cuando vi a Annette dirigirse hacia mí del brazo de un hombre.

—Sofía, cariño, quiero presentarte a este apuesto caballero.

—Encantado de volver a verte, Sofía, han pasado muchos años.

—¿Nos conocemos? —quise saber un poco sorprendida.

—Por supuesto, quizás no me recuerdes. Han pasado muchos años, pero solíamos pasar los veranos juntos en Niza.

—Sofía, ¡no puede ser que no recuerdes a Francis!

—¿Francis?

—El mismo. El que no paraba de tirarte de las coletas —comentó Annette divertida.

Los tres rompimos a reír ante aquel recuerdo de la infancia.

—No me lo puedo creer, ¡cómo has cambiado! —afirmé.

—Ya te he dicho que han pasado muchos años desde la última vez que nos vimos. Si no recuerdo mal fue en el entierro del tío Didier.

—Sí, es verdad, pero… ¡estás diferente!

—Y muy apuesto —murmuró Annette—. Los años te han sentado muy bien, querido primo.

—No hay que exagerar, nada comparado con el esplendor que ven mis ojos. Prima, jamás había visto una novia más bonita, y respecto a ti, Sofía, debo confesar que siempre me pareciste una de las jóvenes más bellas que conocí.

—Reconoce que estabas enamorado de ella en tu adolescencia —comentó Annette en tono divertido.

—No podría negarlo, es cierto por completo, pero ella jamás me correspondió con su amor. Ni siquiera con un poco de atención —respondió sonriendo.

—¡No puede ser! ¡Éramos como hermanos! —dije sorprendida.

—Lo éramos, lo éramos, pero el amor es así, no se puede elegir a quién amar —afirmó Francis.

—Brindemos por nuestros felices recuerdos —indicó Annette cogiendo unas copas de *champagne*. Padre, únase a nosotros en esta maravillosa celebración del amor y de la amistad.

—Se lo agradezco, pero prefiero no beber. Gracias.

Brindamos mientras seguíamos recordando divertidas anécdotas. La aparición de Francis alegró una noche que estaba comenzando a volverse muy aburrida. Tras brindar en varias ocasiones, este me invitó a bailar con él. Sin pensarlo dos veces acepté su invitación y me dirigí de su mano a la pista central de baile. Mi marido me miró con mala cara y gesto de enfado, pero me limité a sonreírle. Decidí que ya era hora de disfrutar de la noche en la agradable compañía de aquel atractivo caballero.

James me observaba con recelo. Sin embargo, se esforzaba por disimularlo mientras mi hermano me sonreía desde el otro lado del salón.

Tras bailar con energía varias piezas musicales llegó el momento de relajarse con un precioso *adagio*. Quise excusarme alegando sentirme agotada, pero no tuve tiempo, Francis me cogió por la cintura para seguir bailando aquella pieza más lenta e íntima. Accedí para evitar una descortesía por mi parte aun sabiendo lo que iba a suponer aquel atrevimiento. Intenté alejarme de él todo lo que pude mientras mantenía la mirada fija en el suelo rezando para que se terminase pronto y poder volver junto a Alexander. Cuando acabó, vi que mi marido saludaba a un caballero y aproveché para salir al jardín y respirar aire fresco. Francis me siguió hasta allí con discreción.

Mi hermano, que había adivinado hacia donde nos dirigíamos, entretuvo a mi marido presentándole a un par de caballeros más.

Salimos al exterior alejándonos un poco del bullicio de la casa. Hacía una noche espléndida: la temperatura era agradable y el aire estaba cargado del maravilloso olor de decenas de rosas que se habían colocado como decoración por toda la finca.

Me giré al oír unos pasos a mi espalda.

—Hace una noche maravillosa, ¿no te parece?

—Por supuesto, Francis. Estoy de acuerdo, Annette no ha podido elegir mejor día para desposarse.

—Sofía, me alegro mucho de haberte vuelto a encontrar. Hacía muchos años que no sabía nada de ti.

—Es verdad, ha pasado mucho tiempo. Lo único que supe de ti, hace ya bastantes años, es que te habías mudado a Berlín a estudiar.

—Sí, viví allí una larga temporada, pero hace dos regresé a Francia. Vivo en Marsella.

—Me alegra mucho verte aquí hoy. Estoy segura de que Annette estará disfrutando enormemente de habernos reunido a todos de nuevo en esta casa. La verdad es que echo mucho de menos aquellos veranos junto al tío Didier.

—Sí, es imposible no echarle de menos. Recuerdo cómo deseaba que llegase la época estival para ir a Niza, bañarnos en el mar y disfrutar juntos jugando. No obstante, debo confesar que cuando crecí, deseaba ir para poder verte —confesó con timidez.

—Me tomas el pelo, Francis, igual que Annette. Jamás sospeché que

pudieses sentir nada por mí, éramos como hermanos. Además, soy mayor que tú.

—Tan solo tres años.

—¿Solo?

—Sí.

—Pensé que eras mucho más joven que nosotras.

—No, aunque entiendo tus dudas. Era un poco impertinente de pequeño, la verdad y eso no ayuda —dijo riendo.

—¿No estás casado?

—No, estuve a punto de casarme hace un par de años, pero descubrí que a mi prometida le interesaba uno de los amigos de su hermano más que yo.

—Lo siento mucho.

—No es para tanto, en realidad no estaba muy enamorado de ella. Ya sabes que si no te casas no estás bien visto en esta sociedad rancia en la que aún vivimos.

—Lo sé, desgraciadamente por experiencia propia —susurré.

—Tu esposo es Alexander Marchand, ¿verdad?

—Sí.

—Parece que no te presta demasiada atención —afirmó mientras se acercaba a mí para susurrarme algo al oído—. Yo no podría apartar mis ojos de ti.

Aquellas palabras junto con su tono de voz me erizaron la piel.

—Es un hombre un poco especial —conseguí decir.

—No sabe lo que está desperdiciando —dijo acercándose aún más a mi cuello.

Mi respiración se agitó hasta el punto de costarme respirar con normalidad. La cercanía de Francis, las copas de *champagne* que había tomado y la desesperación que sentía por saber que James nunca sería mío me hicieron anhelar la sensación de sentirme amada. Sabía que lo que estaba haciendo no era correcto, pero deseaba que me siguiese hablando así. Mientras me dejaba llevar por su aterciopelada voz, noté un calor que empezaba a recorrerme todo el cuerpo. En ese momento sentí cómo me besaba en el cuello. El corazón me empezó a latir desbocado con cada uno de sus besos. El tacto de su mano acariciando mi nuca me nubló los sentidos: me olvidé del peligro que corría de ser descubierta y eché mi cabeza hacia atrás para invitarle a seguir besándome, gesto que no desaprovechó. Comenzó a acariciarme los hombros lentamente, dando suaves besos allí donde sus dedos habían rozado mi piel, pero enseguida noté sus labios junto a los míos. Me dejé llevar y le correspondí con pasión aumentando el ritmo poco a poco. Estaba totalmente entregada al momento cuando oí a alguien decir:

—Sofía, ¿qué está haciendo?

Francis se detuvo al instante, aunque se mantuvo pegado a mí durante unos segundos. A continuación, se apartó despacio para ver quién era el entrometido que se había atrevido a interrumpir semejante momento.

—¿Tiene algún problema, padre? —preguntó furioso.

—No, pero no puedo permitir lo que está ocurriendo entre ustedes.

Francis me miró sin comprender.

—Lo siento, Francis. El padre Wilcox es amigo de la familia.

—¿Y no tiene nada mejor que hacer? —espetó Francis.

—No, no tengo nada mejor que hacer ahora mismo. Sofía, vaya dentro antes de que alguien la vea. Debo advertirle que esto solo le va a generar problemas.

—Creo que Sofía tiene la edad suficiente para saber lo que le conviene o no.

—No lo dudo, aunque en este momento no está actuando con sentido común. Sofía, vuelva a la casa, por favor —me ordenó.

Francis observó de arriba abajo a James y dijo:

—Padre, lo que está pasando aquí no es de su incumbencia. No quiero ofenderle así que, por favor, déjela en paz.

—No pienso marcharme de aquí sin ella.

La tensión entre ellos aumentaba por momentos por lo que decidí cortarla de raíz.

—Francis, lo siento, pero el padre tiene razón. Este no es el lugar ni el momento. Si mi marido nos viese tendría un problema serio y crearíamos un escándalo que Annette y Pierre no se merecen. Por favor, te ruego que regreses a la casa para no levantar sospechas. Yo entraré en cuanto recupere el aliento y aclare una cuestión con él.

Francis me obedeció con reticencia y, tras echarle una mirada de reproche a James, volvió a la casa. Desobedeciendo la recomendación de James, empecé a caminar hacia los establos mientras él me seguía y trataba, sin éxito, detenerme.

—Sofía, ¿dónde vas? —dijo en voz baja—. No deberías ir hacia allí, está muy oscuro.

Yo seguía andando sin hacerle caso.

—Sofía, por favor, escucha, perdona si te he molestado, pero creo que te he hecho un gran favor evitando el error que estabas a punto de cometer.

Seguía ignorando sus súplicas.

—¿Dónde vas? Apenas hay luz hoy en la parte trasera de los establos. Es peligroso, puedes tropezar.

Cuando llegué a la parte más oscura me detuve. Apenas veía lo que había a mi alrededor, aunque pude distinguir una pequeña caseta que parecía vacía. Fui hasta allí y me detuve apoyándome en la pared para recuperar el aliento. Me sentía avergonzada de haberme visto expuesta en semejante situación con Francis. Actuar así no era propio de mí, pero estaba cansada de aparentar una vida que no tenía. Me preocupaba lo que James pudiese haber pensado de mí.

—Sofía, ¿dónde estás? ¿No ves que esto está demasiado oscuro?

Cuando le vi a un escaso metro le agarré del brazo y le empujé hacia la pared en la que estaba apoyada.

—¿Qué haces? ¿Estás loca? Me has dado un susto de muerte.
—No te tenía por un hombre tan asustadizo.
—No lo soy, pero no soy muy amigo de la oscuridad. Es algo que me viene de lejos. ¿Por qué has venido hasta aquí? —preguntó extrañado.
—Para poder hablar contigo a solas.
—¿No podías hablar en una zona menos alejada?
—No.
—¿Y de qué quieres hablarme?
—¿Que de qué quiero hablarte? James, dejémonos de dar rodeos. ¿Te parece que no tengo motivos para pedirte explicaciones por lo que acabas de hacer?
—El que tendría que pedirte explicaciones soy yo. Lo que has hecho hace un momento con ese caballero no es digno de ti.
—Estoy harta de que los demás decidan lo que es digno de mí o no. Tú no pintabas nada allí y te has permitido el lujo de interrumpir algo que no te incumbía.
—¿Que no me incumbía?
—Por supuesto que no.
—Estabas totalmente entregada a la pasión con ese hombre, ¿te parece correcto? ¡En la boda de tu amiga y con tu marido en la casa!
—Mi marido me ignora, no se habría dado cuenta.
—¡No puedo creer lo que estoy escuchando! Te he hecho un favor evitándote un conflicto con tu esposo y encima me recriminas por ello.
—¿Un conflicto con mi marido o contigo?
—No te entiendo.
—Me entiendes a la perfección. No has podido soportar verme besando a ese hombre. Reconoce de una vez que estabas celoso y que mi marido no era más que una excusa para interrumpirnos. Pues déjame decirte —continué— que Francis es lo mejor que me ha pasado esta noche. Es un joven encantador y… ¡besa de maravilla!
Se mantuvo en silencio.
—Creo que has bebido demasiado.
—Quizás, pero el *champagne* me ha aportado la chispa que necesitaba para disfrutar de la noche. ¡No aguanto más este tedio! Si no tienes nada más que decirme, pienso ir a buscar a Francis para terminar lo que has interrumpido.
Antes de que pudiese moverme para regresar a la casa me agarró de la cintura y me arrinconó en la pared.
—No pienso dejar que hagas semejante cosa.
—¿Por qué? ¿Cómo piensas impedirlo?
Sin decir una palabra, se acercó a mi cuello para oler mi perfume y comenzó a besarme con deseo. Me sentía aún un poco aturdida por la bebida así que me dejé llevar, pero unos segundos más tarde, reaccioné y dije:
—¿Qué haces? —pregunté e intenté apartarle.

No me respondió. De repente, se detuvo frente a mí y me acarició los labios mientras acortaba la distancia entre nosotros.

—Sofía… —susurró mientras comenzaba a besarme de nuevo.

Presa del deseo y harta de reprimir mis sentimientos, le devolví los besos con intensidad y rabia, queriendo demostrarle que era una mujer segura de mí misma y que no podía seguir jugando conmigo de aquella forma. Dirigí mis besos a su cuello, después a su mandíbula mientras él se dejaba llevar cada vez más y más a la par que nuestro deseo aumentaba. Le acariciaba el pelo, la nuca, al mismo tiempo que él se deleitaba en mis hombros y en mi escote. Debíamos detenernos antes de que fuese demasiado tarde, pero ninguno de los dos podíamos ponerle freno a esa pasión que se había encendido entre nosotros. Las caricias y los besos eran cada vez más íntimos. De pronto me detuve, pues sentía que, si no paraba en ese momento, me entregaría a él allí mismo.

—James, por favor, para. No podemos dejarnos llevar de esta forma aquí. Te deseo con todo mi cuerpo y alma, pero esperemos a que todo el mundo se haya retirado a descansar.

Él seguía besándome, ahora con ternura, aunque enseguida pareció entender lo que le pedía y se detuvo.

—Volvamos dentro, por favor —dije.

Él asintió y me siguió camino de vuelta a la casa en silencio.

Cuando llegamos, muchos de los invitados ya se estaban empezando a marchar.

—Sofía, querida, ¿dónde estabas? —preguntó mi hermano preocupado —. Vi volver a Francis solo y me he preocupado.

—Estaba dando un paseo, siento haberte preocupado. ¿Dónde está mi esposo?

—Se ha marchado a descansar hace un rato. Creo que estaba molesto por no saber dónde estabas. Francis me ha pedido que le disculpes. Al parecer no se encontraba bien y ha decidido marcharse también.

—Entonces debo retirarme ya, no quiero que se enfade. Que descanséis —dije mirando a James.

—Que descanses, cariño —comentó mi hermano con gesto serio—. Era obvio que se había percatado de que algo pasaba entre James y yo.

Fui a mi habitación temerosa de encontrar a Alexander hecho una furia, sin embargo, para mi sorpresa, estaba dormido, o al menos, eso parecía. El ajetreo y un poco de alcohol de más le habían agotado. Me acosté sin hacer ruido y fingí estar dormida hasta que pude oír que todo el mundo se había marchado. La casa estaba en silencio, por lo que imaginé que todos los invitados se habrían retirado a sus habitaciones. Tras esperar un poco y comprobar que mi marido dormía profundamente, me levanté con sigilo, me puse una fina bata y salí de la habitación, no sin antes asegurarme de que no había nadie en el pasillo. Fui hasta la habitación de James y llamé a la puerta. Unos segundos después, abrió asomándose con cuidado. Al ver que era yo,

dejó la puerta entreabierta mientras se adentraba en la habitación. Entré y cerré con sigilo. Pude verlo yendo hacia la ventana. Su aspecto desaliñado y el pelo revuelto me preocuparon. Le observé durante unos segundos antes de acercarme a él.

—James, no podía dormir, necesitaba verte.

—Sofía, esto es una locura, alguien ha podido verte entrar.

—No me importa, no aguanto más esta situación —dije acercándome a él para abrazarle por la espalda.

—Esto no va a salir bien —dijo angustiado.

—Ahora no me importa nada, solo tú y yo. No soporto más vivir sin tus besos, sin tus caricias… —le susurré al oído mientras le besaba el cuello de nuevo.

Él se movía dejándose besar, pero permanecía en silencio. Alargué mis manos y comencé a acariciar su pecho. De repente se giró y tras dar un profundo suspiro, se quitó la camisa y comenzó a besarme preso del deseo.

—Señor, ten piedad de mi alma porque yo ya no puedo salvarme —susurró.

Me desabrochó el lazo que anudaba la bata que llevaba dejándola caer y a continuación, me desanudó el camisón que resbaló por mi cuerpo dejando al aire mis pechos. Cuando comenzó a besarme sin censura abandoné mi cordura y me entregué a él con ansia. Hicimos el amor como nunca antes, intentando acallar los apasionados sonidos que surgían de lo más profundo de nuestro ser. Tras habernos entregado en cuerpo y alma, nos mantuvimos abrazados en silencio. Éramos conscientes de que debía regresar a mi habitación, pero ninguno tenía el valor de poner fin a aquel maravilloso momento. Un rato después y con el corazón roto, le besé y me levanté de la cama. Mientras me vestía, limpié las lágrimas que brotaban de mis ojos. Antes de marcharme, me giré para mirarle y le dije:

—Lo siento.

Salí de allí con la desesperación del preso que va de camino a su ejecución y entré en mi habitación asustada, aunque me alivió ver que mi marido seguía durmiendo. Cerré la puerta tras de mí ajena al par de ojos que me observaban en la oscuridad del pasillo.

26

JAMES

Ver cómo Sofía se marchaba dejándome allí solo me rompió el corazón. ¿Así iba a ser siempre? ¿Merecía la pena dejarse llevar por la pasión irrefrenable que sentíamos para después despedirnos como dos desconocidos? No podíamos seguir encontrándonos de aquella forma, pero ¿cómo evitarlo? La pasión y el deseo que sentía por ella eran cada vez más grandes. Verla besar a Francis me llenó de una furia que desconocía poseer. Estar separado de ella era una tortura, especialmente cuando compartíamos espacio. Sus miradas, su olor, su tacto… erizaban mi piel sin poder hacer nada para evitarlo. Lo que acababa de ocurrir entre nosotros había sido maravilloso, más incluso que la vez anterior. Me sentía perdido y sin salvación posible. ¿Cómo podría al día siguiente ponerme frente a todas aquellas personas y disimular lo que sentía? Lo único que deseaba era tenerla entre mis brazos sin tener que fingir ser alguien que ya no estaba seguro de si existía. Mi vida como sacerdote me proporcionaba instantes de felicidad al poder ayudar en momentos difíciles a todos los fieles que acudían a diario a mi iglesia, pero cada día me sentía un poco menos conectado a ese James y cada vez más culpable. Me veía a mí mismo como un impostor que se hacía pasar por un hombre de Dios sin tan siquiera entender en qué consistía tomar tal responsabilidad. Me di media vuelta en la cama y me acosté sobre el lado donde ella había estado tumbada. Acaricié las sábanas y me empapé de su olor para después abrazarme a su almohada, cerrar los ojos e intentar imaginar que estaba allí conmigo. Sin poder evitarlo, comencé a llorar como un niño. Una vida sin ella era ya imposible, por lo que le recé a nuestro Señor para que me ayudase a encontrar el camino para poder estar juntos.

Permanecí abrazado a la almohada un largo rato hasta que amaneció, momento en el cual decidí levantarme. Esperaba de todo corazón que nadie la hubiese visto salir de la habitación. Deseaba preparar el viaje de vuelta para ese mismo día o no sabía si podría mantener la compostura con la familia de Annette o peor aún, frente a Adrien Mathieu. Me puse nervioso solo de pensar

en encontrarme con ellos, así que salí de la habitación con la intención de pasear un rato. Comprobé que la casa estaba ya en pleno funcionamiento, ya que varios invitados comenzaban a marcharse a primera hora de la mañana. Eso me dio esperanzas de poder regresar a París con prontitud. Cuando regresé a la casa para desayunar, Adrien me confirmó, para mi alegría, que saldríamos de viaje en un par de horas. Al parecer el marido de Sofía necesitaba volver para encargarse de un asunto con urgencia. Recé para que no tuviese que ver con nosotros. Alexander no prestaba demasiada atención a Sofía esa mañana, aunque no podía estar seguro. Su forma de tratarla me indignaba ¿Cómo podía menospreciarla tanto? Aquello me hizo plantearme que quizás la Iglesia Católica debería empezar a ser más tolerante respecto a los motivos que se podían esgrimir para anular un matrimonio. Sentía pena por ella, ya que a pesar de disfrutar de la libertad que ese hombre le proporcionaba, estaba claro que necesitaba recibir más amor y atención. No comprendía cómo su esposo podía mantenerse tan frío con ella pudiendo amarla con libertad.

Intenté dejar de pensar en ella entablando una breve conversación con los hermanos de Annette, que se acercaron a despedirse y a darme las gracias por la ceremonia. Tras ellos, dejaron la casa unos cuantos invitados más. Ya solo quedábamos nosotros. Nos encontramos en el salón para el desayuno. Cuando la vi acercarse a mí sentí que me faltaba la respiración, aunque intenté mantener la calma pues su esposo, a quien saludé cortésmente, permanecía a su lado. Adrien nos dijo que volveríamos a París en el carruaje del señor Marchand. Aquella noticia me agobió. Lo que menos necesitaba era compartir un habitáculo tan pequeño con el marido de Sofía y su hermano, pero no quedaba más remedio e intenté serenarme.

Por desgracia, no pude hablar a solas con Sofía en ningún momento; intentamos no cruzar nuestras miradas demasiado durante esa mañana a fin de no levantar sospechas. Para mi tranquilidad, Adrien nos informó de que el viaje sería un poco más corto de lo habitual ya que el carruaje era de nueva adquisición y podía alcanzar una velocidad mucho mayor que los carros convencionales. Aun así, tenía por delante muchas horas sentado en frente de ella, quien como siempre lucía bellísima.

Un rato más tarde subimos al carro y nos despedimos de Annette y Pierre. Nos acomodamos e intentamos disimular nuestra incomodidad lo mejor que podíamos. Por suerte, el señor Mathieu era un gran conversador y enseguida nos entretuvo con mil anécdotas sobre sus aventuras por el mundo mientras su marido se limitaba a escuchar y mirar el paisaje a través de la ventana sin hacer comentarios. La miré con discreción en alguna ocasión mientras deseaba que todo el mundo desapareciese y poder estar a solas. Sentía como si un grueso muro nos impidiese tocarnos, a pesar de la mínima distancia que nos separaba.

Tras un par de breves paradas para comer y cenar, decidimos continuar el viaje y así poder llegar a la ciudad lo antes posible. Según nos indicó el señor

Marchand, necesitaba estar en París a primera hora del día siguiente para reunirse con un ilustre hombre de negocios.

Y así fue. Llegamos a París al amanecer. Antes de despedirme, pude coger discretamente la mano de Sofía para intentar decirle que la amaba. Ella me respondió apretándola. Entré en casa fatigado por el largo viaje, pero dispuesto a hallar la forma de poder encontrar el camino hacia ella.

27

SOFÍA

Unos días después de nuestro regreso, envié una nota a James pidiéndole un poco de tiempo para volvernos a ver, pues al llegar a casa, vi que tenía una petición importante que atender. Uno de nuestros colaboradores en la ciudad había conseguido el beneplácito de las autoridades para construir un nuevo centro de asistencia para niños huérfanos que incluiría una escuela, donde podrían pasar gran parte del día aprendiendo y relacionándose junto con otros niños fuera de las calles. El director requería mi ayuda para financiar parte del proyecto, por lo que debía reunirme con él lo antes posible.

Elegí uno de los días en los que mi marido estaba ausente para encontrarme con él en un hotel de la ciudad a la hora del té. Aquellos proyectos me llenaban el alma de felicidad. Ayudar a los niños sin recursos me parecía lo más loable que una persona podía hacer por los demás. Estaba tan entusiasmada con ello que no pude evitar la tentación de enviarle una nota a James en la que le informaba de mi visita esa noche para compartir con él la buena noticia.

La reunión con nuestro contacto fue un éxito y tras pasar varias horas compartiendo ideas, acordamos reunir el dinero lo antes posible para empezar la construcción en unas semanas. Regresaba a casa tan feliz y con la cabeza llena de imágenes sobre cómo sería esa nueva escuela, que no me percaté de que el carruaje de mi marido estaba aparcado en la puerta principal. Lo único que tenía en mente era refrescarme un poco e ir a mi encuentro con James. Cuando entré en mi habitación y vi a mi esposo sentado en una butaca, me quedé sin aliento. Al no esperarle allí, me había despreocupado de idear una excusa convincente para justificar mi regreso a casa a esas horas.

—Querido, no te esperaba en casa, ¿cuándo has regresado? Creía que volverías mañana al mediodía.

—He cambiado de opinión y he decidido regresar antes.

—Ya veo… si me dejas refrescarme un poco enseguida estaré contigo —dije para ganar tiempo e inventar un motivo.

—En realidad, quiero que te sientes aquí, hay algo de lo que quiero hablarte.

—Dame un segundo para…

—He dicho que te sientes —dijo en un tono autoritario que jamás había oído en él.

Me acerqué con cuidado a una butaca que había junto a la ventana. Su expresión me preocupó.

—Querido, ¿ocurre algo? Me estás asustando.

—Dímelo tú. ¿Ocurre algo que deba saber, Sofía?

—No sé a qué te refieres. He estado todo el día con mi hermano visitando a unos amigos de la familia. No tengo constancia de que haya ocurrido nada destacable aquí en la casa —dije rezando para que mi hermano me sirviese de excusa.

—¿Estas horas de regresar a casa son las habituales cuando yo no estoy?

—No, no, por supuesto que no, es solo que al estar con mi hermano me he demorado un poco. Me ha acompañado hasta casa, pero no ha bajado del carro…

—Ya veo. ¿Y cuando no estás con tu hermano con quién permaneces hasta estas horas?

—No regreso tan tarde habitualmente, solo cuando acudo a algún evento social al que me invitan y que no puedo declinar.

—Eso no es lo que te he preguntado.

—No sé a qué te refieres. No suelo salir de casa a no ser que alguien requiera de mi presencia en algún…

—Nuestra ama de llaves no opina lo mismo —me interrumpió.

—Bueno, ella se habrá referido a algún momento puntual en el que me haya podido retrasar un poco, pero siempre vuelvo en compañía de Belmont, así que no hay de qué preocuparse —respondí intentando mantener la calma. La traición de esa mujer me dejó sin palabras.

—Entiendo. ¿Y por qué yo no he sido invitado a tales eventos?

—Cielo, seguro que sí, pero debido a tus continuas ausencias, no habrás revisado toda la correspondencia. Estoy segura de que tendrás alguna carta en tu despacho que se te ha olvidado revisar.

El tono que empleaba al hablar, junto con sus continuas preguntas, me estaba empezando a inquietar. ¿Sabría algo de lo mío con James? Recé para que no fuese así.

—No suelo dejar ninguna carta por leer, de hecho, hace dos días, antes de marcharme, recibí una que me gustaría mostrarte —dijo mientras sacaba un sobre de su bolsillo.

—¿Y de qué se trata? ¿Algún nuevo negocio? —pregunté fingiendo desinterés.

—No.

—¿Entonces? Alexander, querido, no entiendo tanta intriga.

—Toma, léela tú misma.

Cogí la carta con manos temblorosas intuyendo que lo que estaba a punto de leer iba a causarme problemas. Comencé a leerla y no pude dar crédito a lo que contenía.

—Alexander, esto es absolutamente falso. ¿No creerás una sola palabra? ¿Quién es el remitente?

—El remitente no es importante, pues se trata de una carta enviada de forma anónima. Lo realmente crucial es de lo que se me informa en ella, ¿no te parece?

—¡No es cierto! —dije levantándome de forma brusca de la butaca.

Le enfrenté poniéndome de pie frente a él, pero antes de que pudiese darme cuenta, sentí una gran bofetada que me hizo tambalearme y golpearme la cadera contra una butaca.

—Nunca pensé que serías tan cínica de mentirme a la cara sin tan siquiera pestañear.

Me sentía tan aturdida por lo que acababa de pasar que era incapaz de reaccionar.

—Está claro que tanta libertad solo podía llevar a esto, a que te comportes como una ramera y te vayas metiendo en la cama de cualquier hombre que te presta un poco de atención.

Me levanté de nuevo para encararle.

—No pienso dejar que me ofendas de esta forma ni que se me calumnie. Lo que se cuenta en esa carta no es cierto.

De repente, me cogió con fuerza del brazo para zarandearme y tirarme en la cama.

—¿Te atreves a negar que durante la boda de tu querida amiga te acostaste con ese tal Francis con el que te pavoneabas en la pista de baile?

—¡Yo no he hecho tal cosa! —grité—. Puedes hablar con él cuando quieras y él mismo te confirmará que lo que digo es cierto.

—En la carta no se le nombra directamente, pero sé con seguridad que fue con él con quien… —dejó la frase a medias.

—¡Mentira!

—Te sentí levantarte en medio de la noche, no te atrevas a volver a mentirme.

—Es cierto, me levanté, pero fue porque no me sentía bien del estómago y decidí bajar a la cocina a ver si encontraba a alguien que me preparase una tisana. No había nadie así que me entretuve un rato preparándola yo misma.

—¿El atuendo que elegiste para la boda fue fortuito también?

—El atuendo que elegí era perfectamente adecuado para una boda de noche en el jardín. Sé cómo vestirme para cada ocasión. Era un vestido muy bonito que…

—Que te hacía parecer una buscona —dijo con ira.

—No, fue un regalo de mi hermano, por eso me lo puse.

—Tu hermano, ¡cómo no! —afirmó con tono despectivo.

—Es cierto que era un poco atrevido, pero sabes perfectamente que no

me caracterizo por ser una mujer demasiado conservadora a la hora de vestir. Lo sabes desde el principio y nunca has recriminado mis elecciones.

—Por supuesto que lo sé, aunque te informo de que eso se ha acabado.

—¿El qué se ha acabado?

—Esa forma de vestir y tus salidas de casa sin mi compañía.

—No me puedes prohibir que salga de casa o que vista como desee.

—Por supuesto que puedo, querida, soy tu esposo, ¿lo recuerdas?

—No lo permitiré —repliqué con furia.

—¿Que no lo permitirás? No me hagas reír. Harás lo que te diga y saldrás cuando vayas conmigo.

—¡¡¡No!!! —grité mientras me levantaba de la cama para salir de la habitación.

Él me bloqueó el paso y me volvió a agarrar del brazo, esta vez con más fuerza, para empujarme contra la pared. Allí me arrinconó y me sujetó el cuello con las manos.

—¡No pienso permitir que pongas mi nombre en entredicho nunca más! Averiguaré con quien me fuiste infiel y si es la primera vez que ocurre, cosa que dudo. Mientras tanto, permanecerás en la casa sin salir. Se acabaron tus actividades humanitarias y todas las bobadas a las que dedicas tu tiempo.

—¡Jamás! —grité.

Volvió a abofetearme la cara con rabia. Intenté zafarme de él, pero solo pude moverme unos centímetros. Me agarraba con tanta fuerza que empecé a tener dificultad para respirar.

—¡Suéltame! —logré decir apenas sin aire.

—¿Eso es lo que haces realmente cuando sales de casa mientras pones como excusa a esos pobres niños? Eres una mentirosa. Estas son las consecuencias de la *moderna* educación que te proporcionaron tus padres.

—Debí haber escuchado a mi familia y no haberme casado contigo —dije con voz ahogada.

—¿Crees que yo he ganado mucho casándome con una mujer como tú? Si te he proporcionado la libertad de la que has gozado hasta ahora es porque pensé que realmente eras una mujer respetable, pero ¡mira mi sorpresa! —gritó apretando más sus manos.

—¡Suéltame! Te lo ruego. No… puedo… respirar.

Aflojó la presión en el cuello, pero siguió sujetándome.

—Nunca imaginé esto de ti —dije inclinándome hacia delante para poder respirar—. Cometí el error de creer que tu indiferencia se debía a tu edad o más bien a tu carácter, aunque ya veo que eres igual que los demás. Eres despreciable, ¡te odio! —dije con toda la rabia de la que fui capaz.

Esta vez la bofetada fue más potente y sentí cómo me empezaba a sangrar la nariz. En un arrebato de rabia incontrolable, quise devolverle el golpe, pero no tuve tiempo: Alexander me agarró del pelo e intentó tirarme al suelo. Yo me defendí como pude, aunque solo logré perder el equilibrio y caerme, con tan mala suerte que me golpeé en la cabeza contra el borde de

una mesa.

—Eres orgullosa hasta en estos momentos. Sé perfectamente que lo que me han contado en esa carta es cierto y no voy a parar hasta descubrir con quién retozas como una cualquiera.

—Me marcho. Me voy con mi hermano… —dije aturdida tras el golpe mientras permanecía en el suelo.

—Tú no vas a ninguna parte —afirmó con severidad—. Vas a quedarte aquí encerrada hasta que averigüe con quién te ves y piense qué hacer contigo.

—¡No me vas a encerrar aquí! Deja que me vaya o chillaré para que todos nos oigan.

Alexander me observó durante unos segundos. A continuación, salió de la habitación y cerró la puerta con llave. Grité hasta perder la voz para que me dejase salir. Llamé a los miembros del servicio uno a uno, pero nadie se atrevió a contradecir las órdenes de mi marido. Me levanté como pude y comencé a golpear la puerta con todas mis fuerzas hasta caer exhausta al suelo de nuevo, donde rompí a llorar con desconsuelo. No podía creer lo que estaba viviendo. Necesitaba escapar de allí y no sabía cómo lograrlo. Supliqué y supliqué durante horas, pero no hubo respuesta. Al fin, me quedé dormida en el suelo agotada de tanta lucha en vano.



Mientras tanto, James se extrañaba de la ausencia de Sofía aquella noche. No era normal que no acudiese o que no hubiese enviado a Belmont con alguna nota. Al cabo de un largo rato de espera, decidió acostarse confiado en que hubiese ocurrido algo de última hora. Se durmió esperando su visita a la mañana siguiente, aunque, para su preocupación, no fue así. El día seguía su curso sin noticias de ella y comenzó a inquietarse. Al finalizar la última misa de la tarde, su intuición le alertó de que algo raro ocurría. Dudó sobre qué hacer pero finalmente decidió ir a casa de Sofía para comprobar que todo estaba bien. No podía presentarse a esas horas sin una excusa convincente, aunque no se le ocurría ninguna así que intentó averiguar algo preguntando a las personas del servicio. Si ellos le confirmaban que nada extraño ocurría, regresaría a casa más tranquilo.

Se dirigió a la parte trasera y entró en la cocina, pero el profundo silencio en la estancia más concurrida de una gran casa le inquietó más aún. Deambuló un rato por los pasillos hasta que se encontró con un mozo que le indicó que el señor se hallaba en la casa desde el día anterior. Sin embargo, había dado órdenes de no ser molestado. Al preguntar por los motivos, el joven se excusó diciendo que tenía prisa. Aquella actitud esquiva del muchacho le hizo sospechar, por lo que se arriesgó a subir las escaleras que daban al primer piso. Allí comprobó que no había nadie y que, una vez más, reinaba un silencio extraño. Cuando iba a entrar en el salón principal se encontró con el ama de llaves, quien se sorprendió de su presencia.

—¿Quién es usted y qué hace aquí? ¿Quién le ha dejado entrar?

—Buenas noches, soy el padre James Wilcox, amigo de la señora. Necesito verla por un tema urgente que no puede esperar.

—No puede ser.

—¿Por qué motivo? Me está esperando.

—No lo creo, padre, pero, aunque así fuera, no puede atenderle ahora. Vuelva otro día.

—¿Por qué no puede? ¿Le pasa algo?

—Está indispuesta desde anoche.

—¿Qué le ocurre? —preguntó con angustia.

—No puedo darle esa información. Padre, le ruego que se marche. El señor no desea visitas.

—No me voy a marchar sin saber qué le pasa a la señora Marchand.

—Padre, por favor, el señor no está de humor esta noche. Márchese. Mañana yo misma informaré a la señora de su visita.

—No —afirmó con rotundidad. En esa casa estaba pasando algo raro y no se marcharía sin saber qué era y de qué manera eso la afectaba a ella—. Dígale al señor Marchand que deseo hablar con él, serán tan solo unos minutos.

—No puede ser, de verdad.

—Pues dígame cuál es la habitación de la señora. Quiero ver cómo se encuentra y si puedo hacer algo para ayudarla.

—Le repito que no es posible. Váyase de aquí, padre. No me obligue a ser descortés con usted.

—Le digo que no me iré de aquí sin verla—dijo levantando la voz.

Alexander, al oír voces en el pasillo, salió del salón con enfado para recriminar a las personas que estaban armando aquel jaleo. Al verle se quedó petrificado.

—Padre, ¿se puede saber qué hace en mi casa a estas horas? No esperábamos su visita.

—Necesito hablar con la señora Marchand de algo urgente, serán solo unos minutos.

—Imposible, mi esposa se encuentra indispuesta y está descansando.

—Por favor, es importante, solo me llevará unos minutos. Después me marcharé para que pueda seguir descansando —comentó usando un tono de voz conciliador con la esperanza de poder convencerle.

—Le digo que no, mi esposa no recibe visitas de nadie a estas horas. ¿Quién se cree que es para presentarse en mi casa de esta forma?

—Señor Marchand, en nombre de la Santa Madre Iglesia le pido que me permita hablar con ella un segundo. Es un tema relacionado con su familia —dijo a modo de excusa levantando la voz, convencido de que, si ella le escuchaba, saldría de la habitación, pero al comprobar que no aparecía, su angustia se incrementó.

—Márchese de aquí. No creo que ocurra nada de tal importancia. Además, esos temas debe tratarlos con el señor Mathieu como cabeza de

familia, no con mi esposa.

—Pero le incumbe a ella —espetó en un último intento de lograr verla.

—Ah, ¿sí? Últimamente a mi esposa le incumben mucho los problemas ajenos.

Ese comentario le convenció de que algo grave ocurría. Sin embargo, se dio cuenta de que él solo no sería capaz de averiguarlo. Necesitaría la ayuda de alguien más, por lo que decidió marcharse, no sin antes comentar:

—Señor Marchand, espero que su esposa se encuentre bien, de lo contrario…

—De lo contrario, ¿qué? —protestó con prepotencia.

—De lo contrario le informo que está usted impidiendo la asistencia de un sacerdote en caso de necesidad y eso…

—Le informo de que en mi casa yo decido lo que ocurre y lo que no. Márchese de una vez —le ordenó de malas formas.

James salió de la casa con prisa sin saber muy bien cómo lograr ayuda. Pensó en Adrien, pero no estaba seguro de si se hallaba en la ciudad. Además, su casa estaba a una distancia demasiado larga para poder cubrirla a pie. Según salía vio a Belmont dirigiéndose a las cocheras. Fue hasta allí corriendo y le retuvo.

—Belmont, ¿dónde está la señora? ¿Por qué no acudió a la cita que teníamos anoche?

—Padre, ¿qué hace aquí?

—Belmont, por favor, sé que algo raro está pasando, dígame dónde está la señora.

—No le puedo decir —dijo con tristeza y preocupación—. Lo único que sé es que anoche, cuando regresamos, tuvo una fuerte discusión con el señor y desde entonces no la he vuelto a ver.

—¿Cómo? —preguntó alarmado.

—Creo que está en el interior de la casa, pero no sé dónde.

—Eso que me está contando es muy extraño, Belmont, por favor, sea honesto conmigo.

Belmont le agarró del brazo y le llevó a un lugar más apartado.

—Padre, márchese de aquí. Algo está pasando con los señores, pero no podemos hacer nada.

—No me pienso ir de aquí sin ver a Sofía. ¿Dónde está? No me haga tener que volver a preguntárselo.

—Lo único que sé, por otras personas del servicio, es que, tras una fuerte discusión, la encerró en su habitación y creo que sigue allí desde entonces —confesó el cochero con visible tristeza.

—¿Qué? Pero ¿por qué?

—No lo sé, padre, de verdad. El señor Marchand nos ha dado órdenes muy estrictas de que no accedamos a la casa. Tan solo pueden hacerlo el ama de llaves y un mozo que él mismo ha elegido.

—Tiene que ayudarme, Belmont, se lo ruego. Necesitamos ir a casa del

señor Mathieu con urgencia. Ya sabe que yo no tengo carruaje y sé que usted no puede llevarme sin el permiso de sus señores. No se preocupe, tan solo necesito que me ayude a conseguir a alguien que me lleve hasta allí.

—De acuerdo —afirmó el cochero no muy convencido.

Ambos salieron a la calle principal en busca de un carro, pero la tarea no iba a ser fácil. Hacía una noche especialmente fría y lluviosa y la mayoría de los cocheros, sin demasiado trabajo, ya se hallaban en casa.

—Vayamos andando hasta allí —afirmó James.

—No es posible, padre, está a mucha distancia a pie. Espere, parece que se acerca uno, quizás pueda ayudarnos.

Así fue, Belmont consiguió que un cochero conocido, que regresaba a casa de sus señores, los llevase hasta allí.

Nada más llegar, preguntaron si el señor se hallaba en la casa. Por suerte, Adrien Mathieu había regresado de un corto viaje hacía unas horas y estaba descansando en el salón mientras leía. El ama de llaves entró apurada:

—Señor, ha llegado un cura que dice necesita hablar con usted urgentemente. Le he indicado que no son horas de visitarle, pero ha insistido mucho. Ha comentado que tiene que ver con la señora Marchand.

—¿Con mi hermana? Hágale pasar de inmediato —indicó alarmado.

James entró en la habitación visiblemente agitado:

—Señor Mathieu, le ruego me perdone estas horas y por presentarme sin avisar, pero necesito su ayuda. Algo le ocurre a su hermana, aunque no sé con certeza qué. Me temo que es grave.

—Padre ¿qué dice de mi hermana? ¿Qué le pasa? ¿Se encuentra bien?

—Le digo que no lo sé.

—¿Dónde está?

—Está en casa, con su esposo.

—¿Y qué problema hay? Me parece algo normal. No veo motivo de preocupación en lo que me cuenta —respondió sin entender qué le pasaba a ese hombre.

James dio un largo suspiro.

—Verá, ayer tenía que encontrarme con su hermana para hablar de algo importante, pero no acudió a la cita. Pensé que hoy iría a mi iglesia para excusarse; sin embargo, tampoco apareció. Me pareció extraño así que decidí ir a su casa para cerciorarme de que se encontraba bien. Al llegar he notado algo extraño y me he inquietado mucho.

—Padre, por favor, hable claro.

—El señor Marchand no me ha permitido verla por más que he insistido. Tenía una actitud muy autoritaria. Tras intentarlo varias veces, me ha pedido que me marchase de muy malas formas. En la salida, me encontré con Belmont, que me ha confesado que anoche tuvieron una discusión muy fuerte, y que, desde entonces, no han visto a la señora. Creo que su esposo la tiene encerrada en una habitación. Temo que le haya podido hacer daño.

—¡Qué! —dijo mi hermano con asombro—. Padre ¿está seguro de lo que

me está contando?

—Absolutamente. La actitud de todo el servicio era muy extraña. Algo está ocurriendo y temo que Sofía, perdón, la señora Marchand esté en peligro.

—Padre, déjese de formalismos conmigo. Vamos a ver qué ocurre. Si es cierto lo que cuenta, mi cuñado tendrá que darme muchas explicaciones.

Ambos partieron a toda prisa. Adrien les indicó que accederían a la casa por las cocheras. Sabía que allí siempre había una entrada directa a la casa, y de esa forma, se evitarían que les detuviesen y así ganarían tiempo. Cuando entraron, Adrien pudo comprobar que el padre tenía razón. Allí reinaba una quietud muy misteriosa que no presagiaba nada bueno.

Subieron al primer piso y al no ver a nadie, subieron al segundo, donde se ubicaban los dormitorios. De nuevo, el silencio más absoluto. Al fondo del pasillo vieron una luz que asomaba por debajo de una puerta: parecía el despacho de Alexander.

Fueron hasta allí con sigilo, pero justo cuando estaban frente a la puerta, Adrien la abrió de golpe y sorprendió a Alexander, que estaba sentado en su escritorio leyendo unas cartas.

—Adrien, ¿qué haces aquí?

—¿Dónde está mi hermana?

—Descansando, no se sentía bien.

—¿Por qué motivo? ¿Qué está pasando aquí?

—Ya veo que te han ido con el cuento —dijo mirando a James.

—No te lo voy a preguntar más, ¿dónde está?

—Y yo te repito que está descansando. Nadie la va a molestar.

Adrien se dio media vuelta y empezó a caminar por el pasillo abriendo todas las puertas que hallaba a su paso.

—¿Cómo te atreves a presentarte en mi casa y montar semejante escándalo? Márchate de aquí ahora mismo, usted también, padre. ¡Fuera de mi casa los dos!

—Alexander, dime dónde está mi hermana o no respondo.

—Esta es mi casa. No pienso permitir este comportamiento. Sofía está descansando, se acabó.

Adrien estaba a punto de perder los nervios. Se acercó a él con intención de golpearle cuando el ama de llaves le hizo un gesto a James para indicarle la puerta de la habitación correcta.

—Adrien, tranquilo, es aquí.

Adrien fue corriendo hasta allí, intentó abrirla, pero comprobó que estaba cerrada con llave. Miró a Alexander con la sospecha de que probablemente él no tendría la llave, por lo que se acercó al ama de llaves y le ordenó que abriese. Ella miró a su señor con miedo, pero él le indicó que obedeciese. Abrió el cerrojo con las manos temblorosas. A continuación, Adrien dio una fuerte patada a la puerta, que se abrió de par en par.

La encontraron tumbada sobre la cama, aturdida.

—Sofía, cielo, ¿estás bien? —preguntó corriendo hasta la cama.

No respondió.

—Sofía, ¿me escuchas? —repitió angustiado al ver manchas de sangre reseca en su rostro.

Ella levantó ligeramente la mirada y al verle, alargó los brazos hacia él para abrazarlo mientras James los observaba cerca de la cama con preocupación.

—¿Qué te ha pasado, cariño?

—Alexander… está enfadado —logró decir.

—Haga llamar a todo el servicio de la casa ahora mismo. ¡Los quiero ver en el pasillo dentro de un minuto! —gritó Adrien con furia al ama de llaves.

Ella obedeció de inmediato.

—No te atrevas a dirigir mi casa.

—Alexander, eres un malnacido. ¿Cómo has podido hacerle esto? —preguntó mientras se acercaba para golpearle.

—Adrien, por favor, lo importante es Sofía —dijo James intentando detener su furia.

—Apártate de mi vista o te aseguro que no respetaré ni tu edad. Sofía, cariño, ven, siéntate, nos vamos.

—No vas a llevarte a mi esposa a ningún sitio.

—Alexander, no te acerques a ella. Me llevo a mi hermana de aquí quieras o no. No se te ocurra impedírmelo o te aseguro que te mato aquí mismo con mis propias manos. Padre, venga, ayúdeme. Sostenga a Sofía mientras hablo con el servicio.

James se acercó a la cama de inmediato y la abrazó con discreción pero con ternura. Al sentir su tacto ella se volvió para mirarle. Iba a hablarle, pero él le hizo un gesto para que permaneciese callada mientras le acariciaba la espalda.

Adrien salió furioso al pasillo para enfrentarse a todos los miembros del servicio.

—¿Quién ha permitido que esto haya ocurrido?

—El señor nos ordenó no entrometernos… —replicó el mayordomo.

—¿Entrometerse? ¿Llama a esto entrometerse? ¡Han permitido que se haga daño a su señora! Sabiendo cómo ella les trata a todos, ¿creen que ella hubiese permitido que esto les ocurriese a alguno de ustedes?

Todos negaron con la cabeza apenados.

—Ya veo cómo se lo agradecen. Ya hablaré con cada uno de ustedes con más calma. Ahora quiero que un par de doncellas ayuden a la señora a vestirse. Belmont, adelántese y asegúrese de que preparen la habitación de Sofía. Y respecto a ti, Alexander, más vale que no le hayas hecho nada a mi hermana o te prometo que no verás amanecer un nuevo día.

La ayudaron a vestirse con algo de dificultad, pues se encontraba muy mareada. Cuando estuvo todo preparado, se marcharon de allí a pesar de los intentos de Alexander por detenerlos. Al llegar a casa, la acostaron en la cama a la espera de la llegada del médico, que no se demoró demasiado y al que le

informaron de lo acontecido con rapidez. Tras examinarla, salió a hablar con Adrien, quien esperaba nervioso, junto a James.

—Doctor, ¿cómo está mi hermana?

—No se preocupe, parece que está bien. No he percibido ningún golpe de importancia, a excepción de un moratón en la mejilla y una contusión en la frente.

—Desgraciado —espetó mi hermano.

—¿Entonces, por qué se encuentra tan débil y mareada? ¿No le preocupa la marca de sangre que tiene en la frente? —quiso saber James.

—Sí, debemos estar atentos a su evolución, pero sospecho que se trata de un golpe menor. Me imagino que la debilidad se debe al estado de nervios en el que ha estado. Quizás sufrió una crisis nerviosa al intentar conseguir que la dejasen salir y eso, junto con una probable pobre ingesta de alimentos y agua, ha contribuido a que esté deshidratada y muy fatigada. No obstante, déjenla descansar. Le he suministrado un calmante que le ayudará a dormir. Mañana a primera hora volveré a examinarla.

—De acuerdo, muchas gracias por su ayuda —afirmó Adrien.

Ambos se miraron aliviados de ver que no se trataba, en principio, de nada grave. Antes de salir, James le hizo una petición con timidez.

—Señor Mathieu, ¿le puedo pedir un favor?

—Padre, por favor, llámeme Adrien. Dígame.

—¿Le importaría si me quedo con Sofía esta noche en su habitación cuidándola?

—Por supuesto, no se preocupe. Yo también descansaré más tranquilo si se queda con ella.

—Se lo agradezco —murmuró.

Adrien salió de la habitación tras permanecer unos instantes viendo cómo James se sentaba a su lado en una butaca. A continuación, le cogió la mano y la besó con ternura. Aquella imagen le emocionó tanto que se marchó a su habitación aliviado de saber que, por fin, su hermana había encontrado a alguien que la amase de verdad.

Varias horas más tarde Sofía despertó con un peso extraño en la mano. Al abrir los ojos vio a James dormido con la cabeza apoyada en uno de sus brazos. Sonrió con ternura. Miró a su alrededor y sintió un gran alivio al comprobar que se encontraba en su casa familiar. Comenzó a acariciarle el pelo hasta que se despertó. Se enderezó con un gesto de dolor.

—Buenos días —dijo con gesto de sueño.

—James, ¿qué haces aquí? Aún no ha amanecido. ¿Has dormido en esa butaca? Estarás agotado. Vete a descansar.

—No, no, estoy bien, no te preocupes —respondió estirándose—. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien, no te angusties. Me siento débil, pero estoy menos mareada.

—Nos tenías muy preocupados. ¿Te duele algo? Si es así, podemos darte

una medicina que reducirá el dolor.

—Estoy bien. Me duele un poco la cabeza, eso es todo.

—Siento mucho todo esto. No imaginé que algo así podría ocurrir, aunque mi intuición me dijo que necesitabas ayuda. ¿Qué ha ocurrido para que tu esposo se haya comportado así contigo, Sofía?

—Alexander recibió hace unos días una carta anónima informándole de que le soy infiel.

—¿Cómo? —preguntó angustiado.

—Tranquilo, no mencionan a nadie en concreto y de momento está convencido de que se trata de Francis. Pero lo realmente preocupante es que quien envió esa carta me vio salir de tu habitación esa noche tras la boda de Annette.

—¿Qué? Lo sabía. Sabía que alguien podría verte.

—Tranquilo. La persona que me vio no debía saber quién dormía en esa habitación o se lo habría contado en la carta. Creo que, tanto esa persona como mi marido, apuntan a Francis por mi actitud con él durante el baile. No obstante, eso también me preocupa, pues no tardará en dar con él y pedirle explicaciones. Como es lógico, él lo negará todo haciendo que mi marido desvíe su atención hacia otra persona. No va a parar hasta que lo averigüe. Estoy segura de que logrará dar contigo. Debemos pensar en algo de manera urgente.

James se rascaba la barbilla como muestra de su nerviosismo.

—No te atrevas a pedirme que dejemos de vernos, por favor —afirmó acariciándole el brazo.

—No, no es eso, pero necesitamos pensar en algo. No podemos seguir viéndonos así o ambos tendremos problemas. Mira lo que ha pasado. No quiero ni pensar lo que tu marido hubiese sido capaz de hacerte si no llegamos a sacarte de allí.

—Pensé que no era un hombre violento. Siempre ha sido muy calmado y respetuoso. Me sorprendí mucho al ver su agresividad.

—Nunca antes se había sentido amenazado ni había temido por su prestigio.

—Lo sé. Imagino que el orgullo nos lleva a cometer locuras —dijo llevándose la mano a la cadera.

—¿Qué te ocurre?

—Creo que me golpeé con una butaca en la cadera y me duele.

—El doctor regresará dentro de unas horas, por favor, díselo —la ordenó mientras le daba un tierno beso en los labios.

—No te angusties, estoy bien.

—No puedo creer que ese hombre haya sido capaz de dañarte.

—Me dolió más su desprecio y la desesperación de verme encerrada que los golpes.

La miró con ternura mientras la abrazaba. Permanecieron así un tiempo hasta que las primeras luces del día se filtraron por las cortinas.

—Sofía, debes comer e hidratarte bien, son órdenes del médico. Dame un segundo. Iré a la cocina a ordenar que te preparen algo para desayunar.

—No me apetece comer nada, no me obligues.

—No hay excusa posible. Volveré en unos minutos y te comerás todo lo que traiga.

Ver como se preocupaba de ella calmó su angustia. Unos minutos después, llegó con una bandeja llena de galletas, fruta y té.

—Venga, cómelo todo y luego te dejaré beber este té tan rico que yo mismo he preparado —comentó sonriendo.

—¿Has encontrado hierbas con las que preparar uno de tus tés en esta casa?

—Por supuesto, en las cocinas hay de todo si se sabe buscar.

Dio un par de bocados a unas galletas sin demasiado apetito; aunque, apenas unos bocados después, dejó de comer porque le provocaban nauseas.

—James, por favor, no me obligues a comer más. Tengo el estómago lleno de nervios, no puedo llenarlo con nada más. Me beberé ese té tan rico y más tarde, si me siento con mejor disposición, podrás pedir que me sirvan algo de comer.

—Vale —dijo resignado—. Pero el médico nos va a echar una buena bronca cuando llegue.

—El médico y yo —dijo Adrien entrando en la habitación—. ¿Por qué no quieres comer? Sofía, estás muy débil, tienes que hacer un esfuerzo. Esto me recuerda a cuando eras pequeña y al sufrimiento de la pobre señora Moreau intentando conseguir que comieses algo cada vez que enfermabas. Venga, come algo.

—Ya he comido dos galletas, no puedo más.

—Está bien, pero solo por ahora. Acaba de llegar el doctor.

—Buenos días a todos. Sofía, ¿cómo se encuentra? —dijo pidiendo permiso para entrar.

—Buenos días, doctor, pase. Estoy mejor.

—Intentamos que coma, pero se niega —comentó Adrien a modo de regañina.

—No se preocupen, voy a volver a examinarla y le daré un tónico reconstituyente para que recupere el apetito rápido. Si no les importa, necesito estar a solas.

—Por supuesto —contestaron los dos al unísono.

—Le dejamos hacer su trabajo. Le esperamos en el salón —comentó Adrien.

Tras examinarla largo rato, revisar que los golpes que tenía no eran de importancia y darle varias soluciones nada apetecibles, le pidió que se levantase de la cama para comprobar su equilibrio ya que temía que el mareo que aún sentía se debiese al golpe en la cabeza. Nada más ponerse de pie, se mareó. El doctor la ayudó a sentarse de nuevo en la cama. Todo le daba vueltas y notó como el estómago se le revolvía, haciéndola vomitar lo poco

que había ingerido. Le indicó que permaneciese acostada mientras le hacía varias preguntas. Después, le informó de que iría a hablar con su hermano y regresaría en un rato para comprobar cómo se encontraba.

Entró en el salón pidiendo poder hablar a solas con Adrien. Aquello extrañó a James, quien accedió con educación.

—Doctor, dígame, ¿hay algo de lo que preocuparse? Ese malnacido no le habrá hecho algo grave o no respondo.

—Tranquilo, los golpes no parecen serios, pero Sofía sigue mareada, en especial cuando se levanta y ha vomitado lo poco que ha comido. Me temo que hay algo más no relacionado con lo acontecido anoche.

—¿De qué se trata?

—Aún es pronto para asegurarlo, aunque sospecho que su hermana podría estar en estado. Debería volver en unos días para realizarle unas pruebas específicas. Es probable que los mareos y la debilidad se deban a un embarazo. Sufrir una crisis nerviosa en las primeras semanas no es nada aconsejable y la falta de alimento y agua durante tantas horas han podido afectarla negativamente.

Adrien se echó las manos a la cabeza. Aquella noticia complicaba demasiado las cosas.

A pesar de haber compartido bastante tiempo juntos en las últimas semanas, Sofía no se había atrevido a confesarle sus encuentro íntimos, de modo que Adrien no sabía qué pensar.

—¿Está seguro, doctor?

—No del todo. Como le digo, tendré que volver en un par de días para hacerle varias pruebas. No se preocupe, les dejaré unas fórmulas para que las tome. Hasta entonces, asegúrese de que come, bebe y, sobre todo, descansa.

En cuando James vio salir al médico entró con prisa en el salón. El semblante serio de Adrien le preocupó.

—¿Está todo bien?

—No sabría qué decirle, la verdad.

—¿Le ocurre algo grave a Sofía? —preguntó con desasosiego.

—No, no es grave, pero si es cierto lo que el médico sospecha, tendremos problemas para mantenerla alejada de Alexander.

—¿Qué le pasa? Por favor, me está poniendo nervioso.

—Cree que pueda estar embarazada.

Aquellas palabras helaron la sangre de James, quien necesitó sentarse.

—Padre, ¿se encuentra bien?

James se llevó la mano instintivamente al corazón. No podía creer lo que acababa de oír.

—Padre, está pálido, ¿está bien? ¿Qué le ocurre?

—Estoy bien, disculpe —consiguió decir—. Es solo que me ha impactado la noticia.

—A mí también, si le soy sincero.

Ambos permanecieron en silencio un rato mientras analizaban la noticia.

—Necesito hablar con mi hermana —dijo Adrien.

—Espere, ¿no cree que deberíamos dejarla descansar? —le pidió angustiado.

—No voy a molestarla más que unos minutos. Necesito confirmar algo.

James se echó las manos a la cabeza en un claro gesto de desesperación. Le preocupaba la reacción de Adrien si se enteraba de que el padre podría ser él. Por un momento dudó de si aquello sería cierto. No dudaba de ella, simplemente suponía que en algún momento se habría visto obligada a intimar con su esposo. Quizás no estaba tan claro quién podría ser el padre del hijo que esperaba. «¡Esto no puede estar pasando!», se decía angustiado. Deseaba con todo su corazón que Alexander no tuviese nada que ver, pero, a la vez, sentía una congoja enorme por las consecuencias que aquello podría acarrearles. Estaba de acuerdo con Adrien en que un embarazo complicaba mucho todo.

Adrien entró en la habitación con una amplia sonrisa.

—Sofía, cariño, ¿estás mejor? El médico me ha dicho que te has vuelto a marear y que has vomitado.

—Sí, no me encuentro muy bien. Siento mucho malestar en el estómago, pero el doctor me ha dicho que es normal. Los nervios deben estar haciendo de las suyas. Me ha dado a beber algo para calmarme un poco.

—Claro, en un rato te encontrarás mejor, ya lo verás. Sofía, quiero hacerte una pregunta y necesito que seas muy honesta conmigo. Sabes que no te voy a juzgar por nada, así que no temas en contestar, ¿de acuerdo?

—Lo sé, ¿qué quieres saber?

Adrien dudó unos instantes sobre cómo plantear la pregunta.

—Verás, me gustaría saber si has tenido algún momento de intimidad con tu esposo en las últimas semanas —preguntó tosiendo ligeramente.

—Eh, no —respondió algo apurada.

—¿No? —replicó extrañado.

—No, gracias a Dios ha estado muy ocupado con sus negocios y con nuestro viaje a Nantes no nos hemos visto demasiado.

Aquella información le dejó perplejo.

—Entonces…

—Entonces, ¿qué?

—Quizás el médico esté equivocado —murmuró.

—Equivocado, ¿en qué? ¿Me ocurre algo que no sepa?

Adrien la miró.

—Sofía, el padre James me ha contado lo que ocurrió con tu marido. Perdona la pregunta, pero ¿es verdad lo que cuenta esa carta? ¿Intimaste con alguien esa noche? ¿Fuiste a la habitación de Francis?

La cara de Sofía se tornó en un intenso color rojo ante la pregunta de su hermano.

—Es importante que me respondas a esto. No me voy a enfadar me cuentes lo que me cuentes.

Comenzó a frotarse las manos, nerviosa.

—Adrien, la verdad es que… tuve que negarlo delante de mi marido, como puedes entender, pero es cierto, tuve relaciones con alguien esa noche y al parecer alguien me vio salir de su habitación y ha enviado esa carta a Alexander.

—¿Con Francis? —preguntó sorprendido.

—No.

—¿No? ¿Con quién entonces? No te vi hablando con nadie más a excepción del…

Se quedó en silencio mientras ella permanecía callada, sin mirarle, avergonzada.

—Sofía, ¿estás embarazada de James? —dijo por fin.

—¿Qué? —pregunte sin creer lo que había oído.

—El médico me ha comentado sus sospechas acerca de un posible embarazo. Piensa que tu debilidad, los mareos y malestar de estómago se pueden deber a eso.

Sofía se llevó las manos a la boca en estado de *shock*.

—Por favor, necesito que me confirmes esto, ¿has intimado más veces con el padre James, antes o después de aquella noche?

—Sí, en dos ocasiones —respondió con verguenza—. La primera vez fue hace ya un par de meses, pero la última vez fue esa noche en casa de Annette.

—¿Estás segura de que, en caso de estar en estado, el hijo no puede ser de Alexander?

—Sí. Nunca ha sido un hombre apasionado —respondió con timidez.

Adrien se levantó de la cama y empezó a dar vueltas por la habitación.

—Adrien, lo siento, de verdad. No quiero que pienses que soy una…

—Sofía, cariño, sabes que yo jamás te juzgaré. No sería lógico hacerlo cuando soy yo mismo el que te está ayudando a conseguir a ese hombre. Es solo que un embarazo complica mucho las cosas. Me alivia saber que no sea de Alexander. Temía que eso pudiese imposibilitar que te alejases de él, aunque que sea de James tampoco lo pone fácil.

—Lo sé, y lo siento, Adrien. No te estoy dando más que problemas últimamente.

—No digas bobadas, no es por eso por lo que estoy inquieto. Necesitamos buscar una solución a esto rápido antes de que se te note demasiado. Alexander no se puede enterar, bueno, en realidad no se puede enterar nadie hasta que nos hayamos ido de aquí.

—¿Irnos de aquí? ¿A dónde? —quiso saber con desazón.

—No lo sé aún, pero temo que sea la única salida para alejarte de ese malnacido. Estáis casados, Sofía, y él tiene poder sobre ti por mucho que nos fastidie. Puede reclamarte y buscarnos serios problemas.

La cara de preocupación que puso Sofía era tan obvia que Adrien decidió dejar ahí el tema para no angustiarla más.

—No te preocupes, cariño, confía en mí. Haré todo lo posible por

ayudarte. Sabes que eso significa mover cielo y tierra si es necesario. Descansa. Ahora debo ocuparme de otro asunto.

—Adrien, no le digas nada a James. Tengo miedo de que se asuste y huya.

—Demasiado tarde, cielo. No te preocupes, iré a hablar con él.

—Voy contigo —dije intentando levantarse de la cama.

—No, Sofía, no, por favor, debes descansar. Esto es un tema que debemos hablar a solas de hombre a hombre. Soy tu hermano mayor, debo ser yo quien trate este tema con él. Tranquila, todo irá bien.

Salió de la habitación dejándola allí acongojada por lo que ocurriría a partir de ese momento. El embarazo acababa de dar un giro absoluto a sus vidas y provocado unas consecuencias todavía impredecibles.

Adrien pidió a James que le acompañase hasta su despacho. Una vez dentro, cerró la puerta y ordenó que se sentase.

—Padre, hay algo de lo que deberíamos hablar sin demora. Pero antes, necesito saber cómo quiere que me refiera a usted. No sé si debería llamarle padre, padre James, simplemente James.

—Con James es suficiente en este momento.

—De acuerdo.

—Dígame, le escucho.

—Muy bien. Como ya sabe, el médico cree que Sofía pueda estar embarazada y como puede comprender, he ido a hablar con ella al respecto.

—Entiendo. ¿Le ha confesado quién es el padre?

—Sí —respondió Adrien con desconfianza.

—Ya veo.

—¿Tiene algo que contarme, James?

Cogió aire y se puso frente a Adrien.

—Imagino que su hermana le habrá contado que nosotros…

Adrien permanecía en silencio analizando sus palabras.

—Quiero decir que… Esto es muy difícil, Adrien, le ruego que me dé unos minutos —dijo suspirando.

—Yo no creo que sea difícil en absoluto.

—Soy consciente de que lo que está ocurriendo entre su hermana y yo no es apropiado. Seguramente se haya hecho una idea equivocada de mí, pero le aseguro que nada de esto ha sido premeditado. Es algo que ha ocurrido sin apenas darnos cuenta.

—Déjese de rodeos. ¿Qué está pasando entre Sofía y usted?

—Nos hemos enamorado a pesar de las circunstancias —susurró.

—Quien me conoce sabe que no soy amigo de los convencionalismos y que vivo mi vida con libertad sin importarme lo que se espera de mí. No le voy a juzgar por lo que está pasando. Tan solo necesito una información vital para contar con mi ayuda o para tenerme en frente como su peor enemigo. ¿Ama a mi hermana de verdad?

—Con toda mi alma —respondió llevándose las manos a la cabeza y

sentándose en el sofá—. Le pido, por favor, que no dude de mis sentimientos hacia Sofía. Lo último que haría en esta vida es dañarla. La amo como jamás pensé que podría amar, pero… ya ve, no es fácil.

—Si me asegura que está decidido a luchar por ella contará con mi ayuda siempre. Pero, por favor, si no está dispuesto a todo por ella, y con todo me refiero a cualquier cosa que sea necesaria para poder estar juntos, le pido que salga por esa puerta y no vuelva nunca más a cruzarse en nuestro camino. Conseguiré liberar a mi hermana y juntos criaremos a su hijo si es cierto que está embarazada.

—¿Le ha preguntado si cree que yo soy el padre?

—Así es. Sofía no alberga ninguna duda de que sea usted.

James cerró los ojos y permaneció callado unos segundos.

—No ha intimado con su esposo desde hace tiempo. Espero que no dude de la integridad de mi hermana o…

—Por supuesto que no. Me resulta muy difícil hablar de esto con usted, Adrien, espero que lo comprenda.

—Lo hago, le entiendo, pero créame, yo seré de las pocas personas con las que podrá hablar libre de juicios. Me temo que tendrá que hacer frente a varias situaciones quizás más desagradables que esta.

—Lo sé, lo sé.

—No se angustie, me tendrá a su lado para ayudarle en todo lo que necesite. Debemos pensar en un plan con urgencia si queremos salir de esta lo mejor posible. Es un tema muy delicado. Imagino que entenderá que no podrá seguir ejerciendo su labor como sacerdote durante demasiado tiempo.

—Sí —dijo con tristeza.

—James, usted es un sacerdote católico, algo que pone las cosas más difíciles aún. Tenemos que pensar en cómo podemos liberarle a usted también del yugo que lleva colgado al cuello cada vez que se pone esa sotana. Necesitamos que la Iglesia le dispense de sus obligaciones alegando que le resulta imposible cumplirlas.

—Eso no va a ser fácil, se lo aseguro. Lo primero que harán es concederme una dispensa en mis obligaciones con el consecuente no ejercicio del ministerio sacerdotal. Se me prohibirá realizar misas o realizar algún tipo de ejercicio pastoral en mi iglesia, pero poco más.

—Bueno, algo es algo. No nos conviene que se siga dejando ver en su iglesia a diario.

—Sí, pero esa dispensa se concede mediante un expediente muy minuciosamente regulado y por petición expresa al Santo Padre, quien decide libremente si la concede o no. No es algo que se pueda reclamar.

—Entiendo. Necesitamos buscar a alguien que nos ayude a interceder en la concesión de dicha dispensa.

—Eso es muy complicado, Adrien.

—No hay nada que no consiga una buena donación o un sobre lleno de dinero, créame. Usted se mueve en el mundo espiritual, yo me muevo en el

mundo real y en este, por muy triste que suene, todo, absolutamente todo, se mueve por dinero.

—Quizás haya una persona que pueda ayudarnos. No sé si podrá lograrlo, aunque estoy seguro de que me ayudará a contactar con alguien que nos facilite el camino. No estoy del todo convencido porque, aunque cuenta con muy buena opinión entre la curia aquí en Francia, su poder no es tan grande.

—¿De quién se trata?

—Del prior Abraham Adams, con quien me crie. Es inglés, igual que yo, y tiene buenos contactos en varios países. Contactaré con él e iré a visitarle en breve.

—De acuerdo, intentemos esa vía. Si vemos que no puede ayudarnos, yo también cuento con muchos conocidos a los que recurrir. Estoy seguro de que alguno tendrá influencia en la Iglesia o, al menos, conocerá a alguien que pueda ayudarnos. De momento, creo que debe ir a hablar con mi hermana. Estaba muy impactada con la noticia y temía por su reacción.

James asintió y salió del despacho de Adrien, no sin antes darse la vuelta para decirle:

—Gracias, de corazón. Sin su ayuda creo que estaríamos perdidos.

Adrien se acercó a él y le abrazó.

—Lo único que me mueve es la felicidad de mi hermana y si tengo algo claro es que al lado de Alexander no la hallará nunca. Espero de todo corazón que usted la quiera como se merece. Sofía es una mujer maravillosa. Y déjeme decirle, le ama con toda su alma. Es usted muy afortunado —dijo dándole una palmada en el hombro.

James fue hasta la habitación de Sofía caminando despacio mientras intentaba asimilar lo que estaba viviendo. La imagen de una vida juntos le llenaba de esperanza. No obstante, dentro de él algo le decía que aún quedaba un largo camino por recorrer, ya que los caminos que el Señor les había puesto por delante parecían que iban a ser mucho más inciertos de lo que podían imaginar.

Sofía le vio entrar esbozando una tierna sonrisa. Se acercó a la cama y se sentó a su lado. Se miraron durante unos segundos antes de fundirse en un largo abrazo.

—James, lo siento, no pensé que esto podría pasar tan rápido.

—¿Por qué lo sientes? —preguntó extrañado.

—Porque en estos seis años de matrimonio con Alexander no ha ocurrido y eso me hizo confiar en que quizás se me había negado el regalo de ser madre. Jamás pensé que…

—En la concepción de un hijo se requieren dos personas —dijo riendo—. No es culpa tuya ni tampoco mía. Es la vida abriéndose paso, cielo.

Oírle usar ese apelativo cariñoso para referirse a ella por primera vez la estremeció.

—Lo sé, pero ¿qué vamos a hacer ahora? No contábamos con esto.

—No, es cierto, no contábamos con ello, pero nada ocurre por casualidad. Si esto se nos ha enviado es porque estamos destinados a vivirlo.

—¿No estás asustado? —quiso saber.

—Mentiría si dijese que no lo estoy. Por supuesto que me siento angustiado por la situación, pero no hay marcha atrás ni tampoco quiero cambiar esta realidad. Pensar en ser padre me hace inmensamente feliz. Me gustaría poder criar a ese niño con mucha más cercanía y complicidad de la que yo tuve con mi padre. Cuando te oigo hablar de tus recuerdos con el tuyo, anhelo haber podido tener una relación tan cariñosa.

—¿Tu padre era demasiado estricto contigo?

—No, más que estricto diría que vivía demasiado inmerso en su trabajo y en su lealtad al duque. No tenía mucho tiempo para mí siendo el pequeño. Con quien mejor relación mantuvo siempre fue con mi hermano mayor.

—Estoy segura de que serás un padre maravilloso —afirmó dándole un suave beso en los labios.

—Eso espero, tuve un gran maestro en el prior Adams. Él fue mi verdadero padre en los momentos más difíciles de mi vida. Hizo una ardua labor conmigo.

—¿Por qué? ¿Fuiste un niño complicado?

—No, pero la muerte de mi padre, junto con la separación forzosa de mi familia, me quebró el alma. Sufrí mucho los dos primeros años de alejamiento y él siempre estuvo ahí calmando mis miedos, ofreciéndome el consuelo que necesitaba. Todo lo que soy se lo debo a él. Absolutamente todo.

—Me encantaría haberle conocido. Estoy segura de que congeniaríamos muy bien. Por lo que cuentas debía tener un talento especial para conectar con los niños.

—Lo harás muy pronto si Dios quiere.

—¿Sigue vivo? —preguntó sorprendida.

—Por supuesto.

—Suponía que sería mayor cuando te acogió en su abadía.

—No, tenía la misma edad que el duque. Si no estoy equivocado, el año pasado cumplió cincuenta años.

—Me complace saber que no estarás solo en este momento de tu vida. ¿Vive aquí en París?

—No, sigue viviendo en la abadía donde me crie.

—¿No te criaste en París? Pensé que eras parisino de adopción —afirmó riendo.

—Siento esta ciudad como mi hogar desde hace unos años, pero no me identifico demasiado con el carácter de los habitantes de la gran ciudad. Me crie en la Abadía de Corbie, en Amiens, y allí es donde reside el prior aún hoy en día.

—Pues hagámosle una visita —dijo entusiasmada—. Me encantaría conocer al hombre que me ha regalado al amor de mi vida.

James sonrió tímidamente.

—Ten paciencia, lo conocerás pronto. Primero debo escribirle contándole lo que ocurre. Le invitaré a visitarnos en cuanto pueda.

—Podemos ir nosotros hasta allí. Probablemente no le apetezca hacer un viaje largo.

—No conoces al prior Adams. No hay nada que se le ponga por delante. Creo que será mejor que venga él, tú no puedes hacer un viaje largo en tu estado.

—¿Por qué no? Me encuentro divinamente —dijo e intentó levantarse de la cama para volver a sentarse. La cabeza le empezó a dar mil vueltas de nuevo, por lo que estaba empezando a desesperarse.

—Ya lo veo. Por favor, estate quieta y descansa. Ya habrá tiempo de levantarse.

—Espero que esto no sea así los nueve meses o moriré del aburrimiento.

—No lo creo, ahora estás débil y necesitas recuperarte. Te dejo dormir un rato. Regreso a mi casa durante unas horas para redactar la carta que le voy a enviar. Volveré esta noche.

—¿No puedes escribir una simple carta aquí? —preguntó molesta.

—No, necesito estar a solas para hacerlo. No te angusties, en unas horas estaré de vuelta. Obedece a tu hermano en todo, te lo ruego, descansa, come, bebe y no te levantes de esa cama, por favor.

Accedió a sus peticiones con un gesto de desagrado. Pasar el día entero acostada era lo que menos le apetecía en el mundo, pero era obvio que necesitaba descansar.

Antes de marcharse entró en el despacho de Adrien, quien a su vez se hallaba inmerso en la lectura de un grueso libro.

—Adrien, debo ausentarme durante unas horas para ocuparme del asunto del que le hablé antes. Escribiré una carta a la persona que creo que nos brindará su ayuda. Por favor, no deje a Sofía sola durante mucho tiempo o será capaz de levantarse de la cama y caerse.

—No se preocupe, estaré todo el día en casa. Estoy revisando un tratado legal para intentar hallar alguna causa que nos pueda servir para disolver ese matrimonio.

—Yo le ayudaré cuando regrese. Traeré conmigo unos libros que tratan ese tema y los revisaremos entre los dos.

—De acuerdo. Váyase tranquilo.

—Por cierto —añadió James—. Si es posible, creo que sería recomendable que reforzase un poco la seguridad de la casa. Me temo que Alexander pueda presentarse aquí inesperadamente. Le recuerdo que puede ejercer poder sobre ella y exigir llevársela de regreso a casa.

—Lo sé, no se preocupe, ya he tomado medidas al respecto. Espero que no se le pase por la mente presentarse aquí con esa intención o le juro que no sale vivo de esta mansión.

—Bueno, intentemos tranquilizarnos.

—Intento estar tranquilo, pero no le pienso permitir que se lleve a Sofía,

ni tan siquiera le daré el beneplácito de volver a verla jamás. Mi hermana es todo lo que tengo y daré mi vida si hace falta por protegerla. No dejaré que otro error me arrebate un hermano más.

Aquel comentario intrigó a James. Recordaba un comentario de Sofía acerca de la muerte de su otro hermano debido a un accidente a caballo, pero todo apuntaba a un suceso fortuito. Sin embargo, aquellas palabras de Adrien le hicieron sospechar si quizás él tuvo algo que ver con dicho accidente. Prefirió no dale más vueltas al asunto y se dirigió a su casa para centrarse en la tarea que tenía entre manos.

James regresó a última hora de la noche cargado de libros y saquitos con hierbas. Sofía le echó de menos durante la cena a pesar de que Adrien la permitió unirse a él en el salón. Conversaron sobre la situación, pero él también le contó detalles sobre sus viajes para distraerla. Agradecía aquellos momentos compartidos con él porque la ayudaban a olvidarse del problema.

Pese a la insistencia de Sofía para hacerle confesar algún amor oculto, no consiguió sonsacarle ninguna información relevante acerca de ninguna mujer especial en su vida, algo que la preocupó, pues no deseaba una vida en soledad para su querido hermano. Lo único que confesó fue su necesidad de no sentirse atado a nadie y su preferencia por los amores fugaces en los que solo hay cabida para la diversión y la pasión, pero sin la obligación que conllevaba un matrimonio. Ella le hizo reír al comentar que su concepción del amor cambió cuando conoció a James.

—El día que te enamores todo se transformará en ti, todas tus torres caerán y solo desearás pasar el resto de tu vida al lado de esa persona —comentó sonriendo.

—Siempre y cuando esa persona me siga el ritmo, no tendré ningún problema —afirmó riendo—, pero déjame dudarlo. Todavía no he conocido a ninguna mujer dispuesta a llevar esa vida.

—La sociedad no nos permite esos lujos a la mayoría de nosotras, ¿no crees?

—Llevas razón, pero, a pesar de lo que se espera de vosotras, creo que la gran mayoría deseáis algo más estable.

—No todas somos iguales. Mira Annette, por ejemplo, ella no ha estado nunca interesada en ser madre y confía plenamente en Pierre. No se siente insegura a pesar de que su esposo viaja mucho y siempre que puede se apunta a sus viajes por Europa.

—Sí, hay mujeres que sois más adelantadas a vuestro tiempo. Estoy seguro de que en unos años vuestras vidas van a sufrir un gran cambio y apertura, pero, de momento, yo estoy muy tranquilo así. Lo que más deseo ahora mismo es verte feliz, solucionar este problema y ver crecer, de vez en cuando, a mis sobrinos.

—¿Sobrinos? ¿Crees que vas a tener varios? —comentó divertida.

—No lo dudo ni un instante. Creo que junto a James vas a formar una bonita familia y el hogar que no has tenido desde que saliste de esta casa.

—Ojalá —murmuró angustiada.

—Será así, confía en mí —afirmó mientras le besaba la mano.

—Ojalá algún día tú también puedas tener tu propio hogar, Adrien, una vida en soledad no es agradable. Llegará un momento en el que desearás tener a alguien a tu lado.

—Mi hogar eres tú. Cuando necesite sentirme querido y cuidado solo tendré que visitarte —dijo guiñando un ojo.

—Por supuesto, pero a mí no me engañas. Sé que en el fondo anhelas un gran amor, simplemente te lo niegas para protegerte. Te da miedo perder a las personas desde que…

—Sofía, no, no hablemos de eso, por favor —dijo cortando la conversación—. Terminemos de cenar y vuelve a la cama.

—Me niego a volver a esa aburrida cama hasta que no vuelva James.

—Sofía por favor, ya llevas varias horas levantada. El médico insistió en que descansases. Mañana a primera hora viene a visitarte y a realizarte las pruebas definitivas para confirmar tu embarazo y no querría que hubiese ningún contratiempo por haber sido demasiado complaciente contigo. Además, creo que a tu querido James no le va a gustar encontrarte aquí.

—Me da igual, no pienso irme hasta que vuelva.

—Ya veo que no has seguido mis consejos —dijo James apareciendo por la puerta—. Sofía, debes obedecer las indicaciones del doctor. Haz el favor de dejar a un lado tu testarudez.

—Estoy harta de estar en la cama, por Dios, estoy bien, descansaré esta noche. Estoy sentada en una butaca, no corriendo de acá para allá.

James se acercó después de dejar los libros que cargaba en una mesa y la besó en la mejilla.

—He traído todos los libros que tenía en casa que tratan el tema que nos interesa. Espero que podamos encontrar algo que nos sirva de ayuda. Y respecto a ti, también he traído parte de mis hierbas por si acaso. Por lo que veo, tendría que haber traído más cantidad de las relajantes —comentó levantando las cejas.

—No seas exagerado. En cuanto me tome una de tus tisanas me iré a la cama a descansar. Pero antes necesito saber qué estáis buscando en esos libros.

—Estamos buscando algún motivo que nos sirva para anular tu matrimonio con Alexander y cómo usarlo a nuestro favor —comentó Adrien —. Creo que hemos encontrado uno, pero no podemos fallar, por lo que hay que asegurarse.

—¿Cuál? —quiso saber.

—La falta de descendencia tras seis años de matrimonio —comentó Adrien.

—¿Eso se puede alegar? —preguntó sorprendida.

—Creemos que sí, aunque es un tema complejo, por lo que requeriremos de la ayuda de alguien experto en ello.

—¿Crees que el prior Adams podría ayudarnos? —preguntó a James.

—Espero que sí. No es experto en el tema, pero sí un gran conocedor de las leyes canónicas, de modo que espero que pueda ponernos, al menos, sobre la pista de cómo actuar.

—Sofía, sé que la pregunta que te voy a hacer es un poco incómoda, pero necesito que me respondas a esto —pidió Adrien—. James, también puede ser algo molesto para usted, pero necesitamos saber toda la información.

—Me estás poniendo nerviosa, Adrien. Por favor, pregunta lo que sea ya.

—¿Has mantenido relaciones íntimas con tu esposo frecuentes durante estos últimos años de matrimonio?

—No, bueno, no sé a lo que te refieres con frecuentes —dijo con apuro.

—Sofía, no seas mojigata en estos momentos, a menudo, ya sabes a lo que me refiero —espetó Adrien.

—No, casi siempre estaba de viaje y cuando regresaba, pues solo en alguna ocasión… —comentó mirando de reojo a James, quien miraba a través de la ventana intentando disimular su incomodidad.

—Vale, eso es todo. Eso es lo que necesitaba saber. Ahora creo que deberías regresar a la cama, ¿no le parece, James?

Él se dio la vuelta para mirarnos.

—Sí, por supuesto, está empezando a refrescar.

—¿Me acompañas? —preguntó Sofía.

—Sí, vamos.

Su semblante serio la preocupó. Se apoyó en él de camino a la habitación y él la ayudó a acostarse. Antes de que se despidiese le agarró del brazo y dijo:

—James, ¿te ocurre algo? Estás muy serio. Espero que no te hayas sentido molesto por lo que he comentado antes con mi hermano.

—No, no estoy molesto, tranquila. Entiendo que es algo que necesitamos saber, aunque no te niego que estoy preocupado. Solicitar una anulación matrimonial por otro motivo diferente a los pocos recogidos es una tarea ardua.

—Lo sé, pero confía en mi hermano, él sabe lo que hace y lo logrará.

—Eso espero, pero va a ser complicado. Confío en que el prior Adams nos ilumine con su experiencia y guía.

—Así será, tranquilo.

Volvió a besarla, esta vez suavemente en los labios, y se marchó para reunirse con Adrien de nuevo en el despacho.

No iba a ser fácil, pero confiaba plenamente en aquellos dos maravillosos hombres y en su inmenso amor hacia ella.

28

SOFÍA

El día siguiente amaneció con un ajetreo inusual en la casa. Me desperté inquieta, me levanté con cuidado e intenté averiguar qué estaba ocurriendo. Salí al pasillo buscando a alguien que pudiese informarme, pero no vi a nadie. De camino a la habitación de Adrien me encontré con una doncella, a quien pregunté por aquel ir y venir de personas. Me contestó que, por orden del señor, estaban empaquetando nuestros enseres personales para marcharnos de la casa lo antes posible. Me asusté ante tal confesión, así que intenté bajar al piso inferior con precaución. Adrien me sorprendió en medio de la escalera.

—Sofía, por favor, ¿qué estás haciendo?

—¿Qué está pasando, Adrien? ¿Qué es todo este jaleo? ¿Es verdad que nos vamos de casa? ¿Por qué? ¿A dónde?

—Sofía, para, no bajes ni un escalón más o me vas a hacer enfadar —dijo subiendo los escalones de dos en dos para ayudarme.

—¿Qué pasa?

—No pasa nada, tranquila, ven, vayamos al salón para que te sientes. ¿En qué estabas pensando? Podrías haberte caído.

—¿Ha pasado algo que no sepa? ¿Dónde está James?

—Ha tenido que ir a la iglesia para comunicar al obispado que debe ausentarse durante unos días por motivos personales.

—Pero ¿por qué?

—Necesitamos irnos de aquí, Sofía. Belmont nos ha informado de que tu marido ha iniciado trámites legales para reclamar tu regreso a casa. Temo que se presente aquí y no podamos hacer nada para retenerte.

—Pero yo no deseo volver con él. No puede obligarme —dije asustada.

—No estoy tan seguro de ello, querida. No te angusties, en cuanto esté todo listo nos iremos para ganar tiempo y poder responder como es debido.

—¿James vendrá con nosotros?

—No te angusties. Él parte esta tarde para entrevistarse con el prior Adams. Después regresarán juntos hasta el lugar donde vamos a ir tú y yo.

—¿Adónde vamos?

—Uno de mis mejores amigos tiene una villa en Arrás, no muy lejos de Corbie. Iremos hasta allí a esperar la llegada de los demás.

—¿Has tenido tiempo de avisar a tu amigo de nuestra llegada?

—Sí, le envié una carta urgente la noche en la que te saqué de allí. Le pedí que no me respondiese porque sé que no le importará que vayamos. La casa está habitada solo por el ama de llaves y su hijo, quienes la mantienen durante los meses del invierno.

—¿Y quién es ese amigo tuyo?

—Jérôme de la Roche.

—¿Jérôme? Pensaba que no sabías nada de él desde hacía años.

—Y así es, pero siempre está ahí cuando le necesito. Nuestro último encuentro fue hace cinco años en una expedición de la que formábamos parte, en Pompeya.

—¿Dónde reside ahora?

—En Narbona. Dirige el Museo Arqueológico de la ciudad.

—¿De verdad? Creí que nunca se asentaría en un lugar concreto, como tú.

—Tuvo un accidente hace tres años intentando escalar el Mont Blanc que le imposibilita llevar la vida de antes.

—¿Algo grave?

—Sí. Sufrió un golpe grave que le dañó una de las rodillas y le obliga a caminar con bastón.

—Vaya, no lo sabía.

—Centrémonos en lo importante. Tú descansa y yo me encargaré de todo. El médico estará a punto de llegar. Después, si considera que puedes viajar, mandaré a alguien a tu habitación para que te ayude a prepararte. Cuando todo esté listo, te lo haré saber.

—Todas mis cosas personales están en casa de Alexander.

—Lo sé, por eso hace un par de días ordené a varios mozos comprarte todo lo necesario para hacer el viaje con comodidad. Una vez allí, podremos adquirir todo lo que desees.

—Gracias, hermano —dije mientras le abrazaba fuertemente.

—De nada, venga, apúrate, no podemos demorarnos mucho.

—¿James estará bien?

—Sí, no te angusties. Ese hombre sabe cuidarse solo, no temas.

Regresé a mi habitación con mucha preocupación. Aquella huida me parecía demasiado precipitada e intuía que mi hermano no me estaba contando toda la verdad. Me vestí con la ayuda de una doncella y me senté en el salón esperando a que Adrien nos avisase para partir. No podía dejar de pensar en hacer aquel viaje sin James. El doctor llegó unos minutos después para volver a examinarme y confirmó lo que ya todos sospechábamos: estaba en estado. No obstante, me alegró saber que todo parecía ir bien. Yo me encontraba mejor aquella mañana, mis mareos habían desaparecido, tenía

mejor color de cara y más apetito, al menos de momento. Le informé acerca del viaje que teníamos previsto hacer ese día; tras cavilar un poco su respuesta, pidió hablar con mi hermano para darle unas indicaciones precisas sobre mi descanso, tratamiento y dieta. Una vez que Adrien le aseguró que cumpliría a rajatabla sus órdenes, nos dio su permiso para viajar al mediodía.

Varias horas después, tras haberme obligado a comer todo lo que la cocinera había preparado para mí, partimos hacia nuestro nuevo destino. Adrien había planificado el viaje en dos días para poder cubrir el trayecto sin agotarme demasiado. Viajar con él siempre era divertido porque poseía un magnífico sentido del humor y mil historias increíbles de sus aventuras por el mundo que contar. Para evitar hablar del problema en el que nos hallábamos inmersos, me entretuvo con sus anécdotas y planes de futuros viajes. Hicimos nuestra primera parada en un pequeño hotel para descansar durante la noche. Adrien, que se había tomado las indicaciones del médico muy en serio, me obligó, sin opción a réplica, a retirarme a dormir nada más terminar de cenar. El cansancio del viaje me ayudó a dormir, y desperté a la mañana siguiente con ganas de continuar nuestro trayecto. Mi hermano vino a mi habitación a primera hora para recogerme e ir a desayunar juntos. Me sorprendió el apetito con el que me había levantado esa mañana, algo que le agradó, pues no necesitó suplicarme que comiese y se centró en degustar su propio desayuno.

Partimos de nuevo hacia Arrás en un trayecto de varias horas. Aquel día me resultó más agotador que el anterior, de modo que agradecí llegar temprano al siguiente hotel en el que nos hospedaríamos esa noche. Allí, pedí poder cenar en mi habitación. Mi cansancio preocupó un poco a Adrien, que temía que enfermase antes de llegar a Arrás. Por suerte, el descanso me hizo bien y desperté relajada, lista para afrontar el que sería el último día de viaje.

Varias horas después llegamos a la villa De la Roche. Aquella enorme mansión era simplemente espectacular: estaba rodeada por un magnífico bosque que terminaba en un inmenso jardín lleno de árboles y de esculturas de mármol. Mi cara de sorpresa hizo sonreír a mi hermano, que disfrutaba del hermoso paisaje a través de la ventana del carruaje.

—¿Habías estado aquí antes? —pregunté asombrada.

—No, es la primera vez que visito esta villa. He estado en otras casas pertenecientes a la familia de Jérôme, en esta no, aunque no difiere demasiado de las demás, son todas magníficas. Su familia siempre ha tenido muy buen gusto para adquirir casas y decorarlas.

—Vivir aquí debe ser como hacerlo en un cuento de hadas. James se va a volver loco de contento cuando vea todas estas plantas y árboles.

—Pues espera a ver el interior. Imagino que será grandioso. Es el sitio perfecto para escondernos una temporada. Aquí nadie nos encontrará, te lo aseguro.

—¿Crees que a Jérôme no le importará que nos alojemos aquí durante un tiempo?

—No, estará encantado de que alguien habite esta inmensa casa. Estoy

seguro de que en cuanto pueda viajará hasta aquí para visitarnos.

—¿No querrán usarla sus familiares?

—No en esta época del año. La casa le pertenece a él como heredero principal, en caso de recibir visitas, será en el verano. Esta zona es muy fría y húmeda debido a la cercanía con el río Scarpe. Deberás tener cuidado con esto para no enfermar. Sabes que los catarros han sido habituales en tu vida desde pequeña.

—Sí, lo tendré.

La belleza del interior de la villa era mayor aún si cabe. Poseía enormes ventanales, preciosas plantas de interior y valiosos muebles con tapices de vivos colores. La entrada principal estaba presidida por una gran escalinata de mármol que llevaba al piso superior. A pesar de haber crecido rodeada de lujos y belleza, la majestuosidad de aquel lugar me dejó sin aliento.

—No estoy muy segura de si James se sentirá a gusto entre tanta opulencia.

—Cielo, es el lugar apropiado para refugiarnos. Se acostumbrará, no te angusties. Además, es algo temporal.

—Eso espero, no está acostumbrado a esto. Iré a descansar un poco, después, me acompañarás a conocer cada rincón de esta casa. Prométemelo.

—Lo haré, yo también tengo ganas de descubrirla.

La habitación que habían preparado para mí era fabulosa. Las ventanas daban a un bonito jardín haciendo que la luz del sol llenase la estancia de forma muy agradable. Tenía, además, una elegante chimenea y una enorme cama. No podía imaginar ningún lugar mejor para descansar. Lo único que añoraba era la compañía de James. Estaba deseando conocer su reacción al ver todo aquello.

El ama de llaves vino a mi habitación para presentarse y ofrecerse en todo lo que fuese necesario. Era una mujer menuda y regordeta con un rostro amable. Le agradecí su atención, pero le dejé claro que no iba a suponer demasiado trabajo para ella. Me preocupaba que nuestra presencia allí multiplicase su trabajo, así que decidí hablar con mi hermano al respecto durante nuestro paseo por la casa.

—Adrien, ¿cómo pueden esa mujer y su hijo mantener esta enorme casa ellos solos?

—Ellos son los que viven aquí de forma permanente, aunque reciben la ayuda de varias personas más que se encargan de diferentes tareas como mantener el jardín, la limpieza del interior, etcétera.

—Ah, me dejas más tranquila. Temía que no viesen con buenos ojos nuestra estancia aquí.

—No te angusties, mañana me encargaré de eso también. Contrataremos a varias personas para el servicio durante el tiempo que permanezcamos aquí.

—¿Podemos hacer eso sin el permiso de Jérôme?

—Por supuesto, no le importará en absoluto.

—¿Cómo estás tan seguro? Al fin y al cabo, esta es su casa y nosotros

unos simples huéspedes.

—No le conoces bien. No le interesan nada sus bienes. Vive su vida como le parece. En uno de nuestros viajes por Italia, le regaló su caballo a un campesino que vio trabajando en el campo. Imagino que el valor de tal obsequio mejoró notablemente la economía de aquel hombre y de toda su familia durante más de un año —afirmó riendo.

Aquella anécdota me hizo sonreír. Mi hermano sabía cómo rodearse de personas afines a su estilo de vida y filosofía. Entendía por qué nunca se sintió a gusto en París e insistió desde muy joven en viajar por todo el mundo, aunque en varias de esas ocasiones, aquellos viajes implicasen tener que separarse de su familia. Mi padre le permitía la libertad que deseaba tener, pero jamás que descuidase su formación académica, de forma que estudió en numerosos colegios y universidades fuera de Francia, algo que enriqueció mucho su adolescencia y le ayudó a tener una gran cultura y un buen dominio de diferentes lenguas extranjeras. Se había convertido en un hombre extraordinario lleno de experiencia, vitalidad, una gran humanidad y humildad.

Pasamos varios días refugiados en aquel maravilloso lugar disfrutando de nuestra mutua compañía, esperando tener noticias de James. Fue una semana después de nuestra llegada a Arrás cuando recibimos una nota suya informándonos de que llegarían en un par de días con importantes noticias.

29

SOFÍA

Nuestra estancia en casa de Jérôme era muy agradable; sin embargo, la situación que estábamos viviendo me afectaba más de lo que deseaba: me sentía cansada y me costaba conciliar el sueño. A pesar de los continuos cuidados por parte de mi hermano, el miedo ante la posibilidad de que James pudiese sufrir algún contratiempo iba en aumento. Afortunadamente, esa mañana mis temores se disiparon en cuanto bajé a desayunar: James, el prior Adams y Adrien tomaban un té en el salón mientras charlaban con tranquilidad. Sin poder evitarlo, salí corriendo hacia él para fundirme en un fuerte abrazo. James me recibió con una gran sonrisa.

—¿Por qué has tardado tanto en venir? Estaba empezando a inquietarme.

—Tranquila, todo está bien. Ya estamos aquí.

—Te he echado mucho de menos —dije acercándome para darle un beso tierno en los labios.

Él giró la cara con disimulo para evitar aquel beso íntimo, ofreciéndome su mejilla. Emitió una ligera tosecilla que me hizo darme cuenta, de inmediato, de que mi forma de saludarle fue incorrecta ante la presencia del prior. Me aparté de él y pidiendo disculpas me presenté:

—Buenos días, disculpe mi entusiasmo. Soy Sofía Marchand. Encantada de conocerle, padre —afirmé avergonzada.

—Buenos días, hija. No te preocupes. Yo también me alegro de conocerte.

Aquel hombre alto, delgado, con el pelo canoso y vestido con una simple sotana negra tenía un aire distinguido que llenaba la sala. Sus ojos, de color azul claro, estaban llenos de amor y su sonrisa era cálida y sincera. Me miraba con ternura mientras observaba como acariciaba nerviosa la mano de James.

—Padre, ella es Sofía —dijo besando tiernamente mi mano.

—Me alegro mucho de poder poner, por fin, cara a la mujer que hace tan feliz a mi querido James.

—Yo también estoy muy contenta de conocerle, padre —respondí con

timidez.

—No tienes por qué sentir vergüenza por nada, hija. Quizás mi ropa y mi cargo puedan hacer que te sientas un poco incómoda, pero no he venido hasta aquí como prior. Mi hijo —dijo mirando a James— me necesita y haré todo lo que esté en mi mano para ayudarle, como siempre.

Aquellas palabras llenas de amor hacia James me emocionaron. Pude ver el cariño que ese hombre sentía, cuidándole como un verdadero padre.

—Gracias. Es solo que…

—No hace falta que te excuses, hija. No suelo juzgar a nadie por sus actos y menos aún por algo tan bonito como es amarse.

—Tiene usted toda la razón, padre —comentó Adrien—. No deberíamos avergonzarnos por amar a nadie.

—Exacto. Algunos sentimos un amor incondicional hacia Dios y decidimos dedicarle nuestra vida, otros lo sienten hacia otra persona. Ese bonito sentimiento es el que debería mover al ser humano siempre. El corazón camina solo, sin guía, porque sabe cuál es su camino hacia la felicidad y vosotros lo habéis encontrado y eso es maravilloso.

—Esperamos que se sienta a gusto con nosotros en esta casa durante los días que dure su visita —indicó Adrien—. Nos esforzaremos para que así sea.

—Gracias, hijo, pero no necesito nada más que la compañía de mi querido James y averiguar la forma en la que pueda seros útil ante esta difícil situación en la que os encontráis.

—Tomemos asiento para desayunar antes de adentrarnos en el tema que nos preocupa —ordenó Adrien.

Mientras disfrutábamos del desayuno, el prior se preocupó por mi estado de salud y se ofreció a prepararme distintos remedios para aliviar mi cansancio.

—James me comentó que hace años escribió un importante tratado sobre botánica —comenté.

—Así es, fue un arduo trabajo de investigación, pero lo disfruté mucho.

—James siente la misma pasión que usted hacia las plantas. Desde que nos conocemos, me ha preparado unos tés maravillosos.

—Sí, lo sé, fue un magnífico alumno de química y un ávido lector. Aprendió mucho junto a mí. Estoy seguro de que sigue aprendiendo cada día más y más. Sé que en unos años escribirá su propio tratado —comentó mirándole orgulloso.

—Lo dudo, padre —dijo James con humildad.

—Sabes que es cierto lo que digo, hijo, no seas tan modesto. Siempre he creído que serías un magnífico maestro boticario. Deberías plantearte enseñar tus conocimientos.

El orgullo con el que hablaba aquel hombre era conmovedor.

—Ya hemos hablado de eso —murmuró James.

—Lo sé, pero creo que deberías replanteártelo.

—Nuestro padre financiaba una escuela donde se preparaba a niños

huérfanos para ser boticarios —afirmó Adrien.

—¿De verdad? —pregunté sorprendida—. Desconocía ese proyecto de nuestro padre.

—Creo que fue uno de sus primeros proyectos junto con el tío Didier hace ya muchos años.

—Su padre era Jean Paul Mathieu, ¿verdad? —preguntó el prior.

—Sí— respondió Adrien.

—Así es, el señor Mathieu, junto con otras personas, financió unos establecimientos donde proporcionaban formación a jóvenes sin familia para convertirse en boticarios.

—La bondad de mi padre nunca dejará de sorprenderme —comenté con nostalgia.

—Eran lugares muy beneficiosos para aquellos niños. Se les daba un hogar cuando carecían de él, les enseñaban a cultivar árboles frutales y plantas para elaborar medicamentos que, más tarde, repartían entre los más pobres.

—¿Y esos lugares siguen aún funcionando? —quise saber.

—No lo sé —afirmó Adrien—. No tengo constancia de si alguien más se hizo cargo de ellos tras la muerte de nuestro padre y del tío Didier. Yo supe de esta actividad tras su fallecimiento.

—Vaya —respondí con pena—. Me hubiera encantado poder colaborar en un proyecto tan bonito.

—Su padre fue un gran hombre que supo entender las necesidades de nuestro mundo y que compartió no solo su fortuna y recursos con los más necesitados, sino que dedicó gran parte de su vida a hacer felices a esos pobres niños huérfanos —comentó el prior.

—James, ¿se ha planteado alguna vez cambiar de profesión? —preguntó mi hermano con curiosidad.

—No, me formé como sacerdote para ejercer de ello.

—Hijo, no solo te formaste para ejercer el sacerdocio. Sabes que te especializaste en química. Te recuerdo que eras el mejor alumno.

—No exageremos, padre —respondió James con timidez.

—No exagero, hijo, eres muy bueno en ese campo y sabes que siempre te he dicho que deberías enseñar. De hecho, recuerda que fuiste tú quien rechazó un puesto en una universidad de Inglaterra como profesor de química.

—¿Eso es verdad? —pregunté.

—Padre, no quiero hablar de eso. Fue hace ya mucho tiempo —respondió agobiado.

—James, no pretendo dirigir su vida, pero dadas las circunstancias, quizás no sea una mala idea que se plantease un cambio de profesión —afirmó mi hermano.

—De momento no lo tengo en mente.

Adrien le miró desconfiado, como si no estuviese muy seguro de si James estaría dispuesto a todo por mí.

—Hijo, sabes que lo que pretendes conseguir no es fácil. Vamos a tener

que luchar mucho para lograrlo. Quizás el señor Mathieu tenga razón y es hora de que lo pienses. Es probable que tu familia te pueda ayudar si…

—Jamás —dijo con tono severo levantándose de la mesa—. Si me disculpan, necesito tomar el aire.

Salió hacia el jardín. Hice un ademán de levantarme para seguirle, pero el prior me pidió que le dejase solo.

—Cuando James se siente agobiado necesita estar solo durante un rato. Déjale tranquilo, no te angusties, cuando se calmé regresará —comentó el prior acariciando mi mano.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué se siente así? —pregunté angustiada.

—No le gusta demasiado hablar de su familia, menos aún pensar en pedirles ayuda.

—¿Por qué? Creía que mantenía una buena relación con sus hermanos.

—En realidad no es mala, pero no es cercana. Siempre ha sentido una fuerte sensación de abandono por parte de su familia, algo que sigue muy vivo aún hoy en día.

—Sé que separarse de ellos fue duro para él, pero pensé que su familia estuvo presente en su vida durante su infancia a pesar de la distancia.

—La verdad es que no se preocuparon demasiado por él ni por su bienestar. Durante los primeros dos años su madre le enviaba cartas de forma regular, pero luego enfermó y todo cambió. Cuando murió, dejó de tener noticias de su familia, a excepción de una corta visita que le hizo su hermano Anthony tras el fallecimiento de la señora Wilcox. Fue un niño débil y sensible que se sintió abandonado sin entender los motivos. Yo fui todo lo que tuvo durante su infancia y adolescencia.

Conocer de primera mano esa parte de la vida de James me conmovió. Sentí una inmensa pena por él. No me podía imaginar lo que tuvo que suponer crecer sin el amor de sus familiares más cercanos.

—¿Usted cree que sus hermanos podrían ayudarle? —preguntó Adrien.

—No estoy del todo seguro. Su hermano mayor es un hombre difícil, de fuerte carácter, con una moralidad muy severa. No creo que viese con buenos ojos lo que está pasando. El único que le ofrecería su ayuda es su hermano Arthur, por su cercanía en edad con él. Era el único al que se sentía unido cuando eran pequeños, pero se niega a pedir ayuda a ninguno de ellos.

—¿Por qué? —pregunté.

—Porque siente que le abandonaron a su suerte. Cree que le obligaron a cambiar de vida sin pedirle permiso. No confiaban en que llegase a ser nadie en la vida debido a sus problemas de salud y ahora, tras haber luchado tanto para ser quien es, siente que ya no les necesita.

—Ese orgullo está justificado, ¿no cree? —preguntó Adrien.

—Por supuesto, no soy partidario del rencor, aunque es cierto que el dolor de ese muchacho le da derecho a sentirse así —dijo el prior con tristeza.

—Dejemos el tema de momento —ordenó Adrien—. No queremos incomodarle ni añadir más preocupaciones. Posterguemos la idea de cambiar

de profesión para más adelante, en el caso de que nos urja tomar decisiones. Padre, ¿le puedo preguntar cuál es esa idea en la que han pensado y que considera difícil de conseguir?

—Intentaremos conseguir la anulación del matrimonio justificando la ausencia de descendencia, pero no resultará fácil ya que habrá que alegar cosas que quizás sean difíciles de probar. James tiene esperanza en poder lograrlo y si lo hacemos, piensa pedir su inserción en la Iglesia anglicana como sacerdote. De esa forma, podría continuar con su labor como pastor y a la vez casarse con Sofía y tener a su hijo.

—¿Eso es posible? —preguntó Adrien.

—Sí, no es imposible de lograr. Ha habido varios casos en los que la Iglesia anglicana ha aceptado sacerdotes católicos en su seno de la misma forma que la Iglesia Católica ha aceptado a pastores anglicanos.

—Pero primero necesitamos disolver el matrimonio de Alexander y Sofía —afirmó Adrien preocupado.

—Así es. Ese es nuestro principal problema. No va a ser sencillo lograrlo, y menos aún si su marido es un hombre influyente y con dinero. Sofía, hija, no pretendo angustiarte, pero ¿sabes que si tu marido consigue probar que le fuiste infiel te verás en serios problemas?

—Lo sé, pero no podrá probarlo —dije intentando creerlo.

—No le será fácil probar algo así —comentó Adrien—. Mi hermana no es ninguna mujerzuela que se haya estado viendo con hombres en cualquier lugar. Sus encuentros con James han sido a solas sin testigos.

—Eso espero —murmuró el prior—. Si hay algo que me preocupa es que averigüe de quién se trata. Eso no nos conviene en absoluto. Estoy seguro de que si lo averiguase intentaría dañar a James sabiendo que así te daña a ti también.

—En cuanto James se encuentre con fuerzas nos pondremos a revisar diferentes documentos que hemos encontrado. Ojalá hallemos algo que nos pueda ayudar lo antes posible. Me preocupa que la demora pueda perjudicarnos —confesó Adrien.

En ese momento regresó James al salón. Fue hasta uno de los sillones y se sentó en silencio. Todos le mirábamos con discreción esperando una reacción por su parte. Un par de minutos después dijo:

—Siento mi reacción, pero necesitaba tomar el aire. Hablar de mi familia no es fácil para mí.

—No te preocupes —dije sentándome a su lado—. Entendemos perfectamente cómo te sientes. ¿Estás mejor ahora?

—Sí, tranquila. Deberíamos ponernos a revisar los documentos. Nos va a llevar mucho tiempo hacerlo, por lo que cuanto antes empecemos, mejor. Sofía, tú deberías retirarte a descansar un rato.

—No, quiero estar aquí por si os puedo ser de ayuda. Soy muy rápida leyendo, quizás os sea útil.

—Hija, es mejor que no te canses con estas tareas tediosas. Sería mejor

que salieses a pasear un rato. Eso les vendrá muy bien a tus piernas y te ayudará a relajarte —indicó el prior—. Después, te prepararé una tisana deliciosa para abrirte el apetito.

—Pero…

—Sofía, no hay peros —ordenó mi hermano—. Abrígate bien, ve a pasear y descansa. Luego te haremos saber lo que hayamos encontrado.

Obedecí la orden de Adrien sin rechistar. Sabía que lo que menos necesitábamos era crear tensión, por lo que decidí salir a pasear por el precioso jardín. La conversación con el prior me preocupó. Conseguir la anulación de mi matrimonio iba a ser difícil y me desesperaba pensar en verme obligada a volver con Alexander. Estaba dispuesta a todo para evitarlo, aunque conllevase abandonar mi país o mi vida anterior. Lo único en lo que podía pensar era en vivir junto a James y en tener a mi hijo con tranquilidad. ¿Cabría la posibilidad de que alguien nos hubiese visto juntos? No lo creía, así que intenté serenarme.

Permanecieron reunidos en uno de los despachos de la casa durante horas. A la hora del almuerzo me dirigí hasta el salón para comer con ellos y así ponerme al día de sus averiguaciones. Sin embargo, una de las doncellas que el ama de llaves había traído a la casa para que les sirviese de ayuda durante nuestra estancia me hizo saber que los tres habían decidido tomar algo ligero en el despacho para proseguir con su trabajo. La idea de comer sola me deprimía, de modo que le pedí a la joven que se quedase a almorzar conmigo. La expresión de sorpresa en su rostro fue tal que parecía haberse quedado congelada.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Señora, disculpe, pero no puedo hacer lo que me pide. Le serviré el almuerzo y me iré.

—No, por favor, te lo pido de verdad, quédate conmigo y come algo. Te vendrá muy bien descansar un rato y a mí me vendrá fenomenal tu compañía. No te angusties, nadie te va a culpar de nada. En nuestra familia esto es algo habitual.

Ella me miraba con estupefacción. Estaba segura de que jamás se había visto en semejante situación. Me sirvió la comida y, a continuación, conseguí que se sentase a mi lado para charlar, aunque no pude lograr que ella comiera nada, tan solo aceptó un té que le ofrecí. Conversamos sobre ella y su familia mientras intentaba olvidarme de mis problemas. Durante nuestra conversación sentí que Lady Morel volvía a aparecer en escena, algo que me hizo sentir pena, pues no sabía si podría volver a involucrarme con la gente de la misma forma que había hecho hasta ahora. Una parte de mí sentía añoranza de aquellos días, pero otra estaba deseando empezar una nueva vida alejada de aquellas intrigas y salidas nocturnas. Quizás habría otras formas de poder ayudar a esas mujeres y niños sin tener que involucrarme directamente. Estaba segura de que el universo me proporcionaría otras oportunidades si lograba

librarme de Alexander.

Tras muchas horas encerrados en aquel despacho por fin salieron. Su gesto de cansancio y decepción me preocupó. Se acercaron hasta donde me encontraba leyendo un libro. Me levanté de inmediato deseosa de oír buenas noticias.

—Por fin salís de ese despacho. Me habéis hecho sentir inquieta toda la tarde. ¿A qué se debe tanta tardanza? ¿Habéis encontrado algo que nos pueda servir?

—Es un tema complicado, cielo —afirmó mi hermano intentando sonar sereno—. Hemos revisado cientos de documentos, pero en ninguno parece haber un resquicio legal para solicitar la nulidad de tu matrimonio.

—No entiendo, ¿no es posible?

—Las causas que queremos alegar no cumplen todos los estrictos requisitos que recoge la Iglesia Católica para conceder una nulidad —añadió James.

—Pero ¿no es suficiente alegar la falta de descendencia durante estos seis años de matrimonio?

—No, la nulidad matrimonial que se concede en ese supuesto es por exclusión de la prole, pero eso solo se acepta si antes de tomar los votos, uno de los esposos se compromete a tener descendencia y luego tras el matrimonio, se niega de forma tácita a tener hijos, es decir, debe haber una voluntad expresa y deliberada de evitar la llegada de los hijos. No sirve desear no tenerlos, sino que necesitaríamos probar que tu esposo ha tomado alguna medida para evitar la concepción durante estos años y eso, hija, es casi imposible de probar —informó el prior.

—Además, si presentásemos una petición de nulidad matrimonial por dicha causa, estamos seguros de que Alexander alegaría algún tipo de problema físico por tu parte que ha imposibilitado la descendencia y una vez expuesta una causa así, la Iglesia no se molestará en probar si es cierto o no y creerá a tu esposo, ya que es una causa excluyente y que mantiene el matrimonio como válido —añadió James.

—Entonces, ¿no podemos hacer nada? —pregunté desesperada—. Me niego a volver con él, por favor, no lo permitáis.

Me eché a llorar desconsolada presa del miedo. James se acercó a mi para ayudarme a sentarme.

—No tengas miedo, no vas a volver con tu esposo. No lo voy a permitir, confía en mí —dijo besando mi frente.

—Sofía, hija, tranquila, no debes ponerte nerviosa en tu estado. Esto no es más que una piedra en el camino. Encontraremos otra forma de solucionar este problema. Confía en que Dios nos indicará el camino —dijo el prior intentando tranquilizarme.

—Pero, padre, ¿cómo vamos a lograr liberarme de mi esposo? Es desesperante sentirte atada a una persona que no amas por el simple hecho de ser mujer.

—Lo sé, hija, lo sé. Yo soy una de las pocas voces críticas en la Iglesia Católica respecto a este tema. No estoy a favor de la nulidad en todos los casos, pero sí considero que deberían aceptarse más motivos que protegiesen más a las mujeres.

—Huyamos de Francia, a cualquier lugar del mundo, me da igual, pero, por favor, no permitáis que vuelva con Alexander. Soy capaz de cualquier cosa antes de aceptar ese destino para mí y para mi hijo —dije colocando instintivamente mi mano en mi vientre.

—Sofía, no digas bobadas. No vamos a dejar que vuelvas con ese malnacido. No desesperes y confía en nosotros. Te prometo que encontraré la forma de liberarte —afirmó Adrien—. Necesitamos encontrar la manera de que Alexander renuncie a ti. Creo que deberíamos negociar con él. Es un hombre de negocios, quizás acepte algún tipo de trato para permitir que hagas tu vida alejada de él.

—Pero aún en el caso de que acepte algo así, eso implicaría que Sofía seguiría casada con él mientras viva —comentó James— y eso haría imposible que nosotros pudiésemos contraer matrimonio.

La desesperación de James era evidente.

—Eso es, aunque aceptasen a James en la Iglesia anglicana, no podría contraer matrimonio con una mujer casada —afirmó el prior.

—Me temo que la única forma de liberar a Sofía es haciendo desaparecer a Alexander —murmuró mi hermano ante el asombro de todos.

—¿Cómo dice? —preguntó James.

—Señor Mathieu, espero que no esté hablando en serio —protestó el prior.

—Padre, disculpe mis formas, pero no va a ser posible encontrar una manera de anular este matrimonio a no ser que uno de los cónyuges fallezca, y le aseguro que a mi hermana nadie le va a hacer ningún daño.

—Adrien, por favor, no seas bruto e irracional —dije asustada—. Debe haber alguna otra forma de acabar con esta unión sin llegar a esos extremos.

—¿Cuál? —preguntó nervioso—. Acabamos de ver que no existe una causa posible que podamos esgrimir para anularla y sin eso, ¿qué más podemos hacer para evitar que tu esposo te reclame como su mujer? Estoy seguro de que estará pensando en alegar algún tipo de coacción por nuestra parte que te impide regresar a casa. Podría incluso denunciar ante las autoridades que te hemos raptado y estaríamos todos en problemas y sin opciones para replicar legalmente.

—Adrien, intentemos serenarnos, quizás haya algo que podamos hacer, aunque aún no seamos capaces de verlo. Si perdemos los nervios no lograremos pensar con claridad.

—James, le entiendo, sé que lo que estoy proponiendo nada tiene que ver con su forma de solucionar los problemas. De hecho, les pido disculpas tanto a usted como al padre Adams por semejante proposición, pero créanme, no vamos a tener más opción que la de intentar hacer desaparecer a Alexander de

alguna forma que libere a Sofía para siempre.

—¿Y cuál es esa forma? —pregunté dejando a James y al prior sorprendidos.

—Retarle a un duelo —espetó Adrien tajantemente.

—¿Cómo? Imposible, están prohibidos y son muy peligrosos —afirmé asustada—. Además, ¿quién le retaría? No sabe quién es la persona con la que le fui infiel.

—Yo.

—De ninguna manera, Adrien —dijo James—. No puedo permitirlo. No puedo dejar que ponga en peligro su vida.

—¿Se ve usted capaz de hacerlo, James? —preguntó mi hermano con sarcasmo.

—Por supuesto que no, pero tampoco pienso dejar que usted lo haga. Esa no es la forma de solucionar las cosas. Debe haber otra forma.

—Sé que los duelos no son legales y soy consciente del peligro que conllevan, pero Alexander parece sentirse muy molesto por haber mancillado su honor y su apellido. Quizás si le propusiese poder limpiar su honor de esta forma aceptaría.

—¿Y qué pretendes conseguir así, hijo? —inquirió el prior.

—Que muera en la afrenta y así, Sofía debería quedar liberada de inmediato para poder volver a contraer matrimonio un tiempo después.

—¿Y si mueres tú? —dije con congoja—. No, Adrien, es muy peligroso. Jamás me perdonaría si te pasase algo por mi culpa. No, olvidemos este tema de inmediato.

Adrien salió de la habitación, molesto. Estaba claro que encontrar una salida a la grave situación en la que estábamos iba a ser una tarea compleja.

—Escribiré una carta al Obispo Peterson en Canterbury exponiendo nuestra petición para ver si nos puede ayudar para que la Iglesia anglicana reconozca tu ordenación. Mientras tanto, intentad estar tranquilos y no desesperéis. Si estáis juntos, no habrá piedra en el camino que no podáis apartar.

Dimos las gracias al prior por su ánimo y esperanza y le dejamos redactar aquella carta que podría ser vital. La situación era muy preocupante y casi desesperada, pero sentir el apoyo de mi hermano y del prior nos reconfortaba.

Los nervios del día me empezaron a pasar factura: me sentía agotada, con el estómago cerrado y muy deprimida, así que, intentando hacerme comer algo y en un esfuerzo por permanecer animado y sereno, James se ofreció a prepararme uno de sus tés a cambio de tomar al menos unas ricas pastas que la cocinera había preparado. Le hice caso y tras beber la tisana, me abracé a él. Se quedó junto a mí durante un largo rato acariciando mi pelo. Aquel fue el único momento del día en el que nos pudimos permitir flaquear en nuestro ánimo. Suspiré profundamente rezando por poder hallar la manera de lograr estar junto a él y ver crecer a nuestro hijo en libertad. Sentí una profunda pena por él. El Señor no podría ser tan cruel de obligarle a vivir separado de su

hijo. No, estaba segura de que le abriría un camino para poder sanar sus heridas de la infancia ofreciendo todo el amor y el cuidado que a él se le negó.

30

SOFÍA

La búsqueda de una solución se estaba demorando más de lo esperado y eso nos estaba empezando a impacientar. A pesar del esfuerzo y las largas horas de estudio, no conseguíamos dar con nada que pudiese sernos útil. El cansancio y la desesperación eran obvios en nuestros rostros, especialmente en los de James y Adrien, quien no paraba de ir de un lado a otro del despacho claramente nervioso, intentando hallar una idea que pudiese guiarnos hasta el desenlace que necesitábamos. James, por su parte, no paraba de revisar textos y gruesos libros junto al prior, pero ninguno de los dos parecía encontrar algo definitivo.

Adrien temía especialmente que Alexander hubiese presentado ya una denuncia por mi desaparición y que eso estuviese cercando nuestra capacidad de respuesta. Intentaba no expresar sus miedos, pero le conocía muy bien y sabía que cuando un hombre tan resolutivo y seguro de sí mismo como él se mostraba tan inquieto, era debido a que las cosas estaban empezando a complicarse más de lo esperado.

Al día siguiente recibió una nota de Jérôme anunciándole su inminente llegada a la casa. Aquella noticia llenó de esperanza a Adrien, pues sabía que su amigo era un hombre muy cabal y astuto, siempre dispuesto a ayudar. Confiaba en que él nos proporcionase nuevas ideas. Llegó ese mismo día al anochecer deseando volver a ver a su querido amigo de aventuras. Nada más entrar en la casa, ambos se fundieron en un afectuoso abrazo.

—Querido hermano, ¡cuánto tiempo! —afirmó mi hermano dando unas cariñosas palmadas a su amigo en la espalda.

—Amigo, qué alegría volver a verte. Por favor, dime que no van a pasar años hasta la próxima vez que nos volvamos a ver.

—Eso espero. Me temo que voy a estar por aquí una larga temporada, así que vamos a poder ponernos al día de nuestras vidas.

—Me alegro de oírte decir eso. Ya sabes que desde hace algunos esta odiosa rodilla no me permite seguir tu ritmo, algo que me provoca una envidia

enorme —comentó riendo.

—Todavía tenemos muchos navíos que quemar, querido amigo, no te preocupes.

Era obvio que la amistad que tenían seguía intacta a pesar de los años.

—Sofía, ven, por favor. ¿Recuerdas a Jérôme?

—Por supuesto, hace muchos años que no nos veíamos, pero os recuerdo siempre juntos durante vuestra adolescencia.

—Querida Sofía, encantado de volver a verte. Si no recuerdo mal, la última vez que nos vimos fue una navidad que pasé junto a vuestra familia.

—Sí, he de reconocer que las navidades en nuestra casa eran maravillosas.

—Sí, esas navidades fueron las últimas antes de ingresar en la universidad junto a este bribón. Nuestra amistad fue lo único que tuvimos en aquella época —afirmó riendo.

—Bueno, bueno, aprendimos cosas muy importantes que nos han servido para la vida, no fue para tanto —dijo Adrien con tono nostálgico.

—No hay duda de que el saber no ocupa lugar, pero todo lo aprendido en aquellas aulas universitarias de poco nos sirvió en nuestras aventuras por el mundo.

—No, tienes razón, nadie nos enseñó supervivencia. Fue la necesidad la que nos dio las mejores lecciones.

—¡Y el miedo a morir! —afirmó Jérôme divertido.

—Cierto, cierto. Jérôme, déjame que te presente a estos dos ilustres caballeros. El padre James Wilcox y el señor Abraham Adams, prior de la Abadía de Corbie.

—Encantado de saludarles, caballeros.

Los tres se saludaron con afecto.

—Disculpen, ¿son ustedes ingleses? —quiso saber Jérôme.

—En efecto, tanto el padre James como yo nacimos en Bedford.

—Quisiera agradecerle su hospitalidad permitiéndonos hospedarnos aquí —dijo James con algo de apuro.

—No tiene nada que agradecerme. Esta casa está vacía casi todo el año, le viene bien un poco de vida durante esta fría época. Además, Adrien sabe que es parte de mi familia, por lo cual no tiene ni que pedir permiso para alojarse en cualquiera de mis propiedades.

—Le agradecemos igualmente su generosidad —repitió James.

—Bueno, bueno, lo importante es que les pueda ser de utilidad mientras necesiten permanecer refugiados aquí.

—Por supuesto que sí, amigo. Después de la cena te pondremos al día de los motivos de nuestra huida de París —comentó Adrien.

—¿Huida? No me habías comentado que fuese tan grave el asunto en tu nota.

—Lo sé, no pretendía alarmarte, pero sí, la situación es delicada. Ojalá puedas aportarnos algo de luz para lograr una solución rápida antes de que sea

demasiado tarde.

El tono preocupado de Adrien inquietó a Jérôme, quien se retiró durante un rato para asearse antes de la cena.

Aquella noche, con motivo de la llegada del señor de la casa, nos prepararon una suculenta cena que culminó con varios postres realmente deliciosos. Mi apetito iba en aumento desde hacía unos días y mis ansias por comer dulces empezaban a aumentar con el paso de los días. A ese paso, terminaría mi embarazo con demasiados kilos de más. El prior Adams observaba divertido el placer con el que me deleitaba con aquellos manjares y sonreía con afecto.

—Lo siento, padre, sé que esto más que comer es glotonería, pero no puedo evitarlo. Me apetecen muchísimo estos dulces —dije algo avergonzada.

—Es normal, hija, es normal en tu estado. Come todo lo que quieras, pero sin indigestarte. Es mejor dejar algo para mañana cuando hayas digerido todo y hayas caminado un rato, ¿no te parece?

Asentí mientras masticaba el último trocito de pastel de manzana.

—Quizás debas prepararle una infusión para la ansiedad —comentó el prior a James.

—Sí, creo que no le vendría nada mal calmar ese apetito voraz e incontrolado —murmuró riendo.

—No os entiendo, la verdad —dije algo molesta—. Estáis todo el día pidiéndome que coma, casi obligándome a veces, y ahora que estoy comiendo algo por voluntad propia y con gusto, me reprendéis.

—Sofía, cariño, una cosa es comer y otra es devorar —afirmó Adrien riendo—. Estamos encantados de verte comer con tanto gusto, pero esperemos que sea algo puntual o vamos a necesitar un carro más grande para viajar.

Aquella broma de mi hermano me enfadó. Intenté levantarme de la mesa, pero James me agarró del brazo con suavidad para mantenerme sentada.

—Sofía, tranquila, no te enfades, ¿no ves que solo está bromeando? —dijo intentando calmarme.

—De acuerdo, no tomaré más postres. La próxima vez que me traigas cosas dulces para comer me negaré a hacerlo. No pienso comer solo lo que a ti te apetezca —dije mirando a mi hermano con enfado.

—Vale, como desees, pero eso me recuerda a nuestra infancia cuando te negabas a comer lo que te obligaban, pero luego a escondidas te encontraba en la cocina comiendo. Siempre has sido una rebelde a la que no le gusta que le digan lo que tiene que hacer y veo que sigues igual. Relájate, solo estoy bromeando. Come todo lo que quieras, por favor.

—James, creo que esa infusión calmante es necesaria esta noche —comentó el prior sonriendo—. La lavanda le vendría bien, ¿no crees?

—Creo que una mezcla de jengibre y menta le iría mejor. Voy a ver si encuentro alguno de estos ingredientes en la cocina.

—Como ya os dije, siempre fue el alumno aventajado que superó al maestro —comentó el prior riendo con un inmenso orgullo.

Tras degustar la suculenta cena empecé a sentirme algo cansada por lo que, a pesar de mi inicial intención de estar presente a la hora de contarle a Jérôme nuestra situación, no tuve más remedio que irme a mi habitación a descansar si no quería quedarme dormida delante de todos. Me despedí no sin antes pedir a James que me pusiese al día al finalizar la charla con Jérôme.



Tras retirarse Sofía, los hombres eligieron otro de los grandes salones para charlar cómodamente. Jérôme, presintiendo que la noche iba a ser larga, a juzgar por las caras de preocupación que vio en los rostros de sus invitados, pidió que les sirviesen varios licores y café. Cuando todo estuvo listo, ordenó cerrar las puertas y no ser molestados.

—Dime, amigo, ¿cuál es la situación en la que os encontráis y por qué es tan delicada?

—La situación no me concierne a mí, pero seré yo quien te ponga al corriente de todo, ya que presiento que me resultará más sencillo hacerlo que a James —afirmó Adrien.

—No tiene por qué hacerlo, Adrien. Se lo agradezco, pero debo ser yo quien relate lo acontecido.

—Hijo, deja que sea él quien lo haga. Siempre es mejor contar las cosas desde otra perspectiva. Estoy seguro de que el señor Mathieu encontrará las palabras más fácilmente que tú.

El prior Adams miraba con cariño y preocupación a su querido hijo. Sentía enormemente verle en una situación tan compleja y delicada a pesar de sentirse feliz al saber que por fin su corazón y su alma habían encontrado el refugio que llevaba necesitando desde niño.

—De acuerdo, que así sea —murmuró James.

—La situación concierne a mi hermana y a James. Como habrás comprobado, James es sacerdote y ha estado dirigiendo una iglesia en París durante… ¿Cuánto exactamente? —preguntó dirigiéndose a James.

—Casi tres años.

—Durante casi tres años, tiempo durante el cual mi hermana y él no se conocían, o al menos no recuerdan haberse conocido. Sin embargo…

—Estoy seguro de que no nos habíamos conocido antes, lo recordaría —susurró James con una sonrisa.

Aquel comentario no pasó desapercibido y provocó la risa de los otros tres presentes en el salón, algo que avergonzó a James.

—No se apure, padre, es normal. Sofía es una mujer que no pasa desapercibida —comentó Jérôme—. ¿Le importa si le llamo James?

—Por supuesto que no, creo que se lo agradecería, de hecho. Hace que me sienta más cómodo en esta situación.

—De acuerdo, pero no se preocupe por nada. Si no se ha sentido juzgado por Adrien no lo hará en mi presencia.

—En tu presencia menos aún —dijo Adrien riendo—. Están delante del

mayor Don Juan que ha conocido toda Francia.

—No exageres, por favor, además eso fue hace mucho tiempo. El accidente me cambió la vida y ya no soy lo que era.

—Siempre queda algo, ya hablaremos tú y yo de estos últimos años.

Ambos rieron mirándose cómplices de mil aventuras.

—Caballeros, centrémonos en el tema a tratar. Necesitamos encontrar una salida rápido y temo que no es algo que vaya a surgir si no ponemos toda nuestra atención —repuso el prior en un intento de reconducir la conversación.

—Disculpe, padre, estábamos intentando restar un poco de peso al problema para aligerar así la carga que siente James cuando se habla del tema.

—Lo sé, Adrien, y se lo agradezco —respondió James—. No es fácil para mí tener que hablar de mi vida privada, por lo que les agradezco su comprensión.

—Pues siguiendo el buen consejo del prior Adams, vamos a poner a nuestro amigo Jérôme en antecedentes.

Adrien contó con todos los detalles que conocía la situación en la que se encontraban. Miraba de vez en cuando a James sobre todo cuando relató cómo nos conocimos y mi actual embarazo. James se limitaba a bajar la mirada y a respirar hondo avergonzado.

—Comprendo —afirmó Jérôme cuando Adrien concluyó su relato.

—¿Crees que podrás ayudarnos, amigo? —preguntó Adrien.

—Tenemos que evaluar muy bien cada paso que vayamos a dar para tener claro los pros y los contras de todo. Mucho me temo que salir de un problema semejante va a implicar tener que hacer ciertos sacrificios por ambas partes.

—Lo sabemos, señor De la Roche. Somos conscientes de que habrá que tomar decisiones difíciles y estamos dispuestos a ello. Pero la gran incertidumbre es ¿existe realmente una salida para que James y Sofía puedan vivir su amor en libertad dadas las circunstancias? —preguntó el prior.

—Siempre hay una salida, al menos eso es lo que intento pensar ante cada desafío de la vida. No hay duda de que es una situación compleja que va a requerir diferentes frentes de acción.

—Sin duda, ¿por dónde empezarías tú? —preguntó Adrien—. Siempre te has caracterizado por ser un buen estratega y un gran organizador.

—Sin dudarlo un instante, creo que lo primero que hay que solucionar es el matrimonio de Sofía con el señor Marchand. Su situación también es comprometida, James, pero tiene mejor solución si tiene claro que no le importa abandonar su vida actual, colgar los hábitos y comenzar una nueva vida.

—Estamos intentando buscar una salida menos radical para él —repuso el prior—. Sabemos que si no conseguimos lo que deseamos esa sería la solución final, pero vamos a intentar que James pueda seguir ejerciendo su profesión.

—¿De qué forma? —preguntó Jérôme intrigado.

—Tengo varios conocidos entre la curia, en especial en el Vaticano. Voy a intentar usar la poca influencia que pueda tener para conseguir que el Papa nos conceda una licencia para que ingrese en la Iglesia anglicana y así poder contraer matrimonio con Sofía y poder vivir junto con ella y su futuro hijo.

—¿Y qué piensan hacer para lograr que el marido de Sofía les permita llevar a cabo semejante cosa?

El tono tajante de la pregunta de Jérôme inquietó al prior y a James, que se miraron angustiados.

—Perdonen que sea tan tajante, pero el gran problema aquí es el matrimonio de Sofía. Lo que quieren conseguir es una idea lúcida y una buena salida para él, pero ¿de verdad creen que, aunque le acepten en la Iglesia anglicana, Alexander va a renunciar a Sofía para que vivan su amor en libertad?

—Exacto, Jérôme, eso mismo lo he planteado yo hace ya algunos días. Alexander no nos lo va a poner fácil y de hecho temo que ya esté tomando medidas intentado localizar a Sofía. Por desgracia, es su esposa y puede exigir su vuelta cuando lo desee.

—¿No hay forma de deshacer ese matrimonio por parte de la iglesia, padre? —preguntó Jérôme.

—Hemos estado revisando a conciencia todos los tratados existentes, pero las únicas excepciones que la iglesia acepta para disolver un matrimonio no pueden ser aplicadas en este caso —repuso James.

—Pues tenemos un serio problema, amigos.

—Lo tenemos, lo tenemos, querido Jérôme. Es por eso por lo que tuvimos que huir y refugiarnos en tu casa.

—Por mi parte no hay problema en que os alojéis aquí todo el tiempo necesario. Esta casa es un buen refugio. Está alejada de la ciudad y no atrae las miradas de nadie, ya que está vacía gran parte del año. Sin embargo, necesitamos solucionar esto antes de que nos veamos con la soga al cuello. Tengo entendido que el señor Marchand es un hombre muy influyente que cuenta con grandes amistades por toda Europa.

—Así es. No va a ser sencillo poder vivir ocultos durante demasiado tiempo —dijo Adrien con verdadera preocupación en el rostro.

—¿No existe la posibilidad de que el señor Marchand sea un hombre cabal con el que se pueda dialogar y llegar a algún tipo de acuerdo? —preguntó el prior.

—¡Lo dudo! —respondieron Adrien y Jérôme al unísono.

—Padre, se puede ser un hombre sensato y cabal en los negocios, pero imagino que se sentirá terriblemente traicionado y ofendido. No va a tolerar que su impecable imagen se vea puesta en entredicho por los amoríos extraconyugales de su esposa —dijo Jérôme.

—Entiendo que nuestra relación se vea así desde fuera, aunque le aseguro que no tiene nada que ver con una simple relación extramatrimonial,

señor De la Roche —afirmó tajante James.

—Perdóneme, James, no he querido decir algo así. Entiendo que su relación debe estar basada en un amor sólido para hallarse en semejante tesitura. Tan solo estaba aportando el muy probable punto de vista del marido de Sofía y de todos sus allegados.

—Jérôme tiene razón por muy molesto que nos parezca. Todo el mundo va a juzgar a Sofía. Desde los simples conocidos hasta las personas más cercanas al matrimonio van a dar por sentadas muchas cosas que ni tan siquiera conocen acerca de ella y de su relación con Alexander y eso no va a contribuir a que él nos facilite las cosas. Es un hombre muy orgulloso que cuida mucho su imagen y las personas con las que se relaciona. Estoy seguro de que se casó con mi hermana sin amarla porque siempre ha hecho gala de ser una mujer muy discreta, educada y bien posicionada socialmente.

—Necesitamos disolver ese matrimonio como sea —comentó Jérôme.

—Eso es lo que todos deseamos, pero ¿cómo? —preguntó James.

—Ya pensaremos en algo —dijo Adrien intentando desviar la conversación—. Por ahora, lo más importante es pensar en otro lugar fuera de Francia en el que podamos escondernos mientras tanto.

—Mi familia tiene una mansión en los Alpes suizos. Suelen ir en los meses de otoño y primavera. En invierno está vacía así que podría servirnos de refugio si queréis. El único inconveniente es el clima, es bastante frío en esa época del año.

—No podemos exponer a Sofía a ese clima —afirmó el prior—. En su estado podría enfermar y vernos en serios problemas para asistirla.

—Estoy de acuerdo —dijo Adrien.

—Tu familia sigue manteniendo una buena amistad con los Dufour, ¿no? —preguntó Jérôme.

—Sí. De hecho, Annette Dufour conoce en persona a James, ya que tanto él como Sofía pasaron unas semanas alojados en su casa de Nantes antes de su matrimonio con Pierre Dubois.

—Pues si no recuerdo mal, su familia tenía una casa en Italia, quizás podríais alojaros allí si aún la conservan. Sé que siempre habéis mantenido una relación muy cercana, casi familiar. Estoy seguro de que os echarían una mano si se lo pedís.

—No habíamos contemplado la posibilidad de recurrir a los Dufour hasta ahora, pero puede que tengas razón —afirmó Adrien—. ¿Está Annette al corriente de su relación, James?

—No sé exactamente lo que Sofía le haya confesado a su amiga. Imagino que Annette ha sospechado desde el principio que algo estaba pasando entre nosotros.

—Annette es una gran amiga para Sofía y siempre la ha ayudado y apoyado. Quizás podríamos recurrir a ella o a sus hermanos para intentar encontrar una solución rápida —murmuró Adrien.

—No hay solución rápida posible en este caso, señor Mathieu, créame —

afirmó el prior—. No dudo que la familia Dufour les tenderán la mano si les piden ayuda, pero ¿no creen que cuanta menos gente haya implicada será más fácil permanecer escondidos?

—Tiene razón, pero tengo la sensación de que solos no vamos a poder salir de esta —indicó Adrien.

—Yo no soy partidario de involucrar a más personas y temo que Sofía empiece a agobiarse según vaya pasando el tiempo y avanzando su estado de gestación. Se siente un poco sola con todo lo que está viviendo. Estoy seguro de que Annette le haría mucho bien, aunque, por otro lado, está el hecho de que su esposo es íntimo amigo de Salvatore Conti, un artista italiano que no siente precisamente simpatía por mí y quien podría crearnos serios problemas —comentó James.

—Tenemos que intentar involucrar a Annette, pero sin que lo sepa su esposo —dijo Adrien.

—Pero eso no va a ser fácil —repuso James.

—Bueno, conozco de sobra a Annette para saber que odia sentirse atada. Estoy seguro de que su matrimonio no es demasiado convencional y que necesitará su libertad para sentirse feliz y no aburrirse ahogada en la rutina.

—Sé que es una mujer muy inteligente y que podría aportarnos grandes ideas, pero no estoy muy seguro de su discreción—comentó James.

—Annette da una falsa impresión de ella cuando se la conoce por primera vez. Es una mujer más seria de lo que aparenta. Sé que, si le pidiésemos ayudar a Sofía en una situación tan delicada dejando a su esposo al margen, lo haría. Ama a Sofía con todo su corazón. Son como hermanas y siempre se han protegido mucho —afirmó Adrien.

—Y si no me falla la memoria, no hay nada que le guste más que una aventura —dijo Jérôme sonriendo.

—Efectivamente, y más si tiene que ver con el amor y las relaciones. Es una apasionada de las novelas románticas que tanto se han puesto de moda, al menos eso es lo que me confesó Sofía durante los días que pasamos juntos en su boda. Siempre ha sido muy soñadora, desde niña.

—¿Tenemos la certeza entonces de que ella nos puede ayudar de forma discreta? —preguntó el prior con algo de recelo.

—Mañana lo hablaré con Sofía. Nadie la conoce mejor que ella —afirmó James.

—De acuerdo, pues si no somos capaces de pensar en nada más hoy, demos esta reunión por acabada hasta decidir mañana si pedimos ayuda externa. No cansemos más al señor De la Roche pues seguro estará cansado tras el viaje.

—De acuerdo, voy a ver a Sofía para contarle algunos detalles de nuestra reunión antes de que sea demasiado tarde. De lo contrario, se enojará y se pondrá nerviosa. Que descansen y gracias por su ayuda.

James salió de la habitación con aspecto cansado seguido por el prior Adams. Antes de que Jérôme saliese de la sala, Adrien le cogió del brazo y le

indicó que entrase cerrando la puerta tras él.

—Jérôme, necesito hablar contigo de algo que no podía comentar delante de ellos.

—Dime, amigo. Por tu tono de voz intuyo que es algo grave y que te inquieta de verdad.

—Mucho.

—Cuéntame, pues.

—Estamos de acuerdo en que Alexander supone el mayor de los problemas.

—Sí, creo que es el gran problema a solventar.

—He estado pensando en la única solución posible, pero he entendido que no puedo compartirla con los demás.

—No entiendo a dónde quieres llegar.

—Creo que la única salida es deshacernos de él.

—¿Deshacernos de él cómo?

—De la única forma posible: matándole.

—Adrien, eso que dices es muy grave. No puedes cometer semejante delito y pretender salir impune. ¿En qué forma eso ayudaría a tu hermana si te apresan?

—No pienso involucrarme de forma directa ni manchar mis manos de sangre, no soy tan estúpido. Imagino que entiendes que no hay más solución que esa.

—Siempre hay otras formas de hacer las cosas.

—¿Cuál? Dime una.

—No lo sé.

—No lo sabes porque no la hay, Jérôme, no la hay. Sabes bien que Alexander jamás la soltará. Nunca permitirá la nulidad de ese matrimonio y si las cosas no cambian de forma rápida en nuestra sociedad, mi hermana va a estar atada a ese hombre durante el resto de su vida o si es afortunada hasta que él muera. No pienso dejarla en manos de un marido ofendido y despechado. Soy lo único que tiene y haré lo que haga falta por protegerla.

—Te entiendo, amigo, te entiendo. Sé lo que significa tu hermana para ti, pero ¿matarlo? ¿Cómo?

—Para eso te lo estoy confesando, para que entre los dos hallemos la forma de hacerlo sin involucrarnos directamente.

—Hay personas a las que podemos acudir para que hagan el trabajo sucio de forma discreta. Nunca lo he hecho pero seguro que conocemos a alguien que pueda ponernos en contacto con las personas adecuadas.

—Hay que ser muy discreto y exigir una ejecución limpia y con un motivo claro que no levante sospechas.

—Me parece imposible creer que estemos hablando de matar a una persona, Adrien, de verdad.

—Y a mí, no creas que es algo que no me quite el sueño. Jamás pensé que sería capaz de pensar en algo así, pero ¿qué otra salida tengo si quiero

proteger a mi hermana de un hombre que sé que la va a dañar en cuanto vuelva a su lado? ¿Y qué pasará con mi futuro sobrino? Ese hombre podría criarle como a un hijo propio de cara a la sociedad, aunque estoy seguro de que le despreciaría en la intimidad. No pienso permitir algo así mientras viva. Juré que nunca más dejaría que un hermano mío sufriese y lo voy a cumplir sea como sea.

—Lo sé amigo, lo sé. Vi tu sufrimiento cuando murió tu hermano pequeño, pero sabes que no fue tu culpa.

—No hablemos de eso ahora. ¿Estás conmigo en esto?

—Por supuesto —respondió Jérôme con un gran suspiro—. Sabes que siempre podrás contar conmigo.

—Te pido entonces discreción total para este tema. Nadie puede saberlo, incluidos el prior, James y mi hermana. Debe parecer una muerte fortuita.

—De acuerdo. Pensaremos en cómo llevar a cabo este macabro plan. Esto será nuestro gran secreto, peor aún que lo que nos vimos obligados a hacer en aquel accidente en Nepal.

—Eso es. Aquello nos salvó de una muerte segura y esto ayudará a que mi hermana pueda escapar de un destino cruel e injusto para ella.

—Hasta mañana, entonces.

—Jérôme, gracias, amigo, por permitir que te involucre en algo así.

—No hay nada que agradecer. Recuerda, siempre juntos, siempre unidos por muy alta que sea la escalada.

Ambos se retiraron a sus habitaciones a descansar conscientes de que a partir de aquella noche se encaminaban hacia su aventura más peligrosa y arriesgada.

31

James entró en la habitación con sigilo y se alegró de encontrar a Sofía profundamente dormida. Temía que todo lo que estaban viviendo fuese demasiado intenso para ella y tuviese algún efecto negativo en su salud así que prefirió dejarla descansar hasta la mañana.

Cuando ella despertó ya había amanecido. Se dio media vuelta para desentumecerse y para su sorpresa, encontró a James dormido a su lado. Se preguntó cuánto tiempo llevaría allí, pues estaba simplemente recostado sin ninguna ropa de abrigo sobre él. Le tocó la cara y pudo comprobar que estaba frío, por lo que cogió una de las mantas que la cubrían y le tapó. Él agradeció el calor que le proporcionó la cálida tela y se encogió para seguir durmiendo. Verle ahí junto a ella la hizo soñar con una feliz vida juntos, con amanecer así cada mañana, pero enseguida despertó de tan bella ensoñación al recordar el gran reto que tenían por delante. Sobre todo, le aterraba la idea de no lograr escapar de su marido y verse arrastrada a vivir junto a él. Nunca antes había sentido el peso de ser mujer de aquella forma. Siempre había sido libre para hacer lo todo lo que deseaba, para viajar, para estudiar. Su padre le proporcionó la posibilidad de vivir la vida como quisiese, sin limitaciones ni censura por el simple hecho de haber nacido mujer. Parecía paradójico que todo lo que ella hacía como Lady Morel para ayudar a aquellas pobres mujeres y toda la lucha por liberarlas del yugo del machismo se estuviese volviendo en su contra y ella misma se hubiese convertido en la protagonista de una de esas noches de aventura. Cuánto deseaba poder tener cerca a una Lady Morel que la salvase de aquel triste giro de su vida. Confiaba en las personas que la estaban ayudando, pero cada problema que encontraban en el camino era más difícil de esquivar y el ánimo estaba empezando a decaer.

—¿En qué estás pensando con ese gesto de tristeza? —preguntó James mientras se desperezaba.

Oír su voz la sacó de la pesadilla que estaba creando en su cabeza.

—Buenos días —dijo acercándose a él para besarle.

—Buenos días. ¿Cómo te sientes? ¿Has podido descansar bien?

—Sí, la verdad es que caí profundamente dormida nada más acostarme.

—Es normal, tu embarazo y la tensión constante en la que estás sumida

te tienen agotada. Deberías descansar más. Déjanos a nosotros todo lo demás.

—No puedo, quiero ayudaros a encontrar una solución rápida a todo esto. Necesito dormir sabiendo que todo está bien —dijo angustiada sentándose en la cama.

James se sentó también para poder abrazarla.

—No te angusties. Ven, recuéstate un rato en mí y descansa. Nadie permitirá que te pase nada malo. Entre todos conseguiremos hallar la solución, confía y ten fe.

Se hundió en él mientras le abrazaba con todas sus fuerzas. Sentía que solo aquellos brazos le proporcionaban el refugio que necesitaba para calmar su ansiedad. James le acariciaba el pelo con ternura intentando permanecer tranquilo a pesar de la clara preocupación que reflejaba su rostro.

—Debo contarte algo que decidimos anoche. Necesitamos saber tu opinión pues solo si tú lo deseas lo llevaremos a cabo.

—¿De qué se trata? —preguntó nerviosa.

—Tranquila, no es nada malo. Al contrario, creo que te va a alegrar el día. Anoche estuvimos todos de acuerdo en que necesitas la ayuda y el apoyo de una mujer. Sabemos que esto está siendo especialmente difícil para ti en tu estado, por lo que creemos que deberíamos hacerle saber a tu querida Annette lo que está sucediendo. Quizás pueda ayudarnos y reunirse con nosotros en algún lugar para darte fuerza y ánimos. ¿Qué te parece?

Sofía se puso de rodillas en la cama de inmediato.

—¿Lo dices en serio? Por favor, os lo ruego. Necesito a Annette más que nunca en mi vida. ¿De verdad creéis que nos podría ayudar?

—Eso mismo te pregunto yo a ti. Tú eres quien mejor la conoce. ¿Confías en su prudencia y discreción para ayudarnos sin levantar sospechas?

—Por supuesto, sin ninguna duda. Sé que quizás te llevaste una mala impresión de tu estancia en Nantes. Annette siempre ha sido una mujer muy alegre, activa y bromista, pero es una amiga fiel que sabe guardar secretos como nadie.

—Me alegro.

—La muerte de mi hermano pequeño fue un terrible y desafortunado accidente, pero siempre he sospechado que, de alguna manera, Adrien pudo verse involucrado en él sin pretenderlo. Su muerte le causó un daño terrible que aún no ha logrado superar y sé que Annette sabe algo que yo no sé acerca de aquel suceso.

—¿Estaba ella presente en el lugar del accidente?

—Sí, mi hermano y ella estaban juntos en ese momento, pero ella nunca quiso explicar lo que pasó con detalle. Te puedo asegurar que le he preguntado por aquello varias veces en varios momentos de nuestra vida y jamás ha dicho una sola palabra. Se puede confiar en ella sin dudarlo.

—Pues entonces, mientras te levantas y te preparas para bajar a desayunar, voy a hablar con tu hermano para decirle que estás de acuerdo. Es vital que decidamos cómo vamos a hacerle entender la urgencia de este

encuentro sin alarmarla antes de tiempo. Te veo en el salón dentro de un rato —dijo levantándose de la cama mientras le daba un tierno beso.

Se dirigió al salón principal confiado en encontrar allí a Adrien. Cuando llegó vio a los tres hombres sentados tomando un té.

—Buenos días. Perdonen la tardanza. Estaba con Sofía.

—No te apures, hijo, es necesario que ella esté serena y no lo hará si no estás a su lado —contestó el prior con cariño.

—La he puesto al corriente de nuestras intenciones de contactar con Annette y su respuesta, como no podía ser de otra forma, ha sido de entusiasmo y alegría.

—Pues que así sea. Pensemos en la mejor forma de comunicarnos con ella —ordenó Adrien.

—Enviarle una nota me parece algo arriesgado dadas las circunstancias. Creo que sería mejor hacerle una corta visita e intentar hablar con ella en privado —afirmó James.

—¿Y quién podría hacer esa visita? Contamos con muy poco tiempo —preguntó el prior.

—Yo —afirmó Adrien.

—Alexander y las personas a las que haya solicitado ayuda sospecharán que Sofía está junto a ti. Creo que es muy arriesgado.

—Amigo, ¿crees realmente que ese hombre ha ido contando que su mujer ha desaparecido? No lo creo. Estoy seguro de que habrá inventado alguna historia para justificar su ausencia en la casa.

—Yo creo que es probable que haya acudido a alguien para que le ayude, ¿no creen? —afirmó el prior.

—Puede ser, pero sospecho que será alguien al que haya pagado una buena suma de dinero para investigar —dijo Adrien.

—Mayor motivo para creer que ir hasta la casa familiar de los Dufour es arriesgado, ¿no crees? —preguntó Jérôme.

—No lo creo. Si alguien está vigilando esa casa lo que menos esperará es que me presente solo, sin protección. Verme allí puede hacerles creer que no tengo nada que ver con lo que está sucediendo con mi hermana.

—Pero Alexander sabe que fuiste tú quien se llevó a Sofía de su casa. Imaginará que está contigo.

—Sí, pero estoy seguro de que piensa que he escondido a Sofía en casa de algún familiar o amigo que desconoce. No me cree tan bobo como para llevarla a casa de Annette.

—No lo sé, amigo.

—Pensemos —pidió Adrien—. ¿Qué motivo tendría yo para ir hasta allí si estuviese huyendo con mi hermana? Alexander conoce la relación de amistad entre ellas. Es lo suficientemente inteligente para saber que jamás iríamos allí a escondernos. Mi presencia en casa de Annette solo reafirmará su idea de que Sofía se encuentra en otro lugar.

—No lo veo, amigo, lo siento, pero no lo veo claro —afirmó Jérôme preocupado.

—Yo coincido con él —dio Sofía entrando en el salón.

Todos se volvieron a mirarla.

—Buenos días, caballeros. Si no les importa, desearía unirme a la conversación.

—Buenos días, hija. ¿Has dormido bien? —preguntó el prior.

—Sí, padre, gracias. Muy bien, estoy en perfecto estado para ayudarles en lo que sea necesario —dijo mientras caminaba hacia una mesa para coger uno de los hojaldres de crema que la cocinera había preparado.

—Sofía, por favor, siéntate a desayunar con tranquilidad. Sabes que nuestro padre te regañaba por desayunar rápido y de pie.

—Cada día te pareces más a él —respondió riendo.

—Eso es porque cada día tú te pareces más a él también —dijo sonriendo.

—Cierto. Me sentaré a comer. Mientras tanto, sigamos pensando en otra forma segura de contactar con Annette porque no creo que tu presencia allí sea beneficiosa.

—Iré yo —dijo el prior.

—¿Usted? —preguntaron todos a la vez.

—¿Qué podría hacer un hombre como usted en la mansión Dufour? —preguntó Adrien confundido.

—No lo sé. Siempre podemos fingir un incidente en mi camino hacia otro lugar. Quizás esa muchacha sea de buen corazón y nos acoja durante esa noche. Estén seguros de que encontraría el momento de hablar con ella a solas y ponerla al corriente de todo.

Todos se miraron evaluando lo que acababan de oír sin decir nada.

—De ninguna manera —dijo Sofía—. No pienso dejar que se vea en una situación peligrosa.

—¿Por qué me iba a ver en una situación peligrosa? Soy tan solo un hombre de Dios que necesita ayuda en su viaje. No creo que eso levantase la sospecha de nadie. Además, nadie sabe de mi vinculación con ustedes.

—En eso tiene razón, padre —afirmó Jérôme—. Creo que el padre o yo mismo somos las opciones más seguras. Si lo desea, yo puedo hacer ese viaje. Tan solo necesitamos una excusa para mí.

—¿Usted conoce a Annette? —preguntó el prior.

—Sí, nos hemos visto varias veces en casa de la familia Mathieu y en alguna ocasión…

Aquella frase inacabada, junto con la mirada cómplice de Jérôme hacia mi hermano, me hicieron sospechar que guardaban algún secreto que desconocía.

—Sí, todos nos conocemos de nuestra infancia y adolescencia —afirmó mi hermano.

—¿Se puede saber qué ocultáis? —quiso saber Sofía.

—Nada —afirmaron los dos.

—Hermano, por favor, no debemos dejar cabos sueltos.

Ambos se miraron y tras unos segundos de silencio Adrien confesó.

—Lo siento, amigo, pero no sabes lo perspicaz y pesada que puede llegar a ser esta mujer.

—No pasa nada, es agua pasada —comentó Jérôme en un intento de zanjar el tema.

—Jérôme estuvo enamorado de Annette cuando era joven —confesó Adrien.

—¿Qué? —preguntó estupefacta—. ¿Cómo?

—¿Qué significa ese *cómo*? —inquirió Adrien.

—Me refiero que cuándo, cómo, dónde surgió ese amor.

—Detengamos esto aquí antes de que sea demasiado tarde. Fue tan solo un amor que me tuvo atrapado durante mi juventud, pero es algo que está perfectamente superado —concluyó Jérôme.

—Digamos más bien que fue un loco amor de adolescente —comentó Adrien.

—Sí… —respondió Jérôme sin querer entrar en detalles.

—¿Pero ella lo sabe? —Sofía no podía parar de preguntar.

—Sí lo sabe y jamás le importó —afirmó Adrien sonriendo.

—Amigo, todos tenemos amores no correspondidos, no me hagas recordar a…

—Dejemos el tema y volvamos a lo importante —dijo Adrien en tono tajante—. Si decidimos que Jérôme sea el que viaje hasta Nantes, debemos buscarle una buena excusa.

—¿Cuándo fue la última vez que se vieron? —preguntó James.

—Recibí la invitación de su boda para mí y dos de mis hermanas, pero no pude asistir por culpa de mi pierna. Por aquella época me acababa de someter a una nueva intervención.

—¿Y ellas asistieron?

—No, tampoco pudieron hacerlo. Una de ellas estaba de viaje por Alemania y mi hermana pequeña Marie estaba estudiando en Inglaterra.

—Pues pongamos como excusa que te diriges a algún lugar y que, sabiendo que la mansión Dufour está de camino en tu ruta, has decidido ir hasta allí para disculparte en nombre de tu familia por no haber asistido al enlace y poder así felicitarla en persona —dijo Sofía intentando que sonase convincente.

—Bueno, es una excusa poco elaborada, pero Annette siempre recibe las visitas con entusiasmo. Le alegrará verte después de tanto tiempo y comprobar que estás bien después del accidente —afirmó Adrien.

—Yo no conozco a esas personas, por lo que no tengo más remedio que confiar en su criterio —afirmó el prior.

—Sí, creo que podría cuadrar —dijo Jérôme pensativo.

—Lo único que me preocupa es tu pierna, amigo. No deseamos

importunarte más. Quizás el viaje te cause molestias.

—No os preocupéis, esta maldita pierna me molesta a todas horas, haga lo que haga, pero no pienso dejar que me coarte la vida más de lo que ya hace.

—De acuerdo, ¿cuándo podrías partir? —preguntó Adrien.

—Cuando deseéis. Podría partir mañana mismo a primera hora. Con un poco de suerte estaría allí en dos días.

—De acuerdo, preparemos todo y decidamos lo que le vas a contar a tu llegada. No debes confesarle dónde estamos, tan solo que Sofía necesita su ayuda urgente y que debe intentar mantenerlo oculto a su esposo. Le indicarás un sitio al que debe acudir donde alguien la recogerá para llevarla a otro lugar.

Sofía se emocionaba de ver los esfuerzos que hacía su hermano para ayudarla.

—Ahora solo toca decidir si permanecemos aquí hasta la vuelta del señor De la Roche y la llegada de Annette o si debemos refugiarnos en otro lugar más seguro —dijo James.

—Creo que lo más sensato sería aguardar aquí —insistió el prior.

—Yo estoy de acuerdo. No creo que sea conveniente para Sofía volver a viajar tan pronto. Esperaremos a que regrese con noticias —indicó James.

—Pues si no hay nada más de lo que encargarse, Jérôme y yo tenemos muchas cosas de las que ocuparnos —señaló Adrien.

—Si nos disculpan, estaremos en mi despacho. Que tengan buen día.

Sofía, James y el prior aprovecharon la mañana para salir a pasear y a tomar el aire mientras Adrien y Jérôme organizaban el viaje. Pasar el día juntos, sin contratiempos, la ayudó a relajarse y recuperar algo de color en sus pálidas mejillas. Ella disfrutaba especialmente de la agradable compañía e interesante conversación del prior. Era un hombre realmente entrañable que lograba con tan solo su tono de voz infundir una paz infinita.

A la hora de la cena, todos volvieron a reunirse, pero decidieron no sacar el tema de nuevo y disfrutar de la comida con tranquilidad. Esperaban que la visita de Jérôme a Nantes iluminase la oscuridad en la que se hallaban.

32

Como estaba previsto, Jérôme llegó a la mansión Nantes dos días después de su partida. Durante todo el trayecto sopesó distintas excusas, pero ninguna le sonaba natural. El amor que sintió por Annette fue algo que quedó muy atrás en su pasado; sin embargo, no podía evitar sentirse nervioso ante su reencuentro. Hacía muchos años que no se veían y le intrigaba saber cómo le recibiría ella ahora que era una mujer casada. Ella siempre le había rechazado con gracia y soltura. Imaginaba que no le guardaría ningún rencor a pesar de haber sido demasiado insistente en alguna ocasión, aunque recordar aquellos años en los que la pasión era una bandera en su vida le ponía melancólico. «¡Qué años aquellos!», pensó mientras sonreía consciente de que su vida jamás volvería a ser la misma. De alguna manera, se alegró de haber cambiado. Aquel joven aventurero y apasionado ya no tenía cabida en su vida y era mejor dejarlo en el cajón de los recuerdos.

Llegó a la mansión Dufour al mediodía. Rezó para que Annette se encontrase en la casa en ese momento. Ordenó al cochero detener el carro nada más acceder a la propiedad para pedirle que se acercase al puesto del guarda. Allí debía decir que se trataba de un amigo de la familia que se pasaba a saludar en su ruta a otra ciudad.

El guarda, tras observar el carruaje durante unos instantes, accedió a dejarlos pasar. Cuando llegaron a la puerta principal, el ama de llaves les hizo esperar hasta informar a su señora de la visita. La espera se alargó un poco más de lo que esperaba, algo que impacientó a Jérôme. ¿Y si se negaba a atenderle por no haber informado de su visita? Cuando su ánimo empezó a decaer, la puerta de la casa se abrió y apareció ella con cara de sorpresa. Mientras esperaba con paciencia de pie junto al carro, sintió como ella le observaba desde las escaleras que llevaban al interior de la casa. Unos minutos después, se acercó más y con una media sonrisa en la cara le dijo:

—¡No me lo puedo creer!, el mismísimo Jérôme de la Roche apareciendo en mi puerta.

—Buenas tardes, Annette. Disculpa mi atrevimiento. Sé que no es apropiado presentarme así, pero me dirijo a casa de un amigo en Vertou y he decidido desviarme un poco de mi ruta para visitarte y presentarte mis

disculpas por no haber podido acudir a tu boda.

Annette le observaba sin decir nada intentando parecer molesta, pero, tras unos minutos, donde ninguno de los dos pronunció palabra, ella sonrió y se acercó a saludarle.

—Jérôme, dejémonos de formalismos. Estaba intentando tomarte el pelo. Sé perfectamente que no pudiste acudir a mi boda debido a tu accidente. No sientas apuro por ello. Me alegro mucho de comprobar que estás bien. Nos preocupamos mucho por ti cuando supimos lo que te ocurrió en aquel viaje.

—Sí, fue un desgraciado incidente que me dejó como ves, lisiado y atado a este odioso bastón.

—No exageres, si no te fijas apenas se nota nada. Sigues teniendo buena planta.

Ambos sonrieron.

—Por favor, no te quedes ahí, pasemos dentro. Preparen algo de comer para el señor De la Roche. Estoy segura de que agradecerá una buena comida y un té caliente tras el viaje.

—Muchas gracias.

Entraron en el interior de la casa y se dirigieron al salón principal.

—Toma asiento. Enseguida te servirán la comida.

—No te molestes, no necesito gran cosa. No quisiera importunarte con mi inesperada visita.

—No me molestas, en absoluto, no tengo nada especial que hacer estos días.

—¿Tu marido se encuentra en casa?

—No, está en nuestra galería haciéndose cargo de una exposición que estamos preparando sobre el arte egipcio.

—Muy interesante, como todas vuestras exhibiciones.

Jérôme valoró rápidamente la oportunidad que le brindaba aquel encuentro a solas. Quizás más tarde sería complicado poder tener un encuentro privado, sin embargo, le parecía demasiado apresurado contarle todo nada más llegar. Decidió que sería mejor intentar levantar en ella la curiosidad.

—Acabo de estar con Adrien Mathieu. Hemos pasado unos días muy agradables juntos en París.

—¿Sí? Me alegra saber que os habéis visto. ¿Te ha contado algo acerca de Sofía? Estoy un poco preocupada por ella. Hace más de una semana le escribí una carta y aún no he recibido respuesta.

Aquello le pilló por sorpresa. ¿Debía ponerle al corriente de todo aprovechando la oportunidad que le acababa de brindar con su pregunta?

—Pues… la verdad, no hemos hablado de ella —dijo sin atreverse a relevar aún el motivo de su visita.

—Vaya, aunque me tranquiliza que así sea. Imagino que si le hubiese pasado algo él lo sabría, ¿verdad?

—Cierto.

—Es que tengo el presentimiento de que algo le ocurre, por lo que estoy pensando en hacerle una visita la semana que viene. Creo que esta noche le enviaré una nota anunciando mi visita.

Había llegado el momento.

—Annette, verás, me sabe mal haberme presentado así, pero tengo algo urgente de lo que hablar contigo y necesito hacerlo ya. Siento la premura, es algo que atañe a Sofía que creo debes saber. Necesitamos tu ayuda, pero debes prometerme que mantendrás a tu esposo fuera de esto. Nadie debe enterarse.

—Por favor, me estás asustando de verdad. ¿Le ha ocurrido algo malo a Sofía? ¿Qué es eso tan urgente de lo que debes hablarme?

—Necesito que estemos totalmente a solas, asegúrate de que no entra nadie del servicio.

Annette cerró las puertas del salón no sin antes indicarle al alma de llaves que no deseaba ser molestada.

—Cuéntame. Me has dejado muy preocupada. Espero que mi querida Sofía esté bien.

—No puedo contarte demasiados detalles. Creo que debe ser ella quien te los cuente, pero tan solo te pido que confíes en mí.

—Por supuesto.

—Vengo en nombre de Adrien. Quería haber venido él mismo a solicitar tu ayuda, pero hemos convenido que no era seguro que lo hiciese, por lo que…

—¿*Seguro*? ¿Tan grave es la situación para que una visita a mi casa no sea segura? Me estás angustiando de verdad.

—Solo te puedo contar que Sofía ha huido de su casa y que se encuentra en un lugar a salvo junto a su hermano y otras personas más.

—¿Huir de quién?

—Eso no puedo decírtelo ahora. Debes confiar en mí. El motivo de mi visita es que necesitamos que te reúnas con nosotros en un lugar secreto para que visites a Sofía. Te necesita en estos momentos.

—¿Qué le ocurre?

—No puedo decírtelo. Tan solo necesito que me dejes pasar aquí la noche con la excusa que te he dado. Mañana partiré de nuevo hacia mi supuesto destino. Sin embargo, cambiaré mi ruta y regresaré al lugar donde Sofía y Adrien se encuentran. Es preciso que busques una excusa para ausentarte unas semanas sin que tu marido sospeche nada. Yo te indicaré a dónde debes acudir. Allí te esperará una persona que te llevará con nosotros.

Annette le miraba sorprendida. No podía creerse lo que le contaba su viejo amigo.

—Quizás no quieras ayudarnos. Disculpa mi osadía. He dado por sentado que accederías a prestarnos tu apoyo.

—Por supuesto. Si Sofía me necesita allí estaré yo para ayudarla —dijo tras unos segundos en silencio.

—Gracias, de verdad. Es un asunto muy delicado. Como ves, han recurrido a mí también porque están desesperados de verdad.

—Déjame que ponga al día un par de asuntos que tengo pendientes y te aseguro que en dos días tendré todo preparado para salir de viaje.

—Recuerda, por favor, que tu marido no debe saber nada.

—Tranquilo, está acostumbrado a mis salidas y entradas. No me será difícil encontrar una excusa para ausentarme. De hecho, tenía un viaje programado para dentro de un mes para visitar a uno de mis hermanos que ha sido padre hace unos días. Creo que mostrarme entusiasmada con la idea de conocer a mi pequeño sobrino me dará la cobertura que necesito para poder adelantar el viaje.

—De acuerdo. Esta es la dirección a la que deberás acudir. Por favor, no pierdas este papel ni dejes que nadie lo vea.

Annette lo miró con detenimiento.

—¿Agny? ¿Qué hay allí? Nunca he estado en ese lugar.

—Ese no es el destino final. Deberás ir hasta la única posada que hay y esperar allí a la llegada de otro carruaje que te recogerá.

—De acuerdo.

—A partir de ahora, no hablemos más de este asunto e intentemos comportarnos con normalidad para no levantar sospechas en tu esposo.

—Me parece bien.

—Mañana a primera hora partiré. Gracias, Annette, de corazón, por brindarnos tu ayuda. La situación es muy delicada y tu amiga te necesita realmente.

—Estoy deseando poder verla. No voy a poder soportar la espera. Me muero de pensar que le haya pasado algo malo.

—No, tranquila, ella está bien, pero se encuentra en una situación muy seria de la que no sabemos cómo salir.

—De acuerdo. Ahora come algo y descansa. Luego nos pondremos al día sobre tu vida estos últimos años. Te dejo tranquilo un rato.

Durante la cena se encontraron con Pierre, quien no se alegró de igual forma ante la inesperada visita. No obstante, agradeció la agradable compañía que Jérôme le ofreció y pudo relajarse tras un intenso día de trabajo en la galería de arte. Todos decidieron retirarse a descansar temprano. Jérôme se excusó de nuevo por su no anunciada visita y agradeció a la pareja su hospitalidad. Antes de marcharse, miró con sigilo a Annette quien, con un gesto con la cabeza, le indicó que todo estaba bajo control y que podía irse a descansar tranquilo.

Ella, por su parte, no tardó en hacerle saber a Pierre su necesidad de viajar de inmediato a conocer a su sobrino. Este no pareció sorprenderse ante su deseo y accedió a su petición. Pese a que Annette insistió en dejarle claro que no sabía cuándo regresaría, aquello no le inquietó lo más mínimo, puesto que estaba muy ocupado con la organización que tenía entre manos. Annette se sintió aliviada aunque un poco molesta ante el claro desinterés que

mostraba su marido por su ausencia. Debía concentrarse en ayudar a Sofía. Ya trataría ese tema con él a su regreso.

Por la mañana temprano y tras despedir a Jérôme, se dispuso a organizar todo lo necesario para una larga estancia. Aquel viaje a un lugar desconocido la habría entusiasmado en otro momento; sin embargo, temía que el problema que tenían ente manos era más grave de lo que quizás imaginaba. Tan solo un día después se despidió de su esposo y partió hacia aquel extraño lugar llena de angustia e incertidumbre.

33

Jérôme regresó a la mansión unas horas antes de lo previsto y alivió la angustia que sentían desde su partida. Entró en la casa con una gran sonrisa.

—Amigo, ¿has conseguido convencer a Annette para que nos preste su ayuda en tan poco tiempo? —preguntó Adrien con impaciencia.

—No ha hecho falta insistirle. En cuanto supo que Sofía la necesitaba, dijo sí a todo lo que le pedí.

Oír esas palabras emocionó a Sofía. Su querida Annette le demostraba una vez más su amor y lealtad.

—Según me hizo saber, saldría de viaje en un día o dos hacia el lugar que le indiqué en la nota. No sé si habrá conseguido organizar todo lo necesario, pero si es así, debería llegar mañana por la tarde.

—Partiré de inmediato para encontrarme con ella —afirmó Adrien.

—Te lo agradezco, mi rodilla necesita de un descanso urgente.

—Por favor, no pretendemos molestarte más. Te agradecemos la ayuda prestada de todo corazón.

—No es nada, tú siempre has estado a mi lado en los momentos menos buenos y ahora me toca a mí devolverte los favores.

—Gracias, Jérôme, de verdad. No sabes lo importante que está siendo tu ayuda para nosotros. No tengo forma de poder agradecerte lo que estás haciendo —dijo Sofía con lágrimas en los ojos.

—No hay nada que agradecer, de verdad. Para esto estamos los amigos. Si no nos ayudamos en los malos momentos, ¿cuándo lo haremos? Solo espero que podamos liberarte de esta situación y que puedas vivir tu vida en libertad junto con James y criar a vuestro hijo con tranquilidad.

—Siempre le estaremos agradecidos, señor De la Roche —repuso James.

—Por favor, llámeme Jérôme. Lo de señor es demasiado serio para mí.

—Gracias, Jérôme —repitió James con una sonrisa.

—Bueno, descansad hoy. Yo partiré esta misma tarde. No os asustéis si tardamos en regresar. Quizás se haya visto obligada a retrasar algunas horas su viaje. No olvidemos la urgencia de nuestra petición.

—¿Habéis decidido a dónde iréis tras la llegada de Annette? —preguntó Jérôme.

—Aún no. Estamos valorando viajar hasta Italia, pero dependerá de la opinión de Annette. Esperemos a que ella llegue para tomar esa decisión.

Sofía se sentía ansiosa por reencontrarse con su amiga. James y el prior intentaban, sin mucho acierto, entretenerla con lecturas y anécdotas, pero ella tenía la mente en otro lugar. Sabía que tendría que confesarle todo a Annette y no estaba segura de si se ofendería por no habérselo contado antes. ¿Se enfadaría con ella por haberle negado un sentimiento hacia James? ¿Sentiría que no confiaba en ella cuando le negó que existía algo entre ellos? Sabía que no había sido honesta y que la había juzgado mal al pensar que la delataría frente a todos. Sin embargo, Annette venía a su encuentro para ayudarla sin pedir explicaciones previas. Debía pedirle perdón por su comportamiento en cuanto llegase. Esa noche no pudo conciliar el sueño. Se sentía muy inquieta por lo que ni el té, que tan cuidadosamente le preparó James, consiguió calmar sus nervios. Se levantó muy temprano para despedir a Adrien, quien, como de costumbre, la regañó por haberse levantado al alba. Le hizo prometer que regresaría lo más rápido posible con su amiga mientras él le pedía que obedeciese a James y al prior en todo lo concerniente a su descanso.

Pasaron todo el día refugiados del frío del exterior en el gran salón. Había amanecido un día húmedo y gris que no les ayudaba a distraerse. James, viendo el estado de nerviosismo de Sofía, le pidió ayuda para clasificar unas plantas que había encontrado en el jardín y que quería llevarse consigo cuando dejasen aquel lugar. Aquella tarea consiguió entretenerla durante un largo rato, pues aparte de clasificarlas por su forma y uso terapéutico, debían conservarlas en unos tarros que encontraron en la cocina, etiquetarlas y guardarlas en un lugar seco y oscuro. Mientras ayudaba a James, el prior les explicaba los numerosos usos que aquellas plantas tenían y pidió a Sofía que los anotase en una libreta para que comprendiese que aquellos conocimientos le podrían ser útiles cuando naciese el bebé y James no estuviese presente. Aprender junto a ellos la fascinó y logró despertar en ella la curiosidad por seguir aprendiendo acerca del maravilloso mundo de las plantas medicinales.

Durante la cena, el prior Adams volvió a dar una clase magistral sobre botánica a Jérôme. Este le escuchaba fascinado. Todos le escuchaban atentos cuando sintieron la llegada de un carruaje. Sofía se levantó de la mesa a toda prisa con la intención de salir corriendo a la puerta, pero aquel entusiasmo la provocó una fuerte sensación de mareo, por lo que necesitó volver a sentarse.

—Sofía, no puedes levantarte así o te caerás redonda al suelo —la recriminó James.

—Lo siento, lo siento, pero no lo he podido evitar. Necesito comprobar que son ellos.

—Tranquila, si son ellos en unos minutos entrarán y podrás verlos —afirmó James—, por favor, permanece sentada. —Ella lo hizo pues la sensación de mareo no había desaparecido del todo.

Unos minutos más tarde, Adrien apareció por la puerta, aunque no ver a Annette junto a él la dejó sin palabras.

—Buenas noches a todos —murmuró Adrien.
—¿Dónde está Annette? —preguntó asustada.
Adrien la miró con semblante serio. Su gesto los inquietó, pero, tras unos segundos, sonrió.
—Ya sabéis cómo es ella. Lleva varios minutos intentando deshacerse de su sombrero de última moda con la ayuda del ama de llaves. Está en la entrada principal.
Esta vez no se pudo resistir, se levantó con cuidado y se apoyó en James, a quien le pidió que la acompañase. No hizo falta salir del salón, puesto que unos segundos después, Annette apareció en el salón.
—Sofía, cariño, ¡cuánto me alegro de ver que estás bien!
Las dos fueron corriendo a abrazarse.
—Ay, Annette, querida amiga, ¡cuántas ganas tenía de verte! Me haces tanta falta ahora mismo que…
—Pero ¿qué es lo que te pasa y qué hacéis todos aquí escondidos?
Annette paseó la mirada por toda la estancia observando a todos los allí presentes para detenerse en James y en el prior.
—Padre, me alegra volver a verle. No sabía que estaba aquí. Cada vez entiendo menos lo que está ocurriendo.
—Buenas noches, Annette, encantado de volver a verla. Gracias de antemano por venir a ayudarnos.
Annette los observaba sin encontrar las palabras para describir la confusión que sentía.
—Déjame que te presente al prior Abraham Adams —dijo Sofía.
—Buenas noches, padre. Encantada de saludarle
—Igualmente, hija. Gracias por venir.
—De nada. ¿Alguien puede explicarme qué está pasando aquí? ¿Sofía, qué te ocurre? ¿Estás bien? La visita de Jérôme me inquietó mucho. Por favor, cuéntame.
—Queridas, creo que es mejor que os dejemos tranquilas para que podáis hablar —indicó Adrien.
—Cariño, ven, tengo que contarte algo muy importante —dijo Sofía mientras se sentaban cerca de la chimenea.
—Sofía, estoy asustada, de verdad. ¿Estás en peligro? Por favor, te lo ruego, cuéntame qué te ocurre de una vez.
—Tranquila, te lo contaré todo. Pero primero deseo pedirte perdón.
—¿Perdón? ¿Por qué?
—Sé que no he sido honesta contigo desde hace algún tiempo y quiero que sepas que no fue por ti, es solo que…
—¿Qué? Ay, Sofía, habla de una vez.
—Te negué una y otra vez mis sentimientos hacia James… quiero decir hacia el padre James —corrigió un poco apurada.
—¿Estás enamorada del padre Wilcox?
—Sí.

—Ya lo sabía. ¿Ese es todo el problema? Dime que no o te mato aquí mismo.

—No, no, ojalá. El caso es que… él también está enamorado de mí y…

—También lo sabía, era obvio.

—¿Sí?

—Muchísimo. Y sabes que te lo dije en su momento, pero no te apeteció escucharme.

—Lo sé, bueno, el caso es que… durante la estancia en tu casa aquella vez, él y yo tuvimos un encuentro… digamos, íntimo.

—¿Qué? ¿En mi casa?

—Sí, lo siento, no fue correcto y desde luego estaba fuera de toda moralidad, pero no lo pudimos evitar.

—No lo digo por eso, lo digo porque… ¿fuiste capaz de ocultarme algo así? ¡Lo sabía, sabía que había ocurrido algo con vosotros cuando regresé de aquel corto viaje! Lo noté en vuestra actitud.

—Sí, ocurrió, pero el efecto no fue el deseado. Como comprenderás, aquello le supuso un gran dilema moral a James y…

—¿James? ¿Existe ya tanta confianza entre vosotros para referirte a él con tanta familiaridad?

—Sí.

—¿Ha pasado más veces?

—Sí —dije tajante y algo avergonzada.

—¿Qué? ¿En serio? ¿Has tenido más encuentros íntimos con él? ¿Y él accede a eso?

—Annette, no es lo que tú piensas, de verdad… Estamos enamorados y hemos decidido estar juntos y luchar por nuestro amor.

Annette se mantuvo en silencio durante unos minutos.

—¿Sois una pareja? ¿Y qué pasa con tu marido?

—Ese es el gran problema.

—Entiendo.

—Pero aún hay más. Hay otro problema añadido que ha complicado bastante las cosas.

—¿Cuál? ¿Os ha descubierto?

—Estoy embarazada.

Annette se levantó con brusquedad del sofá en busca de un poco de agua.

—Amiga, por favor, no me juzgues. Ha ocurrido sin pretenderlo. Nos amamos de verdad y estamos luchando por poder estar juntos…

—¿Que no te juzgue? No lo hago. Si lo que quiero es matarte por haberme mantenido al margen de esta historia. Por favor, necesito todos los detalles y no te atrevas a dejarte ninguno por el camino.

—Todo surgió casi sin pretenderlo, pero aquí estamos, huyendo de mi marido.

—¿Cómo se ha enterado Alexander? No me digas que os pilló en pleno…

—Calla, mujer, calla, no. Eso hubiese sido mi muerte. Recibió una nota escrita por un remitente anónimo informándole de nuestra relación.

—Esa información me inquieta. ¿Quién ha podido ser y por qué? No conozco a nadie que sienta ningún tipo de odio semejante hacia vosotros para haceros algo así.

—No lo sé, eso es algo que tendremos que averiguar más adelante. Pero el caso es que ahora nos vemos en una situación muy delicada. Mi marido me encerró durante dos días en mi habitación cuando se enteró. Incluso se atrevió a golpearme.

—¿De verdad? Malnacido.

—Tuvo que ser mi hermano con la ayuda de James quien me sacó de esa casa a la fuerza. Desde entonces estamos escondidos aquí, creemos que está intentando encontrarme para obligarme a volver con él.

—¿Sabe que estás embarazada?

—No, y espero que no lo averigüe.

—No existe ninguna duda posible de que el hijo sea del padre James, ¿verdad?

—Ninguna. Y, por favor, no le llames padre James, que nos hace sentir incómodos. Con James está bien.

—¿Sigue ejerciendo de sacerdote? —preguntó confusa.

—No, está intentando que le concedan una licencia para poder refugiarse en la Iglesia anglicana y poder así continuar con su labor, pero junto a mí y nuestro hijo.

—¿Eso es posible?

—Eso cree el prior Adams. Es como un padre para James.

—¿De verdad que Alexander se atrevió a lastimarte?

—Sí, y Dios sabe qué más se hubiese atrevido a hacerme. Jamás había visto semejante ira en él. Parecía otra persona, Annette. No te imaginas el miedo que pasé aquellos días.

—Desgraciado. ¿Y qué pensáis hacer con respecto a él? Si reaccionó así, está claro que no te va a permitir separarte de él.

—Lo sabemos, por eso estamos intentando huir a otro lugar para poder ganar algo de tiempo mientras hallamos una salida.

—Eso va a ser muy complicado, cariño. ¿Y qué pasa si te encuentra?

—No lo quiero ni pensar. Me muero solo de pensarlo.

—Tu hermano está al corriente de todo, ¿verdad?

—Sí, no tengo forma de poder agradecerle toda la ayuda, ánimo, protección y amor que me está dando.

—Te adora, ya lo sabes.

—Sí, pero no sabía que me quería tanto hasta ahora.

—Estoy segura de que no permitirá que Alexander te lleve con él. Es capaz de cualquier cosa para evitarlo. Confía. Seguro que tiene algo planeado.

—Eso espero, amiga, eso espero.

—¿James te hace feliz?

—No sabes cuánto. Me cuida, me respeta, me mima, con todo su corazón.

—¿No ha tenido dudas de vuestra unión nunca?

—Sí, se lo ha negado muchas veces. De hecho, hubo un tiempo en el que me pidió que me alejase de él, pero poco a poco hemos comprendido que nuestro amor es más fuerte que cualquier obstáculo.

—Ay, amiga, qué feliz soy de oírte decir esto. Ya sabes que nunca aprobé tu matrimonio con ese vejestorio aburrido y soso, pero nunca pensé que le cambiarías por un cura.

Ambas se rieron.

—Yo tampoco imaginé esto en mi vida, pero el amor es así y cuando llega no avisa.

—Ya lo creo.

—¿Y cómo llevas el embarazo? ¿Te encuentras bien?

—Sí, estoy bien a excepción de algunas molestias normales. James me cuida mucho.

—¿Y de cuánto estás?

—De muy poco. Aún no he podido hacerme un chequeo completo, pero calculo que de apenas dos meses.

—¿Dos meses? Esa fecha está cercana a mi boda.

—Sí —respondí avergonzada.

—¿Pasó algo entre vosotros durante mi boda?

—Sí, lo siento.

—No me lo puedo creer. Has estado viviendo momentos locos de pasión con ese hombre delante de mis narices y yo sin darme cuenta. Eres increíble, amiga.

—¿Qué querías que hiciese? ¿Ir pregonándolo por ahí?

—No, pero al menos que me hubieses puesto al corriente al volver.

—Lo siento, de verdad, pero estaba muy superada por lo que estaba viviendo. No sabía cómo manejar mis sentimientos, los remordimientos… estaba asustada.

—Bueno, te perdono. Pero, por favor, en este tiempo que vamos a pasar juntas, prométeme que me vas a ir contando todos los detalles de tu relación.

—¿A qué te refieres con todos los detalles?

—Sofía, por favor, no me enfades más. Me refiero a todos los detalles sobre tu relación y sobre ese hombre. No puedo evitar sentir curiosidad por cómo se entrega un hombre así.

—Annette, por favor, no empieces. No voy a darte detalles íntimos de nada.

—Bueno, ya veremos. Ahora, vayamos a descansar. Estás muy pálida. Creo que te irá bien dormir un rato. No queremos que a nuestro sobrino le ocurra nada malo.

—Estoy bien, pero es verdad que desde hace unos días me siento muy cansada y con mucho sueño.

—Normal, cariño, normal. Venga, te acompañaré a tu habitación.

—Quédate a dormir conmigo esta noche, por favor.

—Pero ¿no le molestará al padre… perdón, a James?

—En absoluto. Sabe las ganas que tenía de tenerte a mi lado.

—Está bien. Me apetece mucho dormir contigo, como hacíamos antes. Pero prométeme que mañana me contarás alguna cosilla más sobre tu amor prohibido.

—Eres increíble —dijo suspirado.

—Sí, sí, increíble, pero al final, la que está viviendo un amor de novela eres tú.

Aquellas palabras las hicieron de nuevo sonreír. Estar juntas fue el mejor regalo que Sofía pudo recibir para poder sobrellevar todo lo que estaba por venir.

34

Sofía se levantó de la cama animada y dispuesta a disfrutar de la mañana junto con su amiga. El día amaneció especialmente soleado para la época del año en la que se encontraban, así que decidió arreglarse un poco más que en los días previos para poder salir a pasear por el maravilloso jardín de la casa.

Annette, que ya se encontraba en el salón principal esperando a que se sirviese el desayuno, se acercó a Adrien en cuanto le vio aparecer.

—Adrien, creo que tenemos que hablar urgentemente antes de que aparezca Sofía. ¿Podemos charlar en privado?

—Por supuesto. Ven conmigo.

Ambos se dirigieron a un despacho anexo al salón.

—Dime, ¿qué te inquieta?

—¿Me preguntas qué me inquieta? Adrien, por favor, no me tomes el pelo.

—Pensé que se trataba de algo personal. Dime, ¿de qué hablaste anoche con Sofía? ¿Hasta dónde te ha contado?

—Pues… me contó que tiene una relación con el sacerdote, que está embarazada de él y que ha huido de Alexander porque él la está buscando. ¿Te parecen motivos suficientes para que no haya pegado ojo en toda la noche?

—Desde luego que sí. En esa situación nos hallamos hace ya unas semanas. ¿Qué te parece todo esto?

—Pues si te soy sincera eso es lo que quería preguntarte a ti. ¿Ves con buenos ojos esta relación?

—Al principio me pareció una locura, la verdad, pero ahora lo acepto de buen grado.

—Me sorprende.

—¿Por qué? Sabes que adoro a mi hermana y que la apoyaría en cualquier cosa que decidiese hacer en su vida.

—Lo sé, no es eso lo que me sorprende, sino que aceptes sin preocupación su relación con ese hombre.

—¿Te refieres a que es sacerdote?

—Sí.

—Sabes que nosotros no somos demasiado religiosos ni vivimos pendientes de las apariencias.

—Lo sé. No es por el simple hecho de ser sacerdote. Me refiero a…

—¿Te refieres a su situación económica?

—Exacto. No quiero sonar pedante, pero Sofía está acostumbrada a tener una vida cómoda y el padre James no creo que pueda proporcionársela. No me gustaría ver a mi amiga llevando una vida de escasez.

—Te entiendo. Al principio ese fue el pensamiento que cruzó mi mente, pero en cuanto pude hablar con ella, comprobé que eso es algo que ella no está valorando ni por un instante. Cuando los ves juntos entiendes que el amor lo compensa todo y llena todos los posibles vacíos de tu vida.

—¿Tú creyendo en el amor verdadero? Señor Mathieu, creo que me debe una larga charla en la que me cuente todo lo que ha vivido en los últimos años o pensaré que le han cambiado por otro hombre.

—Yo no he dicho que crea en el amor verdadero, eso te lo dejo a ti y a tus novelas. Tan solo digo que cuando estás con ellos puedes sentir el amor que sienten el uno por el otro, así que no me ha quedado más remedio que meterme en este lío para poder ayudarles.

Annette le observaba sorprendida y con una ligera sonrisa en los labios.

—¿Tú no apoyas esta relación? —preguntó Adrien con sorpresa.

—Sí, sí, por supuesto. Supe que había algo ocurriendo entre ellos desde el primer momento en el que los vi, aunque Sofía me lo haya negado una y mil veces. Pero no puedo evitar sentir preocupación. ¿Qué van a hacer? ¿Dónde van a vivir y de qué?

—James pretende seguir ejerciendo el sacerdocio en otro lugar como pastor anglicano. Quizás lo consiga.

—Quizás. Pero…

—¿Pero... qué? ¿Qué te inquieta? Dilo de una vez, Annette, por Dios. No tenemos toda la mañana.

—¿Cómo van a vivir su relación si ella está casada? Aunque James sea admitido en otra iglesia, ¿eso en qué afecta a su matrimonio? ¿Habéis hablado con Alexander?

—Sí, cuando saqué a mi hermana de esa casa le prometí que jamás permitiría que ella volviese allí ni a su lado y pienso cumplirlo.

—¿Sabéis si ha denunciado la huida de Sofía? Si lo ha hecho estamos ante un serio problema, porque ya sabes lo que implica.

—Lo sé, lo sé. Por eso fuimos en tu busca. Necesitamos tu ayuda para seguir ocultos hasta encontrar una salida.

—Entiendo que necesitamos esconderlos en algún sitio, pero ¿en Francia o en otro país?

—Si puede ser en otro país, mejor. Perdona por ser tan directo, Annette, pero la situación lo requiere. ¿Tu familia nos daría refugio en vuestra casa de Italia?

—¿Italia? ¿Y cómo pretendéis llegar hasta allí?

—No lo sé aún.

—Por supuesto. No creo que haya ningún inconveniente.

—¿Alguno de tus hermanos viaja allí a menudo?

—No, mi hermano Thierry es el único que suele viajar allí en verano, pero acaba de tener su primer hijo, por lo que no creo que este año se anime a hacer un viaje tan largo.

—¿Y tu otro hermano?

—No, no le gusta el clima de Italia, prefiere lugares más fríos. Además, ya sabes que vive por y para su trabajo. Ahora es profesor en la universidad de Hamburgo.

—¿Crees que podrías tener lista la casa en un par de semanas?

—Por supuesto. No hace falta que avise de nuestra llegada, ya que la casa está continuamente cuidada por una familia que mi padre contrató hace ya muchos años. Todo estaría listo en un par de horas tras nuestra llegada.

—De acuerdo. Tras el desayuno daremos la noticia a los demás y decidiremos cuándo partir. Debe ser rápido. No me fio de Alexander. Estoy convencido de que nos sigue de cerca.

—¿Y qué pasa si nos encuentra?

—Que tendrá que matarme para llevarse a mi hermana y déjame decirte que morirá en el intento.

—Adrien, por favor, no digas barbaridades.

—No lo son. No voy a permitir que le haga daño. Cuando llegué a su casa y vi el estado en el que tenía a mi hermana, encerrada en esa habitación, sin apenas comer, deshidratada y agotada de tanto llorar y gritar casi muero. No me podía creer lo que estaban viendo mis ojos.

—Entiendo, me cuesta imaginarme algo así por parte de Alexander. Siempre ha hecho gala de ser un hombre respetable, tranquilo y sensato.

—Hasta que le han puesto a prueba. Todos albergamos luces y sombras, querida.

—¿Hasta el punto de golpear a su mujer?

—Hasta ese punto y vete tú a saber qué más.

—¿Y qué piensas hacer al respecto para evitarlo, Adrien? No quiero sonar pesimista, ya sabes que no suelo dejarme llevar por el miedo, pero él puede ejercer sus derechos como marido y nosotros poco podremos hacer al respecto.

—Te he dicho que no lo voy a permitir.

—Sé que lucharás con uñas y dientes para proteger a tu hermana… ¿Qué pasará si no puedes?

—Annette, por favor, ¡no sigas! Lo haré, aún no sé cómo, pero lo lograré. En este punto lo único que me preocupa es la seguridad de mi hermana. Si tengo que llevármela conmigo a vivir a cualquier otro país en otra punta del mundo, lo haré.

—¿Y qué pasa con James? No parece convencido a renunciar a su cargo…

—Tendrá que decidir qué es más importante para él.

Ambos se miraron con preocupación.

—Nunca permitiré que Alexander se acerque a ella. Vi la furia en sus ojos. Estoy seguro de que, si lo hace, le hará pagar esta traición.

—Maldito sea. Si llego a presenciar esa escena que me has descrito, le habría sacado los ojos allí mismo.

—No creas que no me dieron ganas de hacerlo, pero James me detuvo a tiempo.

—¿Y cuál es tu plan para evitar que nos encuentre? Nadie puede esconderse eternamente.

—Matarlo.

—¿Perdón?

—Matarlo.

—¡¿Estás hablando en serio, Adrien?!

—Muy en serio.

—Pero… ¿estás loco? ¿Cómo vas a hacer algo así? Si te detienen solo añadirías dolor a la precaria situación de tu hermana.

—Annette, ¿prefieres ver a tu querida amiga golpeada, herida y humillada por un marido despechado?

—Por supuesto que no.

—¿Qué harías si presenciases semejante escena?

—Le mataría yo misma.

—Eso es, pues te aseguro que esa es la única opción eficaz con la que contamos.

—Pero es una locura, Adrien. ¿Cómo?

—Aún no lo sé. Jérôme y yo estamos intentando hallar la forma de no vernos implicados directamente y lograr que su muerte se vea como accidental.

—¿Habéis pensado en pagar a alguien para que lo haga?

—Sí, debemos ser muy cuidadosos, ya que ese tipo de gente se vende al mejor postor por unas cuantas monedas.

—Cierto. ¿Y si no fuese alguien externo?

—No te entiendo.

—¿Y si fuese alguien cercano a su entorno quien lo llevase a cabo?

—¿Quién podría prestarse a algo así? Sin duda, todos los amigos y conocidos de Alexander estarán de su parte y no dudarán a la hora de señalar a Sofía.

—Puedo encargarme yo.

—No digas bobadas.

—¿Por qué no?

—Estás loca.

—Te lo digo en serio. Lo haría yo y nadie sospecharía de mí.

—Imposible.

—Adrien, piénsalo bien. ¿Quién iba a sospechar de mí?

—Cualquier persona ahora mismo. Todo el mundo sabe de vuestra amistad y sospecharán que estás de nuestro lado.

—Quizás no lo hagan si me muestro reacia a ayudaros y dejo clara que mi postura está con Alexander. No sería extraño que me opusiese a apoyar un escándalo semejante. Te recuerdo que estamos ante una relación incestuosa a ojos de toda la sociedad.

—Lo sé, pero no pienso involucrarte de esa forma tan insegura. Te necesito al lado de Sofía para que le des cariño y la ayudes con su embarazo. Lo que planteas es descabellado y muy peligroso.

—Podría organizar una recepción en mi casa o en cualquier lugar con motivo de una exposición y provocar un pequeño accidente mortal.

—Annette, por favor, para. Me das miedo cuando dejas volar tu imaginación.

—No es imaginación. ¿De qué otra forma pretendes matarlo? —dijo bajando la voz.

—No lo sé, quizás un asalto en su carruaje con la disculpa de un robo con violencia.

—¿Tú crees que Alexander piensa en viajar ahora mismo? Seguro que pospone varios de esos viajes pendientes con tal de evitar el bochorno de exponerse en público.

—En eso tienes razón.

—Mira, Adrien, hazme caso, por favor. Te ruego que me escuches. Te contaré el que creo que será el mejor método para acabar con él.

—Tu tono de voz me está dando miedo, Annette.

—No seas bobo. Tan solo te pido que no descartes la idea que te voy a comentar. Después de desayunar, reúnete con Jérôme y pensad en ello. Esta noche, tras la cena, nos encontraremos aquí y me daréis vuestra opinión. Escúchame con atención.

Annette se acercó a él y en voz baja le relató su estratégico plan para acabar con la vida de Alexander mientras Adrien la escuchaba con una mezcla de temor e interés. Aquella mujer nunca defraudaba y una vez más, se sintió fascinado por su valor.

Una vez se hubieron retirado todos a dormir, Annette salió con sigilo de su habitación para encontrarse con Adrien en el despacho de Jérôme. Cuando llegó los encontró enfrascados en una discusión acalorada.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó Annette alarmada.

Los dos se miraron fijamente y guardaron silencio.

—Estamos dejando clara nuestra opinión ante la locura de plan que has ideado —afirmó Jérôme con seriedad.

—No es ninguna locura, Jérôme. Por favor, os ruego que me escuchéis para poder detallaros en profundidad en qué consiste mi plan.

—¡No puede ser! Me niego a involucrarte, de ninguna manera. No entiendo cómo Adrien se está planteando hacerte caso, la verdad.

—Yo no he dicho que vaya a permitir que ella se involucre de forma

directa. Solo estaba diciendo que… quizás, no sea una idea tan descabellada.

—Jérôme, por favor, escucha lo que tengo que decirte. Como es lógico, mi familia invitará a Alexander a la nueva exposición de arte egipcio que mi marido está organizando. No tengo claro si decidirá acudir o no, aunque puede que se vea obligado a hacerlo si logramos atraer a gente ilustre. Previamente, le enviaría una carta mostrando mi preocupación por la falta de noticias de Sofía. Es cierto que llevaba muchos días esperando una contestación a una carta que le envié y eso me estaba impacientando. Quizás eso convenza a Alexander de que no sé nada de lo que está ocurriendo entre ellos y decida asistir al evento.

—¿Y crees que no levantaría sospechas que Alexander acudiese a una exposición tan importante sin su esposa? No tengo muy claro que quiera exponerse en público aún —preguntó Jérôme.

—No lo sé, pero tenemos que arriesgarnos. Si no le obligamos a moverse, no vamos a lograr nada. No sería la primera vez que acude a un evento de este tipo sin Sofía. Ella ha sido muy reacia a acompañarle fuera de París y él siempre ha sabido excusar su ausencia. Sospecho que detrás de esa supuesta libertad se escondía algo. Siempre me ha extrañado su conformidad con viajar solo. Estoy convencido de que ahora se arrepiente de haberle permitido ciertas cosas.

—Adrien tiene razón —comentó Annette.

—Creo que no conocéis a Alexander Marchand. Es un hombre muy inteligente y un gran estratega, algo que le ha convertido en el gran hombre de negocios que es hoy en día. No creo que caiga fácilmente en nuestros engaños —afirmó Jérôme—. Creo que debemos elaborar un buen plan y dejarnos de ideas un tanto… infantiles.

—¿Infantiles? Jérôme, ¿tienes alguna idea alternativa? —preguntó Annette molesta.

—Yo opto por buscar a alguien que actúe de forma rápida y silenciosa.

—¿Y crees que un asalto será suficiente? Nunca viaja solo. Siempre lleva con él a alguien que le protege en sus largos trayectos.

—Lo sé, pero eso no debería ser un problema si encontramos a las personas adecuadas que sepan hacer un trabajo limpio.

—En eso tienes razón, pero hay que reconocer que Annette también nos ha dado una buena idea para elegir el momento de actuar.

—No te entiendo, Adrien. Sé claro.

—Creo que la exposición que organizará Pierre es el momento adecuado. Estoy seguro de que irá si Annette logra reunir a gente importante. Es demasiado ambicioso como para rechazar la oportunidad de reunirse con gente poderosa con la que poder cerrar negocios fructíferos.

—¡Por fin pensáis con lógica! Contad con ello. Evaluaré qué personas podrían atraer más su atención y comenzaré a enviar invitaciones en cuanto esté todo organizado.

—¿Cuándo crees que estará todo listo?

—Pierre está trabajando muy duro, por lo que quizás, si todo va bien, en unas tres semanas podríamos inaugurarla.

Jérôme los escuchaba hablar no muy convencido del plan.

—¿Y cómo pretendéis acabar con él en un sitio lleno de gente?

—Quizás podríamos causar algún accidente o una terrible confusión en la cena que se organizará después. Creo recordar que Alexander era alérgico a algo. Sofía nos lo podrá confirmar…

—¿Ese es vuestro plan? ¿Envenenarle o provocarle una reacción alérgica? ¡No me lo puedo creer! —espetó Jérôme sorprendido.

—¿Qué hay de malo en ello? —quiso saber Annette ofendida.

—¿Tú también estás de acuerdo con este absurdo plan más propio de la imaginación de un niño? —preguntó mirando a Adrien.

—No. He dicho antes que creo que Annette nos ha proporcionado el día correcto para actuar, pero no he afirmado en ningún momento que esté de acuerdo con la forma de ejecutarlo.

—¿No crees que sea una buena idea? —Annette frunció el ceño con enfado.

—Querida, creo que nos puedes ser de gran ayuda organizando esa exhibición y atrayendo a gente influyente pero ahí acaba tu implicación. Estoy con Jérôme en que lo que hagamos debe ser más efectivo que una simple reacción alérgica.

—¿En qué has pensado? —preguntó Jérôme.

—Una vez terminado el evento, Alexander regresará al lugar donde se aloje esa noche. Será en ese trayecto cuando las personas a las que contratemos asaltarán su carruaje con la excusa de robarle. Debemos elegir bien, pues es cierto que viaja con un hombre de confianza que cuida de su seguridad, aunque no creo que eso suponga un serio problema si logramos que lo lleven a cabo varios hombres.

—¿Dónde se organizará la exhibición? —quiso saber Jérôme, quien empezaba a ver el plan con algo más de claridad.

—En Nantes, en nuestra galería de arte.

—Entonces Alexander se alojará en un hotel. ¿Sabemos de alguno que pueda interesarle cerca de la zona?

—No lo creo. Sé por Sofía que en otras ocasiones que ha visitado Nantes se ha alojado en la residencia de un amigo cerca del lago Loíra. Es probable que esta vez haga lo mismo.

—Da igual dónde. Lo importante es averiguar la trayectoria de su viaje de vuelta —indicó Adrien.

—Yo me encargo de eso —señaló Annette.

—Y yo de buscar a los asaltantes —afirmó Jérôme.

—¿Podrás lograrlo tú solo? —preguntó Adrien no muy convencido.

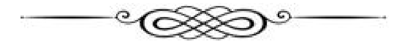
—Creo que sí. Conozco a una persona que me debe más de un favor personal y que podría hacernos el trabajo sucio contactando con las personas adecuadas.

—Debemos ser muy cautelosos para evitar exponernos. Nadie debe saber jamás quién hay detrás de ese asalto.

—Tranquilo, amigo, lo seré. No te preocupes.

—Pues si tenemos claro lo que debemos hacer cada uno, volvamos a nuestras habitaciones a descansar. Mañana, tras el desayuno, fingiremos que todo está bien e informaremos a los demás sobre nuestra intención de viajar a Italia en unas semanas para intentar ganar tiempo. No deben saber nada acerca de esto, ¿de acuerdo? —ordenó Adrien tajante.

—Sí —afirmaron los dos.



Como cada mañana Sofía bajó con James para desayunar. Nada más llegar al primer piso, pudieron oír la risa de Annette. Hacía muchas semanas desde que el buen humor y la alegría habían abandonado sus vidas. Así que, guiados por la jovial resonancia de su risa, entraron en el salón animados y dispuestos a disfrutar de la compañía de sus amigos. La vieron sentada junto al prior Adams, quien también reía ante sus ocurrencias.

—Veo que te has levantado risueña esta mañana —dijo Sofía acercándose a Annette.

—Buenos días, cielo, ¿cómo te encuentras?

—Muy bien, pero veo que hay quien se ha levantado con mejor humor.

—La verdad es que he descansado, ha amanecido un día muy bonito y estoy con mi amiga, ¿de qué otro humor podría estar?

—Es cierto, no sabes lo feliz que me hace que estemos juntas a mí también.

—Buenos días a usted también, padre —dijo Annette sin saber muy bien cómo dirigirse a él.

—Creo que podemos tratarnos con mayor familiaridad, ¿no crees, Annette? —comentó James con una sonrisa.

—De acuerdo. Pues buenos días de nuevo, James.

—Buenos días, Annette —respondió James con una amplia sonrisa.

—Buenos días a todos. Sentémonos a desayunar de una vez que estoy hambriento —murmuró Adrien.

—Te pones insoportable cuando tienes hambre, hermano.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo. Los rugidos de mi estómago me ponen de mal humor.

—Si solo fuese el hambre lo que te cambiase el humor…

—¿Qué quieres decir, Annette?

—Quiero decir, querido Adrien, que tu carácter siempre ha sido un poco voluble y cambiante en otras muchas ocasiones.

—¿Qué otras situaciones? No entiendo a qué te refieres.

Annette sonrió y miró a Sofía.

—Hermano, Annette se refiere a tus cambios de humor cuando pierdes en algún juego. Recuerda cómo te enfadabas cuando jugábamos partidas de

cartas.

—Pero eso era porque hacíais trampas, pero… sí, es cierto, me enfada perder.

—Sí, sí, trampas… ¡qué mal perder tienes! —susurró Annette.

—Bueno, dejemos el tema y desayunemos en paz.

—Creo que tenemos cosas más interesantes de las que hablar —dijo Sofía—. ¿Sabéis algo de Alexander? Me pone un poco nerviosa no saber nada. No puedo creer que no esté maquinando algo. Me angustia pensar que en cualquier momento pueda aparecer.

—Tranquila, aquí estamos bien. No creo que tu marido nos haya vinculado con Jérôme y su familia. No me conoce tanto como para estar al corriente de todas mis amistades.

—Adrien me comentó ayer la posibilidad de marcharnos a mi casa familiar en Italia y yo estoy de acuerdo. No hay problema en ir hasta allí. Estará vacía durante un largo tiempo ahora que mi hermano ha sido padre.

—¿Sí? ¿No habrá problemas?

—Ninguno. En cuanto estemos listos podemos partir.

—Muchas gracias, amiga. Ojalá logremos algo más de libertad allí.

—Ojalá —respondió Annette dando un largo suspiro.

—Preparad todo para poder partir pronto. El viaje es largo y en tu estado debemos hacer más paradas de las necesarias. Padre Adams, ¿viene con nosotros? —preguntó Adrien.

—Si no supone un problema, preferiría poder ayudaros desde mi residencia habitual. Hay otras muchas cosas que debemos hacer y eso es asunto mío.

—Lo entendemos, padre, y le damos de nuevo las gracias por haber viajado hasta aquí y por su constante ayuda —dijo Sofía acariciándole el brazo.

—Hija, no tienes que agradecerme nada. Lo he hecho con todo mi cariño. No creas que no os voy a extrañar. Hacía mucho tiempo que no pasaba tanto tiempo con James —dijo mientras cogía las manos del hombre al que consideraba su hijo de corazón.

—Yo también le voy a echar de menos, *padre* —contestó James dándole un abrazo.

Mientras Sofía miraba embelesada aquella escena de amor entre un padre y un hijo, sintió un fuerte pinchazo en el vientre. Intentó restarle importancia y probó a cambiar de postura. Sin embargo, un par de minutos después volvió a sentir aquel agudo dolor.

—Sofía, ¿estás bien? Has perdido el color —quiso saber Annette alarmada.

—Sí, sí, estoy bien. Es solo que….

De nuevo, aquella sensación intensa la obligó a encogerse.

—Sofía, ¿qué te ocurre? —preguntó James alarmado.

—Siento un dolor agudo aquí —respondió angustiada llevándose las

manos al vientre.

—Hija, recuéstate aquí un momento —ordenó el prior.

—Annette, ayúdala a aflojarse el vestido —dijo Adrien.

Annette se cercioró de que el vestido no le apretase la cintura y la ofreció un poco de agua.

—Sofía, dinos dónde te duele con exactitud —comentó el prior.

—Aquí, en la zona baja del vientre.

—¿Has hecho algún esfuerzo esta mañana?

—No, padre, no he hecho nada. James puede asegurárselo.

James miró al prior con gesto serio.

—Llevémosla a la cama y avisemos a un médico —ordenó James.

—¿Qué me pasa? —preguntó asustada.

—Nada, nada, no te angusties. Estas cosas son normales en los primeros meses de gestación. Venga, vamos. Necesitas recostarte y descansar. James te preparará una infusión que te hará sentirte mejor.

Con la ayuda de James y Annette se puso de pie.

—Estoy bien, no os preocupéis. Puedo caminar sola —afirmó en un intento de tranquilizar a todos.

Comenzó a caminar despacio, pero nada más salir del salón, sintió el dolor de nuevo, esta vez con más intensidad, por lo que necesitó agarrarse a Annette.

—Tranquila, cariño. En nada te sentirás mejor —le dijo Annette.

Llegaron a la habitación con algo de dificultad, pues el dolor se repetía una y otra vez. James y Annette la ayudaron a tumbarse en la cama. Ella le aflojó las ropas mientras James le pidió al prior que le acompañase a la cocina para preparar una tisana calmante.

Adrien se acercó a la cama y le cogió la mano.

—Hermano, ¿qué me pasa?

—Tranquila, todo está bien. Ya has oído al prior, estas cosas son normales en tu estado. Debes estar tranquila. Los nervios no van a ayudarte a sentirte mejor.

—Yo estoy contigo, cariño, tranquila —dijo Annette secando el sudor que le empezaba a aparecer en la frente.

Adrien salió de la habitación junto con Jérôme.

—Creo que deberíamos llamar a un médico, Adrien. Esto no pinta bien.

—Sí, creo que será lo mejor. ¿Hay alguna posibilidad de que acuda algún médico evitando que sepa quiénes somos?

—Creo que sí. Puedo avisar al antiguo médico que atendía a mi familia. Es un buen profesional con mucha experiencia.

—De acuerdo, hazlo rápido.

—Enseguida. Es importante que ocultemos quiénes sois, por lo que deberíamos hacer pasar a Sofía por mi esposa.

—¿Cómo?

—El señor Cottin es un hombre muy discreto que jamás pondrá en duda mi palabra. Me conoce y me creerá si le cuento que me he desposado con ella hace poco y que, debido a un embarazo no esperado, necesito de toda su discreción. No sospechará nada, pero no debe veros.

—Perfecto. Manda avisar a ese hombre ya. Yo iré a explicarle a Sofía lo que debe hacer.

Adrien regresó a la habitación y alarmado, se acercó a la cama al comprobar que la palidez en el rostro de su hermana había aumentado.

—Sofía, cariño. Vamos a avisar a un médico, pero solo para quedarnos tranquilos y que te dé algo para que puedas sentirte mejor, ¿de acuerdo?

—Nadie puede saber que estamos aquí —contestó ella con angustia.

—Tranquila, Jérôme ya ha pensado en eso. Va a avisar al médico familiar. Va a explicarle que eres su esposa. No necesitas hacer nada, no te angusties, él le explicará lo que te ocurre y ya está. Me ha asegurado que es un hombre muy discreto que no pondrá en duda lo que Jérôme le diga.

—¿Yo no puedo estar junto a ella cuando llegue el doctor? —preguntó Annette angustiada.

—Es mejor que no vea a nadie. De esa forma, entenderá mejor la total discreción que Jérôme necesita en este asunto privado.

—De acuerdo —respondió de mala gana.

James regresó a la habitación con una tisana y cara de preocupación. Ayudó a Sofía a que la bebiese despacio aun estando caliente para que su efecto fuese más rápido y eficaz. Adrien le puso al corriente de lo que habían decidido y éste accedió.

Un rato después llegó el médico. Como habían convenido previamente, Jérôme le explicó que su esposa había comenzado a sentirse indispuesta y le confesó su estado de gestación. Aquel hombre con apariencia severa resultó ser muy amable y atento. Tras reconocer a Sofía y comprobar el lugar exacto en el que se producía el dolor, escribió unas indicaciones en un papel que entregó a Jérôme. Antes de marcharse le alertó de la necesidad de que se mantuviese acostada y de que le hiciese llamar si los síntomas empeoraban a lo largo del día.

Cuando se marchó, Jérôme le entregó el papel a James, que lo leyó con atención.

—¿Qué dice ese maldito papel? —preguntó Adrien nervioso.

—Eso, por favor, dinos qué me ocurre —le pidió Annette.

—Según el doctor, podría tratarse de un síntoma común durante los tres primeros meses de gestación, nada importante, no debes angustiarte. Tan solo te pide que descanses y que te mantengas en la cama los próximos dos días hasta ver si ese dolor remite.

Todos le miraron con gesto de sospecha, ya que aquella información no parecía corresponder con el serio gesto que mostró su rostro mientras James leía la nota.

—¿De verdad que es solo eso? ¿No me estás engañando? —quiso saber

angustiada.

—No, cariño, de verdad. Llevas varias semanas muy nerviosa, es normal que esa intranquilidad te afecte. Debes descansar. Annette permanecerá a tu lado para hacerte este tiempo de descanso más ameno, ¿verdad? —preguntó acercándose a la cama para besarla.

—Por supuesto, querida, no te angusties. Siempre lo pasamos bien cuando estamos juntas. Leeremos algún libro. Además, tengo que contarte muchas cosas. La vida de casada está siendo de lo más entretenida —dijo guiñándole un ojo.

—Venga, dejemos a Sofía descansar. Hija, toma un poquito más de la tisana. En un rato te haremos subir algo suave de comer. No te levantes de la cama y no hagas esfuerzos, ¿de acuerdo?

—Gracias, padre Adams, por su preocupación.

—De nada. Ahora debes cuidarte más que nunca. Ser madre requiere dejar de pensar en uno y empezar a pensar siempre en el bienestar de tu hijo.

—Lo sé. No se preocupe, le haré caso.

Annette se sentó a su lado mientras los demás abandonaban la habitación.

Una vez fuera, todos se giraron hacia James esperando su explicación más extensa.

—Hijo, ¿qué opina realmente el médico? ¿Qué pone en la nota?

—Cree que se podría tratar de un aborto espontáneo, aunque aún es pronto para saberlo —afirmó con tristeza—. Indica que debemos estar atentos a algún posible sangrado. Si es así, le pide que le haga llamar de inmediato.

—Bueno, bueno, no nos alarmemos demasiado. Estas cosas son normales en los embarazos. No hay por qué ser pesimista. En la mayoría de los casos, solo se requiere un poco de descanso por parte de la madre —comentó el prior con tono sereno.

—Eso espero —susurró Adrien.

—Será así, intentemos estar tranquilos. Yo estaré pendiente de ella y le proporcionaré todos los cuidados que sean necesarios. James me ayudará a elaborar unas tisanas que son beneficiosas en estos casos. Señor De la Roche, necesitamos que alguien vaya a comprar las hierbas que necesitamos, ¿es posible?

—Por supuesto, padre. Anote todo lo que necesiten y enviaré a una persona a la ciudad.

—Entiendo que esto complica nuestros planes para viajar a Italia, ¿no? —preguntó Adrien.

—Absolutamente —respondió James—. Sofía no puede viajar bajo ningún concepto y no creo que pueda hacerlo al menos en un par de meses, eso si todo va bien.

—Sí, esto complica todo. Debemos olvidarnos de Italia y pensar en cómo mantenernos aquí sin ser descubiertos —afirmó Adrien preocupado.

—De momento, centrémonos en que descanse y confiemos en que tan solo se trate de algo pasajero que no requiera de una atención médica más

importante en ningún hospital, porque ahí sí nos veríamos en un serio problema —comentó Jérôme.

Las palabras de Jérôme provocaron un silencio tenso. Todos, cabizbajos, bajaron al primer piso, rezando para que el destino no les tuviese preparado otro giro inesperado.

35

Durante los tres días posteriores Sofía permaneció en la cama por orden estricta de todos, que no aceptaron ninguna de las excusas que ideaba para poder levantarse. Se organizaron por turnos para asegurarse de que siempre había alguien con ella y evitar que hiciese movimientos innecesarios que pudiesen provocar de nuevo aquel dolor que, aunque aún aparecía de vez en cuando, lo hacía con menos intensidad.

Mientras tanto, Adrien y Annette no paraban de idear nuevas formas de huir del país. James y el prior centraban su atención en el cuidado de Sofía y Jérôme, por su parte, se ausentó de la casa en varias ocasiones para llevar a cabo ciertas gestiones que no quiso comentar. A su regreso, se reunía con Adrien en el despacho a puerta cerrada sin permitir el acceso de nadie, ni tan siquiera del servicio.

Fue en una de esas reuniones cuando Jérôme proporcionó una información muy valiosa a Adrien.

—Creo que hemos encontrado a la persona que necesitábamos —confesó Jérôme.

—Eso espero porque nos estamos quedando sin tiempo. Cuéntame todo con detalles, por favor.

—Llevaba desde ayer intentando contactar con un viejo amigo y por fin lo he logrado hoy. Me ha costado más de lo que pensaba, pues ya no vive en la casa donde residía la última vez que nos vimos. He tenido que indagar y preguntar a otras personas, pero tranquilo, he dado una excusa convincente para justificar mi interés por encontrarle.

—¿De quién se trata?

—No creo que lo recuerdes. Se trata de un viejo amigo de la familia. Es el hijo del mejor amigo de mi padre. Pasamos muchos momentos juntos durante nuestra infancia y adolescencia. De hecho, mucho de lo que sé acerca de las mujeres lo aprendí de él —afirmó sonriendo.

—Pensé que eso lo habías aprendido de mí —apuntó fingiendo sentirse decepcionado.

—De ti aprendí a cortejarlas. He de reconocer que tienes talento para ello, amigo. Sobre todo, para conseguir que se entreguen a la pasión sin

hacerse demasiadas ilusiones —comentó con risa burlona.

—Todo es cuestión de dejar claro, desde el principio, a lo que no estás dispuesto a renunciar. Siendo honesto. Sin dramas ni engaños.

—Parece más fácil de lo que en realidad es. A mí nunca me ha funcionado.

—Porque eres un romántico y así no funciona. En el fondo, deseas encontrar el amor y dedicar tu vida a tu mujer e hijos, no lo niegues.

—Antes habría dudado, pero últimamente, sobre todo después del accidente, es cierto que añoro tener una vida más tranquila… y si puede ser al lado de una mujer a la que ame, mejor.

—Te estás haciendo mayor, Jérôme.

—Puede ser. Bueno, volvamos al tema. ¿Sabes ya de quién te hablo?

—¿Antoine?

—El mismo.

—No sabía que seguía viviendo en Francia. Alguien me contó que se había marchado a vivir a Alemania hacía unos años.

—Y allí estaba hasta que, de nuevo, un lío de faldas le ha obligado a desaparecer.

—¿Un lío de faldas? ¿Cuándo?

—Hace ya un año. Tuvo que salir del país para no ver peligrar su integridad.

—Pero ¿qué hizo?

—Lo de siempre, enredarse con mujeres que no le convienen.

—¿Y en qué forma nos puede ayudar él? No lo entiendo.

—Hace unos años se metió en un buen lío, aunque parece que no aprende la lección. Se vio en un serio problema con las autoridades y al final fui yo quien le sacó del embrollo, gracias a mis contactos.

—¿Qué pasó?

—Es una larga historia. Lo importante es que desde aquel día está en deuda conmigo. Sé que, debido a sus constantes enredos con mujeres casadas, tiene contactos con ciertas personas que se dedican a negocios poco ortodoxos a los que ha recurrido en más de una ocasión para arreglar las afrentas con los maridos celosos.

—Pero ¿esa gente es de fiar?

—No nos queda más remedio que confiar en que así sea. Nunca tendremos confianza total tratando con ese tipo de gente, ya sabes que se venden al mejor postor. Sin embargo, los hay más profesionales que no se juegan su prestigio en ese mundillo por unas cuantas monedas.

—¿Le has encontrado, entonces?

—Sí, cuando por fin he dado con su paradero, le he pedido su ayuda para que contacte con alguno de esos hombres por nosotros y ha accedido.

—¿No le habrás contado nada sobre nuestros planes?

—Nada, absolutamente nada. Le he dicho que no podía contarle nada aún, pero que necesitaba la ayuda de forma urgente. También le he dejado

claro que quiero que se haga a través de un intermediario para que nadie pueda saber nunca que yo estoy detrás. Me ha asegurado que me dará ese contacto lo antes posible.

—¿Confías en él para algo así?

—Absolutamente. Es de fiar si eres hombre —dijo con una carcajada—. La cosa cambia cuando eres mujer.

—De acuerdo, no hay otra opción si queremos llevar a cabo nuestro plan.

—¿Has decidido si nos quedaremos aquí mientras nos deshacemos de Alexander?

—Llevo todo el día dándole vueltas a ese tema. Por una parte, y a pesar de que Sofía no parece haber empeorado, me asusta salir de viaje con ella en ese estado. Temo que nos veamos obligados a buscar ayuda médica externa o, peor aún, que la salud de mi hermana se ponga en riesgo. Pero por otra, aunque todo salga bien, podría existir algún cabo suelto, por lo que quizás sería mejor si estuviésemos lejos de aquí. La pregunta es ¿dónde?

—Eso es. No podemos arriesgarnos a hacer un viaje largo en su estado, pero ir a un sitio a poca distancia me parece absurdo. Además, ¿cómo va a excusar Sofía su ausencia en el funeral si logramos acabar con la vida de Alexander? Es su esposa y debería actuar como tal ante una desgracia semejante.

—Ese es otro problema que me quita el sueño. Deberíamos habernos marchado a Italia. El escándalo va a ser de proporciones épicas estemos aquí o no, pero al menos, ella estaría lejos de todo y protegida.

—Estoy de acuerdo, aunque no podemos cambiar el rumbo de los acontecimientos, creo que…

La irrupción de Annette en el despacho dejó a Jérôme con las palabras en la boca.

—Me parece que aquí se está hablando de algo que quisiera saber —dijo molesta.

—Annette, he dado orden para que nadie entrase —afirmó Jérôme.

—¿Con *nadie* te refieres a mí? —preguntó lanzándole una mirada furiosa.

—Di órdenes de no ser molestado bajo ningún concepto y has irrumpido aquí sin tan siquiera avisar.

—¿Os estoy molestando?

La ira de Annette iba en aumento.

—Amigo, creo que sería mejor que guardases silencio. La estás enfadando y no sabes bien lo que se puede desatar cuando Annette se enoja.

—Adrien, cállate —ordenó Annette.

—¡Pero si te estoy ayudando!

—No necesito tu ayuda. Lo que necesito es que me tengáis al corriente de lo que está ocurriendo. ¿Os pensáis que he venido hasta aquí, dejando a mi marido con una burda mentira que espero no descubra, para mantenerme al margen de todo?

—No, íbamos a contarte todo más tarde. Pensábamos que estabas con Sofía.

—Adrien, llevo todo el día con Sofía, leyendo mientras ella duerme… necesito algo de emoción o me voy a volver loca.

—Esto no es ninguna aventura de tus libros, es algo muy serio. Sujeta la imaginación que te conozco.

Annette se acercó con lentitud hacia Adrien mientras le miraba fijamente a los ojos. Cuando estuvo a tan solo unos escasos centímetros de él dijo:

—No tienes imaginación suficiente para hacerte una idea de lo que yo leo en mis novelas —afirmó.

Adrien sintió como su respiración se agitaba. Tras unos segundos perdidos en su mirada, logró recuperar la consciencia.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó azorado.

—Demostrarte que no soy ninguna niña boba e inmadura, así que deja de tratarme como tal. Soy una mujer adulta a la que le gustaría participar de esta secreta conversación.

—No pretendía ofenderte.

—Pues lo has hecho.

—Discúlpame en ese caso —dijo mientras se alejaba de ella para ir a beber un trago de agua.

—Entonces, ¿me vais a contar lo que se estaba debatiendo aquí?

—Hemos encontrado a la persona que nos pondrá en contacto con la gente que necesitamos. Creo que en un par de días podremos cerrar nuestro plan —confesó Jérôme tras dar un largo suspiro.

—¿Y cuál es vuestro plan exactamente? Aún no tengo claro cómo pretendéis llevarlo a cabo.

—Asaltaremos el carruaje de Alexander el día de la gran exhibición que estáis organizando. Mañana mismo debes empezar a enviar las invitaciones.

—¿Desde aquí? No puedo hacer algo así. ¿Qué va a pensar mi marido? Cree que estoy visitando a mi hermano.

—Es cierto. Pese a que Sofía se va a disgustar, deberías volver a casa y preparar desde allí todo.

—¿Marcharme? ¿Ya? Pero Sofía no está bien, me necesita.

—Lo sabemos, pero tenemos muy poco tiempo para organizarlo. Asegúrate de que acuden personas ilustres de la sociedad. Después, deberás invitar a Alexander e intentar convencerle de que acuda. Estoy seguro que pondrá alguna excusa para no ir.

—Pero, Adrien, ¿quién va a ayudar a Sofía? Se va a sentir muy sola.

—Mañana haremos llamar al médico. Si todo está bien, y él lo cree conveniente, la dejaremos salir de la habitación para que no se sienta tan agobiada. Pediremos a James que esté pendiente de ella.

—¿Con cuánto tiempo contamos antes de la inauguración de la exhibición? —preguntó Jérôme.

—No estoy segura aún, en cuanto vuelva os lo haré saber. Hablaré con

Pierre. Si no hay contratiempos, creo que tendremos unas dos o tres semanas.

—No es mucho tiempo, pero es con lo que contamos. Annette, lo siento, pero debes regresar a casa mañana mismo —le ordenó Adrien.

Ella accedió de mala gana.

—De acuerdo. Iré a despedirme de Sofía. ¿Debo confesarle los motivos reales de mi repentina marcha?

—No, no debe sospechar nada de nuestro plan. Invéntate algún asunto que requiera tu atención y promete que volverás en cuanto lo tengas solucionado.

—Está bien.

Sin añadir más, Annette salió del despacho disgustada. Entró en la habitación de Sofía, y tras conversar con ella durante un rato, le informó de que debía marcharse. La excusa que dio fue lo suficientemente convincente. Ella le dio las gracias por haber ido a visitarla y, apenada, la rogó que regresase pronto.

36

Annette emprendió su viaje de regreso cuando apenas amanecía, con el ánimo bajo por tener que separarse de su amiga. Tenía la mente llena de incertidumbres y, por primera vez, sentía algo de temor ante los acontecimientos que iban a tener lugar unas semanas después. No confiaba demasiado en los planes de Jérôme y Adrien. Sabía que eran dos hombres inteligentes, capaces de hacerse cargo de una situación tan extrema, pero su intuición le decía que no sería tan sencillo. Decidió concentrarse en las tareas inmediatas que llevaría a cabo nada más regresar a su casa. De todas formas, ya le habían dejado clara su postura sobre su participación, por lo que de nada serviría perder el tiempo pensando en ello.

Mientras tanto, Adrien y Jérôme enfocaron toda su energía en encontrar a los artífices de su plan. Antoine les puso sobre la pista de dos hermanos que se dedicaban a asaltar carruajes y a perpetrar robos. Según le había comentado a Jérôme, su habilidad para zafarse y ocultarse les había hecho ganarse el apodo de *los invisibles* en aquel bajo mundo de delincuencia y mezquindad. Tras varios días de idas y venidas a altas horas de la noche, por fin pudieron encontrarse con ellos en una vieja posada cerca de Angers. Allí sellaron su plan para acabar con la vida de Alexander a cambio de una importante suma de dinero. Todo se llevaría a cabo de la forma indicada por ellos, prestando especial cuidado a la ejecución para evitar dejar cualquier pista que pudiese indicar que hubiese sido planificado de antemano. Si todo salía como lo acordado, recibirían una recompensa extra para desaparecer durante un largo tiempo y borrar así cualquier huella de su implicación.

El prior Adams había decidido regresar a su iglesia en Corbie para escribir a varios clérigos ingleses con los que mantenía una relación de amistad desde su juventud y quienes sabía se postularían a favor de la admisión de James en la Iglesia anglicana. Sin embargo, James se mostró nervioso ante la noticia de su marcha y le rogó permaneciese con ellos al menos unas cuantas semanas más, de modo que decidió enviar las cartas desde allí.

A pesar de que el dolor había remitido y de que Sofía apenas sentía molestias, aún existía el riesgo de perder al bebé. Gracias a la constante

atención y cariño de James recuperó la energía. Disfrutar de tantos momentos juntos le llenaba el corazón y hacía vibrar su alma.

Tras un par de semanas de aparente tranquilidad, Adrien recibió una breve carta de Annette anunciando que todo estaba listo para la gran inauguración *Les trésors de l'Égypte*. Asimismo, le informaba de que había logrado convencer a su esposo para que invitase personalmente a Alexander a acudir a la cita cultural de la que se hablaría durante semanas. Ella, por su parte, había logrado el compromiso de asistencia de importantes empresarios, artistas y gente de la alta sociedad.

Tras leer la carta, Adrien se reunió con Jérôme para proponerle algo.

—Amigo, hace un par de horas he recibido esta nota de Annette informándonos de que todo está listo. En cinco días tendrá lugar la gran exhibición que han estado organizando.

—¿Ha conseguido que acudan personas que puedan atraer la atención de Alexander?

–Sí, grandes empresarios y miembros de la alta sociedad de París, según comenta en este papel.

—Bien por ella.

—Annette nunca defrauda, Jérôme.

—Ya veo. ¿Qué querías proponerme?

—Acudamos al evento nosotros también.

—¿Nosotros? Adrien, no entiendo por qué quieres correr ese riesgo.

—Tengo varias razones: en primer lugar, acudir a una exhibición tan concurrida puede servirnos como coartada si surgen complicaciones. Por otra parte, estar cerca de Alexander nos hará tener mayor control de lo que ocurra. No puedo quedarme aquí sin saber qué está pasando.

—¿Estás loco? No creo que sea buena idea en absoluto. Es cierto que te puede servir como defensa si Alexander llegase a acusarte de secuestro. Nadie entendería que aparecieses en público si así fuera, pero ¿qué pretendes hacer cuando Alexander te vea? Sabe que eres tú quien tiene escondida a su hermana sin su consentimiento. Te denunciará allí mismo.

—No lo hará. Jamás se expondría en público de esa forma. Sé que guardará la compostura durante toda la velada por muchas ganas que tenga de matarme.

—Me parece una provocación, Adrien. No sé si querer controlar la situación de forma tan directa compensa el riesgo que podrías correr.

—No voy a correr ningún riesgo. Habrá demasiada gente para que se atreva a ir contra mí.

—¿Qué le dirás cuando te enfrente? No dudes que buscará el momento adecuado para hacerte saber su rechazo y odio hacia ti.

—Le diré lo mismo que le dije cuando me llevé a mi hermana de esa casa: que jamás se la devolveré y que tendrá que matarme para volver a ponerle una mano encima.

—No lo sé, Adrien, de verdad, no lo sé.

—Puedo ir yo solo, no pretendo involucrarte más de lo que ya he hecho.

—No es eso, amigo, es solo que no confío en ese hombre.

—Si en algún momento ha planeado ir contra mí, no será ese día.

—¿Dejarás a Sofía sola con James? ¿Y si les pasa algo? ¿Y si les encuentran?

—Dejaré todo bien atado antes de irme. ¿Podemos tener a alguien vigilando el acceso a la casa durante nuestra ausencia?

—Sí, desde luego, puedo contratar a varias personas para que se encarguen de eso.

—Pues entonces está todo claro. Dentro de dos días saldremos de viaje. Te prometo que cuando acabe esa dichosa exhibición, ese hombre no verá amanecer al siguiente día.

—De acuerdo. Yo me encargo de todo.

—Actúa con normalidad hasta entonces. La noche antes informaremos a Sofía y James sobre nuestros planes de viajar hasta Nantes para acudir al evento de la familia Dufour. Les ocultaremos la asistencia de Alexander. Les convenceremos de que acudir es la mejor opción si queremos aparentar normalidad.

—¿Cómo justificarás la ausencia de Sofía ante los demás invitados?

—El que debe hacerlo es su esposo. No obstante, si alguien me pregunta a mí directamente diré que confiaba en la asistencia de mi hermana a la que no veo desde hace un par de meses.

—¿Crees que lo lograremos?

—Eso espero amigo, eso espero. De lo contrario, no me va a quedar más remedio que hacerme cargo personalmente de su desaparición. Esta es la única opción que tenemos de quitarnos de en medio a ese malnacido sin mancharme las manos de sangre.

37

Tras varias semanas de duro trabajo, llegó el día de la mayor exhibición de arte egipcio organizada hasta la fecha. Como era de esperar, el apellido Dufour fue un gran reclamo para los asistentes, quienes acudieron en masa a disfrutar de los tesoros de tan rica cultura. Annette adoptó el papel de la perfecta anfitriona junto con su esposo y sus hermanos. Todos daban una cálida bienvenida a los invitados al evento: artistas, hombres de negocios, marchantes de arte y varios nobles mostraron su gran interés por lo allí mostrado y, como no podía ser de otra forma, alabaron el buen gusto y profesionalidad de los hijos del afamado y respetado Didier Dufour.

Annette se afanaba en mostrar su mejor sonrisa mientras aplacaba los nervios. La mayoría de los invitados ya habían llegado, pero no había señal de Alexander. Quizás había decidido no acudir y, por lo tanto, daría al traste con sus planes. Al mismo tiempo, sentía una gran desazón ante lo que iba a tener lugar si por fin aparecía. Deseaba liberar a su amiga de la situación en la que se hallaba, pero la idea de acabar con la vida de otra persona le horrorizaba.

Unos minutos después, cuando aún saludaba a un miembro ilustre de la familia Orleans, vio llegar a Alexander. Este se dirigió a la entrada para saludar a Pierre y a sus cuñados, quienes le agradecieron su asistencia a pesar de su extrañeza por asistir sin la compañía de su esposa. Él se disculpó alegando unos molestos dolores de cabeza que la obligaban a permanecer en casa desde hacía varias semanas. Annette se acercó a él con la mayor naturalidad de la que fue capaz para, justo después, fingir un gran disgusto al no ver a su amiga.

—Alexander, querido, cómo me alegro de ver que has aceptado nuestra invitación. Nos complace enormemente contar con tu presencia en este gran día para nuestra familia, aunque me preocupa no ver a Sofía. ¿Ha ocurrido algo? Debo confesarte que llevo angustiada por ella varias semanas. Le envié varias cartas contándole los preparativos de esta noche y no he recibido respuesta.

—Querida señora Dubois, es un honor estar aquí esta noche. Les agradezco su invitación, aunque debo decirle que he decidido asistir hace apenas tres días. No sabía si lograría llegar a tiempo. He estado inmerso en

varios asuntos importantes. Por lo que respecta a Sofía, no tema, se encuentra en perfecto estado. Es cierto que lleva varias semanas *desaparecida* de la vida social —dijo haciendo un marcado énfasis en aquella palabra—, pero es por un pequeño problema de salud que viene sufriendo.

—¿Un problema de salud? ¿Es algo grave? —preguntó Annette con toda la teatralidad de la que fue capaz.

—No. Son unas molestas jaquecas que la obligan a permanecer en casa en reposo sin poder tan siquiera recibir visitas.

—Vaya —murmuró Annette mientras sentía cómo la ira crecía dentro de ella ante tal muestra de hipocresía.

—No se apure, Annette, le daré recuerdos suyos y le transmitiré su deseo de una pronta recuperación. Quizás puedan volver a verse en un par de meses, cuando se encuentre mejor.

—Por favor, se lo ruego. Hágale llegar todo mi cariño y apoyo en estos momentos. Si me acompaña, le guiaré hasta su asiento.

Annette sintió verdaderas náuseas de camino a la zona de butacas. No soportaba la frialdad de ese hombre al que, hacía apenas unas semanas, admiraba y respetaba. Tras indicarle su asiento y comprobar que todos los invitados estaban listos para disfrutar de un espectáculo de arte y música, subió a un pequeño escenario junto con su esposo para darles la bienvenida. Todo el mundo los observaba maravillados por la gran elocuencia de la pareja, mientras sonreían ante los divertidos comentarios de la encantadora hija de Didier Dufour. Annette concentró toda su atención en crear expectación en los invitados y lograr así que la exposición fuese todo un éxito. Estaba inmersa en una anécdota entrañable que vivió con su padre cuando vio aparecer a Jérôme y Adrien. Sintió como se le helaba la sangre. ¿Qué hacían allí y por qué no la habían informado de su asistencia? Intentó seguir con su narración mientras los veía tomar asiento en la última fila. En cuanto terminase su intervención, se dirigiría hacia ellos para pedirles explicaciones.

Bajó con prisa del escenario para dar comienzo al espectáculo. Aprovechó que todos los allí reunidos estaban concentrados en el *show*, se acercó a Adrien y le hizo un gesto para que la siguiese a un lateral de la sala.

—¿Me puedes explicar qué hacéis aquí y por qué me lo habéis ocultado?

—Tranquila, por favor, no te enfades. No hemos podido avisarte con tiempo. Hace apenas unos días que decidimos asistir esta noche.

—¿Por qué? ¿Estáis locos? Alexander está sentado en la primera fila. ¿Qué harás cuando te vea al acabar el espectáculo de música?

—Le saludaré.

—Definitivamente estás loco, Adrien Mathieu.

—¿Por qué? ¿Qué quieres que haga? ¿Prefieres que me deje llevar por la rabia que siento en mi interior ahora mismo?

—Por supuesto que no.

—¿Entonces? Le saludaré con la misma hipocresía que está mostrando él aquí, actuando como si nada pasase.

—Por favor, Adrien, no montéis un espectáculo. Es un día muy importante para mi familia. Mis hermanos no me perdonarían que se arruinase el duro trabajo que hemos llevado a cabo.

—Ahora eres tú quien me ofende, Annette. ¿Acaso no me conoces? ¿Me crees capaz de ponerme en evidencia delante de tanta gente?

—Espero que no. Sé que eres enemigo de los escándalos, pero también sé que cuando algo te indigna no sabes disimular y eso puede hacer prender la mecha de un altercado.

—No temas, no he venido a incomodar a nadie. Mi único objetivo aquí es asegurarme de que todo sale bien. Partiremos de vuelta a casa esta misma noche cuando nos informen de que todo ha ido como se espera.

—Por favor, tened mucho cuidado. Debo volver con Pierre. Intenta no exponerte demasiado. Alexander está molesto e incómodo esta noche.

—Tranquila. Ve a disfrutar.

—¿Disfrutar? ¿Me tomas el pelo?

Annette se alejó con discreción observada por Adrien, quien no pudo evitar sonreír. Tenía que reconocer que cuando se enfadaba tenía un encanto especial.

Una vez finalizada la actuación musical, los asistentes fueron invitados a visitar las distintas salas de la galería para poder disfrutar de cerca de las maravillosas piezas de arte expuestas.

Adrien y Jérôme permanecieron en un discreto lugar al fondo de una de las salas más pequeñas. Una gran loseta con un extraño jeroglífico captó la atención de Jérôme. Mientras intentaba descifrar su mensaje, Adrien vio a Alexander acercarse hacia ellos. Se giró con disimulo para evitar ser reconocido, pero enseguida oyó, a su espalda, la voz de aquel hombre:

—Vaya, vaya, vaya. Mi querido cuñado interesándose por algo que no sean mujeres y vida alegre.

Adrien tragó saliva mientras se giraba despacio para enfrentarlo.

—Vaya, vaya, vaya, mi *no* tan querido cuñado haciendo alarde de su caballerosidad y buen gusto en sociedad mientras su esposa… ¿cuál es la excusa que has dado para justificar su ausencia?

El rostro de Alexander se enrojeció y mostró de repente una ira rara vez perceptible en él.

—¿Has venido a provocarme, Adrien?

—No, he venido a apoyar a la familia Dufour, y de paso a comprobar la poca vergüenza que tienes de actuar como si nada ocurriese.

—¿Y qué es con exactitud lo que ocurre?

—Eso mismo quiero saber yo. ¿Qué es lo que pretendes?

—Yo no pretendo más que recuperar lo que es mío.

—¿Tuyo? No me hagas reír.

—Sabes que puedo ejercer mi derecho sobre ella. Lo haré si no desistes en tu intento de mantenerla alejada de mí.

—Haz lo que te venga en gana, pero te aseguro que no volverás a ver a

mi hermana mientras yo viva.

—Quizás eso pueda cambiar.

—¿Me estás amenazando? —preguntó cerrando los puños con rabia.

—¿Lo estás haciendo tú? —respondió mirándole directamente a los ojos.

—Caballeros, por favor, guarden la compostura —ordenó Jérôme para frenar la creciente y explosiva ira que estaba a punto de estallar en Adrien—. Estamos en un sitio público, si tienen algo que discutir, podrán hacerlo en otro momento.

—Desde luego que hablaremos en otro momento—afirmó Adrien con el ceño fruncido.

—Cuando quieras. Pero ve pensando en cómo devolverme a mi esposa o…

—¿O qué? —dijo notando como si algo en su interior estuviese a punto de estallar.

—Adrien, por favor, aquí no.

—Buenas noches, caballeros —se despidió Alexander mirando con desprecio a Adrien.

—Te juro que soy capaz de matarle yo mismo antes de que acabe la noche.

—Adrien, por favor, me has prometido que te ibas a controlar. Deja las cosas como están o provocarás que algo salga mal. Vayamos a saludar a otras personas. Actúa con normalidad. Recuerda el motivo por el que hemos venido hasta aquí. Lo que menos necesitamos es un escándalo.

Durante un rato Jérôme consiguió distraer la atención de su amigo al charlar de manera amistosa con otros dos invitados, pero a pesar de sus esfuerzos por aparentar normalidad, Adrien mantenía un gesto serio y desafiante. Annette, que los observaba desde hacía unos minutos, decidió acercarse para averiguar qué ocurría.

—Buenas noches a todos, ¿están disfrutando de la exhibición?

—Por supuesto que sí, señora Dubois, es una colección inmejorable. Les felicito por haber recopilado todas estas magníficas obras de arte —respondió Jérôme con cortesía.

—Me alegro, ese es el objetivo principal de esta muestra, acercar los magníficos tesoros de la grandiosa civilización egipcia a todos los amantes del arte y al mismo tiempo dar a conocer su cultura.

—Pues lo han conseguido. Si no fuese por esta rodilla que me impide tener la libertad que desearía, puedo asegurarle que partiría mañana mismo hacia el Cairo.

Annette sonrió agradecida.

—Y usted, señor Mathieu, ¿está disfrutando?

Adrien apretó los dientes en un intento de aplacar su mal humor:

—Por supuesto, querida, todo está a la altura de su familia, como siempre. Enhorabuena.

—Gracias. ¿Desean algo de beber? Disponemos de los mejores vinos y

del más exquisito *champagne* para amenizar la velada. Avisaré a un *garçon* para que les traiga una copa.

Annette dirigió su vista hacia la entrada de la sala en busca de un camarero cuando sintió que le fallaban las piernas. Parecía como si el corazón se le hubiese detenido unos instantes para volver a latir enloquecido.

—Querida, ¿te sientes bien? Estás muy pálida —preguntó Jérôme en voz baja mientras la sujetaba de los brazos.

—Sí, sí, ha sido un ligero mareo. Imagino que el cansancio de estos días está pasándome factura. Si me disculpas iré a refrescarme —afirmó y se dirigió con prisa hacia la salida para respirar un poco de aire fresco. Sin embargo, antes de llegar, sintió que se ahogaba. ¡No podía creer lo que estaban viendo sus ojos! Parecía que todos habían decidido que sufriese un ataque de nervios aquella noche.

—¿Qué hace aquí? ¿Está loco? Venga conmigo, rápido.

Entraron en una pequeña sala en uno de los laterales de la sala.

—¿Ha perdido la razón? No me diga que también ha venido Sofía o me desmayaré aquí mismo.

—Tranquilícese, no, ella permanece en la casa con el prior Adams. He venido yo solo.

—James… Adrien, Jérôme y Alexander están ahí dentro. ¿Quieren matarme?

—Lo sé y por eso he venido. Pretendo que disfrute de la noche y regrese al lugar donde se aloja sano y salvo.

—¿Cómo dice? —preguntó Annette sorprendida— ¿Ha venido con ellos?

—No, ellos no saben que estoy aquí.

Annette se llevó las manos a la cabeza. Notaba la boca seca y la respiración agitada.

—James, no entiendo nada de lo que está ocurriendo esta noche, pero creo que debería marcharse ahora mismo. Esto no ha sido una buena idea. Podría verse inmerso en una situación muy delicada. Venga, le indicaré una salida discreta para no ser visto.

—No me voy a mover de aquí hasta que me asegure de que Alexander no sufre ningún daño.

Ella guardó silencio sin saber muy bien qué decir. ¿Estaba ese hombre al corriente de los planes de Adrien? ¿Cómo era posible?

—Annette, estoy al tanto de todo y no pienso permitirlo.

—No entiendo —dijo intentando disimular.

—Los oí hace unos días mientras mantenían una conversación. Doy gracias al Señor por haberme permitido escuchar lo que planeaban o esta noche seríamos testigos de un gran error que solo complicaría las cosas.

—No tenemos otra salida si quiere ser feliz con Sofía —confesó.

—Mi felicidad no va a estar cimentada sobre un cadáver, de ninguna manera. No pienso permitirlo. No tenemos derecho a quitarle la vida a otro ser

humano, por favor, actuemos con cordura y humanidad. Debe haber otros caminos que aún desconozcamos.

—¿Cuáles? Siento decirle que las opciones son muy escasas y que se le acaba el tiempo.

—Encontraremos la salida, estoy seguro, pero no de esta forma. No lo voy a consentir.

—¿Qué pretende decirles a Adrien y Jérôme? Entrarán en cólera en cuanto le vean.

—Les diré lo mismo que acabo de explicarle a usted.

—¿Y de qué forma pretende frenar sus planes? Le puedo asegurar que está todo planeado al detalle.

—He pensado en algo que podría ayudarnos y lo voy a intentar.

—No hay duda, están todos locos.

—¿Podemos ya entrar a la sala? Me gustaría saludar a varias personas.

Annette cerró los ojos y dio un profundo suspiro para calmarse.

—Como desee—dijo y se apartó de la puerta.

James entró en la sala principal mientras observaba todo a su alrededor hasta que se encontró de frente con unos ojos que le eran conocidos.

—*Che grande sorpresa*!

James respiró hondo antes de mostrar su mejor sonrisa.

—Salvatore, ¡cuánto tiempo sin verle!, ¿cómo está?

—Felice di essere qui.

—Me alegro —respondió sin mucho entusiasmo—. Si me disculpa, me gustaría saludar al señor Dubois para felicitarte por tan magnífica exposición.

—*Certo*. Pero luego me encantaría poder charlar con usted un rato.

—Más tarde, disculpe —respondió ignorándole.

Antes de poder saludar a los anfitriones se cruzó con Jérôme.

—No puedo creer lo que están viendo mis ojos. James, ¿qué está haciendo aquí?

—Señor De La Roche, buenas noches. Lo siento, no podía permanecer pasivo ante su plan —susurró.

—¿Qué plan? Haga el favor de marcharse si no quiere que Adrien le saque a la fuerza de aquí.

—No voy a marcharme, no insista. De hecho, tras felicitar a los organizadores del evento iré a saludar a Alexander.

—No se le ocurra hacer…

James le dejó con la palabra en la boca y caminó directo hacia Pierre. Jérôme fue a buscar a Adrien para ponerle al corriente de aquel imprevisto.

—Adrien, ven, vayamos a hablar a un sitio discreto.

Él le miró preocupado y le siguió sin rechistar. Salieron a la calle por una puerta lateral.

—¿Qué ocurre, Jérôme?

—Ha ocurrido algo que nos va a complicar la noche.

—No te entiendo.

—James está aquí.

—¿Cómo? —Se le fue el color de la cara.

—James está aquí. Le acabo de ver y de hablar con él. Ha venido, no sé cómo ni cuándo, pero está ahí dentro saludando a los anfitriones y pretende acercarse a Alexander a continuación.

Adrien se frotaba la cabeza con nerviosismo.

—¿Qué pretende hacer aquí y por qué no nos informó de esto?

—No lo sé. Me ha asegurado que no piensa consentir que llevemos a cabo nuestro plan.

—¿Lo sabe? —Adrien no daba crédito a lo que acababa de oír.

—Al parecer sí.

—¿Y cómo ha podido enterarse?

—¡Annette! —afirmaron los dos a la vez.

—Voy a matar a esa mujer —protestó Adrien.

—Te dije que no debíamos confiar por completo en ella. Se mostró muy ofendida cuando la dejamos al margen de todo, quizás…

—No lo sé, no la veo capaz de hacer algo así a nuestras espaldas. Sabe que las personas con las que hemos contactado son peligrosas y no se arriesgaría a sabotear nuestros planes. Debe haber algo que se nos ha escapado. Vayamos dentro a averiguarlo.

Ambos regresaron al interior en busca de James, que charlaba amistosamente con Pierre. Decidieron acercarse para unirse a la conversación.

—Adrien, amigo, ven a saludar al padre Wilcox. ¿Le recuerdas?

—¡Cómo no! Encantado de verle, padre —masculló mientras intentaba disimular su enfado.

—Señor Mathieu, encantado de verle de nuevo. Felicitaba al señor Dubois y su familia por su gran trabajo.

—Padre, le pido disculpas de nuevo por no haber pensado en usted para invitarle, pero desconocía que estuviese interesado en un evento como este. Annette debería haberme informado. Sea bienvenido.

—No se preocupe, he venido porque me encontraba cerca de aquí. Si estuviese en París no habría podido asistir, aunque hubiese recibido la invitación. Pero llevo varios días en Nantes visitando a un sacerdote amigo y no podía dejar pasar la oportunidad de disfrutar de esta maravillosa colección de arte.

—Pues espero que la disfrute, entonces. Si me disculpan, debo atender a unos caballeros.

Los tres guardaron silencio mientras veían a Pierre alejarse. Cuando estuvo a una distancia prudente, Adrien se acercó a James con aire amenazante.

—James, no me importan los motivos por los que se ha atrevido a venir hasta aquí, pero le ordeno que se marche de inmediato.

—No voy a marcharme, Adrien. No puedo tolerar lo que tienen pensado hacer.

—James, por favor, esto es algo muy serio. No se entrometa, se lo ruego. Váyase. Ya le informaremos mañana.

—¿Informarme de qué? ¿De cómo han asesinado a un hombre? —siseó.

—Cállese.

—No pienso callarme. Lo que han ideado es una barbaridad.

—James, se lo ruego. No es el momento de echarse atrás. No complique las cosas.

—Pues tendrán que llevarme por delante a mí también. No le voy a dejar que hagan algo tan ruin en mi nombre.

Adrien sentía que le iba a explotar la cabeza. ¿Qué tenía en la mente aquel hombre?

—¿Qué es lo que pretende?

—Permaneceré al lado del señor Marchand todo el tiempo que sea necesario para evitar lo que usted ya sabe.

—No va a poder evitarlo.

—Ya lo veremos.

—No entiendo cómo ha sido capaz de actuar a nuestras espaldas. Lo único que pretendemos es su felicidad y, sin embargo, usted decide traicionarnos.

—No les estoy traicionando, tan solo evito una tragedia que solo añadirá dolor.

—No se le habrá ocurrido traer con usted a...

—No, Sofía está a salvo con el padre Adams.

—¿Con el padre Adams? No me lo puedo creer. ¿La ha dejado al cargo de un señor de la edad del prior? Como llegue a pasarle algo, yo…

—Cálmese de una vez. Está en las mejores manos. Iré a saludar a Alexander, es lo más sensato.

—No se atreva a ir.

—Luego le veo —afirmó James y se alejó despacio.

Adrien volvió encolerizado a donde estaba Jérôme.

—Tenemos un serio problema. ¿Qué vamos a hacer? Estamos todos aquí mientras mi hermana está sola con el prior en tu casa. Espero que la seguridad allí funcione sin fallos.

—La seguridad no me preocupa, pero esto lo complica todo.

—¿Cómo pretende detenernos?

—Quién sabe. No hay nada que podamos hacer para pararlo y temo que se vea involucrado en ello y salga perjudicado.

—Eso mismo temo yo.

Annette pasó por su lado y les indicó que la siguiesen con disimulo. Entraron al despacho de su padre y cerraron la puerta con llave.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —quiso saber.

—¿Has sido tú quien le ha contado a James nuestros planes? —preguntó Jérôme airado.

—¿Yo? ¿Lo preguntas en serio? ¡No puedo creerlo!

—Entonces, ¿quién ha podido ser? Tan solo tú estabas al tanto de nuestros planes.

—¿Me ves capaz de hacer algo así? Adrien, ¿tú también crees que he sido yo?

—No, no lo creo. Debe habernos oído durante alguna de nuestras reuniones. Hemos confiado demasiado en que James estaba concentrado en el cuidado de Sofía y quizás no hemos tomado las debidas precauciones para evitar ser escuchados.

—En efecto. Eso es lo que él mismo me confesó hace un rato —protestó Annette dirigiendo una mirada feroz a Jérôme, quien se limitó a desviar la suya hacia otro lado.

—¿Te ha contado cuáles son sus planes?

—Tan solo ha comentado que tiene una idea que cree que detendrá vuestras intenciones. No ha querido darme más detalles.

—Miedo me dan las ideas de un cura ante semejante situación. Quizás pretenda hacerle entrar en razón recitando algún salmo —comentó Jérôme en tono jocoso.

—No, es un hombre muy inteligente. Si se ha arriesgado a venir hasta aquí, será porque tiene algo muy bien meditado. Pero ¿el qué?

—Adrien tiene razón, Jérôme. Yo he intentado convencerle para que se marchase antes de dejarse ver y no ha accedido. Tiene algo en mente y no va a cejar en su empeño de intentarlo.

—Debemos evitar que lo lleve a cabo. Por lo pronto, no nos separemos de él. Intentemos tenerle controlado para evitar que haga algo sin que nos demos cuenta. Annette, tú regresa allí y continúa atendiendo a los invitados. Jérôme y yo nos ocuparemos de él.

Cuando regresaron vieron atónitos cómo James hablaba de manera distendida con Alexander. Los tres se miraron con angustia. Annette les hizo un gesto para que la siguiesen.

—Alexander, me alegro de ver que recuerda al padre Wilcox —comentó nerviosa tratando de disimular su sorpresa.

—Sí, el padre se estaba interesando por mi esposa. Soy consciente de que su ausencia les ha preocupado a muchos esta noche, pero no teman, no se trata de nada grave.

Adrien apretó los puños con fuerza y respiró hondo.

—Si no les importa, me gustaría hablar en privado con el señor Marchand —ordenó James dejando a todos boquiabiertos.

—Señoras y caballeros —anunció Annette con la intención de impedir aquella conversación—, está a punto de comenzar la cena que hemos organizado para ustedes. Desearía que fuesen entrando en el gran salón adjunto a la galería para empezar a degustar los exquisitos platos que el gran chef, *le seigneur* Louis Levent, ha preparado.

Uno a uno, los invitados se dirigieron al salón dispuestos a dejarse deleitar por el talento culinario del afamado chef.

—Señor Marchand, si no le importa, me gustaría robarle tan solo unos minutos antes de que se sirva la cena —comentó James.

—Dígame, padre, ¿de qué desea hablar? Sea breve, por favor.

—Me gustaría hablarle de su esposa —dijo en voz baja.

—Ya le he dicho que mi esposa se encuentra bien, no tiene de qué preocuparse.

—Alexander, sabe que aquel día fui testigo de algo que no entendí bien, pero que me preocupó. ¿Está todo bien entre su esposa y usted?

—¿Ahora los sacerdotes se preocupan por lo que ocurre dentro de un matrimonio?

—No, me preocupo porque creo que ocurrió algo grave y quizás estaría bien si pudiese hablar con ella para…

—¿Hablar con ella? Mi esposa no necesita hablar con nadie. Le repito que solo sufre de unas molestas jaquecas que la mantienen en la cama descansando. No entiendo de qué tendría que hablar con usted. Si me disculpa, desearía sentarme a cenar.

—¿Le ha ofendido su esposa con algún comportamiento inadecuado?

Aquella pregunta le hizo frenar en seco.

—¿Disculpe? No sé a qué se refiere.

—Aquella noche vi que estaba muy enfadado. Estoy seguro de que algo serio debió ocurrir para que usted, un hombre sensato y calmado, reaccionase de tal forma. No le veo un hombre que pierda los nervios con facilidad. No le estoy diciendo que vea con buenos ojos lo que presencié, aunque, a veces, hay comportamientos que nos hacen perder por un momento la cordura. ¿No cree?

Alexander le observó en silencio.

—Tan solo quería ofrecerles mi ayuda como sacerdote, tanto a usted como a su esposa. Si necesita que interceda en algo solo debe decírmelo. Hay comportamientos que no deben tolerarse dentro del matrimonio. Quizás su esposa precise de alguna confesión para poder expiar ciertos pecados. Quizás una charla con ella podría ser de gran ayuda.

—Padre, no sé dónde quiere llegar, pero este no es el lugar ni el momento para hablarle de mi matrimonio.

—Si lo desea podemos hacerlo más tarde, una vez finalizada la cena. Sé que usted es un hombre de fe que lleva una vida digna y ejemplar, aunque no estoy del todo seguro de que su esposa comparta su forma de actuar. Pude comprobar, en la boda de la señora Dubois, que las amistades con las que cuenta no son demasiado beneficiosas para mantener una vida recta, desde el punto de vista de la Iglesia.

—Lo pensaré, si me disculpa iré a sentarme.

James permaneció inmóvil sin estar seguro de haber conseguido alimentar la curiosidad de aquel hombre. Rezó por no estar cometiendo un grave error. Iba a arriesgarse mucho, pero no tenía otra salida si quería lograr que Alexander renunciase a su esposa por voluntad propia. No sabía muy bien cómo evitar las consecuencias que aquello tendría para Sofía, pero debía

intentarlo. Ya habría tiempo para idear una huida. Lo importante en ese momento era convencer a ese hombre para que se plantease una separación.

Los invitados quedaron satisfechos con los manjares que el gran chef les había ofrecido. A continuación, pasaron a disfrutar unos deliciosos cócteles acompañados por unos jóvenes músicos que interpretaban conocidas piezas de Bach y Chopin. Todos charlaban y reían animados mientras Adrien, Jérôme y Annette no apartaban la mirada de James, que conversaba con varios caballeros entre los que se encontraba, de nuevo, Alexander.

Annette decidió acercarse.

—Caballeros, espero que hayan disfrutado de la cena.

—*Mme Dubois. C'était une merveilleuse soirée* —comentó Alexander.

—Gracias. Padre, imagino que se está haciendo un poco tarde. Si lo desea, puedo pedirle un carruaje para que le lleve de regreso a…

—No es necesario, señora Dubois, no se moleste —contestó James sin dejarle que acabase la frase.

—No es ninguna molestia, padre. Ahora mismo hago llegar uno para usted.

—No hace falta, el señor Marchand se ha ofrecido a llevarme en el suyo.

Annette sintió que volvía a perder el equilibrio tras escuchar esas palabras.

—No hay porqué importunar al señor Marchand. De verdad, hay carruajes esperando a la salida para llevar a todos los invitados a su casa.

Annette intentaba evitar lo que estaba a punto de ocurrir si James decidía montarse en aquel carruaje junto con Alexander. Miró a su alrededor nerviosa en busca de Adrien y Jérôme, pero ninguno de los dos estaba en el salón. Quizás se hallaban en la salida a la espera de poder confirmar la salida de Alexander. Urgía buscar una excusa para evitar que James pusiese su vida en peligro. Le miró con fijeza para advertirle de su error, pero él siguió con su plan y se volvió hacia Alexander para indicarle que estaba listo para partir.

—Padre, venga conmigo. Mientras regresamos a casa podremos conversar con calma.

—De acuerdo, señor Marchand. Le sigo.

Annette estaba a punto de sufrir un colapso. Llevaba varias horas en un estado de nervios inaguantable. Si algo llegaba a pasarle a James, no se lo perdonaría. Le costaba pensar con claridad, por lo que se dirigió a toda prisa hacia la salida. Allí encontró a Jérôme y Adrien, quienes se despedían de un conocido. Este último se percató de la palidez de Annette y se acercó a ella tras excusarse.

—Annette, ¿qué te ocurre? ¿Te encuentras bien?

—Ay, Adrien, ¡va a haber una desgracia! Siento que me voy a desmayar en cualquier momento.

—¿Una desgracia? ¿Por qué dices eso? Tranquilízate.

—No puedo tranquilizarme, Adrien, no puedo. Algo terrible va a pasar y no sé cómo vamos a ser capaces de contárselo a Sofía.

—¿De qué estás hablando? Por favor, sé clara de una vez. Me estás agobiando.

—James ha decidido regresar, a donde quiera que se aloje esta noche, en el carruaje de Alexander.

—¿Cómo? Le esperábamos para obligarle a volver con nosotros.

—Está convencido de ello. No he logrado hacerle cambiar de opinión. De hecho, mira, ahí vienen. Por favor, Adrien, haz algo, te lo ruego. No puede subir a ese carruaje o…

—Calla, déjame a mí.

Adrien se acercó con rapidez a James.

—Padre, necesito hablar con usted de un tema urgente que no puedo demorar más. Si hace el favor de acompañarme, no le entretendré demasiado —dijo cogiéndole con discreción del brazo.

—Disculpe, señor Mathieu, pero en estos momentos no puedo atenderle. Si necesita hablar conmigo, estaré de vuelta en París en un par de días. Allí podremos reunirnos y hablar de lo que necesite.

—Padre, se lo ruego, es muy urgente. —El tono desesperado de Adrien era un poco sospechoso, pero no había tiempo para actuaciones.

—Cuñado, no te angusties tanto. Yo mismo me he ofrecido a llevarle de vuelta a la parroquia donde se aloja esta noche. No creo que lo que necesites sea un tema de vida o muerte que no pueda demorarse unas cuantas horas. El padre y yo también tenemos un asunto del que hablar. Yo tengo que regresar a Paris a primera hora de la mañana pero estoy seguro de que tú tienes más tiempo libre.

—Si es importante o no, eso no te concierne.

—Por supuesto que no, tienes toda la razón. Padre, acompáñeme.

James se despidió de Adrien con una ligera inclinación de cabeza, un gesto que le enfureció aún más. No podía creer lo que ese hombre estaba dispuesto a hacer. ¡Iba a poner en peligro su propia integridad para evitar la muerte de ese miserable! ¿Había perdido la razón? No entendía nada. Volvió rápido hasta donde le esperaba Jérôme con los ojos inyectados en sangre.

—Nada, no he logrado convencerle. No sé qué vamos a hacer. Te juro que estoy a punto de cometer una locura.

—¿Cómo vamos a evitar que salga herido de esta?

—No lo sé. No entiendo a qué juega. Sabe perfectamente que nuestros planes son firmes. Esto no es un juego de niños.

—¿Sabemos en qué punto del camino van a asaltar el carruaje? Quizás si nos adelantásemos podríamos detenerlo.

—No tenemos demasiado tiempo. Necesitamos darnos prisa para llegar lo antes posible.

—¿Crees que saldrá herido?

—Es muy probable. Dimos órdenes estrictas de no herir al cochero, pero no sabemos cómo van a ejecutar el plan ahora que hay otras personas involucradas. Además, estoy seguro de que su cochero va armado.

—James se ha vuelto loco, Adrien. ¿No ha valorado los riesgos?

—No lo sé. Aparte de dar al traste con nuestros planes, creo que tiene algo en mente.

—Quizás el lugar en el que se hospede quede antes del punto exacto en el que asaltarán el carruaje.

—Ojalá, amigo, ojalá, porque como salga herido, jamás me lo perdonaré. No quiero ni pensar en Sofía.

—Vayamos hasta un punto cercano al lugar del asalto e intentemos escondernos por allí. Quizás podamos ser de ayuda si las cosas se complican.

—Poco podremos hacer nosotros…

—Llevo dos armas en nuestro carruaje. Decidí traerlas antes de partir. Nunca se sabe cuándo te pueden hacer falta.

—Buena decisión, amigo. Espero de todo corazón que no necesitemos empuñarlas.

Ambos se montaron en el carro confiando en poder llegar a tiempo.

Mientras tanto, Alexander y James conversaban de manera amistosa. Los planes de James no estaban saliendo como había pensado porque aquel hombre no paraba de hablar acerca de las obras de arte que habían visto en la exposición y apenas le dejaba hablar. Intentaba desviar la atención, pero estaba claro que Alexander no tenía intención de cambiar de tema.

Tras una larga charla cultural, James pidió con rotundidad poder hablar del tema que le preocupaba.

—Señor Marchand, si no le importa, desearía poder hablarle de algo antes de que llegue a mi destino.

El hombre le miró con desgana, aunque accedió a cambiar el tema de conversación.

—Dígame qué le inquieta tanto.

—Mire, sé que este es un tema delicado, pero creo que es necesario que lo hable con usted. Como ya le dije antes, soy consciente de que entre su esposa y usted ha ocurrido algo grave.

Alexander le observaba en silencio.

—Como sacerdote debo asegurarme de que se cumplen los valores y deberes del matrimonio eclesiástico y tengo la sensación de que su esposa ha incumplido alguno.

—Padre, perdón, no tengo costumbre de hablar sobre mis problemas matrimoniales con nadie. Entiendo su preocupación, pero no deseo hablar de ese tema. Lo que haya ocurrido entre mi esposa y yo es algo que preferiría mantener en privado.

—Le entiendo, aunque me temo que no es un tema tan privado como a usted le gustaría. Las ausencias de su esposa en actos públicos están levantando las sospechas de muchas personas de la sociedad. Además, ha llegado hasta mis oídos que su esposa no estaría ni tan siquiera conviviendo con usted.

—Eso no es cierto. Como ya le dije, mi esposa se encuentra indispuesta

últimamente y necesita reposo, eso es todo. No pierda su tiempo con habladurías.

—Señor Marchand, permítame que sea directo. Se dice que su esposa le ha sido infiel con otro hombre y eso es un comportamiento muy inmoral que no debe tolerar. Usted es un caballero respetable y con una vida ejemplar. Creo que debería tomar medidas.

—¿Perdón?

James carraspeó antes de responder. La frialdad de aquel hombre le estaba haciendo perder el control de la situación.

—Me refiero que hay veces… hay algunas situaciones, en las que la Iglesia permite la disolución del matrimonio.

—¿Y por qué iba yo a querer disolver mi matrimonio?

—Me acaba de confesar que es verdad que algo ha ocurrido entre ustedes.

—Yo no le he confirmado nada, padre.

—Señor Marchand, dejemos este juego de apariencias. Todo el mundo habla de ello. Siento decirle que, tanto usted como su esposa, son la comidilla entre sus amistades y conocidos.

—¿Y cómo sabe usted eso? Me parece interesante saber que un sacerdote está al tanto de los cotilleos de la alta sociedad.

—Le recuerdo que los sacerdotes servimos a las personas como confesores y muchas veces como paño de lágrimas. Es inevitable que también, de vez en cuando, nos lleguen rumores de este tipo. Aún hay personas decentes que no ven con buenos ojos el libertinaje que impera en nuestra sociedad desde hace años.

—Aun así, no sé dónde quiere llegar.

—Creo que, para detener, de una vez, los rumores que circulan, debería pedir la anulación de su matrimonio. Esto serviría para salvaguardar su honor y como escarmiento a su esposa. No se puede tolerar una falta de moralidad semejante. Si no respetamos los principios del Santo Sacramento, este está abocado a la desaparición y junto con él, los fundamentos de nuestra Iglesia. Muchas de las personas con las que nos hemos relacionado esta noche abogan por los matrimonios laicos llegando incluso a no bautizar a sus hijos. Como comprenderá, este avance del laicismo es preocupante y comportamientos como el de su esposa no ayudan a mantener nuestra fe.

Alexander mostró un pequeño interés por primera vez, algo que alivió un poco a James, que veía como se le agotaba el tiempo antes de lograr una reacción en aquel hombre.

—Padre, entiendo su preocupación, yo también he observado ciertos comportamientos inadecuados tanto en hombres como en mujeres. De hecho, yo mismo le advertí a mi esposa acerca de ciertas amistades que no son del todo adecuadas. Si eso le tranquiliza, le prometo que tendré una conversación con ella para que entienda que ese no es el camino hacia una vida respetable.

—¿Va a permitir entonces que todo el mundo le señale con el dedo?

¿Prefiere ser visto como un esposo engañado por su mujer mientras ella sigue con su vida?

—No le entiendo. ¿Qué quiere que haga?

—Señor Marchand, creo que debería enmendar el comportamiento de su mujer de algún modo.

Aquellas palabras provocaron en James un dolor intenso en el pecho. Estaba desesperado por conseguir un compromiso por parte de Alexander para repudiar a su mujer y anular su matrimonio. Ese hombre era mucho más difícil de influenciar de lo que había imaginado.

—¿Se refiere a castigar a mi mujer de algún modo? No sé a qué se refiere en concreto, padre. Hable claro de una vez. Usted vio con sus propios ojos cómo intenté hacerle entender a mi esposa que me había ofendido, pero…

—No me refiero a ningún castigo físico —respondió James para dejar claro que eso no era lo que pretendía en ningún momento. Le sudaban las manos y empezaba a notar el aire demasiado cargado en el interior del carruaje.

—Padre, comienzo a cansarme de esta inútil conversación.

—Me refiero a anular su matrimonio alegando una infidelidad, de modo que ella se vea expuesta y se arrepienta. Quizás así usted pueda resarcir su ofensa. Una anulación por un motivo semejante es una vergüenza pública y, de alguna manera, también le haría muy complicado poder volver a contraer matrimonio por la iglesia con cualquier otro hombre.

—No tengo claro que quiera anular mi matrimonio, al menos de momento. Es algo en lo que debo pensar con serenidad.

—Lo entiendo, no pretendo que tome usted dicha decisión en este momento, ni tan siquiera en días. Tan solo deseo que medite sobre lo que le he comentado y lo valore. Necesitamos tomar medidas drásticas y eficaces para frenar este libertinaje que nos conduce directos a una sociedad vacía y carente de valores.

—De acuerdo, lo pensaré, pero no le prometo nada. Necesito valorar muchas cosas antes de tomar una decisión tan tajante.

—Es muy sensato por su parte.

—Gracias. Le haré saber mi decisión cuando sea pertinente. Le agradezco su interés. Ya hemos llegado a su destino. Que descanse, padre.

—Muchas gracias a usted, señor Marchand. Ha sido, como siempre, un honor poder conversar con usted. Que tenga un buen regreso a París.

—Lo mismo le digo. Buenas noches.

James se bajó del carruaje asqueado. Lo que acababa de hacer era lo más difícil que había hecho hasta entonces, aunque no le quedaba más remedio que tragarse su disgusto y rezar para que sus palabras hubiesen sido de utilidad. Sentía de todo corazón haber tenido que hablar de Sofía en esos términos, pero no había otra opción si quería convencerle para que solicitase el divorcio.

Alexander prosiguió su camino dando vueltas a lo que acababa de hablar

con el sacerdote. Por una parte, le parecía una locura disolver su matrimonio. No quería renunciar a ella, pues solo siendo su esposo podría controlarla y de alguna forma castigarla por lo que le había hecho. Sin embargo, era cierto que sus excusas eran cada vez menos creíbles y era inevitable que la gente opinase. No tardarían mucho en confirmar la verdadera causa de su distanciamiento. Temía ser considerado un cornudo complaciente por parte de sus amigos, conocidos y socios. Eso no le beneficiaba en absoluto. Debía pensarlo bien antes de decidir qué hacer. Primero necesitaba encontrarla y averiguar quién era el hombre con el que le había sido infiel. Por más que intentaba pensar, ningún hombre de su entorno común le parecía capaz de traicionarle de tal forma. Debía tratarse de alguien que se movía en otros entornos que solo ella frecuentaba. Quizás algún conocido de la frívola Annette.

Estaba inmerso en sus pensamientos cuando notó un golpe en el carruaje. Parecía ser un bache en el camino, por lo que no le dio mayor importancia. Unos minutos después, el carro volvió a menearse de forma violenta, esta vez con más fuerza. Se asomó por la ventana para preguntar al cochero qué ocurría y este se detuvo.

—Señor, creo que tenemos problemas en una de las ruedas. Es raro, pero el camino está lleno de grandes piedras. Deben haber llegado hasta aquí tras las lluvias de ayer. Voy a bajar a comprobarlo.

Alexander asintió con desgana. Deseaba llegar a casa de su amigo Remi para poder descansar. Aquellas noches de ajetreo le agotaban cada vez más.

El cochero parecía tardar en comprobar lo que pasaba, por lo que decidió salir del carruaje. Antes de que pudiera hacerlo, unas manos fuertes le agarraron del brazo y le arrastraron hacia el exterior. Se trataba de unos bandidos que, con el rostro cubierto, los apuntaban con pistolas y les exigían todos los objetos de valor que portasen. Alexander miró a su cochero a la espera de que intentase alguna maniobra para defenderle, pero pudo comprobar que el hombre que le sujetaba era de una gran envergadura. Intentaba zafarse de él, aunque le resultaba imposible moverse. Los hombres les gritaban amenazantes para que les diesen todo lo que tenían de valor mientras Alexander los observaba aterrorizado. No era la primera vez que les habían intentado robar. Por fortuna, casi siempre se trataba de rateros de mala muerte que terminaban por huir cuando el cochero empuñaba su arma. Sin embargo, esta vez era distinto: aquellos hombres parecían profesionales a los que no les temblaba el pulso. En un intento de escapar, el cochero golpeó con una rodilla el rostro del hombre que le sujetaba y le dejó aturdido durante unos segundos por el dolor. El cochero logró zafarse y corrió a la parte de atrás del carruaje en busca de otra arma que llevaba escondida. Alexander fingió ver llegar a otros hombres y les gritó pidiendo ayuda, algo que confundió a sus atacantes, que se giraron a ver de quién se trataba, momento que Alexander aprovechó para soltarse y correr como pudo hacia unos matorrales que había a escasos metros, al otro lado de la carretera.

Mientras tanto, Adrien y Jérôme eran testigos a cierta distancia de lo que ocurría. No podían ver con claridad, pero sí oír los gritos y los golpes. Se sentían presos del miedo y de la incertidumbre, pues no sabían si James estaría aún junto a Alexander. De repente, el sonido de un arma los hizo agacharse. Dos segundos después, volvió a oírse otro disparo y, a continuación, el ruido de dos caballos al galope. ¿Dos disparos? ¿Habría dos personas heridas o muertas? Ninguno de los dos se atrevía a decir nada. Cuando todo parecía haber terminado, decidieron acercarse con sigilo para no ser vistos. Vieron con horror al cochero tumbado boca abajo, inmóvil, pero no había rastro de Alexander. Tras inspeccionar la zona desde una distancia prudencial, pudieron ver unos pies al otro lado del camino. Se acercaron un par de metros y comprobaron que se trataba de Alexander, que estaba tumbado boca arriba con una herida en el abdomen. Parecía muerto. Ninguno de los dos sintió alivio ante semejante escena. Se miraron apesadumbrados ante la imagen de aquel hombre tendido en el suelo, malherido o tal vez muerto al que no podían asistir de ninguna forma. Aquella visión les trajo a la memoria un terrible recuerdo que habían relegado a lo más profundo de su mente y que deseaban olvidar. Volvieron a mirarse fijamente y a continuación se alejaron del lugar cabizbajos aunque aliviados, pues no había rastro alguno de James, quien confiaban se hallase a salvo.

38

Antes de regresar a Arras, donde el prior Adams y Sofía esperaban ansiosos nuevas noticias, Adrien y Jérôme se reunieron con Annette para ponerla al corriente de lo acontecido la noche anterior. Ninguno tenía noticias de James a pesar de haberse presentado a primera hora de la mañana en la parroquia en la que se suponía había pernoctado aquella noche. Allí, la persona que los atendió afirmó desconocer la identidad del huésped que había llegado a altas horas de la noche. Dicha información les ayudó a mantener la esperanza de que quizás estuviese de camino a casa. Tampoco había ninguna novedad acerca de la situación de Alexander. Todos esperaban haberse despertado con la noticia del asalto y asesinato de un personaje tan ilustre como él, pero para su sorpresa, ningún noticiero daba cuenta de un acontecimiento semejante. La falta de noticias les quebraba los nervios y los hacía sentirse vulnerables. Por un lado, deseaban saber que Alexander había fallecido víctima del ataque, pero por otro, seguían apesadumbrados. Sentían un terrible cargo de conciencia por haber planeado la muerte de otro ser humano. Sin embargo ¿qué otro recurso les quedaba?, se repetían una y otra vez.

—Se trata de su vida o de la de mi hermana, no puedo perderla a ella también, no puedo permitirlo —murmuraba Adrien.

—Entendemos tu desesperación, Adrien. Yo tampoco dudaría en salvaguardar la vida de alguno de mis hermanos si fuera necesario —afirmó Jérôme.

—Yo también comparto tu angustia. Ya te dije en una ocasión que no hubiese dudado en matar a ese hombre yo misma si hubiese sido testigo de su maltrato.

Se despidieron con la promesa de informase mutuamente de cualquier información acerca del estado de Alexander, aunque nerviosos ante la incertidumbre del destino de James.

Los dos amigos llegaron a la mansión De la Roche en apenas día y medio. Necesitaban comprobar con urgencia si James había regresado. Para su disgusto, no había rastro de él. El pulso se les aceleró en cuanto vieron a Sofía aparecer para recibirlos.

—¡Hermano!, por fin regresas. He estado muy nerviosa sin ti a mi lado

—dijo abrazándole con fuerza.

—Oh, gracias por esta bienvenida tan calurosa, querida, ¡yo también me alegro de volver a verte! No creas que yo no me he preocupado por cómo te encontrarías. Menos mal que James y el prior han estado a tu lado para cuidarte —comentó Adrien fingiendo desconocer la ausencia de James.

—James no está en casa. Se marchó el día siguiente de vuestra partida para solucionar un asunto que requería su presencia en París. Me aseguró que era de vital importancia recoger una documentación necesaria para su petición de ingreso en la Iglesia anglicana.

—¿Te ha dejado sola aquí? —preguntó Adrien intentando sonar alarmado.

—Sí, intenté convencerle para que esperase a vuestro regreso, pero dijo que no podía demorar su viaje, pues era urgente encontrarse con una persona allí.

—No me parece bien que te haya dejado aquí sin protección.

—No he estado sola, el prior ha cuidado de mí sin descanso.

—Lo imagino, cielo, pero ¿y si se hubiese presentado alguien aquí? ¿Qué podría haber hecho el pobre hombre para protegerte?

—Lo sé, pero tranquilo, James me aseguró que antes de marcharos habíais dejado algunos hombres apostados a la entrada de la villa para protegernos.

—Vaya, parece que nuestros esfuerzos por ser discretos no han pasado inadvertidos para él —comentó Jérôme con ironía.

—Eso parece, amigo, eso parece… —respondió Adrien disgustado.

—¿Te ha comentado cuándo regresará? —preguntó Jérôme nervioso.

—No, me dijo que volvería lo antes posible, pero no me pudo concretar un día. Imagino que estará a punto de hacerlo. No creo que sea conveniente que se deje ver por París, en cuanto obtenga esos papeles, regresará.

—Dios lo quiera hermana, Dios lo quiera —murmuró Adrien mientras miraba su reloj con disimulo.

—Bueno, por favor, contadme cómo fue la exhibición de Annette. Hubiese dado lo que fuera por haber asistido. Estoy segura de que ha sido todo un éxito.

Ver a su hermana tranquila y sin ningún temor acerca de la suerte que habría corrido James agobiaba a Adrien. No quería pensar en la posibilidad de tener que darle una mala noticia. Pese a no ser un hombre religioso, en esos momentos le hubiera gustado poder refugiarse en la fe para confiar en que todo estaría bien y que James aparecería de un momento a otro.

—Querida, deja que descansemos un poco y dentro de un rato, a la hora de la cena, te prometo que te contaremos todo sobre la magnífica noche que nos ofrecieron Annette y su familia.

Como habían prometido, Adrien y Jérôme los entretuvieron durante la cena con mil detalles sobre la gran noche de los Dufour. El prior disfrutaba de la

conversación y demostró ser un gran conocedor del arte egipcio. Aquel hombre no dejaba de sorprenderlos con su erudición. Pasaron casi dos horas debatiendo sobre obras de arte clásicas y otras culturas. Jérôme y Adrien habían visitado ciudades como Roma, Florencia o Atenas y poseían un gran conocimiento de dichas culturas. Jérôme impresionó al prior al mostrarle piezas clásicas que él mismo había adquirido en aquellos viajes y que guardaba con sumo cuidado en la casa. Algunas de aquellas maravillas eran una pequeña talla en mármol del dios Apolo, una hermosa vasija de cerámica griega con motivos geométricos y un casco de un gladiador romano, en casi perfecto estado, que compró a un coleccionista de arte en Roma. El prior las observaba con detalle, absolutamente maravillado por poder ver con sus propios ojos aquellos vestigios de otros tiempos.

Tras la cena, Sofía y el prior se fueron a dormir mientras que Adrien y Jérôme se dedicaron durante un par de horas a revisar todos los diarios de noticias en busca de alguna señal que les proporcionase información sobre alguno de los dos, pero no hallaron nada.

Un par de días después, y ante tal escasez de noticias, Jérôme decidió asistir a uno de los clubs de caballeros que solía frecuentar antaño, para intentar hacerse eco de las últimas novedades entre aquellos señores de la alta sociedad. Si Alexander había fallecido en el asalto, aquello debería haber llegado hasta las altas esferas. Un hecho semejante supondría una alarma entre los hombres adinerados acostumbrados a viajar constantemente con la única compañía de sus cocheros. Durante varias horas se puso al corriente sobre cuestiones de política y economía, pero nadie comentaba nada al respecto. Decepcionado, decidió marcharse de allí. Sin embargo, justo antes de abandonar el lugar, vio llegar a un conocido y se acercó a él para saludarle. Este le preguntó si había leído el diario de la tarde y ante la negativa de Jérôme, se lo entregó. En él, se relataba el incidente, pero sin grandes detalles, tan solo contaba que unos asaltantes, que parecían profesionales, habían atacado al señor Alexander Marchand en su regreso a casa y habían asesinado a su cochero. Nada sobre Alexander. Quiso saber más, pero aquel hombre se limitó a responder que solo sabía lo que aparecía en el periódico. Todos los allí presentes comenzaron a hacer conjeturas sobre el asalto y uno de ellos confesó haber oído a otras personas comentar algo al respecto, en especial, que el pobre señor Marchand podría haber sobrevivido, aunque había quedado herido de gravedad.

Regresó a casa lo más rápido que pudo para informar a Adrien, que se quedó preocupado por la noticia. No saber si Alexander estaba vivo o muerto volvía a entorpecer sus planes. ¿Y si no había funcionado como ellos habían planeado? Se suponía que aquellos hombres debían asegurarse de que Alexander no saliese con vida del asalto, pero algo no debió salir bien y optaron por marcharse del lugar sin comprobarlo.

—¿Qué vamos a hacer ahora, amigo? —preguntó Jérôme consternado.

—No lo sé. Esos hombres sabían hacer su trabajo. No entiendo cómo han

sido capaces de errar de esta forma.

—Quizás haya muerto.

—¿Y si no es así?

—Puede que la herida fuese mortal de necesidad y ellos lo supiesen. No creo que esos tipos se la jueguen con un error semejante. Saben para qué se les pagó. Todo estaba muy claro.

—Ya lo sé, Jérôme, pero quizás se confiaron al verle en el suelo sangrando. ¿Y si no ha muerto? Si lo hubiese hecho habría salido publicado en varios diarios, ¿no crees?

—Tienes razón. No obstante, también creo que Alexander es un tipo que odia verse expuesto. Quizás cuando le encontraron aún estaba con vida y dio órdenes de no publicar nada acerca de su estado.

—¿Crees entonces que podría seguir vivo? Me parece muy inverosímil que con aquella herida pudiese estar suficientemente consciente para dar indicaciones a nadie.

—Tenía muy mal aspecto cuando le vimos, aunque… quizás estuvo con vida durante un tiempo y fue en el hospital donde pidió que no se filtrase la noticia de su accidente. Puede que falleciese después.

—Esto es una locura. ¿Cómo vamos a actuar ahora? ¿Qué le decimos a Sofía?

—Creo que deberíamos ser prudentes y esperar unos días más. Quizás la noticia transcienda en breve si es que de verdad ha fallecido.

—Y James ¿por qué no regresa? ¿Dónde estará ese hombre? —preguntó con enfado Adrien.

—Lo desconozco. Siento mucho la muerte del cochero. No se merecía acabar así por nuestra culpa.

—Yo también. Esto será algo que no podré olvidar jamás. Nunca pensé que sería capaz de orquestar la muerte de alguien de forma tan fría, Jérôme, te lo digo de verdad.

—Lo sé, yo me siento igual. Quizás James no estaba equivocado en su intento de detenernos. No somos nadie para decidir quitarle la vida a otra persona.

—A veces la vida nos fuerza a hacer cosas inimaginables para proteger a los nuestros. Sé que lo que hemos hecho es deleznable e imperdonable, pero estoy seguro de que, tarde o temprano, mi hermana sufriría las consecuencias de su traición y no quiero ni pensar en la posibilidad de verla sufrir. Ya expiaremos nuestros pecados en la otra vida, amigo. De momento, intentemos permanecer atentos y recemos para que James aparezca pronto.

Ambos permanecieron en silencio largo rato, inmersos en sus dudas y temores hasta que James apareció, por fin, por la puerta del despacho en el que se encontraban. Respiraron aliviados.

—¡Menos mal que aparece, James! Nos tenía angustiados con su demora —dijo Jérôme.

—¿Se alegran de volver a verme con vida?

—Por supuesto que sí. ¿Qué clase de pregunta es esa? Fue usted quien decidió arriesgase —respondió Adrien molesto.

—Lo sé, pero no puedo entender cómo son capaces de mantenerse tan serenos sabiendo lo que han hecho.

—¿Sabe algo de Alexander? —preguntó Jérôme.

—No, intenté averiguar algo antes de partir hacia París y lo único que logré saber es que, al amanecer, unas personas que se dirigían por la misma ruta se toparon con el carruaje y el cuerpo sin vida del cochero… pero ni rastro del señor Marchand.

—¡No puede ser! —afirmó Adrien estupefacto.

—Me parece increíble de creer que un hombre de la edad de Alexander y con una herida de bala en el vientre haya podido buscar ayuda por sí mismo.

—Eso mismo creo yo, Jérôme. No comprendo qué está ocurriendo aquí.

—¿Una herida en el vientre? ¿Fueron capaces de ver a ese pobre hombre herido y no le ayudaron?

—Padre, ¿cómo diantres le íbamos a ayudar si fuimos nosotros los que orquestamos todo? —comentó Jérôme indignado.

—James, entiendo su horror. Estoy seguro de que no está acostumbrado a estas cosas, pero le aseguro que la vida fuera de los muros de su iglesia es mucho más cruel de lo que imagina. A veces no hay opciones. Créame, las palabras no salvan la vida de los hombres.

—Adrien, me niego a pensar que no había otra forma.

—¿Me puede decir el motivo por el que arriesgó su vida al montarse en ese carruaje? Por favor, sea honesto con nosotros de una vez y pónganos al corriente de su *pacífico* plan.

—Intenté por todos los medios evitar la tragedia al permanecer junto a él el mayor tiempo posible, y demorar su regreso con la esperanza de que los matones a los que han pagado decidiesen abortar su sangrienta misión. Ya vi que estaba bien instruidos sobre lo que debían hacer.

—James, está empezando a ofenderme con su actitud. Le recuerdo que todo esto lo estamos haciendo por mi hermana y por usted. Lo menos que podía hacer es agradecer la ayuda que les estamos prestando desde el primer minuto —dijo Adrien con los puños apretados.

—¿Convirtiéndose en asesinos? ¿Esa es la clase de ayuda que ofrecen ustedes?

Jérôme tuvo que retener a Adrien, quien se acercó hacia James lleno de rabia.

—James, no se lo voy a volver a repetir. Haré lo que sea necesario para proteger a mi hermana de cualquier peligro o daño y si eso le incluye a usted también, no dude de que le sacaré de su vida.

—Tranquilo, Adrien, estás perdiendo los nervios y eso no nos ayuda.

—¿Cómo quieres que me tranquilice? Hemos hecho algo que jamás habríamos imaginado hacer y nos sentimos mal por ello. Estamos agotados después de tantas semanas huyendo de Alexander, protegiéndoles,

ocultándonos, dejando a un lado nuestras vidas… ¿para esto?

—No me puede pedir que vea con buenos ojos lo que han hecho, mi fe me lo impide.

—*Padre,* a mí su fe me importa un bledo. Déjese de sermones conmigo. Lo único que me interesa es que cuide de mi hermana y la haga feliz, aunque empiezo a dudar de que usted sea la persona correcta para ella. Quizás debería haber protegido a mi Sofía de usted, pero creía que era un hombre de honor a pesar de todo. No me venga con discursos morales o me va a obligar a recordarle quién es usted y la situación en la que se encuentra con mi hermana. Lo que no entiendo es cómo no fue usted mismo el que intentó acabar con la vida de ese malnacido cuando vio a Sofía en el estado en el que la encontramos aquella noche. Yo no lo habría dudado si se tratase del amor de mi vida.

Adrien respiró hondo y abrió una ventana para coger aire e intentar serenarse. Jérôme los observaba sin saber muy bien cómo intermediar en aquel tenso momento.

—Padre, le entendemos, por favor, sea justo con nosotros. La decisión que tomamos no fue sencilla. Nos costó mucho decidirnos a hacer algo así, pero no veíamos otra salida para que Sofía y usted puedan estar juntos. Sabe que Alexander jamás le permitirá a Sofía vivir al lado de otro hombre. Si no le sacamos de su vida, ella se verá abocada a llevar una vida miserable junto a su esposo. Todos hemos visto lo que es capaz de hacer cuando se le ofende. Adrien solo intenta ayudarles.

—Si está vivo quizás más adelante encontremos una forma de convencerle para que renuncie a ella.

Adrien y Jérôme le miraron extrañados.

—Rece para que no lo esté —espetó Jérôme.

—Todo apunta a que ha sobrevivido. No sabemos dónde está. Puede que en algún hospital.

—Temo que James tiene razón, Adrien. Es muy probable que esté vivo.

—En ese caso, ¿le ha prometido el descanso eterno si deja libre a Sofía? —dijo Adrien con sorna.

—Adrien, por favor —protestó Jérôme.

—A veces las palabras logran cambiar la opinión de las personas. Si sigue con vida, con un poco de suerte, haya logrado que se plantee anular su matrimonio tras nuestra conversación esa noche.

Adrien continuaba sin creer lo que oía.

—No me haga reír, por favor. ¿Suerte? Si ha sobrevivido tenemos un problema muy serio. No dudará en apuntar hacia nosotros en cuanto se recupere. Sospechará de nuestra implicación. Piense en algo convincente para defenderse cuando llegue el momento —comentó con enfado.

—Por favor, escuchemos lo que tiene que contarnos —pidió Jérôme.

Adrien resopló y guardó silencio dispuesto a escuchar, pero apartó su mirada de James.

—Pensé que, si lograba, como sacerdote, interesarme por su matrimonio, podría hacerle entender que no debería tolerar ciertos comportamientos indecentes en su esposa y que debería castigarlos de alguna manera.

—¿Comportamientos indecentes? ¿Castigarla? ¿Me está diciendo que le ha hablado a ese hombre en esos términos sobre mi hermana? ¿Usted quiere que la mate si está vivo y consigue dar con su paradero?

Jérôme tuvo que volver a detener a Adrien, que se dirigía hecho una furia hacia James con la intención de golpearle.

—Tranquilícese, Adrien. Creo que no me han entendido. Yo soy el primero que sentí rabia y rechazo al tener que hablar así, pero le dejé muy claro desde el primer momento que no me estaba refiriendo a ningún tipo de daño físico, sino a un rechazo moral. Le hice entender que saldría beneficiado si alegara la infidelidad de su esposa para solicitar la nulidad de su matrimonio, ya que es uno de los pocos casos que recoge la Iglesia Católica para conceder el divorcio al marido.

—Padre, eso es un arma de doble filo. No puede estar seguro de si con sus comentarios ha convencido de ello a ese hombre o si, por el contrario, ha alentado su rabia y ganas de darle un escarmiento cruel a su esposa por su ofensa —comentó Jérôme.

—No hay duda de que la fe nubla la mente y el sentido común —afirmó Adrien mientras miraba con rabia a James—. Me parece algo absurdo intentar conseguir algo así. En cualquier caso, mi hermana saldría perjudicada.

—Quizás ya no contará con la simpatía de las familias adineradas de la ciudad, pero eso no supone un problema, de hecho, si logramos empezar una nueva vida en mi país, nadie la reconocerá allí. Creo que logré un cambio en la actitud del señor Marchand tras nuestra charla. Quizás se plantee la nulidad en un intento desesperado por salvaguardar su dignidad y salir resarcido de esto. Es consciente de que ya se empieza a hablar de ellos en los círculos cercanos y no desea verse expuesto por algo tan vergonzoso. Si mi intuición no me falla, puede que haya entendido que al anular su matrimonio él será considerado un hombre respetable que no tolera semejante inmoralidad en su esposa.

—Padre, ¿de verdad cree que Alexander vaya a renunciar a Sofía? No me haga perder más mi tiempo, se lo ruego. ¿En serio piensa que le importan su moral y su Iglesia? Le conoce muy poco. Ese hombre no se detendrá hasta encontrarla y hacerle pagar por esto. Olvídese ya de convencerle de nada. Y rece todo lo que sepa para que haya muerto en el asalto o jamás podrá estar con mi hermana. Dará con nosotros tarde o temprano, no tenga duda de ello, y vivirá el resto de su vida sufriendo por el terrible destino al que la condujo.

—Caballeros, no vamos a conseguir nada con esta tensión. De momento, lo hecho, hecho está. Solo nos queda esperar hasta saber qué ha ocurrido. Mientras tanto, deberíamos decidir qué vamos a hacer a partir de este momento. Por mi parte, no tengo ningún impedimento en que permanezcáis aquí por tiempo indefinido, aunque creo que sería un poco arriesgado, pues la

gente del pueblo terminará por saber que hay personas ajenas a mi familia alojadas en la casa y comenzarán las habladurías.

—Dejemos al padre James que nos ilumine con su inspiración divina a partir de ahora.

Adrien no estaba dispuesto a dar su brazo a torcer en su actitud hacia James. Se sentía dolido por sus reproches y angustiado por las consecuencias de aquella conversación con Alexander. James se despidió de ellos y salió del despacho para encontrase con Sofía. Sentía que quizás se habría sobrepasado y juzgado a esos hombres injustamente, pero no podía aceptar lo ocurrido. Jamás aceptaría la muerte de ningún hombre a manos de otro y menos, si él se hallaba involucrado.

Cuando entró en la habitación vio que dormía. No quiso despertarla y se acostó a su lado en busca de un poco de tranquilidad. A veces añoraba la calma con la que transcurría su vida antes de conocer a Sofía. Sin embargo, cuando recordaba todo lo vivido y pensaba en su futuro hijo, se convencía de que su nueva vida compensaba aquellos tumultuosos días.

Adrien se encerró en su habitación, malhumorado. Los reproches de James le habían dolido sobremanera y le convencieron de que lo más importante para él, desde ese momento, sería la seguridad de su hermana y la de su futuro sobrino. Aquel hombre había demostrado saber cuidarse solo y tomar sus propias decisiones.

El día siguiente transcurrió tranquilo, ya que el regreso de James había aumentado el ánimo de Sofía. Adrien fingió estar inmerso en unos asuntos personales para intentar no coincidir demasiado con ellos mientras ella se centraba en recuperarse. El malestar había desaparecido, se sentía vital y con buen apetito, algo que se le empezaba a reflejar en el cuerpo, que se veía algo más redondeado.

En una de las pocas ocasiones en las que coincidieron todos para almorzar, Adrien comentó la posibilidad de marcharse a otro lugar para evitar que Alexander averiguase su paradero. Todos accedieron al entender que la posibilidad de que eso ocurriese era alta.

Transcurrieron varios días más sin noticias, por lo que Adrien y Jérôme estuvieron de acuerdo en qué quizás debían compartir con los demás lo que se comentaba del accidente y anunciar la posible muerte de Alexander. Informaron a los demás sin dar demasiados detalles. Sofía tuvo que sentarse para asimilar lo que escuchaba, ya que no podía creer lo que Jérôme relataba. Alexander, ¿muerto? ¿Cómo podría haber ocurrido? Sabía que era un hombre muy precavido que siempre viajaba acompañado y que su cochero iba armado. Además, siempre ordenaba preparar la ruta con antelación para evitar caminos desconocidos o rutas peligrosas. ¿Quién podría querer matar a un hombre como él? No sabía que tuviese enemigos ni afrentas con nadie, a excepción de lo ocurrido con su hermano.

—Pero ¿cómo ocurrió? ¿Quién querría hacer algo así? —preguntó Sofía sin entender nada.

—No lo sé. Parece ser que se trata de unos rateros que, sabiendo del trasiego de carruajes durante la noche de la gran exhibición de la familia Dufour, decidieron apostarse en una de las rutas y asaltar alguno de los carros, con la mala suerte de que eligieron el de tu esposo —contó Adrien en un intento de justificar el asalto.

—Pero ¿por qué nadie nos ha informado de esto? Hace ya varios días de la exhibición. Soy su esposa y tengo el derecho a saber si mi marido ha fallecido o ha resultado herido.

—Sofía, ¿cómo pretendes que te notifiquen algo así si no estás allí? Imagino que alguien se personaría en tu casa, pero, al no encontrarte, habrán creído que ya estabas al corriente y saliste de viaje para encontrarte con él y averiguar lo ocurrido. —James intentaba sonar tranquilo para calmar su ansiedad mientras miraba a Adrien y Jérôme con recelo.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Debería volver a mi casa y hacerme cargo de los trámites? Soy su esposa, nadie entenderá que no esté allí en estos momentos.

Adrien seguía sin creerse del todo la noticia pues le extrañaba que no se hubiese publicado nada al respecto.

—Hermana, entiendo tu angustia, pero no puedes volver a casa. Si apareces allí ya no podrás volver a marcharte. Piensa en ello. Te convertirás en la viuda de Alexander Marchand y te verás obligada a llevar una vida que no deseas. Olvídate de la opinión de los demás. Ahora solo debes pensar en ti y en tu futuro hijo. Sé que esto es un duro golpe con el que no contabas, aunque quizás la vida te ha hecho un favor. Puede que ahora sí consigas tener una vida junto a James.

Aquello la hizo recapacitar. Sentía lástima por el terrible final de Alexander, pero era cierto que, con su muerte, el camino hacia su libertad se había abierto de golpe.

James dio un largo suspiro, se adelantó para colocarse en el centro de la sala y dijo:

—Puede que haya llegado el momento de irnos de aquí. Debemos marcharnos a Inglaterra. Ya hemos solicitado mi ingreso en la Iglesia anglicana y puede que recibamos respuesta en varias semanas. En previsión de nuestro viaje hasta allí, el prior ha solicitado recibir la respuesta en una iglesia dirigida por un viejo amigo suyo, quien estaría dispuesto a interceder por mí para lograr mi admisión.

—¿A qué parte de Inglaterra quiere ir? —quiso saber Adrien, que seguía sin confiar en el criterio de James para tomar decisiones.

—A Claverdon, en el condado de Warwick, en las West Midlands. Es un lugar apacible y tranquilo para vivir. Puede que allí encontremos cobijo. ¿Lo conoce, Adrien?

—No, he viajado mucho por Inglaterra y he estudiado en varios colegios y universidades del país, pero no he estado en ese condado. Imagino que, al tratarse de un lugar pequeño, levantaréis revuelo con vuestra llegada —dijo

mientras miraba a su hermana.

—Lo sé, pero siempre es más fácil construirse una vida nueva en un lugar así que en una gran ciudad. Warwick y Bedford, mi ciudad natal, se parecen en cierto modo y el carácter de sus gentes es muy similar. No creo que encontremos grandes problemas allí. Son personas cercanas y acogedoras.

—¿Comparte su opinión, padre? —preguntó Adrien al prior.

—Sí, hijo, creo que es un buen lugar al que ir. Al menos allí nadie sabrá quiénes son y podrán empezar de nuevo. Es cierto que con el tiempo quizás lleguen a averiguar que James era un sacerdote católico, pero no tengo duda de que con su buen carácter y buena disposición logrará ganarse las simpatías de los vecinos. Lo mismo creo de Sofía, su alegría y empatía le aportarán grandes amistades.

—Si usted también cree que es una buena idea, no me opondré a ello, pero viajaré con ustedes para cerciorarme de que no hay problemas.

James y Sofía se miraron ilusionados con la idea de encontrar por fin la paz y la felicidad que tanto ansiaban, aunque se podía observar aún cierta desconfianza en Adrien quien no descansaría hasta comprobar que estaban de verdad a salvo. Sofía suspiró esperanzada deseando de todo corazón que aquel lugar les ofreciese una nueva oportunidad. Por fin podría volver a ser una mujer libre capaz de decidir sobre su futuro y quizás, una vez hubiese dado a luz y su vida estuviese más asentada, podría volver a ayudar a mujeres y niños necesitados a tener una mejor vida; esta vez sin tener que ocultarse. Puede que hubiese llegado la hora de dar la cara y postularse como una defensora de los más necesitados con la creación de instituciones o colegios donde ofrecer la educación necesaria para lograr un gran cambio en la sociedad y conseguir, por fin, la igualdad para todos.

39

Esperaron un tiempo prudencial antes de iniciar los preparativos hacia su nuevo destino. En cierto modo, Adrien y Jèrome sabían que el silencio sobre el estado de Alexander era sospechoso; sin embargo, no podían hacer otra cosa que seguir con sus vidas de forma discreta.

James no pudo evitar ponerse nervioso al iniciar el viaje. Volver a su tierra era importante para él, pero a la vez, sentía temor a revivir algunos momentos, que quizás prefería olvidar. Ninguno tenía la certeza de si informaría a su familia de su llegada, pero nadie se atrevía a hablarle de un tema tan delicado.

La ruta requería de diversas paradas, pernoctaciones en distintas ciudades e incluía un viaje en barco, por lo que era necesario planificarlo sin errores para garantizar el bienestar de Sofía durante tan largo trayecto. Ella les ayudó a organizarlo todo consciente de que dejaba su vida en París. Su llegada a Inglaterra iba a suponer un verdadero reto para ella, acostumbrada como estaba a vivir sin escasez, pero la ilusión que sentía por poder vivir su amor con James compensaba todas esas carencias.

El viaje comenzó con destino al puerto de Calais, donde se embarcarían con destino a Dover y, desde allí, continuarían en un tren de vapor que llegaba hasta la capital, Londres. Una vez en la gran ciudad, y tras descansar un par de días, irían hacia Warwick, donde los esperaba el pastor John Smithson, amigo del prior Adams en su juventud.

Aquel larguísimo trayecto les dio la oportunidad de conversar sobre sus planes de futuro y conocer lugares en los que nunca habían estado. James disfrutaba del viaje mientras esbozaba bonitos dibujos del paisaje en un cuaderno que llevaba encima. Sofía se sorprendió al comprobar que era un gran dibujante y que su talento iba más allá de unos simples bocetos con plantas. Adrien, por el contrario, se mostraba un poco preocupado por el efecto que tan largo trayecto pudiese tener en la salud de su hermana, aunque ella siempre le tranquilizaba con agradables conversaciones sobre las innumerables actividades que su fundación podría llevar a cabo allí. Él no parecía estar muy convencido aún de que fuesen bien acogidos en aquel país. Había permanecido allí el tiempo suficiente durante su juventud para saber

que su gente era un poco desconfiada con los extranjeros, más aún al tratarse de un entorno rural y menos abierto a las costumbres más modernas e ideas revolucionarias que comenzaban a emerger en las grandes ciudades de Europa y Estados Unidos.

La llegada a Londres fue algo que Sofía no olvidaría nunca. A pesar de haber viajado por distintas ciudades de Europa junto con sus padres, nunca había estado en esa gran ciudad llena de vida donde la gente llenaba las calles en un ir y venir constante. Pudo comprobar también que era una ciudad más sucia y sombría de lo que esperaba, algo que la desconcertó, pues el aire parecía estar siempre cargado de una incómoda niebla espesa. Allí, se hospedaron dos días en el Brown's Hotel, famoso por alojar a ilustres escritores de la época. La estancia en ese bonito hotel la reconfortó, ya que no pudo solo recuperar las energías, sino también pasear por la ciudad y comprar un sinfín de cosas que necesitaría para su nueva casa: ropa, algún coqueto complemento y libros. Las grandes *boutiques* eran maravillosas y un verdadero deleite para cualquier dama presumida. Desafortunadamente, tuvo que contenerse para no comprar todo lo que deseaba, pues James le advirtió de que las mujeres en Claverdon no solían vestir con tantos lujos, algo que podría causar rechazo entre ellas. Ella frunció el ceño, pero lo comprendió. Debían mostrarse discretos si querían no provocar habladurías ya que era muy probable que los habitantes de aquel pequeño pueblo no viesen con buenos ojos la relación de un pastor de iglesia con una mujer adinerada.

Dos días después se montaron en un carruaje que los llevó hasta Warwick, un precioso condado a orillas del río Avon lleno de encanto y una historia apasionante, visible a través de sus edificios y su magnífico castillo. El pastor Smithson los recibió con alegría, sobre todo al prior Adams, al que no veía desde hacía demasiados años y con el que se fundió en un largo abrazo. Este le presentó a James, a quien saludó con afecto y en último lugar a Adrien y a Sofía. La cálida bienvenida que les ofreció les dio el ánimo que necesitaban en ese momento. El pastor les sirvió un té caliente y unos pequeños pastelitos que se convirtieron, desde aquel día, en los favoritos de Sofía a la hora del té. Tras descansar un rato, los acompañó hasta la que iba a ser su nueva casa. A petición del prior Adams, él se había encargado de buscar una casa donde pudiesen vivir nada más llegar al país. James y Sofía caminaban agarrados de la mano, nerviosos pero entusiasmados por conocer el lugar que se convertiría en su hogar y en el que formarían su familia. Adrien observaba todo a su alrededor sin hacer comentarios. Cuando llegaron, se encontraron con una modesta casa rodeada de un coqueto jardín lleno de flores. James sonrió ante esa bucólica visión. La casa era humilde, nada comparado con lo que Sofía esperaba, pero suficiente para acomodarlos de momento. Adrien no pareció pensar lo mismo.

—Sofía, me niego a que vivas aquí. Esta casa es muy vieja y no tiene lo que necesitas para vivir de forma cómoda en tu estado.

—Adrien, no temas por mí, estaré bien. James me cuidará. Tan solo

quiero poder vivir tranquila para poder centrarme en mi embarazo. No necesito nada más.

—No, no pienso dejarte aquí. Debe haber otras casas en las que podáis alojaros. Padre, ¿no piensa usted lo mismo? —preguntó al prior.

—Hijo, entiendo tu reacción en estos momentos ante lo que tienes delante. Sé que sois afortunados por haber crecido en una familia adinerada y no veo mal que quieras proporcionar a tu hermana una vida cómoda, pero, mira a tu alrededor, aquí no hay ese tipo de casas a las que estáis acostumbrados, aquí la vida es más modesta. No creo que puedas encontrar lo que buscas.

—Padre, mire el estado de esas ventanas. No puedo dejar a mi hermana en una casa que no le proporcionará ni tan siquiera el calor que necesita.

—Lo sé, lo sé, pero no te apures. Mañana haremos llamar a varios hombres para que reparen todo lo que esté en mal estado.

—Me niego a que pasemos aquí la noche. Déjeme buscar algo más digno. Mientras no contraigan matrimonio, yo sigo siendo la persona responsable de cuidar a mi hermana. Mañana empezaré a buscar casas en esta zona. Le aseguro que encontraré algo más adecuado para Sofía —afirmó y entró en la casa de mal humor. Era obvio que aquella casa jamás contaría con su beneplácito y no paró en todo el día de sacarle defectos. Sofía comprendía su enfado y preocupación, pero intentaba ser optimista. Quizás con el tiempo y unos cuantos arreglos, lograrían hacer del lugar un hogar cálido y acogedor.

Adrien les convenció para pasar la noche en una posada que había a la entrada del pueblo. Nadie le había comentado las condiciones en las que iban a vivir y eso le enfurecía. Mientras los demás dormían, él no paraba de pensar en aquella casa. No era una cuestión personal, pensó, pues estaba acostumbrado a alojarse en distintos lugares en sus largos viajes de juventud, pero no estaba dispuesto a ceder en la protección y el cuidado de su hermana. Si esa era la vida que James iba a ofrecerle, recogería sus pertenencias y la obligaría a viajar con él a cualquier otro sitio más adecuado hasta el nacimiento de su sobrino. No les permitió alojarse allí y cada día, salía en busca de propiedades que pudiesen estar en venta y por fin, tras casi diez días de intensa búsqueda, encontró una bonita casa de campo a las afueras de Clarendon cuyo propietario, tras enviudar, había decidido vender.

Ese mismo día fueron a visitarla y enseguida todos estuvieron de acuerdo en que era más apropiada para ella y que se adecuaba mejor a sus necesidades. Se trataba de una casa de dos plantas, con una preciosa fachada de color amarillo y con un gran jardín en la parte delantera. El interior estaba muy bien conservado y la estructura parecía sólida y en buen estado. Como muestra de su generosidad, Adrien compró la casa para ellos como regalo de la futura boda que esperaban poder celebrar sin mucha demora.

Se mudaron dos semanas después de su adquisición, ilusionados y con la cabeza llena de planes sobre cómo sacar el máximo partido al magnífico jardín y a cada una de las estancias. James ultimaba un bonito diseño para

ubicar sus plantas medicinales en un lugar alejado de las más ornamentales para que, de esa forma, ella también pudiese disfrutar de otra parte del jardín durante el buen tiempo.

El prior Adams regresó a su abadía, satisfecho y feliz. Por fin veía a su querido James disfrutar de la vida y recibir el amor que tanto anheló en su infancia. Adrien, por su parte, se mostró más relajado y, tras comprobar que la casa cumplía todos los requisitos para poder vivir allí con dignidad, decidió abandonarlos una temporada para retomar su vida en París, pero prometió regresar unos meses más adelante antes del nacimiento de su hijo.

Y así, los días fueron pasando mientras se sentían cada vez más integrados en aquel lugar. Poco a poco afianzaban el vínculo con algunos vecinos, en especial con dos familias que vivían muy cerca. Los O'Brienn eran una familia irlandesa que se había trasladado a vivir a Inglaterra hacía apenas tres años, por lo que, en su condición de foráneos, se implicaron mucho en ayudarlos a sentirse como en casa. El señor John O'Brienn era maestro en la escuela de Claverdon, mientras su esposa, Mary Anne, se dedicaba a enseñar a niños a tocar el violín y el piano. Eran unas personas maravillosas que les ofrecieron toda su ayuda y el cariño que necesitaban, pues, a pesar de estar juntos, Sofía no podía evitar sentir añoranza de su hermano e incluso de Annette, a la que había estado muy unida en los últimos meses.

La otra familia vecina estaba compuesta por el matrimonio de Peter y Susanne Phillips y sus cuatro traviesos hijos que daban vida a las calles del vecindario con sus juegos y travesuras. Peter Phillips era médico en el hospital de Warwick y se ofreció a hacer el seguimiento del embarazo de Sofía, algo que le proporcionó mucha tranquilidad. Su mujer, Susanne, dedicaba su vida a criar a sus hijos y durante el poco tiempo libre que le restaba, la ayudaba a preparar todo lo necesario para el nacimiento del bebé.

Un mes y medio después de su llegada, James recibió la noticia que tanto llevaba esperando: la Iglesia anglicana de Inglaterra había aceptado su solicitud de ingreso y le notificaba que, en breve, un enviado de la iglesia iría a visitarlos para informarle de sus obligaciones y quehaceres en la comunidad. James leyó la carta decenas de veces para convencerse de que era cierto. ¡Lo había conseguido! Y todo gracias a la ayuda del prior, que, una vez más, había salvado su alma. James no pudo contener las lágrimas de emoción al recordar todo lo que ese hombre había hecho por él y sentía que no disponía de vida suficiente para poder agradecerle su amor incondicional. Sofía se sentía feliz de verle tan entusiasmado ante su próximo futuro y estaba segura de que lograría hacerse con el cariño de todos sus feligreses.

Apenas una semana más tarde recibieron dicha visita y supieron el lugar en el que llevaría a cabo su sacerdocio, la Iglesia Episcopal de St. Paul, en Warwick, un pequeño templo recién añadido al cementerio de la localidad y que comenzaría a dar servicio a la población local en tan solo unas semanas. Por fortuna, todo parecía estar encajándose a la perfección. Enseguida

decidieron compartir las buenas noticias con el prior Adams y con Adrien, seguros de que se alegrarían enormemente de recibir tan feliz comunicación.

James se incorporó rápido a sus tareas mientras Sofía estaba inmersa en la decoración de la habitación del bebé y en preparar el alumbramiento, ya que quedaban tan solo dos meses para el ansiado momento y sus nervios iban en aumento. Intentaba permanecer tranquila todo el tiempo que podía, pero era consciente de que nunca se había enfrentado a algo tan importante sola, porque siempre había contado con la ayuda de otras personas que trabajaban para su familia. Consiguió convencer a James para que, al menos hasta que diese a luz, una mujer la ayudase con las tareas de la casa. La señora Morris y su encantadora hija Emma se instalaron con ellos en una de las habitaciones libres. La mujer había enviudado hacía dos años quedándose desamparada con su hija y, tras varios empleos cortos y mal remunerados como cocinera, había vuelto a verse en apuros para sacar adelante a su hija. Tras un breve encuentro decidieron acogerlas en su casa. La señora Morris se encargaría de la cocina y ayudaría a Sofía con algunas de las tareas domésticas mientras su hija Emma continuaría con su educación en la escuela y después completaría su formación por las tardes. Contar con la compañía de Emma entretenía mucho a Sofía, quien siempre había disfrutado enseñando y compartiendo sus conocimientos. La niña demostró tener una gran inteligencia y mucha disposición para aprender por lo que estaba claro que, con la ayuda de Sofía, sería una de las primeras niñas en el vecindario en continuar con su educación más allá de la edad en la que terminaban su formación básica en la escuela. Quería hacer de ella una mujer culta y sabía que la niña iba a poner todo de su parte para lograrlo. La señora Morris no veía con buenos ojos tanta dedicación al estudio de su hija, pues creía que los libros no le iban a dar de comer. Además, tenía planeado contar con su ayuda en cuanto terminase la escuela para poder ganar algo más de dinero, pero aquellos planes iban a dar un giro inesperado para esa pobre mujer: su hija seguiría estudiando costase lo que costase.

Una de aquellas tardes en las que Emma se hallaba inmersa en una apasionante lección de historia sobre el Imperio Romano, Sofía notó unas molestias extrañas en el vientre. No prestó demasiada atención, pues en las últimas semanas se habían intensificado los calambres, sobre todo en la espalda, así que continuaron con la clase. Sin embargo, un rato después, esas molestias se hicieron cada vez más intensas, lo que la hizo sospechar que quizás el alumbramiento era inminente. Hizo llamar a la señora Morris quien, en su experiencia como madre, la aseguró que estaba empezando el proceso del parto. Sin perder tiempo, mandó llamar al señor Phillips para que viniese lo antes posible y poder constatar si era cierto que estaba preparada para dar a luz. Pensó de inmediato en James, que se estaba como cada día en su iglesia. Se sentía asustada y le necesitaba a su lado. La señora Morris se encargó de avisarle a través de un vecino que marchaba hacia Warwick en ese momento. Por una parte, estaba deseando dar a luz y ver la cara de su bebé, pero por otra

¡estaba muerta de miedo! ¡Cuánto hubiese dado porque su hermano estuviese junto a ella! Adrien había planificado volver a Inglaterra antes del nacimiento, pero todo apuntaba a que no iba tener tiempo, pues, si los cálculos no engañaban, el alumbramiento se había adelantado tres semanas. El doctor Phillips confirmó que el parto parecía ir rápido, por lo que pidió prepararlo todo. James llegó una hora más tarde en apariencia tranquilo y dispuesto a ayudarla en todo lo necesario. La señora Morris, ayudada esta vez por Emma, preparó una habitación donde pudiese estar cómoda y a la que pudo llegar caminando sin problemas a pesar del intenso dolor que ya sentía. Estaba asustada, pero con la ayuda y el cariño de todos los presentes pudo calmar sus nervios y concentrarse en la tarea que tenía por delante. Todo fue según lo previsto y tras cuatro agotadoras horas, Sofía dio a luz a una preciosa niña. James y ella se fundieron en un maravilloso abrazo, llenos de felicidad por la llegada de su hija. Lloraron juntos mientras miraban el rostro del fruto de su amor. A pesar de estar convencidos de que tendrían un niño, aquella preciosa niña de pelo rubio, con unos adorables mofletes sonrosados y que lloraba a pleno pulmón había llegado al mundo para revolucionarlo, dejando patente desde el primer minuto de vida su fortaleza. Estaban seguros de que la pequeña sería una mujer valiente y decidida, al menos, se esforzarían en su educación para que así fuese. Esperaron varios días para elegir su nombre y por fin, decidieron que se llamaría Nichole Anaïs, un nombre que les parecía del todo adecuado para ella: Nichole significa en griego «la que conduce a la victoria del pueblo». Su segundo nombre, Anaïs, lo eligieron en honor a su querida amiga Annette, quien estaría encantada de tener una nueva aliada a su causa que llevase su nombre.

La recuperación del parto fue rápida. Sofía se sentía plena, dichosa, muy afortunada por haber podido lograr su sueño. James mostraba su lado más tierno con ella y demostró tener buen manejo con los bebés.

Informaron a Adrien, Annette y el prior sobre el nacimiento esperando su pronta visita. Deseaban presentarles a su hija, en especial a Adrien, pues la niña guardaba un asombroso parecido con él. Sabían que Adrien se volvería loco de amor al ver a su preciosa sobrina y no cabía duda alguna de la emoción que sentiría Annette nada más conocerla, pues ella siempre disfrutaba de la presencia de niños a su alrededor. Adrien respondió a la carta y les informó de que llegaría a Inglaterra en unas semanas, si era posible junto con Annette.

40

Nichole era una niña buena que dormía mucho, de manera que les permitía ocuparse de sus quehaceres diarios. Por suerte, con la ayuda de la señora Morris habían conseguido organizarse a la perfección de modo que, una mañana, la mujer le pidió permiso para ir hasta Warwick a enviar unas cartas a su hermana que vivía en Londres. Aquello le suponía quedarse en casa sola con Nichole, pero a Sofía no le importó porque cada día se sentía más segura y confiada en sus cuidados. Emma y ella volverían a casa tras acabar las clases en la escuela.

Una hora después de que se hubiese marchado, mientras se ocupaba de ordenar el salón, llamaron a la puerta. Pensó que se trataría de la señora O'Brienn, que los visitaba a menudo para llevarles unos deliciosos pasteles de crema que elaboraba con esmero. Sin embargo, cuando abrió la puerta sintió que el mundo bajo sus pies se abría para tragarla: Alexander, junto con otro hombre, estaba frente a ella con gesto fiero y desafiante.

—¿No me vas a invitar a entrar a tu nueva casa? —preguntó.

—Alexander, ¿tú? Pensé que estabas…

—¿Muerto? Casi, la verdad. Alguien planeó mi asesinato, pero por suerte no le salió bien y aquí estoy.

—¿Tu asesinato? No entiendo —dije, un tanto aturdida.

—Me sorprende que no sepas nada al respecto —comentó con hipocresía —. Efectivamente, alguien organizó el asalto a mi carruaje para acabar con mi vida, pero te aseguro que no voy a descansar hasta que encuentre a quien o quienes están detrás de ello. Pagarán por su osadía.

Ella se mantuvo en silencio unos segundos mientras intentaba asimilar lo que tenía lugar delante de sus ojos. El corazón le latía aceleradamente y notaba cómo un sudor frío empezaba a cubrirle frente. Se mantuvo inmóvil durante unos segundos, pálida, sin saber qué hacer. Cuando, por fin fue consciente de lo que ocurría, intentó, sin éxito, cerrar la puerta, pero el otro hombre logró abrirla de par en par con un fuerte empujón e hizo espacio para que Alexander, que caminaba apoyado en un bastón, entrase hacia el salón.

—Ya veo que no tienes la decencia de esperar a que te inviten a entrar —comentó furiosa apartándose para no ser empujada por aquel tipo rudo que le

acompañaba.

—¿Decencia? ¿Tú me hablas de decencia, Sofía?

—No tienes derecho a entrar aquí. Márchate ahora mismo si no quieres que monte un escándalo.

—¿Un escándalo? Haz lo que quieras, un escándalo es lo que más me beneficia ahora mismo, la verdad. He venido a reclamar lo que es mío por derecho.

—Aquí no hay nada que te pertenezca.

—¿Estás segura? Yo creo que sí. Te recuerdo que sigues siendo mi esposa. He de reconocer que te has escondido muy bien y que me ha costado mucho más de lo que esperaba poder encontrarte, pero aquí estás, nadie puede ocultarse para siempre —comentó entrando en el salón. Observaba todo a su alrededor sin comentar nada, mostrando, tan solo, una maquiavélica media sonrisa en su rostro.

—Vete de mi casa, no te lo voy a repetir más.

—No pienso irme de aquí sin mi esposa, así que no malgastes tu energía.

Alexander se movía por el salón cuando fijó su vista en un punto en concreto al lado de la ventana. Sofía sintió que se le helaba la sangre pues allí, durmiendo tranquila, se hallaba la pequeña Nichole. Se dirigió hacia allí a toda velocidad para evitar que viese a la niña, pero Alexander distinguió que se trataba de una cuna.

—Vaya, con esto sí que no contaba. Ya veo que no has tenido problema en darle a él lo que siempre me has negado a mí.

—Alexander, por favor, actuemos con cordura. Márchate de aquí. Yo ya no te amo ni deseo permanecer a tu lado, por lo cual, iniciemos los trámites necesarios para poner fin a nuestro matrimonio. No tiene sentido que sigamos juntos si no queremos estarlo.

Alexander emitió una carcajada fuerte y sonora que la dejó petrificada.

—¿Crees que va a ser tan fácil deshacerte de mí? No pienso poner fin a algo que debe durar para toda la vida. Eres mi esposa y, quieras o no, lo seguirás siendo hasta el fin de tus días.

—Jamás. No pienso volver a tu lado.

—¿No? Pues no me va a quedar más remedio que hacer uso de mis derechos para exigírtelo.

—No regresaré contigo hagas lo que hagas. Yo también tengo mis derechos. No puedes obligarme a hacer nada que no quiera. Además, ahora yo tengo una nueva vida junto a… —guardó silencio consciente de que quizás Alexander no sabría la identidad del hombre por el que le había abandonado.

—¿Junto al padre Wilcox?

Sus palabras hicieron que se le encogiese el estómago. Había logrado averiguar de quién se trataba y ahora no solo ella estaba en peligro.

—No pienso ceder a tus chantajes —gritó para desviar el tema.

—Reconozco que cuando me enteré de a quién habías elegido para serme infiel no me lo podía creer, ¡el padre Wilcox! Todo un dechado de virtudes, un

hombre recto y con una moral intachable, que se arriesgó a ponerse frente a mí con cuentos chinos sobre su fe inquebrantable y otras bobadas. Es increíble cómo nos sorprende la vida a veces.

—No es cierto lo que dices. El padre y yo no tenemos nada que ver el uno con el otro.

—Ah, ¿no? Pues mi informador no comparte esa opinión. Vio con sus propios ojos cómo se iniciaba vuestra *bonita* historia de amor. —El sarcasmo y la frialdad de sus palabras eran palpables.

—Mentira —dijo intentando sonar convincente y disimular su temor.

—Sofía, no he venido aquí a perder más mi tiempo. Cuando estés de vuelta en París podrás preguntárselo tú misma.

—¿A quién? ¿Quién es el embustero que ha llenado tu cabeza con mentiras?

—El señor Salvatore Conti, un gran caballero que, siendo testigo de tu deslealtad, decidió informarme, algo que siempre le agradeceré.

—¿Salvatore? —exclamó alzando la voz. Sabía que ese desgraciado se la jugaría algún día.

—Sí, el señor Conti no dio crédito a lo que vio aquella noche y tomó la honorable decisión de informarme de ello. De hecho, nadie podría entender semejante traición y menos aún con la participación activa de un sacerdote. Tu inmoralidad es digna del más firme rechazo por parte de todos.

—No tienes pruebas para acusarme de algo así.

—No, es cierto, es su palabra contra la tuya, pero siento confesarte que ese hombre está dispuesto a defender su verdad donde haga falta. Fue testigo directo y tiene los recuerdos de aquella noche, y de algún otro encuentro previo, muy claros en su mente. Creo que sabes que lo que hiciste es un delito, más aún ahora que compruebo que has tenido la indecencia de tener un hijo con él.

—Falso, todo eso que cuentas son calumnias y difamaciones hacia mí. Es cierto que me he enamorado de otro hombre, pero no he cometido ningún delito. Amar a alguien no es delito. No te amo y no deseo vivir junto a ti.

—¿Hablas de amor? Eso significaría que alguna vez me has querido, algo que jamás has hecho.

—Tú tampoco me has amado nunca. Te casaste conmigo para poder seguir aparentando ser un hombre decente y respetable, pero sabiendo que yo te permitiría llevar la vida que quisieses sin molestarme. Sé perfectamente que en tus viajes habrás conocido a muchas mujeres con las que no te habrá importado intimar, aunque a diferencia de ti, yo sí me he mantenido fiel a nuestro pacto y no he mostrado interés alguno por tu vida personal lejos de casa.

—Hasta ahora, querrás decir. Sofía, No he venido hasta aquí para hablar. Recoge tus cosas, nos marchamos de aquí en diez minutos.

—No pienso ir contigo a ningún sitio. Márchate de mi casa de una vez —gritó empujándole hacia la puerta.

Él se revolvió con fuerza y le propinó una fuerte bofetada, pero aquella vez no consiguió hacerla caer. Ella se sostuvo como pudo intentando guardar el equilibrio y se enfrentó a él. Iba a devolverle el golpe cuando sintió que la agarraban por detrás: aquel hombre que le acompañaba le sujetó los brazos con fuerza y consiguió inmovilizarla mientras Alexander se dirigía hacia la cuna.

—No te atrevas a tocarla ni un pelo o te juro que acabaré contigo yo misma.

—No temas, no soy ningún maltratador de niños. Tan solo quiero ver de cerca al bebé.

Mientras le veía caminando hacia Nichole ella se revolvía y revolvía intentando deshacerse de aquel tipo. Intentó golpearle con las piernas, pero la tenía sujeta con tanta fuerza que era incapaz de moverse. Alexander se reclinó para ver a la niña e hizo intento de cogerla.

—¡Nooo! —chilló con todas sus fuerzas—. No la toques, ella no tiene nada que ver con esto. No te atrevas a hacerle daño.

Alexander cogió a la pequeña ignorando sus gritos y la sostuvo en el aire durante unos instantes que le parecieron interminables. Intentó zafarse una vez más y correr hacia ella, pero era imposible.

—¿Sabes que podría reclamar a esta niña como mía si quisiese?

—James nunca te lo permitiría —contestó rabiosa.

—Oh, por fin te atreves a nombrar a tu amante. Creo que no eres consciente del poco poder que tienes a la hora de decidir qué permitirle a tu esposo o no.

—Lo único de lo que soy consciente es de que te despellejaré vivo si le haces algo a mi hija, eso te lo puedo asegurar.

—Vaya, veo que compartir lecho con el sacerdote ha sacado a la luz tu lado más pío y bondadoso —comentó y dejó a la niña nuevamente en la cuna.

—Tendrías que volver a nacer cien veces para poder compararte en lo más mínimo con James.

—¿De verdad que eres feliz llevando esta vida miserable? Me sorprende que la gran Sofía Mathieu, que siempre ha vivido rodeada de lujos, pueda sentirse satisfecha en esta casucha y vestida con esas ropas. Todo el esfuerzo que hizo tu querido padre por darte una educación digna de reyes ha quedado reducido a esto —dijo señalándola con desprecio—. Te has convertido, extrañamente, en la vulgar amante de un cura. Me pregunto qué pensarían los habitantes de este condado si supiesen el verdadero motivo por el que os mudasteis aquí.

—No voy a escucharte más. Vete de aquí —le ordenó gritando con la esperanza de que alguien la oyese.

—Grita todo lo que quieras. Si lo deseas podemos avisar a las autoridades para que se presenten y te detengan por adúltera.

Alexander se volvió al tipo que lo acompañaba y le dio orden de acompañarla a la habitación a recoger lo más básico para poder salir de la casa

lo antes posible. Aquel animal la empujó de forma brusca hacia las escaleras que subían al segundo piso mientras ella intentaba resistirse como podía. Cuando estaba justo en el borde de la escalera, Sofía se giró con brusquedad y consiguió dar una fuerte patada a aquel matón haciendo que perdiese el equilibrio, momento que aprovechó para soltarse y salir corriendo hacia la niña. Cuando logró llegar hasta ella, se colocó delante de la cuna abriendo los brazos para protegerla.

—Jamás te llevarás a mi hija. Ninguna de las dos iremos contigo.

—Es mejor que no te resistas, Sofía. No quiero tener que usar la fuerza para conseguirlo. Créeme, soy menos violento de lo que crees.

—No me importa como seas, no iremos contigo, así que aléjate de nosotras.

Casi como caída del cielo, Sofía vio a la señora O'Brienn asomarse con cuidado por la puerta para comprobar que todo estaba bien. Había oído unos gritos y no estaba segura de su procedencia. Rezó todo lo que pudo para que la mujer se marchase de allí con sigilo para pedir ayuda. Estaba segura de que, si Alexander o aquella bestia la descubrían, iba a verse inmersa en un grave peligro. Gracias a Dios, Mary Anne pareció percatarse de la situación y corrió a pedir auxilio.

—Sofía, esta es la última vez que te lo advierto. Coge algunas de tus cosas y vámonos de aquí si no quieres que me enfade y lo hagamos por las malas.

—¿Por las malas? ¿Es que acaso te parece que estás siendo amable?

—No, pero puedo ser más desagradable si me obligas.

—Nunca pensé que serías tan cruel y despiadado. Maldigo el día en el que me casé contigo.

—Pues lo siento, ya no hay marcha atrás. Eres mi esposa y como tal debes regresar conmigo a casa si no quieres que te denuncie a las autoridades.

—Hazlo —grité—. Hazlo, no me importa, afrontaré lo que sea menos regresar contigo. Jamás permitiré que mi hija crezca a tu lado. Su padre tampoco lo permitirá.

—¿Es que ahora el sacerdote se ha convertido en un matón?

—No, me he convertido en algo peor, en un padre capaz de hacer lo que sea por proteger a su hija y su mujer.

¿Era la voz de James lo que habían oído? No podía ser. ¿Cómo habría podido regresar desde Warwick tan pronto? ¿Habría sido capaz la señora O'Brienn de avisarle tan rápido?

—¡James! ¡Estamos aquí! ¡Corre a buscar ayuda! —gritó.

—Tranquila, no va a pasar nada. Alexander y yo tendremos una conversación de hombre a hombre en la que aclararemos todo.

—¿Una conversación yo con usted? Padre, o quizás debería referirme a usted por su nombre, ya que ha dejado claro que su posición le queda muy grande. Usted y yo no vamos a volver a hablar nunca más. He venido a reclamar a mi esposa y voy a marcharme de aquí junto con ella, quiera o no.

—¡Fuera de aquí si no quiere salir por esa puerta con los pies por delante! —ordenó el señor Higgins, un jardinero que ayudaba a Mary Anne a cuidar de su jardín y que había aparecido allí, junto a ella con una escopeta de caza. Nadie pareció entender de dónde había sacado aquel hombre esa arma, pero dieron las gracias por ello en ese momento.

—Veo que habéis engañado muy bien a toda esta pobre gente con alguna falsa historia sobre vuestro maravilloso amor.

En ese momento, justo cuando Alexander terminó de pronunciar esas palabras, el hombre que le acompañaba se acercó al jardinero y le disparó sin contemplaciones. El pobre hombre cayó al suelo herido mientras Mary Anne y Sofía dieron un grito estremecedor. Todos se volvieron hacia aquel salvaje que había disparado, pero él permanecía inmutable mientras apuntaba ahora con el arma a James.

—No se atreva a hacer ninguna estupidez o usted será el siguiente —dijo toscamente.

James miró a Sofía intentando tranquilizarla. Mary Anne se agachó para asistir al pobre señor Higgins y corrió en busca de ayuda médica.

La situación era cada vez más tensa y Alexander empezaba a impacientarse. De repente, James se movió en dirección a Sofía y la niña con sigilo, pero, de nuevo, aquel hombre se percató del movimiento y le bloqueó el paso. Alexander, en un acto de nerviosismo, se adelantó hacia ellas, sacó una pistola de su abrigo, agarró del cuello a Sofía y la apuntó con el arma.

—No voy a permitir que sigáis ninguneándome y tiréis por los suelos mi prestigio y honor. Voy a llevarme a Sofía de aquí cueste lo que cueste. Te aconsejo que no seas estúpido y no compliques más las cosas. Puedes quedarte con la niña, a mí ella no me interesa —dijo con desprecio—. Yo solo quiero recuperar lo que es mío por derecho.

—Alexander, no haga algo de lo que pueda arrepentirse. Sentémonos a hablar; estoy seguro de que es posible llegar a un acuerdo que nos beneficie a todos. Nosotros no pretendemos ofenderle con nuestra unión, por eso nos…

—Por eso nada, le digo que no voy a negociar nada. Me llevo a mi mujer de aquí ya —respondió mientras le apretaba cada vez más el cuello y la empujaba hacia la salida.

—Sofía no va a ir a ningún lugar con usted, sea sensato, por favor —replicó James en un intento de calmar la situación y llegar a un acuerdo, pero la impaciencia se estaba apoderando de Alexander.

—Padre, apártese si no quiere resultar herido. Nos vamos de aquí ahora mismo —dijo y le arrastró a la fuerza mientras ordenaba a su acompañante que le ayudase. Cuando James vio a aquel hombre acercarse a Sofía con el arma en las manos, corrió hacia ella, pero, por desgracia, no pudo llegar a tiempo porque aquel tipo no dudó en volver a disparar su arma, y lo hirió de gravedad en el pecho. Sofía chilló horrorizada cuando le vio caer al suelo. ¡No podía ser! James no podía estar herido o, lo que era peor, muerto. Rompió a llorar presa del miedo y de la desesperación, rabiosa por el inmenso daño que

Alexander les estaba haciendo de nuevo. Se revolvió como un animal salvaje que intentaba escapar de su captor para lograr acercarse hasta él. Sin embargo, Alexander la mantenía aún sujeta por los brazos mientras su esbirro le apuntaba con el arma.

De repente, oyeron a alguien acercándose. El señor O'Brienn y dos hombres más llegaron a la casa y no daban crédito a lo que veían: el señor Higgins y James parecían estar muertos mientras Sofía era amenazada por otros dos hombres cuya identidad desconocían. Uno de aquellos hombres, un muchacho amable, siempre dispuesto a ayudar y aprendiz de maestro que colaboraba en la escuela del pueblo, decidió arriesgarse. Corrió hacia el acompañante de Alexander, quien, al no esperarse su embestida, cayó al suelo y perdió el arma en la caída. El chaval se hizo con la pistola en un movimiento ágil, la agarró con firmeza y apuntó al hombre, que ahora estaba en una posición más indefensa en el suelo. Sofía aprovechó el despiste que se creó para zafarse de Alexander, pero antes de que pudiese soltarse del todo, este volvió a agarrarla y la hizo caer de bruces contra el suelo. En un ataque de furia ella tiró con fuerza de su abrigo y le hizo caer a él también. Llena de rabia e irá intentó quitarle el arma, pero, a pesar de su edad y de la evidente cojera que le había quedado tras el asalto, se defendía con energía. Intentó golpearle, se puso incluso encima de él y trató de que soltase el arma, pero, en un instante, la notó pegada a su vientre. Trató de agarrarla con todas sus fuerzas para alejarla de su cuerpo y cuando creyó que lo había logrado, se oyó un disparo. Sofía permaneció inmóvil. La cara de su preciosa Nichole le cruzó la mente, mientras la pequeña observaba asustada y llorando como si entendiese cómo sus padres morían aquel día y la dejaban huérfana con tan solo unas semanas de vida. Tristemente, todo acababa allí.

41

SOFÍA

Había oído hablar en alguna ocasión que, cuando nuestra alma abandona el cuerpo, toda nuestra vida pasa por delante de nosotros para que podamos reconciliarnos con ella y abandonarla en paz. Y era cierto, ya que toda mi vida, mi infancia, mi juventud, los momentos más felices con mi familia, junto a James y el nacimiento de mi hija se agolparon en mi mente uno tras otro. Me dejé caer encima de Alexander sin fuerzas, pero, unos segundos después, noté unos brazos me levantaban y me llevaban hasta uno de los sofás. Allí me dejaron tendida mientras comprobaban mi estado. Varios hombres entraron con prisa al salón y verificaron que Alexander había muerto. Al parecer, en nuestra lucha por el arma, esta se había disparado de forma accidental y herido a Alexander de muerte en el pecho. Su acompañante permanecía en el suelo sujeto por dos hombres a la espera de ser llevado ante las autoridades. Por suerte, yo no estaba herida, tan solo en *shock*, muy aturdida y mareada. La señora O'Brienn me abrazó feliz de comprobar que estaba a salvo y me hizo saber que mi pequeña también lo estaba. Durante unos minutos seguí sin saber dónde me encontraba pero tras unos minutos recordé todo e intenté levantarme del sillón para ir a ayudar a James. Mary Anne intentó impedírmelo, pero, tras rogarle que me dejase ir hasta él, ella misma me levantó del sofá y me acompañó hasta donde James yacía tumbado y recibía la ayuda del señor O'Brienn y de otros hombres que se habían acercado.

Me agaché junto a él llorando y le abracé con todas mis fuerzas para hacerle sentir que estaba allí junto a él. Cuando notó mi presencia a su lado, abrió un poco los ojos y sonrió. Yo lo besaba y lo abrazaba y le pedía que aguantase hasta que llegase un médico, mientras él me agarraba la mano con fuerza.

—Por favor, James, aguanta, no me dejes, no nos dejes así.

—Sofía, no temas. Yo jamás os abandonaré. Pase lo que pase siempre estaré con vosotras.

—No, James, por favor, no digas eso. Te necesitamos aquí, con nosotras. Tenemos una vida por delante y por fin podremos vivirla en libertad.

—Mi amor, no temas, el día que te conocí supe que mi alma estaría unida a la tuya por siempre. Aunque mi cuerpo no esté aquí, siempre me hallarás donde resida tu alma.

—No, no, no, me niego a que nos dejes. Por favor, James, aguanta un poco más —susurré llorando desconsolada y abrazada a él mientras él me acariciaba el pelo con suavidad con los dedos—. Te prometo que te curarás y en cuanto estés recuperado, nos casaremos y criaremos a nuestra hija en este maravilloso lugar con la ayuda de nuestros amigos y vecinos. Por favor, no nos abandones.

—Te quiero. Gracias por enseñarme el verdadero significado de la palabra amor y por haberme mostrado que el cielo también existe en la tierra —dijo con un fino hilo de voz.

—Yo también te quiero, mi amor, quédate conmigo, te lo suplico.

En ese momento, el doctor Phillips junto con otro médico y dos enfermeros llegó para asistir a los heridos. Dieron orden de trasladar a todos al hospital de Warwick, en especial y con urgencia a James, que aún respiraba a pesar de la gran pérdida de sangre. Tras comprobar que no estaba herida, logré convencer a los médicos para que me dejasen acompañarlos hasta el hospital, y dejé a la niña a cargo de Mary Anne, quien accedió al instante.

En cuanto llegamos al Lord Leycester Hospital los médicos llevaron a James al quirófano para comprobar si la bala seguía aún alojada en su hombro. Yo me quedé sola, desesperada en una fría sala de espera, rezando y suplicándole a Dios que no se lo llevase. No quería pensar que aquello era un castigo por haber transgredido las reglas y haber apostado por nuestro amor, pero no era capaz de mantener la mente clara y serena.

Tras dos horas y media infernales, el doctor Phillips salió del quirófano con una ligera sonrisa en el rostro. Habían logrado salvar la vida de James, aunque la bala le había perforado uno de los pulmones, por lo que su pronóstico era aún reservado. No podía asegurarme nada, pues la recuperación iba a ser larga y difícil. Le abracé y le agradecí mil veces haberle salvado la vida a pesar de que el peligro aún no había pasado; no me importaba, estaba segura de que con mi amor y cuidados James conseguiría recuperarse.

Varias horas después pude verlo durante unos minutos. Parecía estar bien y dormía sereno; sin embargo, no estaría tranquila hasta que lograse hablar con él. Una de las enfermeras me aseguró que permanecería dormido durante muchas horas así que, sabiendo que estaba en las mejores manos, regresé a casa durante un rato para poder descansar y ver a mi hija.

La casa estaba llena de personas que se ofrecieron a ayudar en todo lo posible. Ver a mi pequeña sana y salva me reconfortó y me ayudó a recuperar las fuerzas y el ánimo. Tras informar a todos del estado de James, me retiré durante un rato con Nichole a descansar mientras Mary Anne y la señora Morris, horrorizada por lo que había ocurrido en su ausencia, ordenaban la

casa y preparaban algo de comer. Por recomendación de los médicos, tuve que quedarme en casa durante la noche para cuidar de la niña, que era demasiado pequeña para poder separarse de su madre durante una noche entera. El doctor Phillps permanecería en el hospital hasta la mañana siguiente de modo que, con la compañía de la señora Morris y de Emma, quienes no se separaban de nosotras en ningún instante, pude estar tranquila sabiendo que James estaría perfectamente atendido.

Al día siguiente y antes de ir al hospital, escribí una breve carta para Adrien informándole de lo acontecido, con la esperanza de que, si no estaba ya de camino hacia Inglaterra, partiese lo antes posible. Necesitaba a mi hermano con urgencia. Él sería el único que conseguiría hacerme sentir segura de nuevo. No hizo falta esperar mucho, pues apenas una semana más tarde llegó con Annette dispuesto a disfrutar de su querida sobrina. Tanto él como Annette no podían creer lo que la señora Morris les contaba mientras esperaban mi regreso del hospital. Por fortuna, James se recuperaba poco a poco de la herida en el pulmón y su vida ya no corría peligro. Adrien sintió una inmensa rabia por no haber podido estar junto a nosotras para defendernos, pero su frustración se suavizó cuando se enteró de que Alexander había finalmente fallecido. Aquel hombre que había burlado a la muerte en la anterior ocasión no logró hacerlo esa vez y recibió un disparo certero y mortal. Mi hermano no se alegró de su fallecimiento, aunque al igual que todos, respiró aliviado de saber que todo había acabado y que, al fin, podríamos vivir nuestra vida sin peligro y en paz.

Como era lo esperado, Adrien y Annette quedaron de inmediato enamorados de Nichole, quien los recibió con una amplia sonrisa en la cara. El tío Adrien se emocionó como pocas veces lo había hecho cuando cogió por fin en brazos a su querida sobrina, consciente de que, desde aquel momento, esa niña se convertiría en la pasión de su tío y en la de su tía Annette, que la observaba con dulzura deseando poder comérsela a besos.

Yo regresé del hospital al caer la tarde, cansada pero contenta de ver la favorable evolución de James. La presencia de aquellas dos personas tan importantes en mi vida me llenó de felicidad y ánimo. Parecía increíble volver a estar juntos, esta vez sin tener que ocultarnos de nada ni nadie. Los tres rompimos a llorar en varias ocasiones mientras yo les volvía a relatar todo lo que pasó.

Su compañía alivió enormemente mi tristeza durante los días que duró la recuperación de James, quien permaneció un mes hospitalizado. Por fin, tras comprobar que su pulmón ya estaba en condiciones de soportar algo de movimiento, James pudo regresar a casa para terminar de recuperarse. Con nuestra ayuda, comenzó a caminar y a moverse por la casa con precaución y pronto fue capaz de ocuparse, durante cortos periodos de tiempo, de su huerto. Adrien y Annette se instalaron con nosotros en la casa sin intención de marcharse de allí hasta verle del todo recuperado. Adrien aseguró que no se iría de allí sin vernos por fin felizmente casados, por lo que, con la ayuda de

los dos comencé a preparar el enlace.

Después de algo más de un mes desde su regreso a casa y tras asegurarnos de que James era capaz de permanecer de pie durante un largo rato sin agotarse, celebramos nuestra boda en la iglesia de St. Paul, oficiada por el pastor Smithson, al lado de nuestros seres queridos y junto a nuestros vecinos. La única ausencia fue la del prior Adams, quien tristemente no pudo desplazarse hasta Inglaterra por encontrarse enfermo, pero al que prometimos ir a visitar pronto con nuestra hija en cuanto James pudiese viajar. Por fin, y a pesar de todo lo vivido, logramos que el amor triunfase y nos convertimos en marido y mujer, prometiéndonos amor eterno hasta el último día de nuestras vidas.

EPÍLOGO

Adrien y Annette conversaban satisfechos tras habernos dejado felices y a salvo mientras regresaban a Francia. Él comentaba su intención de viajar en los próximos meses a América, en concreto a Nueva York, para conocer de primera mano la apasionante vida en la gran ciudad y lograr también nuevos aliados para nuestra fundación. Pretendía conseguir financiación externa de grandes universidades para acoger a jóvenes sin recursos y poder ayudarles a completar su formación, algo que a Annette le pareció una gran idea y le ofreció su ayuda en caso de necesitarla.

El carruaje se detuvo a la entrada de la mansión Dufour y ambos se despidieron con la firme intención de verse pronto. Annette estaba a punto de salir del carruaje cuando Adrien la agarró de la mano.

—¿No me vas a dar un beso de despedida?

—¿Un beso? Definitivamente, convertirte en tío ha ablandado tu corazón, Adrien Mathieu —rio Annette.

—Siempre he tenido un corazón tierno a pesar de todo.

—No estoy tan segura de eso —contestó guiñándole un ojo—. Depende de la persona.

—Tú siempre has formado parte de mi grupo preferente —comentó con cierta timidez.

Annette le observó en silencio.

—No te creo, Mathieu, no te creo. Tendrás que conformarte con un abrazo. Los besos los vendo caros, caballero —dijo riendo.

—Está bien. El abrazo será bien recibido.

Ambos se fundieron en un fuerte abrazo que los hizo estremecerse. Por primera vez, un escalofrío recorrió sus cuerpos como un rayo en una tormenta. Permanecieron así durante unos segundos. Al separarse, ambos se miraron profundamente a los ojos. Cuando Adrien pensaba que Annette iba a besarle, ella le pellizcó uno de sus mofletes como hacía cuando eran más jóvenes y le dedicó un cálido «Buenas noches, Adrien», dejándole en el interior del carruaje. Tras unos segundos de silencio, Adrien dio un profundo suspiro a la vez que esbozaba una media sonrisa. Aquella mujer siempre conseguía sorprenderle. A continuación, ordenó al cochero emprender de nuevo el viaje

de regreso a su hogar. Pronto comenzaría a preparar su gran viaje al nuevo mundo, donde esperaba poder llenar su alma de nuevas y emocionantes aventuras.

AGRADECIMIENTOS

Este libro no habría visto la luz sin el apoyo incondicional de mis queridas amigas Silvia, Lorena y Laura. Gracias por vuestra ayuda, consejos y un número incalculable de horas leyendo e intercambiando opiniones sobre nuestros personajes. Pero, sobre todo, por vuestra confianza en mí y por el inmenso amor con el que os habéis sumergido en esta historia que es también VUESTRA. Me siento muy afortunada por teneros en mi vida. Os quiero.

SOBRE LA AUTORA

Laura M. Navarro es licenciada en Filología Inglesa, profesora de inglés en Madrid y amante de la literatura desde niña. Escribir siempre fue su sueño, inspirada por su abuela materna, escritora de poesía desde pequeña y de quien heredó un amor infinito por los libros. *Donde resida tu alma* es su ópera prima y la primera entrega de una trilogía romántica que lleva por título *Les Parisiens*.

Instagram

Correo electrónico

ediciondetextos.com

Edición 1.ª, 2022

Título: Donde resida el amor